

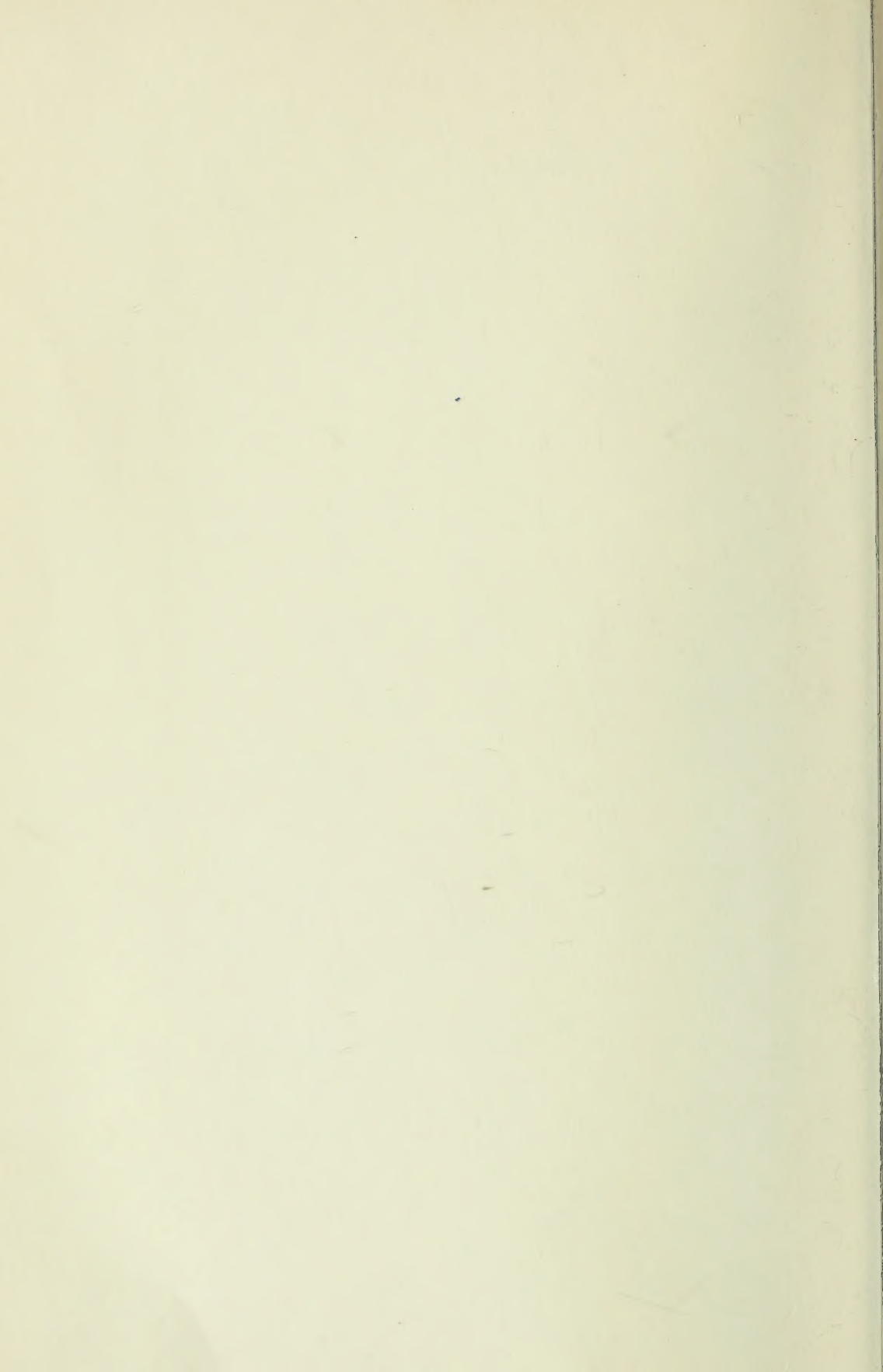


3 1761 07291204 1



Digitized by the Internet Archive  
in 2011 with funding from  
University of Toronto





2

GOLPE EN VAGO

77

GOLPE EN VAGO

---

OBSEQUIO de  
LA SIX COMBO

IMPRESION ASES  
IMPRESION DE LA BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD



GOLPE EN VAGO

LIBRARY OF THE  
UNIVERSITY OF TORONTO

---

CONCURSO HISTÓRICO LITERARIO  
DE "LA SIN BOMBO"

---

# GOLPE EN VAGO

NOVELA HISTÓRICA

DE

JOSÉ ANTONIO PILLADO

(SEGUNDO PREMIO DEL CONCURSO)

**OBSEQUIO de**  
**LA SIN BOMBO**

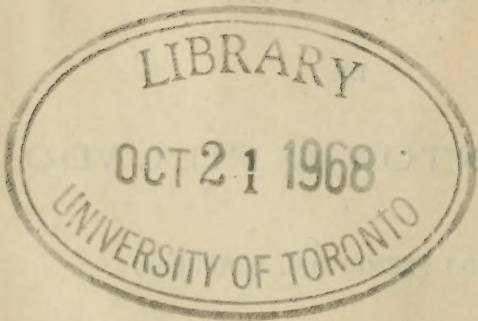


BUENOS AIRES

IMP., LIT. Y ENC. DE LA FÁBRICA «LA SIN BOMBO»

1903

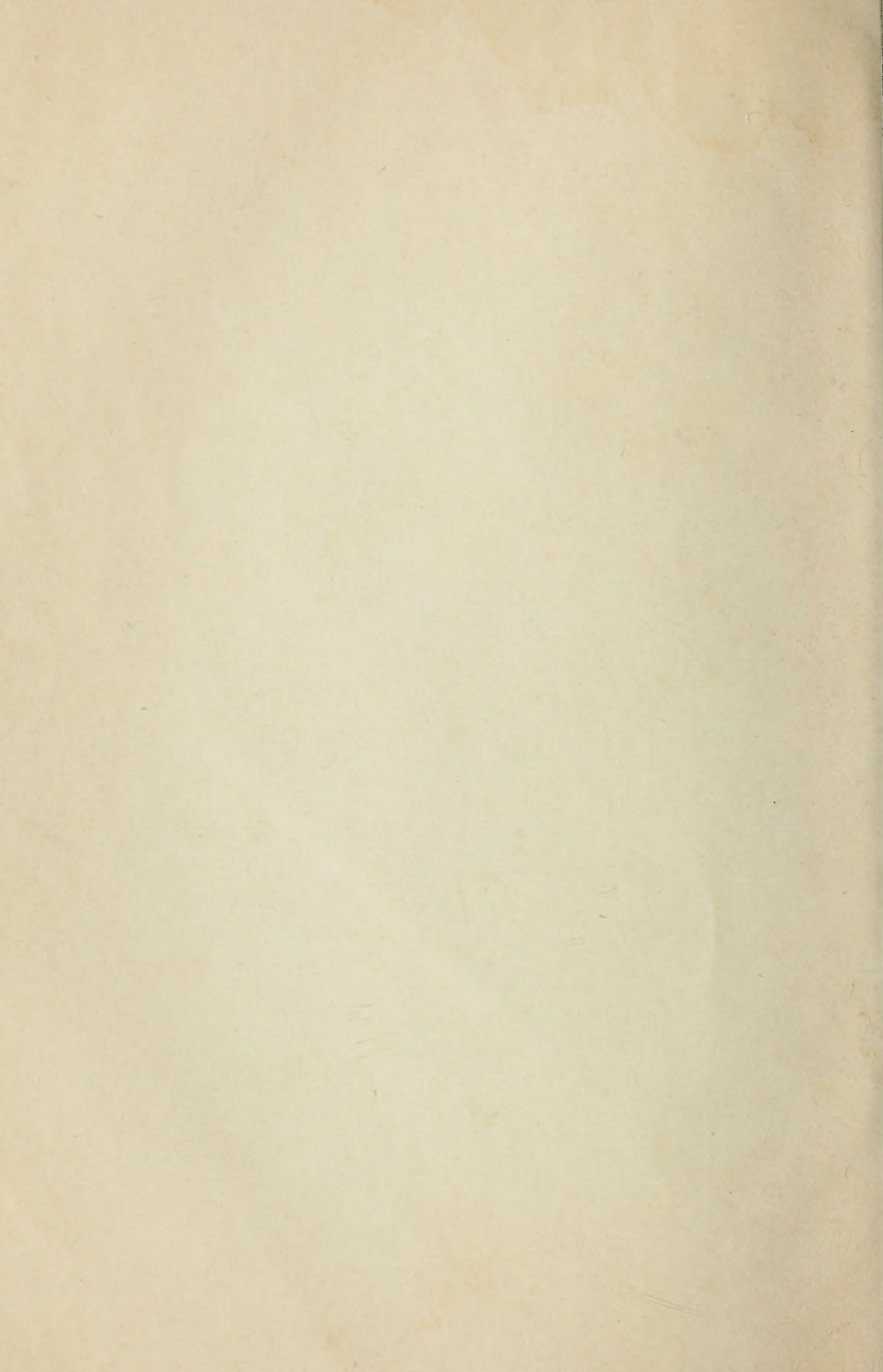
PQ  
7797  
P566 G65



LA SIZ BOVBO  
OBREOITIO de







## INFORME DEL JURADO

---

*Los que abajo firmamos, designados por don Juan Canter, iniciador del Concurso Literario Histórico Argentino, para examinar los trabajos presentados, otorgar los premios ofrecidos ó darlos por desiertos, declaramos:*

*Que hemos estudiado detenidamente y uno por uno, todos los manuscritos, y juzgádoslos, no por su mérito absoluto, sino por el relativo, por ser el principal objeto del Certamen FOMENTAR Y ESTIMULAR EL AMOR Á LA LITERATURA NACIONAL.*

*Que ciñéndonos á este criterio, y por las razones consignadas en las actas entregadas al iniciador del Concurso, resolvemos:*

*Adjudicar el segundo premio, consistente en medalla de plata, dos mil quinientos pesos moneda nacional y cien ejemplares de la obra premiada, al autor de la novela que tiene por título GOLPE EN VAGO, y por lema QUALIS VITA.*

FINIS ITA:

*Otorgar un tercer premio, consistente en medalla de plata, mil pesos moneda nacional y*

*setenta y cinco ejemplares de la obra, al autor de la novela intitulada ¿QUÉ FUÉ? y cuyo lema dice: QUAND VOUS OBSERVEZ AVEC VOS YEUX L'HOMME VISIBLE ¿QU'Y CHERCHEZ VOUS? L'HOMME INVISIBLE;*

*Declarar desiertos el primer premio y dos de los terceros, destinando su importe á los institutos benéficos que indica el pliego de condiciones, y*

*Hacer mención honrosa de la novela intitulada LA BANDERA, y cuyo lema dice: LAS SOMBRAS DE LA HISTORIA SE HACEN LUMINOSAS CON EL TIEMPO.*

*En fe de lo cual firmamos la presente en Buenos Aires á treinta de mayo de mil novecientos dos.*

M. F. MANTILLA.

CARLOS M. URIEN.

JOSÉ J. BIEDMA.

ERNESTO QUESADA.

ALEJANDRO ROSA.

---

# PRELIMINAR

---

No importa cómo ni en qué tiempo vino á nuestras manos un manuscrito cuya carpeta decía sencillamente:

*Apuntes y documentos*  
*de*  
*Mathias Machuca*

Era la copia de una autobiografía trunca de éste, quien aparecía en el relato como un viejo escribano de figuración en 1812, y narraba los trágicos sucesos de la conjuración de Alzaga, que ocurrió ese año, comprobándolos en parte, con bandos, cartas y notas, todo escrito de una misma letra, pero con sabor contemporáneo y la falta de cronología de quien apunta detalles para reunirlos después en una obra compacta.

Todos saben que á principios del siglo XIX, y en los anteriores, cualquiera persona, por poco notoria que fuese ó creyera ser, consideraba de la mayor conveniencia legar á las futuras generaciones una memoria de sus hechos. ¿Por qué no había de pensarlo así el señor Machuca?

Ahora bien: curiosa, entretenida y dramática resultaba aquella narración, aunque llena de lagunas, y procurando antecedentes para completarla, tratamos de

averiguar algo sobre este personaje cuyo nombre nos era completamente desconocido. A pesar de nuestro empeño nada conseguimos aclarar á su respecto, y nos queda la duda de si ha existido ó no, aún cuando en el año 1755 figura D. Antonio Machuca entre los fundadores de la Villa de Luján. ¿Sería éste algún pariente del escribano? Dios lo sabe; pero no tenemos pruebas para creerlo así.

Por la relación manuscrita tanto se podría suponer una cosa como otra, y de aquí que se nos ocurriera pensar en una novela. Según aparecían amalgamados los sucesos, no se diría sino que la historia había cortado el vuelo á la imaginación del autor, perdiendo al mismo tiempo la gravedad austera de que debiera revestirse, pues presentaba hechos tan plausibles que, si bien nada prueba que hayan sucedido realmente, cuando menos han podido suceder.

Con esta base hemos emprendido el trabajo que ofrecemos al lector, pensando como Oliverio Goldsmith, el celebrado autor de *El Vicario de Wakefield*, que un libro plagado de defectos puede ser muy entretenido y, por el contrario, no tener uno sólo y ser en extremo fastidioso.

Si hemos obtenido este resultado el lector lo juzgará; pero le rogamos no nos pregunte si lo escrito es una historia ó una novela, pues aunque por su forma parezca lo último, quizá aquello que considere más novelesco sea precisamente lo más ajustado á la verdad.

El manuscrito ó copia de las supuestas memorias de Machuca, comparado con las obras de los historiadores nacionales que tratan tales sucesos, resulta, en general, sin discrepancia, si hacemos excepción de la familia de Cáceres, del autor de los apuntes y, tal vez, de algún otro personaje menos notable.

Claro es que no nos hemos ceñido al texto, cuya estructura desordenada y abundante en digresiones entramos á podar como en una selva espesa, para trazar senda

despejada que nos conduzca al resultado. Y á manera del montaraz que separa las ramas cortadas de la madera de construcción reuniéndolas en haces de leña con que calentar el hogar, hemos creído conveniente conservar en forma de notas, al final del libro, todos aquellos detalles, extraídos de los apuntes, que pudieran despertar la curiosidad del lector.

Si por esta circunstancia se nos arguyera que tratándose de una novela histórica hemos trabajado más en pró de la historia que de la literatura, contestaríamos con las palabras de un célebre corsario francés, á quien un jefe de la marina inglesa le hacía notar sarcásticamente la diferencia que existe entre un valiente que se bate por el honor y el otro que lo hace por el dinero, contestándole:

—Señor Almirante: cada uno pelea por lo que le hace falta.

Y peleando por lo que nos hacía falta, según la expresión del corsario Roberto Surcouf, á quien se atribuye tan aguda respuesta, vale decir; por desentrañar hechos históricos, atacamos con resolución el manuscrito procurando sacar el mayor provecho en beneficio del lector, aunque estamos persuadidos que nuestro bagaje literario es muy liviano, y marinar presas de esta clase con éxito completo sólo pueden ejecutarlo el autor de las *Crónicas de la Villa Imperial de Potosí* ú otro veterano de ciencia y experiencia en el oficio.

Sigamos su derrotero.





*Ayer para tu ilusa fantasía  
El universo todo era armonía,  
Era un vasto y magnífico jardín,  
Fecundo sólo en bien; y en él benditas  
Tus ilusiones de ángel infinitas  
No encontraban ni valla ni confin.*

*Hoy que el candor angélico has perdido,  
Ese tan bello edén se ha convertido  
En solitaria y tétrica región,  
Por que el primer deleite que has gozado  
Una espina en el alma te ha dejado,  
Un desengaño tu primer pasión.*

*El Ángel Caído — E. ECHEVERRÍA.*

*La memoria del mal que inflige el hombre  
Inestinguible dura;  
La memoria del bien que ha concebido  
Perece en su olvidada sepultura.*

*Julio César — W. SHAKSPEARE.*



# GOLPE EN VAGO

## I

Una vacía de lata, mal sujeta en su percha de alambre, colgada fuera del alcance de manos alevosas, era lo único que podía indicar á los escasos transeuntes, balancéandose al pampero fresco de la mañana, que aquella casa de puerta baja y mal alumbrada era la barbería del catalán Antonio Verdugo, antiguo marinero, desertor del cuerpo de granaderos de «Fernando VII», y entregado, por un anacronismo de la suerte ó veleidades aventureras, á la pacífica profesión de Figaro. 11

Puestos en orden los trebejos del oficio, salió á la vereda para disfrutar el calor del sol que, levantándose sobre el Hospital de Belermos <sup>1</sup>, inundaba el frente de su tienda, en momentos en que un fraile barbón <sup>2</sup>, flaco, aunque fornido y de alta estatura, saliendo á su vez por el portal del convento, doblaba la esquina del atrio hacia el Sur, deteniéndose delante de la ventanita de la botica, que miraba á la calle Liniers. <sup>3</sup>

Vestía sayal pardo oscuro, calzaba sandalias y ostentaba sobre el pecho la estrella roja de cinco aristas

y la placa de metal blanco, distintivos de la orden Bethlehémítica, fundada por fray Pedro de San José Bethencourt, en Guatemala y establecida en Buenos Aires en 1748 <sup>4</sup>.

—Muy buenos días tenga su merced, reverendo padre.—dijo Verdugo desde el dintel de su puerta en alta voz.

—Así se los dé Dios, D. Antonio,—contestó el fraile con el tono de quien no desea continuar la conversación, y volviéndose llamó por la ventana:

—¡Hermano Simón!

—Aquí estoy, padre.

—Diga usted al señor de Valdeparez, si viene á buscarme, que voy hasta Santa Lucía y de allí á la Convalencia.

Sin esperar respuesta siguió su camino hasta la bocacalle, para atravesar por el paso y, doblando á la derecha, fué á buscar el puentecito de sólidos tablones que facilitaba, en aquel tiempo, cruzar el *tercero*, cuya zanja honda y enyerbada descendía hacia el río, señalando su cauce, casi seco, un ancho lodazal mezclado con residuos de toda especie <sup>5</sup>.

Serían las ocho de una hermosa mañana de mayo; el tiempo fresco era propicio para una larga caminata; la limpia luz del cielo iluminaba el bajo, cortando las sombras de los cercos de tuna, dibujando la frondosidad de las higueras y naranjos sobre la verde gramilla de los potreros, flanqueados por la estrecha senda de tierra endurecida que guiaba á la calle larga de Barracas, cuando nuestro personaje, que se había detenido un momento á contemplar el hermoso espectáculo desde la altura de la barranca, emprendió la marcha en dirección á la Capilla de Santa Lucía la Nueva <sup>6</sup>, precedido por la dulce armonía de los jilgueros que revoloteaban alegres como huéspedes queridos de cada jardín, de cada arboleda, de cada rama florida, y huyendo en bandadas á la menor alarma.

Entre tanto se le reune la persona que lo busca, apro-

vecharemos la oportunidad de presentar al lector á fray José de las Animas, presidente de la institución de Bethlehem en Buenos Aires, quien, habiendo sido capitán del ejército español y herido en la campaña del Rosellón contra los franceses, convirtió sus tendencias militares á las caritativas de esa comunidad, tan popular y respetada por la utilidad y eficacia de los servicios que prestaba al pueblo, en el año 1812 á que se refiere nuestra historia. Trigueño y cerrado de barba, llevaba con desembarazo el peso de medio siglo que le hacía lucir algunas canas; andaba firme y miraba fijo, infundiendo respeto ó, más bien dicho, prevención á quien lo trataba, á pesar del acento bondadoso que sabía dar á su voz cuando procuraba la adhesión ó simpatía de su interlocutor.

La congregación á que pertenecía, y de que era prefecto fray José Vicente de San Nicolás, practicaba por su instituto la asistencia y curación de enfermos, de manera que casi todos los hermanos de Bethlehem conocían algo de medicina y, consecuentemente, estudiaban la farmacopea indígena, aclimatando en las huertas de su convento yerbas de Misiones, del Paraguay, del Paraná y del Uruguay, que cultivaba un buen número de esclavos negros. Sus servicios durante las invasiones inglesas de 1806 y 1807 fueron notorios y, hasta hoy mismo, da testimonio de ellos el reloj que el regimiento 71 de Highlanders regaló entonces á ese hospital, en agradecimiento por la curación de sus heridos.

Facilitaban gratuitamente remedios á los pobres, sirviendo á todas horas la botica en cuya ventana hemos visto detenerse á fray José, donde una campanilla, que podía hacerse sonar en cualquier momento, daba á los indigentes la seguridad de encontrar asistencia, por avanzada que fuera la noche. A pesar de las dificultades que presentaban los pantanos, la oscuridad, los perros bravos y los malhechores, salían abnegadamente los buenos padres acudiendo al llamamiento, acompañados de

un lego que les alumbraba el camino con un farol pendiente de la punta de una caña.

Estos servicios, sin mencionar una escuela gratuita que dirigían, les habían granjeado gran popularidad y por ello puede deducirse la influencia de que gozaría fray José de las Animas, no solamente entre la gente del pueblo, sino también en las clases acomodadas, desde el tiempo en que los Virreyes y los Oidores comulgaban en el Hospital de Belén, cuando se celebraba, al comenzar el año, la pomposa función de regla.

Las relaciones de Valdeparez con fray José, si bien cordiales y casi amistosas, no eran tan estrechas como pudiera suponerse, á pesar de la frecuencia con que tenían oportunidad de tratarse, por vivir aquél en el Rincón de San Buenaventura <sup>7</sup> y éste en el obraje de la Convalecencia; pero se guardaban respectivamente consideración; el uno debido á su estado sacerdotal, y el otro á su respetabilidad de antiguo y honrado vecino de Buenos Aires. Por otra parte, el carácter del fraile, bastante complejo, no gustaba de amigos confesores; pero su curiosidad, aguzada por la costumbre de investigar, que desarrolla estudios como la botánica, á que solía entregarse, lo interesaba siempre en los asuntos ajenos. Severo de costumbres y de lenguaje, no era, sin embargo, tan escrupuloso que se espantara demasiado de la ligereza de los demás, y las vicisitudes de la vida le habían hecho desconfiado. En materia de intrigas no era lego, de suerte que, cuando lo alcanzó su amigo, había llegado á la parte más solitaria del camino, donde se podía dialogar libremente sin recelo á oídos indiscretos, y al preguntarle éste si la urgencia de salir que le había impedido esperarle afectaba la empresa que tenía entre manos ó á otra circunstancia, contestó:

— De todo debo ocuparme. ¿Podíamos acaso hablar *coram populo* en el hospital? Y, usted ¿qué prisa tenía en verme esta mañana misma? Supongo que no sucede algo particular!...

—Cudina está preso hace más de dos meses, y entre tanto....

—¿Qué cuento es éste? ¿A qué Cudina se refiere?

—¡Cómo! ¿No lo sabe usted? Francisco Cudina y Cermeño, aquel muchacho barcelonés, casado con María Felipa Peñalva, de la Capilla del Señor, que se embarcó para Montevideo con pliegos del general Goyeneche y que en febrero pasado debía traer comunicaciones del gobernador Vigodet para D. Martín de Alzaga.

—¡Válgame Dios! Ese hombre es incapaz de cosa seria: ¿no trajo nada?

—Sí, señor, trajo unas cartas. Y lo más grave es que no pudo entregarlas porque la autoridad le cayó encima: y el hecho de mantenerlo preso tanto tiempo sin resolver de su suerte, indica, no solamente desconfianza por parte de los *liberticidas*, sino la presunción de dar con los papeles.

—Con esa seguridad lo habrían ahorcado *ipso facto*, sin andarse por las ramas. Debía estar usted ya corregido de inútiles espantos. Recuerde la indiscreción comprometedora del vizcaino Galindez, formulando en documento escrito, contra el francés Rauschet, una apuesta de 3000 pesos á que el gobierno actual no duraba mucho. Todo se resolvió en agua de borrajas, y eso que Galindez era algo más peligroso que Cudina.

—El caso no es el mismo. Este ha traído documentos que no aparecen. Los paisanos están alarmados con las prisiones. José Moure, á pesar del crédito que le da su relación con el comandante de Zárate, D. Marcelo de la Colina, ha sido detenido, lo mismo que el regidor, decano de la Capilla, la mujer de éste y la de Cudina, que vivía en su casa.—Y Valdeparez, exaltado, seguía citando personas de más ó menos significación que habían sido presas ó llamadas á declarar, cuyo número le inquietaba y cuyas indiscreciones temía.

—Su desasosiego alarmó, al fin, á fray José, porque conocía los efectos del miedo, y para tranquilizar á su

amigo le hizo saber que, por informes fidedignos, tenía conocimiento que Juana Casco, la viuda de Barragán, casada con D. Manuel Basabe, el regidor referido, había quemado todos los documentos, en el secreto de su casa, a la luz de una vela, el mismo día que prendieron a Cutilina, haciéndoselos desenterrar á la mujer de éste del cardal donde los tenía escondidos, dejando solamente las *Gacetas*, unos papeles recogidos por el oficial que fué á practicar el registro. Aquel asunto había pasado ya en calidad de cosa juzgada, sin preocupar á nadie y no dejaba de ser extraño que el señor Valdepareas se molestara por ello, cuando lo suponía, por su aproximación á Alzaga, al cabo de muchos detalles. El éxito de la conjuración era seguro, y si no se había dado aún el golpe, esto dependía de trabajos que se practicaban para obtener la adhesión de un cuerpo de tropas regulares.

Marchando por las desiguales veredas suburbiales, y alejándose cada vez más en el despoblado, nuestros dos interlocutores, con la apariencia de un par de desocupados amigos que aprovechan la bondad del tiempo para dar un paseo matinal, realizaban ese juego político tan peligroso que consiste en exaltar los ánimos de un partido excitándolo contra sus enemigos y disponiéndolo á la lucha armada; no francamente, á la luz del día, sino en el secreto profundo de los conciliábulos, en el sigilo de todos los momentos, derramando hiel en todos los corazones, difundiendo el odio y la venganza, con el constante sobresalto de que imprudentes acciones ó indiscretas palabras puedan hacerlos víctimas de tanta audacia. Y, tomando parte en estos azares, habían llevado al período álgido de la conjuración que se tramaba en Buenos Aires, al momento supremo de remover los últimos peones, convocar los agentes inferiores que debían actuar directamente, y de cuya acción, de cuyo resultado, dependía el éxito ó el fracaso. Cuando ese momento se aproxima, los más serenos pierden algo de



su equilibrio moral, se destemplan, por decirlo así, al par que se excitan, y la fiebre que nace de aquél estado de ánimo, produce una inquietud que sólo los caracteres excepcionales pueden contener.

Tal era la desorganización de Valdeparea cuando fray José, hombre de temple fuerte, entre soldado y sacerdote, patriota español á toda prueba, con frialdad de cirujano y fé de misionero, le alentaba á tener confianza, asegurándole que la riqueza, el carácter enérgico, la influencia y la serenidad de D. Martín de Alzaga, eran sobrada garantía para asegurar el éxito. Y si á causa de la debilidad de sus amigos fracasó en 1809, la experiencia le habia hecho cauto y previsor, el secreto no trascendería, tanto menos cuanto que el momento decisivo estaba cercano y solo faltaba el acuerdo de un cuerpo de tropas que, según el mismo Alzaga lo habia dado á entender, debía plegarse á su partido para facilitar la ocupación del fuerte. Con generalidad se decia, á su juicio sin fundamento, que los arribeños que ocupaban el cuartel detrás de la Merced, entrarían en el movimiento á la primera voz; pero como la filiación política del coronel D. Francisco Ortiz de Ocampo, su jefe actual, era bien conocida por la actitud determinada que asumió en los sucesos del año 10, no habia que contar con él sino al contrario, precaverse. En cuanto á los oficiales no presumia en quién podria fijarse la atención, y recorriendo el nombre de todos, no encontraba en ninguno afinidades con los peninsulares comprometidos, si bien es cierto que para dirigir un golpe de mano, cualquiera hombre determinado bastaba, y entre los sargentos ó soldados estaria, tal vez, el elegido.

Debo suponer, agregaba el fraile con socarronería, que el señor de Valdeparea, tan patriota y adicto, ha merecido del jefe una confianza, á que su notoria prudencia y honrado carácter le hacen acreedor, debiendo, por lo tanto, estar mejor informado que yo al respecto.

Este discurso artificioso, hecho por fray José para ob-

tener de la inocente vanidad de su interlocutor las noticias que ignoraba, debió producir alguna impresión en éste, pues deteniendo la marcha y mirándolo con cierto aire de suficiencia, contestó:

—Ningún oficial conozco capaz de tal empresa, y si bien el Sr. Alzaga es muy reservado en estas materias, puedo, por mi parte, afirmar lo que no es un secreto para los antiguos vecinos de Buenos Aires; que ha mantenido amistosas relaciones con la familia del capitán Cáceres, á quien usted debe conocer; relaciones que consideraba interrumpidas por causas políticas y que, tal vez, motivos que ignoro hayan vuelto á reanudar.

—Así será,—dijo fray José con aire distraído, arrollando y desarrollando en el dedo índice tendido hacia adelante, que hacía girar en el aire, el rosario pendiente del cinturón de cuero con que se ceñía el hábito.—Desconfío de ese capitancito protegido de Ocampo, que se portó como un valiente —no hay que negarlo— en la última invasión inglesa, peleando junto á Bustos en la casa de Sotoca, y que debe su grado á los falsos españoles que dominan el país. Es un lobezno que no me gusta; pero, la verdad, no conozco sus antecedentes: algún perdulario de tantos que brotan de la nada.

—Es hijo de familia honrada. Sus antecesores, establecidos aquí de mucho tiempo atrás, durante el gobierno de Bucarelli, según he oído, eran de buena cepa y gentes muy bien conceptuadas. El padre murió por el año 90, de resultas de una caída del caballo.

—Y usted ¿se relacionó con ellos?

—¡Bah! No. Ni antes ni ahora. Aquí pronto nos conocemos. Son habas contadas. Cuando me casé, el año 95, la viuda se había retirado á su estancia de la Exaltación de la Cruz, que era el único bien saneado que le quedó. Esto último lo supe más tarde por el escribano Matías Machuca, que trabajaba entonces con Boiso y estuvo encargado de la testamentaria y de la liquidación de bienes.





— No se fie usted de tal escribano.....

—No se fie usted de tal escribano, que puede darnos un chasco. Es enemigo declarado de nuestra causa.

—Ya lo sé. Ni lo veo ni lo oigo. Un día, por circunstancia casual, á propósito de la escritura de un campo, como apoderado de la señora Mercedes Vargas de Cáceres, me refirió algunos antecedentes de la familia, que están de acuerdo con lo que generalmente se dice de ella.

Habían llegado á la Capilla de Santa Lucía, donde debían separarse; pero la curiosidad de fray José estaba excitada y quería aprovechar la oportunidad que se le presentaba de saber algo sobre las vinculaciones que Alzaga podía tener con Cáceres y deducir, de aquí, los medios de que se valdría para atraerlo á su partido. Con tal pensamiento invitó á Valdeparez para continuar juntos el paseo hasta la Convalecencia, ofreciéndole el aliciente de unas empanadas de mano maestra y, mejor que todo, exquisitos dulces, que había recibido como regalo de las monjas. Podrían entrar un momento y descansar en la quinta de Marull, con quien trata que hablar; pero no demorarían mucho para llegar á buena hora.

Aceptada esta invitación, la figura de los dos amigos se perdió entre los árboles que sombreaban la entrada.

El camino quedó solitario y la luz serena de la mañana pareció extenderse sobre el cielo suave y hermoso, como si la vida revoloteara en el aire con alas invisibles y la naturaleza despertara exuberante y llena de perfumes.

La voz lejana de un carretero que picaba sus bueyes se oyó distintamente:

—¡Vamos, negroo!...

## II

Don Francisco Antonio de Valdeparea, con posición independiente y cincuenta y cuatro años de edad, tomó parte en aquella conjuración, ó se dejó arrastrar á ella, tal vez, porque su esposa, doña María Encarnación Andonaegui, con quien no marchaba acorde, tenía ideas opuestas y un carácter varonil que lo ponía en el caso extremo de manifestar, también él, en cualquier forma, la necesaria energía á un hombre digno de tal mujer. No tenía ambiciones, no gustaba de la carrera política, hacía más de treinta años que estaba a vecindado en Buenos Aires: las invasiones inglesas, que conmovieron todo el país, no le hicieron cargar un fusil; pero se llegó á convencer que los americanos eran una mala semilla, buenos sólo para racimos de horca, y esto, probablemente, le dispuso el ánimo para entrar en una lucha nueva cuyos sobresaltos, angustias y desenlace no pudo prever.

No fué feliz ni en el hogar ni en la política, según dicen los cronistas de aquel tiempo y de aquellos sucesos; pero debe culparse de ello al destino y no á don Francisco, que hizo cuanto pudo para serlo en todos los estados. Desgraciadamente pertenecía á esa clase de hombres cortos de vista que piensan que no son ellos los que pasan, sino el tiempo, y por tanto procuran entretenerse *matándolo*, ellos, los perpétuamente jóvenes, sin experiencia del pasado y sin esperanzas en el porvenir. Lo matan durmiendo la siesta, asistiendo á pro-

cesiones, conspirando, oyendo rogativas ó contando cuentos, hasta morir, impenitentes de sus ilusiones, al peso del tiempo que los agobia, arroja bajo tierra y pasa.

La crónica social antigua tenía para Valdeparez ese aliciente, ese sabor singular que disfruta el conversador desocupado refiriendo vidas ajenas. No es extraño, pues, que aceptara la oferta de fray José con visible satisfacción.

Fueron recibidos con agasajo por el presbítero don Francisco Marull, sacerdote catalán que á la sazón desempeñaba el curato de Santa Lucía, quien les brindó oportunamente un mate, que saborearon con gusto y, cuando hubieron descansado, emprendieron de nuevo el camino que subía á la Convalecencia, reanudando la conversación interrumpida.

—¿Decía usted, pues, que el abuelo del capitán Cáceres vino á Buenos Aires durante el gobierno de Bucarelli?

—Así me lo ha referido Machuca, quien tenía motivos para saberlo, dada su amistad con la señora viuda. Según esos informes, era un aragonés de buena estirpe. Hamado Pedro de Vargas y Heredia, hombre emprendedor, laborioso y de algún caudal; pero habiendo naufragado su heredada fortuna en las vicisitudes de una vida agitada, en vez de buscar, como otros, en hechos heroicos de armas el medio de recobrar su importancia, sin confianza en el triunfo de las espadas y resuelto en adelante á jugar oros, dispuso mudar sus penates á estas colonias americanas, con un modesto empleo en la administración de tabacos que, merced al buen predicamento de D. José de Gálvez, pudo obtener en Buenos Aires, por gracia de S. M.

—Venía agarrado á buenas aldabas.

—En ellas apoyaba sus ilusiones y no le fué mal, como usted verá. Llegó al soñado empleo, casado ya en Zaragoza con doña Juana Rubio, hermosa y digna

señora que no trajo al matrimonio otro caudal que el amor y el respeto á su marido, cuyo generoso carácter sabía estimar, á pesar de la áspera corteza con que lo había revestido el contacto de la gente ruda y despreocupada que trató fuera de su ciudad natal. El primer beneficio que les deparó la providencia en América fué una hija, hermosa bendición de Dios que venía á vigorizar el ánimo de aquellos honrados emigrantes, sóbrios y fuertes, trabajadores y dispuestos, cuyo espíritu religioso vió, en este vínculo de unión, la mano protectora de la Santísima Virgen de las Mercedes, de su preferente devoción, y bautizaron á la niña con ese nombre tan lleno de promesas para lo futuro.

—¿Esta niña es, entonces, la madre del capitán Cáceres?—interrumpió fray José, con interés.

—Sin duda alguna. Ella nació en 1767 y, justamente en aquél año, don Pedro Vargas adquirió una suerte de estancia en la Exaltación de la Cruz, abandonando entonces el empleo para explotar con más provecho el comercio de cueros y sebo, estableciendo, más adelante, una casa de negocios y giro en la capital, para lo que sus buenas relaciones en España le fueron de mucho provecho. Tal vez no era esto, precisamente, la realización de su sueño dorado; pero, cuando menos, la filosofía práctica de aquél hombre daba el camino por bien andado y no encontraba margen para quejarse de la suerte, viendo crecer y formarse, bajo la previsorá tutela materna, aquel delicado ser cuyo porvenir contaba asegurar sólidamente.

Valdeparez calló. La senda se estrechaba y debían marchar uno tras otro apartando las ramas espinosas de un cerco que estorbaba el paso, y así caminaron un rato en silencio. Fray José seguía á su compañero, y al llegar al extremo del cercado, para que pudieran subir á la vereda, tres hombres del pueblo, que formando grupo estaban conversando, se apartaron quitándose el sombrero. Contestado el saludo, atravesaron la calle y aparea-



dos de nuevo, continuó el primero su interrumpida narración.

—Cuando el señor de Vargas—ya anteponía esta partícula olvidada á su apellido, por derecho de progenitura y juicioso consejo de su esposa—dejó el importante establecimiento de campo bajo la dirección del vasco Manuel Varaona, su capataz y asociado, cuya probada lealtad no daba lugar á dudas, la casa de negocio de la ciudad había prosperado bastante y los embrollados garabatos de la rúbrica que adornaba su firma, representaban algunos miles de pesos. Diez ó doce años de asiduo trabajo le dieron notoriedad y relaciones en Buenos Aires; se hizo estimar por su honradez y buen consejo, de modo que tenía el derecho de esperar para su hija un partido ventajoso cuando llegara á la edad del matrimonio. Entre tanto, la gravedad de matrona romana con que Justita—como llamaban sus amigas á la señora de Vargas—sabía revestir sus actos, era segura garantía de que ningún hombre, que no fuera merecedor de su simpatía, se tomara la libertad de fijar su mirada en el hermoso rostro de Merceditas.

—Todavía yo no estaba en América; pero me doy cuenta de lo que sería la vida de esta colonia. Metódica, monótona y tranquila, unida á la severidad de la educación doméstica, no dejaba otro esparcimiento á la natural curiosidad de las niñas que la asistencia á las ceremonias religiosas, que se sucedían con la uniformidad de cuentas de rosario, interpoladas de tiempo en tiempo, durante el año, por procesiones ú otras festividades que estaban en razón directa de los triunfos ó contrastes experimentados por la madre patria en sus guerras con Inglaterra y con los portugueses.

Las gacetas de España, las pragmáticas de S. M. ó las predicaciones de la Santa Bula, llenaban suficientemente entre las personas serias las horas de tertulia, compartiendo su interés con las reñidas partidas de mallilla ó de chaquete, acompañadas de sabrosas jícaras

de chocolate servido en torno del brasero, con que los vecinos de mayor significación ó más acomodados obsequiaban á sus visitas. Pero las niñas, sentadas en grupo aparte, á regular distancia de los hombres, obligadas por el respeto á sus mayores á refrenar la bulliciosa alegría, no osaban levantar la vista; pero elevaban íntimamente al cielo la esperanza de que el esposo que sus padres eligieran para ellas, les permitiría participar de goces más expansivos y menos tristes.

— Como usted sabe, — continuaba el narrador, dirigiéndose á su amigo, que ya no le interrumpía creyendo así llegar más pronto al término de tan larga historia, — la Capitanía general de Buenos Aires, que antes era un Estado dependiente del Perú, fué erigida en Virreynato, anexándole las provincias del Alto Perú y de Cuyo, que entraron á formar parte de la nueva división territorial. Eso fué por el año 1776 ó 77 y, hasta entonces, había esperado Merceditas Vargas al hombre que debía cambiar su destino. Nombrado Virrey el General don Pedro de Cevallos, mereció también la dirección y mando superior de una poderosa expedición, destinada á recuperar la Colonia que ocupaban los portugueses sobre la otra banda del río, y en ella vino D. Vicente de Cáceres, como muchos otros, no sé con qué cargo ó empleo; pero la verdad es que se quedó en Buenos Aires. Según las referencias de Machuca, era un hombre bizarro, instruído y galante, en la plenitud de la vida y que gozaba la reputación de muy versado en ciencias exactas. Contaba entre sus amigos al doctor Miguel O'Gorman, que usted conoce; al coronel del Regimiento de Saboya, D. Antonio Olaguer Feliú, que después fué Virrey; á D. Manuel Ignacio Fernández, intendente de ejército y Real Hacienda, y muchos otros de los que vinieron en la expedición; pero, sobre todo, de los que quedaron en la capital. Madrileño, educado en la Corte, con tales relaciones y antecedentes, supo captarse pronto la benevolencia del nuevo gobernante y, ocupado en

empleos y comisiones, aprovechar el tiempo, desarrollando una actividad inusitada aquí; pero asimilándose pronto al método de vida y á las costumbres parsimoniosas y serias de esta sociedad.

Entre las personas con quienes intimó en Buenos Aires se particularizaron, por su buena amistad y trato frecuente, D. Pedro de Vargas y nuestro amigo Alzaga, á quien usted ni yo conocíamos aún. El primero, reputado como muy práctico en materias del comercio colonial, y el segundo, de altivo carácter, muy bien vinculado y rico. El uno, viejo, miraba en Cáceres las condiciones convenientes al deseado yerno: cultura, honradez y firmeza para gobernar el timón de sus negocios; afectuosidad como jefe de familia y, finalmente, condiciones físicas para agradar y hacer feliz á la hija que llenaba su pensamiento en los últimos años; el otro, jóven, que acababa de obtener su nombramiento de Regidor por unanimidad de votos, con la legítima satisfacción del que ambiciona, buscaba elementos de crédito político entre las personas de positiva importancia. Estos dos hombres, sin consultarse, por distintos motivos y tendencias, procuraron incorporar definitivamente á su amigo Cáceres á la sociedad colonial, vinculándolo por el matrimonio á una familia conocida.

—Sólo esto me faltaba oír—interrumpió fray José.—No pude imaginarme nunca que el Sr. Alzaga fuera un casamentero. Esas veleidades juveniles han pasado, seguramente, para no volver, pues quien actualmente lo trate, lo menos que le puede atribuir es el papel de zurcidor de voluntades. La ambición puede mucho en él; pero, sin embargo, es demasiado soberbio, y permítame usted, señor Valdeparez, manifestarle mi sorpresa por esta circunstancia, sin dudar de la veracidad de la historia que me refiere, aunque bien puede ser que el Sr. Machuca haya querido burlarse de la honrada credulidad de usted.

—Sea de ello lo que quiera, el resultado fué que á

principios de 1787, D. Vicente de Cáceres solicitó formalmente el permiso para cortejar á Merceditas, contando más, á lo que creo, con la voluntad de los padres, que con la segura conquista de aquél corazón de veinte años, virgen aún de sensaciones amorosas.

Pero lo que Valdeparez no podía saber, ni referir por consiguiente á fray José, es que el matrimonio, resuelto de tiempo atrás, y anunciado á media voz entre los amigos, tenía á los ojos de todos la autoridad de un hecho y, sin embargo, Merceditas no había manifestado aún su parecer.

El enlace que debía fundir en una familia estas dos vidas, se hizo el objeto único de los esfuerzos paternos, y la ingénua niña, habituada á oír hablar todos los días de su prometido, se había insensiblemente adherido á él por lazos sutiles y extraños que no se sentía con fuerzas para romper. Aun cuando no había preguntado á su corazón si le amaba, le parecía que si no se realizaba el matrimonio se hubiera sentido desgraciada ó desposeída de su felicidad.

A pesar de esto, á la aproximación de su prometido se apoderaba de ella una súbita y extraña inquietud, que no era precisamente temor ni respeto, sino algo como si se le escapara su destino, sin la posibilidad de detenerlo. ¿Le repugnaba acaso? ¿Era antipático, feo ó grosero? Lejos de eso: de mediana estatura, flexible, nervioso, con una expresión altanera en los hermosos ojos, pero velada por algo tierno y aterciopelado, atraía sin violencia, suplicaba sin adulación y, aparte de esto, su acento era persuasivo y tenía en la voz una dulzura particular é imprevista que le hacía muy agradable.

Cada día se sentía Mercedes más dominada por aquel hombre que parecía no tener otra preocupación que su dicha y, al fin, cedió, con buena voluntad, con benevolencia y con cariño, si se quiere, pero sin amor. Aunque el aspecto de su felicidad naciente le causaba una vaga inquietud, vió reflejada en la fisonomía de sus

padres tanta alegría, tanta satisfacción de su obediencia, que desechó toda aprensión injustificada y pensó, más tranquila, que él era seguramente digno de ser amado.

—El matrimonio se realizó en 1787,—continuó Valdepares,—y me permito suponer que sin ninguna impresión seria en el alma, Mercedes se dejó conducir al altar y recibió, con la conciencia de merecerlas, las promesas de felicidad que le prodigó su esposo y las afectuosas demostraciones de su padrino, el flamante Regidor D. Martín de Alzaga, quien la colmó de generosos presentes.

—¡Acabáramos!—exclamó fray José de las Animas.—El señor Alzaga, amigo de Cáceres, al acompañarlo al altar, ha contraído para con sus ahijados obligaciones que su espíritu religioso no le habrá permitido olvidar, cualquiera que fueran las circunstancias en que se encontrara después, y desde luego me explico que cuente con el auxilio de sus amigos en los momentos actuales, tanto más cuando que le corresponde, como padrino, velar por el porvenir del hijo de la viuda.

—Sin duda alguna; pero él ha estado muy alejado de esa señora desde su destierro á Patagones el año 9. Vuelvo á mi relato.

Cuando Mercedes creía asegurado su porvenir y su sosiego, la Providencia dejó penetrar la muerte en aquél hogar, arrebatando en pocos días, tras una violenta y extraña enfermedad, á su anciano padre, y la desolación de su viudez acabó en pocos meses más con la débil existencia de la madre, que expiró dulcemente en sus brazos, ofreciendo el alma á la santísima Virgen de su devoción. En tan angustioso trance la acompañó la ternura y el cuidado del esposo, que encontró palabras de resignación y de consuelo con la sublime dualidad del amor y la fe.

Así pasó el primer año de su matrimonio, y si el luto de sus padres no le recordara á cada momento tan sen-

sible pérdida, tal vez hubiera sido dichosa, porque Cáceres le demostró en todos los momentos un sincero amor, una franca y tierna amistad, un sentimiento de tan noble adhesión, que ella se consideraba, con extrañeza, incapaz de corresponder.

Algo que Machuca no pudo ó no quiso referirme, debió pasar en la intimidad de ese matrimonio; pero de su relación pude deducir que en el choque de tantas emociones Mercedes no se había dado cuenta todavía, allá, en lo íntimo de su corazón, de la naturaleza del sentimiento que la ligaba á su esposo, cuando sintió que iba á ser madre, y entonces todo el caudal de infinita ternura que rebosaba su alma, todo el amor que parecía sobrarle para su marido, se desbordó, por decirlo así, en aquel fruto de sus entrañas, dejando su espíritu en un estado de reposo, de serenidad tan inalterable, que afirmó sólidamente, entonces por primera vez, la cadena del matrimonio, cuyo peso había sobrellevado sin advertirlo y cuya solidaridad podía ahora apreciar.

No olvidará ella nunca, decía el escribano, el día 10 de noviembre de 1788, en que vino al mundo el ser inocente, tan esperado por los abuelos, que no pudieron conocerlo, y que era para los esposos el mayor consuelo, el bien máspreciado con que los favorecía la naturaleza, como la luz de un nuevo sol, para vigorizar la savia de su alma, acongojada por la triste pérdida de los ancianos que formaron aquel hogar honesto.

—¿De modo que el capitán tiene 24 años?

—Justamente.

—Continúe usted.

—Los negocios á cargo de Cáceres no prosperaban. La casa de giro que sostenía Vargas con su crédito y sus aptitudes, fué liquidada sin grandes ventajas y aún menoscabando las ganancias del primero, para poder conservar la estancia libre de gravámenes. Sin preocupaciones, hubiera podido todavía aspirar á la tranquilidad; pero poco más de un año después de nacido

aquel hijo, á quien también llamaron Vicente, para perpetuar en la familia el nombre del padre, sufrió Cáceres la caída violenta que le ocasionó la muerte. El largo duelo, las negras vestiduras, que se sucedían como si no debiera abandonarlas jamás, parecieron agobiar á aquella mujer que, estrechando contra su seno al tierno huérfano, como si deseara separarlo de un peligro, huyó á la Exaltación de la Cruz, á la casa vieja de la estancia paterna, buscando la soledad necesaria á su espíritu cansado.

Alzaga no la abandonó en la desgracia; pero ella parecía no simpatizar con su altivez, y al retirarse al campo, dejó un poder general al cartulario que me refería estos hechos, experto y honrado amigo de la familia, quien se encargó de atender á la testamentaria, dando á la viuda excelentes consejos y sirviéndola con desinterés. No sin trabajo logró comprar para su desgraciada amiga aquella casa (usted debe recordarla) cerca del convento de las Catalinas, que sus dueños abandonaron, con miedo pueril, porque en la misma cuadra había fallecido D. José Valle de una enfermedad que el protomedicato declaró contagiosa, haciendo mudar los pisos, rebocar las paredes y quemar las ropas, asegurando así, por poco dinero, una finca en la ciudad, donde pudieran Mercedes y su hijo vivir cuando quisieran abandonar la soledad del campo.

—¡Pues no he de acordarme! En ella viven hoy todavía.—dijo fray José.—He pasado muchas veces por allí y, al parecer, la señora disfruta alguna comodidad.

—Conserva todavía la estancia, que es la misma que en la Capilla del Señor llaman «El Montecito», y algo debe producirle, porque el hijo del vasco Varaona ha continuado el empleo del padre; de modo que allí poco se habrá modificado. Sea debido á la influencia del señor Alzaga ó á la de cualquiera de los muchos amigos de su padre, el joven Cáceres recibió buena educación. Decidido por la milicia, hizo sus primeras armas durante

las invasiones inglesas en el cuerpo de Arribeños, con tanto éxito en esos días portentosos, que alcanzó un grado, como usted sabe, acompañando después á Ocampo y á los demás en la fatal pueblada del año 10, que nos ha conducido al estado actual.

—Y una niña que he visto alguna vez en la ventana, junto á Mercedes, ¿quién es?

Una huérfana, adoptada por la viuda y á quien trata como si fuera su propia hija, aunque, según dicen, es tan solo su ahijada.

—No hay duda para mí, señor de Valdepares, que en esa casa está fija hoy la atención del Sr. Alzaga, y con los antecedentes que me ha hecho usted conocer, estoy casi seguro que son los Arribeños el cuerpo cuya cooperación se espera.

Continuaron estos dos hombres conversando tranquilamente, sin ninguna perturbación en la conciencia, sin las agitaciones tormentosas ó dramáticas que el lector podría suponer en ellos, cuando ya los cronistas de aquel tiempo se los han mostrado, antes que nosotros, al uno como un fraile taciturno, soldadote con hábitos, apropiado para operar en actos sangrientos, y al otro como un tinterillo, redactor ocasional de proclamas y manifiestos, ingertado, por acaso, en un suceso político de tanta magnitud como la conjuración del año 12; pero es que el momento no había llegado aún, descansaban sobre la seguridad de un secreto que creían bien guardado y, sobre todo, en la confianza del triunfo próximo, en la esperanza del logro definitivo de sus ambiciones, de sus deseos ó de sus satisfacciones patrióticas.

Llegaron á la Convalecencia, á gozar de las golosinas prometidas. La casa, construída por los Bethlehemitas en terreno propio, no era alegre: ancha de muros, baja de techo y oscura, como todas esas construcciones chatas en que las condiciones de seguridad primaban sobre las demás. Sólo era agradable por la perspectiva que se podía gozar desde la altura: por el sol que



inundaba los patios, por la vista de los naranjos, cuyo fruto empezaba á dorarse, y de los demás árboles de la huerta, rodeada de cercos; pero allá, más abajo, hasta la línea del Riachuelo, los galpones de las barracas, atestados de cueros, los potreros de las quintas, los ombúes corpulentos, que afirmaban sus raíces como garras en el suelo, y los peatones y ginetes que se movían en aquel cuadro, impresionaban alegremente al observador y se concebía, entonces, el acierto con que había sido elegido el paraje para asilar convalecientes. En el interior, la presencia de los negros esclavos, descalzos y desarrapados, ó de los enfermos, embozados en ponchos de color indefinido, que se veían cruzar de un lado á otro, amenguaban el gusto de permanecer allí á quien no tuviera, como el padre barbón, la indiferencia que trae la costumbre. Esto no fué óbice para que Valdeparez aceptara las empanadas y los dulces que le fueron ofrecidos, sentado mesa por medio con fray José, en uno de esos antiguos sillones de cuero labrado, claveteados, que en cualquier parte que se coloquen parecen siempre escapados de una sacristía, porque no se concibe su uso sino bajo las pesadas bóvedas de un convento en el siglo XVIII.

El ruido de algunos hombres que trabajaban en el obraje se confundía con las palabras del padre, quien, señalando al cuarto del medio del edificio y aludiendo á las armas allí escondidas, decía:

— Tenemos lo bastante para dominar la situación.

— Yo sé donde hay más fusiles — contestó Valdeparez con voz baja.

Han de morir todos.....

Los pajarillos piaban en el exterior, preconizando la vida, dos feos y sucios perros guardianes se rebullían en un rincón del patio y, cerca de la puerta, una mata frondosa de cedrón florido perfumaba suavemente el aire.

### III

En la salita de su casa del barrio de las Catalinas, Mercedes, con el codo en el brazo de un sillón y la mejilla sobre la palma de la mano, se entregaba, en un momento de soledad, á la amargura de sus pensamientos.

Miraba su fisonomía en el espejo de la consola que llenaba el espacio de pared entre las dos ventanas, y leía en ella con toda claridad las huellas del pasado. Estaba desmejorada; su esbelta cabeza, semejante por la pureza de líneas á una fina miniatura antigua, se erguía aún noblemente sobre sus hombros bien modelados, las hebras de plata que podían denunciar su edad, desaparecían perdidas entre la abundante cabellera oscura; pero en la luz melancólica de sus ojos, todavía hermosos, podía leerse una larga historia de lágrimas y algo como el sentimiento de un amor perdido, de una esperanza acariciada mucho tiempo y no lograda.

Le amargaba el recuerdo de aquellos años que había pasado con su hijo en la soledad de la estancia paterna, sin otra compañía que la familia del capataz Varrona, encargado de la administración de «El Montecito», y que había continuado adicto, á través del tiempo, hasta morir dejando á sus descendientes la misma herencia de lealtad y constancia. Ella era la madrina protectora de aquel vecindario de pobres mujeres y desnudas criaturas. A ella acudían por socorro, por

consejo, por amparo en las situaciones difíciles de la vida, y la brindaban en compensación el tributo de su gratitud y el obsequio de jazmines, claveles y flores olorosas, de que era tan amante.

La antigua casa de adobe con techo de paja, el ombú inmediato que les ofrecía fresca sombra, el humilde afán de los esclavos negros, el ganado volviendo al rodeo, y todos aquellos detalles de la vida retirada que hacía entonces, se esfumaban á lo lejos en su imaginación; pero fresco, claro, como si hubiera sucedido en el día, sentía el sobresalto que le ocasionó Vicente cuando, por primera vez, lo vió á caballo, tan pequeño, tan débil y tan resuelto, bajo los cuidados pacientes de Varaona que lo llevaba sobre su montura, y cuando la figura del niño se destacaba á lo lejos regresando al galope, recordó, con tristeza, al esposo perdido. ¿Cómo pudo suceder tal desgracia? No lo concebía.

Un día, cuando menos lo esperaba, lo trajeron muerto. Se desmayó. Cuando volvió en sí no podía llorar. ¡Qué angustia! Recibió, á pesar de todo, sumisa y resignada como cristiana, aquel golpe que la dejaba de nuevo sola. Y por eso se había recluso en la soledad, irritada contra su propio destino, ya que no desalentada, porque era madre y le parecía que su corazón estaba cerrado á todos los llamamientos, á todas las aspiraciones que no se reflejaban en su hijo.

Sin embargo, sentía fermentar dentro de sí una necesidad misteriosa, sentía las más singulares agitaciones interiores, algo que pugnaba por salir bramando de su seno, romper aquella cárcel y desbordarse como una cascada de ternura, de abnegación, de sacrificio. Su orgullo se revelaba contra ese sentimiento, lo rechazaba y, anegada en llanto, buscaba una explicación, una causa de su estado moral, que no podía darse á sí misma.

Cierto día un hombre se apeó en la tranquera: quería hablar con la propietaria del campo, según dijo, sobre

el deslinde de las tierras inmediatas que había adquirido. Como le insinuaran que la señora dormía la siesta, no quiso explicarse con el capataz; montó de nuevo á caballo y se volvió.

Parecía un hombre culto y de dinero; hablaba con ese tono natural de autoridad que adquieren las personas acostumbradas á gobernar á otros. Dijo que volvería y Varaona no insistió. Por otra parte, deseaba que la señora Mercedes —por razones que tocaban á su satisfacción personal— interviniera en los asuntos del establecimiento confiados enteramente á su responsabilidad desde la muerte de su patrón, hacía año y medio.

Al día siguiente por la tarde Mercedes recibió al vecino con la cortesía y amabilidad que le eran habituales. Le pareció turbado para explicar lo que deseaba conocer, y algo sorprendido porque lo recibiera una señora de tal porte y condición social, donde pensó, tal vez, encontrar una mujer vulgar. Dijo algo sobre la colocación de unos mojones, que terminó satisfactoriamente, siendo la parte menos interesante de la conversación, contraída casi toda, después de pronunciar sus respectivos nombres, á explicar las razones por las cuales pensaba permanecer algún tiempo en la vecindad, admirándose de que siendo ella tan joven se mantuviera retirada en aquél establecimiento, y terminando por disculparse de la molestia que le había causado y solicitar permiso para visitarla más adelante.

Llamábase Agustín Dervieux, nacido en España de padres franceses. Estaba en relación con muchas personas que habían sido amigos de su marido, particularmente con D. Martín de Alzaga, su padrino de matrimonio, con cuyo carácter autoritario no había podido ella contemporizar, á pesar de las deferentes atenciones que le prodigaba, á quien respetaba sin estimarle y veía con muy poca frecuencia desde la muerte de Cáceres. Dervieux, por lo contrario, si la opinión que tenía formada de Alzaga como hombre público no estaba al

nivel del orgullo de éste, lo apreciaba mucho por sus condiciones personales, su generosidad, su amor á la familia y su indiscutible honradez. Como le había reprochado más de una vez que hablara con franqueza y en voz alta de la política colonial, haciéndole notar que eso no era prudente en un hombre que llevaba apellido extranjero, Dervieux lo calificaba de exajerado y pueril en sus apreciaciones.

A parte estos alardes indiscretos á que lo conducía su carácter independiente, era patriota sincero, bien educado, de mirada franca, modales desenvueltos y exquisita elegancia. lo que impresionó favorablemente á Mercedes. Empero ésta se mantuvo circunspecta, sin desamparar ni un momento á su hijo, que contaba apenas tres años entonces, y lo retuvo sobre sus faldas como una égida protectora. contra toda influencia extraña.

Las visitas se sucedieron y Mercedes al poco tiempo cambió de fisonomía y volvió á ponerse linda, no porque hubiera dejado de serlo, sinó porque una expresión de felicidad interior realzaba su belleza, y más de una vez se sorprendió á sí misma delante del espejo observando su dulce y fino rostro, sus espléndidos ojos y procurando el más coqueto arreglo de su abundante mata de cabellos oscuros. Cuando esto sucedía, buscaba á su hijo llenándolo de cariñosos besos y no era extraño ver, en ese momento, desprenderse de sus ojos una lágrima.

Entonces conoció que se llenaba aquel vacío incomprendible de su vida que le oprimía el corazón. Amaba por primera vez y se dió cuenta, sin explicarlo, de que este sentimiento dominaba su alma. No podía comprender claramente por qué causas, su corazón, antes cerrado á los afectos, á los tiernos afanes de un esposo leal, se abría hoy á nuevos anhelos ante un extraño que nada había hecho, nada, para merecer su amor. Y, después de todo ¿para qué buscar pretextos á lo irrepara-

ble? ¿Se sabe, acaso, por qué Cevallos fué valiente, cobarde Sobremonte, abnegado Moreno? Eso estaba en lo humano. Lo que había visto de los amores debió curarla de amor. Y, sin embargo!... ¡cuánta necesidad tenía de ternura!

Dervieux la amó con sinceridad y se lo manifestó sin exageraciones de pasión, seguro ya de ser correspondido. El luto fué gradualmente desapareciendo: renació la alegría. El matrimonio se concertó bajo los más halagadores auspicios. Entre tanto se veían con frecuencia, sus conversaciones eran íntimas, desarrollando los más lisonjeros proyectos para el futuro. Él había tomado parte en negocios complicados que lo obligaban á viajar continuamente á la Banda Oriental, embarcándose por Campana, pero procuraba resolverlos lo más pronto posible para realizar su enlace.

Así pasaba el tiempo. Una vez, en primavera, ¡casi como de día! cuando las flores se abrían á la luz fecundante del tibio sol, sin pensarlo, sin quererlo, sin poderlo explicar después, cayeron uno en brazos del otro. El jóven, ella hermosa, cedieron al rigor de su naturaleza, sin temores, sin sobresaltos. ¿No eran ya prometidos esposos? La escena eterna de Paolo Malatesta y Francesca de Rimini, inmortalizada por el poeta florentino:

*Amor, ch' a nullo amato amar perdona.*

Tan sincera fué su unión que nada alteró su ánimo, ningún remordimiento, ninguna pena... ¡eran tan felices!

Así pasaron algunos meses: ella confiada en sus promesas; él activando la resolución de sus negocios. Queriendo ultimarlos más pronto le fué necesario embarcarse para Rio de Janeiro; pero corrían angustiosos los días y no regresaba.

Comenzó para Mercedes una nueva odisea de angustias y dolores.

Cuando su deshonor era evidente, lo llamó en una carta llena de amargos reproches. El abandonó todo y

vino afligido, encolerizado contra sí mismo; pero llegó tarde. ¡Desgraciadas imprevisiones y debilidades que tales resultados producen!

La salud de Mercedes exigía cuidados. Era indispensable ocultar su estado y ella quiso salir de la casa de sus padres donde todo le recordaba su falta y, más que todo, su inocente hijo; ese tierno niño sobre quien recaía su pecado. ¡Qué riguroso castigo es la conciencia!

Salió de allí, desolada, y fué á Luján á rogar el perdón de la Virgen milagrosa, buscando amparo y asilo en el modesto rancho de una pobre mujer que había protegido en mejores tiempos, fiel y humilde amiga á quien su felicidad egoísta tenía olvidada.

Dervieux la alcanzó allí, y con ternura, si bien con pena, no pudiendo llevarla en ese estado al altar, allanó cuantas dificultades se presentaron y consiguió la mayor reserva para evitar los prejuicios y chismes de los pueblos pequeños.

Nació una niña á quien llamaron Lorenza, y reconocida por él en la pila baustimal, quedó así registrada en aquella parroquia <sup>8</sup>, y regresaron á «El Montecito» tristes, pero resueltos á realizar su matrimonio sin pérdida de momentos, con la mayor publicidad, para terminar aquella situación penosa cuya responsabilidad aceptaban sin vacilación, conscientes de su falta.

Dervieux pasó á Buenos Aires con tal propósito y, para alhajar su casa, hubo de entenderse y tratar con algunos extranjeros sospechados de conspirar contra la estabilidad del gobierno y la autoridad Real, circunstancias que él ignoraba.

En el comienzo del año 1795, terminado el período de mando del Virrey Arredondo, á quien debía reemplazar D. Pedro Melo de Portugal, ya sea por temor de que pudiera repercutir en Buenos Aires algún movimiento favorable á las ideas republicanas notadas en España, temor á que dió pávulo haberse recibido en Montevideo años antes algunas medallas conmemorati-

vas de la independencia de los Estados Unidos, ó por otras causas, conociendo el gobierno que algunos particulares habían adquirido una crecida partida de balas de fusil, encargó levantar una información rigurosa á D. Martín de Alzaga como alcalde de primer voto, encargado de la justicia correccional.

Entre la lista de sospechosos que le fué remitida, con relación á la llamada entonces conjuración de los franceses, vió éste, con no poca sorpresa, el nombre de Agustín Dervieux. Conociendo su patriotismo y su inocencia, estimándolo como lo merecía, quiso evitarle los desagradados de una prisión preventiva ó el peligro de casuales complicaciones en un asunto político que preocupaba tanto al Virrey.

Lo buscó personalmente y le notificó de palabra lo que pasaba, haciéndole sentir cuánto agravaba su situación esa libertad de lenguaje de que hacía gala en público, y le aconsejó ausentarse para el Brasil, sin pérdida de momento. El amante de Mercedes, apreciando en su debido valor la eficacia del consejo y tomando apenas el tiempo necesario para prevenir á su amada este nuevo é inusitado entorpecimiento á sus proyectos, partió, tomando pasaje en uno de tantos buques conocidos, por el puerto de Campana.

De nuevo se presentaba Alzaga á los ojos de Mercedes suscribiendo la sentencia de la fatalidad que la condenaba al ostracismo del amor.

—¡Oh, Dios!—exclamó en una plegaria suprema, —¡Dios de perdón, misericordioso y más indulgente que mi misma conciencia; os imploro, Señor; dadme fuerza para resistir y resignación para esperar!

Y, sin vacilaciones, resolvió establecerse en Buenos Aires, ocupando la casa adquirida por su apoderado en el barrio de las Catalinas, presentando á su hija Lorenza, como lo hizo en la Exaltación de la Cruz, en el carácter de una huérfana ahijada suya, cuyos padres habían muerto en Luján. De esta manera estaría más



al cabo de los sucesos y más cerca de las personas que podían aconsejarla.

Entre tanto, con motivo de la próxima llegada de don Pedro Melo, y con el doble propósito de granjearse la voluntad del nuevo gobernante, y escusarse de continuar la información referida, Alzaga ofreció al Cabildo, para no gravarlo con gastos, formar la comisión que debía pasar á saludarlo á Montevideo, con el Procurador general D. Francisco Lezica y él en su calidad de Alcalde primero. Obtenido esto, alegó ante el Virrey Arredondo que la vara quedaba depositada en el Doctor Mariano Zavaleta, asesor del juzgado, quien había intervenido en la actuación de la pesquisa y podía continuarla con los conocimientos necesarios. Opúsose Arredondo firmemente y tuvo que quedarse.

Frustrado su proyecto, acometió con despecho la tarea judicial y dice un historiador, que fué cruel imponiendo tormento á algunos procesados, condenándolos á la vergüenza pública y haciéndolos pasear por las cuatro calles de la plaza mayor, montados en burros y con un cartel de infamia.

No hubo, probablemente, delito que justificara tanto rigor; pero una vez consumados los hechos, Alzaga se felicitó de haber salvado á su amigo, que había corrido un riesgo serio, y se preparaba á llamarlo de nuevo, cuando llegó el aviso de que había sido asesinado en Rio de Janeiro por un tal Juan Barbarini, complicado en el proceso, quien creyendo que Dervieux, por su precipitada marcha y su relación con Alzaga, era el que los había hecho víctimas de una falsa é infame denuncia, quiso vengarse, alcanzándole allí y dándole muerte.

Mercedes lloró, en el salvaje silencio de las almas laceradas, que sólo esperan ya la hora del perdón, esta nueva tragedia que le arrebatava para siempre el último amor, la última ilusión, cerrando todo acceso á la esperanza de felicidad y dejándole, por única herencia, una niña sin nombre, en un hogar deshonorado.

¡Si pudiera morir! La idea del suicidio le causaba horror. ¡Y sus hijos inocentes quedarían desamparados en tan tierna edad! Si confesaba su pecado sólo podía dar á Lorenza un nombre ilegítimo: mejor le era no conocer sus padres. Debía una reparación al apellido de su esposo y el cuidado de velar porque Vicente no se avergonzara de llevarlo.

Al poder omnímodo de la justicia de Dios quedaba señalar el camino que debería seguir, y entre tanto guardaba el secreto.

Así Mercedes de Cáceres recordaba el pasado, renovando en su imaginación las inolvidables escenas de aquella época lejana. Los diez y ocho años transcurridos le parecían un día y, sin embargo, durante tan largo tiempo su secreto no fué revelado ni descubierto. Sólo sus hijos, educados con igual amor, enseñados á quererse como hermanos, estaban allí, siempre á su lado, haciendo imposible el olvido, como el péndulo que marca diariamente la marcha invariable del tiempo.

Un golpe dado con el aldabón de la puerta de calle, interrumpió sus reflexiones y la sobresaltó. Ella conocía ese modo imperativo de llamar; pero, ¿quién era? La voz de su hija la sacó de perplejidades.

—Mamá— le había autorizado este tratamiento en la intimidad— el señor D. Martín de Alzaga pregunta por tí.

—Bien, niña, que pase.

Después de forcejear un momento con el incómodo pasador, abrió Lorenza la puerta de la sala que daba al zaguán, y un hombre alto, de más de cincuenta años, subió el umbral y se adelantó hasta Mercedes con el sombrero en la mano.

—Tengo mucho gusto en saludar á mi ahijada, después de tanto tiempo que no la veo,—dijo con acento de protectora confianza, tendiéndole la mano y correspondiendo con un ademán cariñoso á la respetuosa cortesía de la jóven.

—Sea bien venido mi padrino, contestó la viuda ofreciéndole asiento. —No olvido las atenciones que le debo y aunque hace más de tres años que no nos favorece con su presencia, he supuesto que sus ocupaciones han influido más que su voluntad en esta larga ausencia.

Alzaga tomó asiento.

Mercedes, creyendo que la visita de éste no era simplemente de cumplido, mandó retirarse á Lorenza, quien, saludando con gracia al viejo, se alejó hacia el interior con paso ligero.

—Sin duda alguna. Y el valiente y bizarro capitán de Arribeños ¿le ha hecho ya olvidar los sobresaltos de aquél tiempo en que peleábamos contra los demonios de casacas coloradas?

Alzaga aludía al uniforme de las tropas inglesas que invadieron Buenos Aires el año 6.

—Vicente es un hijo cariñoso y si las obligaciones de su empleo no lo retuvieran en el cuartel, estoy segura que se alegraría de volverlo á ver en casa. Mi señora la alcaldesa y demás familia ¿están buenos?

Llamaba así á doña Magdalena de la Carrera, esposa de Alzaga, desde que éste se distinguió como alcalde primero del Cabildo en la misma época.

—Todos muy guapos. Hace dos días que hemos recibido cartas de Lucía y de Requena, mi yerno que, como debe usted saber, están en Cádiz.

—Lo celebro mucho.

—Tengo contraído conmigo mismo el compromiso de ocuparme de la carrera de Vicente y espero que llegará un momento en que pueda adelantarle como merece; pero las circunstancias lo han alejado de mí y desgraciadamente, por ahora, es poco mi valimiento para serle útil.

—Es usted una persona bastante influyente y bien colocada en esta sociedad, para que su oferta no sea halagadora y obligue mayormente nuestra gratitud; pero

mi hijo no tiene motivos para quejarse hasta hoy, pues sus méritos y servicios le han sido reconocidos en cuanto valen, obteniendo la confianza de sus jefes y la consideración del gobierno.

-Lo creo; pero no habrá dejado usted de notar que otros jóvenes, más ó menos de su edad, y que no han prestado servicios aquí, sino en la península, el petulante Carlos de Alvear, por ejemplo, que es un recién venido, obtienen, sin embargo, mayor confianza.

-Todos sirven á la patria en la esfera que les es dado. En cuanto al Mayor del nuevo regimiento de granaderos montados, á quien usted se refiere, no puede desconocérsele el conocimiento militar adquirido en la guerra á las órdenes del general Castaños y otros jefes de reputación conocida. Mi hijo no ha formado todavía en las filas de tropas veteranas.

Esas son petulancias, como he dicho, Merceditas: créame usted. Tanto han arrostrado el fuego el uno como el otro; y quien haya visto á su hijo frente á las tropas inglesas veteranas, apreciará si puede ó no enseñarles á batirse. Tengo con respecto al capitán proyectos que le darán oportunidad de adelantar, y nadie mejor que yo puede estimar de cuánto es capaz.

Mercedes no alcanzaba á comprender qué se proponía D. Martín, ni cómo terminaría su discurso; pero como la intervención de este hombre en los asuntos de su familia había sido siempre seguida de una desgracia, tuvo miedo. Desde aquél momento el sonido de su voz le pareció semejar el aleteo fatídico de los cuervos.

Alzaga siguió hablando todavía. Sentado, de espaldas á la luz, el cabello rubio de su cabeza entrecana formaba un raro nimbo en torno de su acentuada fisonomía que quedaba en la sombra.

Con ademanes pausados y sacudiendo el polvo de rapé que había caído sobre el encaje de su camisa, procuraba inspirar confianza á Mercedes, recordando el

pasado, su amistad con Cáceres —cuyo retrato colgado en el testero de la sala, era mudo testigo de la conferencia—el estado de viudez en que se encontró sola y la necesidad de un apoyo seguro en su ancianidad. La vida militar era muy azarosa y Vicente poco tiempo podía permanecer á su lado, se casaría, sin duda; tal vez tendría ya compromisos contraídos y se vería obligado á atender con su escaso sueldo toda la familia, sin haber tenido tiempo de constituir á la madre una estabilidad que la librara de la intervención de extraños en sus asuntos.

A esto era preciso atender con preferencia y procurar desde ahora á Vicente una posición desahogada. Después, esa niña de que se había hecho cargo no podía quedar abandonada tampoco, era parte integrante de la familia á la que estaba vinculada por diez y ocho años de vida en común. Sería necesario casarla y formarle dote.

Tales motivos lo habían inducido á visitar de nuevo á su ahijada y ofrecerle, alentado por sus deberes de padrino, su más sincero apoyo, contando con la benevolencia de ella, con su claro juicio y su gran corazón.

Todo esto lo expresaba sin método, como quien desea ganar tiempo, ocupándose de asuntos que no hacen al caso y buscando rodeos para hacer con seguridad una proposición difícil ó desagradable.

La inquietud de Mercedes crecía y se preparaba á rechazar terminantemente cualquier proposición. Alzaga le daba miedo.

En ese momento llamaron. Mercedes respiró. Una negrilla como de veinte años, con vestido de anascote y un pañuelo de yerbas al cuello, se presentó tímidamente diciendo:

—Con el perdón de su merced, amita, la señora doña Jesusa de Montero y las niñas han llegado....

—Abre, Concepción, abre....

La negra corrió á la puerta y la viuda de Cáceres

se levantó para recibir sus nuevas visitas. D. Martín se puso igualmente de pié y tomó su sombrero. Cambiados los primeros saludos y palabras de cortesía, Alzaga se despidió y salió con el aire azorado de un perseguido que ha perdido el rastro de la pieza que perseguía, mientras el ama de casa decía á su sirvienta que esperaba de brazos cruzados:

—Llama á Lorenza y trae mate.

## IV

No nos atrevemos á afirmar que doña Jesusa Arroyo de Montero viniera espontáneamente á visitar á su amiga, habiendo notado que los hermosos ojos azules de su hija menor, Marcelina, interrogaron con interesada solicitud en torno, iluminándose con un reflejo tal, que hubiera despertado la suspicacia de una persona menos preocupada que Mercedes; sobre todo, teniendo en cuenta que á esa hora regresaba Vicente habitualmente del cuartel.

No creemos equivocarnos afirmando que con excepción de Lorenza, ninguno de la casa tenía ideas preconcebidas al respecto.

La única que, al parecer, hubiera podido informar con claridad este asunto era la negrilla, esclava mimada y adicta, que servía más inmediatamente á Lorenza, con quien se había criado, porque al separarse de la sala para cumplir las órdenes recibidas, una sonrisa maliciosa plegó sus labios con un mohín picaresco, que nadie pudo observar.

Entre las familias bien colocadas ó más comunmente expresado, *decentes*, era raro no encontrar, entónces, un ejemplar de esta especie de esclavos, tratados con generosa indulgencia que, llevando el apellido de sus amos, formaban parte integrante del personal doméstico, y á quienes los hechos que afectaban á los dueños les afectaban también de una manera directa, como que su vida estaba ineludiblemente vinculada á aquéllos.

Lorenza, retirada en su aposento, de pié cerca de la pesada cómoda con tocador, que constituía su único guardarropa, delante del primer cajón entreabierto, leía, con visible interés, una carta escrita con letra clara y menuda que llenaba las cuatro caras del papel.

El color ruboroso de sus mejillas y la satisfacción que mostraba en su semblante eran indicios suficientes á un observador atento para conocer la naturaleza del escrito; pero si agregamos que estaba firmado por Manuel Rodríguez, el amigo más íntimo de Vicente, teniente de infantería agregado al cuerpo de Arribeños, tendremos conocimiento completo de cuanto la carta pudiera decirnos. Sin embargo, conviene que el lector conozca el párrafo siguiente:

«Ansiando salir de una situación tan molesta he resuelto decir á Vicente que te amo, que no puedo soportar esta vida, rogándole interceda con su señora madre, para que me permita hacerle conocer nuestro cariño, abogar por nuestra felicidad y decidir, en fin, de nuestra suerte».

Sería indiscreto leer más adelante palabras ó protestas que sólo interesan á quien van dirigidas y no debemos inquietar con ello á la ingénuo y bondadosa niña, toda vez que hemos sorprendido la parte más importante de su secreto, que cree tan bien guardado en el corazón de Manuel y en la fidelidad de Concepción.

Si Marcelina Montero lo sospecha será, tal vez, porque la naturaleza idéntica del sentimiento que fija su atención en Vicente, ignorante de lo que pasa á su alrededor, ha desarrollado su perspicacia.

Cuando Lorenza se dirigía á la sala, obedeciendo al llamamiento de Mercedes, sintió en los ladrillos del primer patio el ruido de los pasos de su hermano que regresaba, y se detuvo á esperarlo en la puerta del comedor.

—Ahí están Juanita y Marcelina Montero. Tiene la señora mucho acierto para venir de visita cuando tú



entras. Creo que á Marcelina la preocupa el señor capitán más de lo que parece.

—Nunca he dado margen á que supongas esas cosas. Observo que de un tiempo á esta parte te has hecho más amiga de bromas de lo que conviene; pero te prevengo que es indiscreto de todo punto atribuir á esa señorita intenciones que seguramente no tiene. Acabare por referir á mamá todas estas cosas.

—¡Malo! ¡Soldadote! ¡Peleador!—dijo la niña con acento de reproche, poniéndole una mano en cada hombro, retirando su linda cabecita y fijando en él los ojos cariñosamente.—¿Qué daño hago? Yo no quiero mal á Marcelina. Ella se interesa por tí..... sí..... no te gusta..... yo creía..... No le digas á mamá cosas para que me reprenda..... Y bajó la vista ante la mirada serena de su hermano, dejó caer los brazos y parecía que iba á llorar.

—Bueno, niña engreída, repara en adelante lo que hablas; deja ese gesto de dolorosa, que te pone muy fea, y vete á la sala.

Estos dos jóvenes que ignoraban el vínculo de sangre que los unía, se trataban como si lo conocieran y se profesaban un afecto verdaderamente fraternal. Esta era la obra más alta de Mercedes, quien con sagacidad y tino singulares había salvado todos los peligros, todos los riesgos de su educación dentro del hogar bajo la base de la más estricta moral, sin separar ni un momento de su lado á Lorenza, y dejando á Vicente cierto carácter de superioridad á que él se consideraba con derecho. La conducta irreprochable de éste, el respeto que inspiraba la viuda y la modestia de la niña, ahogaron en los maldicientes toda tentativa de murmuración.

Ella era físicamente el retrato de la madre. Moralmente, la criatura más cariñosa, más dulce y al mismo tiempo más alegre y encantadora. Hacía pensar en una primavera sin nubes. Por lo que hace á él era un espíritu abierto, con gran amor al estudio, mucho valor

é iniciativa y un profundo sentimiento del deber y del honor.

En la sala, la señora de Montero agitaba ruidosamente su abanico de nácar bordado de lentejuelas de oro y hablaba con la ligereza de esas personas poseídas de su importancia que no quieren aparecer ignorantes de cosa alguna. Después de pasar en revista sus relaciones sociales y dar cuenta detallada de las reuniones á que había asistido por las niñas, cuyas habilidades en la música ponderaba, habló de la cotización patriótica con que algunas señoras y niñas habían contribuído para comprar fusiles al ejército en el anterior mes de mayo.

—¿Leyó usted la *Gaceta*? Ha sido un hermoso pensamiento.

—La iniciativa partió de la casa de D. Antonio José de Escalada,—contestó la viuda de Cáceres con naturalidad.—Su esposa mandó llamar algunas amigas para exponerles su proyecto, y éstas acudieron inmediatamente y aceptaron la idea con el resultado que hemos visto. Presidió la reunión doña Tomasa de la Quintana, y Mariquita Sánchez hizo de secretaria.

—Sí, la que se casó con el teniente de fragata Thompson, de quien se dice que se disfrazó de aguador para entrar á casa de D. Cecilio Sánchez en la calle del Empedrado <sup>9</sup>, y hablar con su novia burlando la oposición de los padres. ¡Imagínese usted ir un joven de su clase sentado en el pértigo ó conduciendo las *canecas!* <sup>10</sup>. Y doña Jesusa se reía tapándose la boca con el abanico.

—También dicen que para ver á la madre, monja profesora en el convento de las Catalinas, tuvo la audacia de trocar su uniforme por el traje del carbonero, y consiguió su intento, lo que demuestra más predisposición al disfraz que reposado juicio.

—La novia, hermosa y rica, justificaba esas locuras. Es muy inteligente, como lo prueba la nota que man-

daron al gobierno. Está muy bien escrita é impregnada de un abnegado sentimiento patriótico digno de todo encomio.

—Tengo motivos para suponer que la redactó el Dr. Monteagudo y, sin negarle capacidad á Mariquita, encuentro en el escrito una soltura y un vigor de estilo que cuadra mejor al carácter fogoso de aquél.

—No hay sermón sin San Agustín, ni reunión de damas sin ese petimetre perfumado, de ojos negros, pelo crespo y ademanes amanerados. Cada vez que lo veo me imagino al mulatón Ambrosio Morante representando la *Roma Salvada*.

—¡Ave María, Jesusa, que comparación!

—¡Si es lo más presumido! En viendo polleras.....

—¿Por qué no considerar su intervención como un acto de patriotismo y buena voluntad? ¡Es usted muy maliciosa! No cabe atribuirle otro móvil que el de fomentar la idea y, por otra parte, no era propicia á galanteos una reunión de señoras, en su mayor parte casadas, entre las que figuraban, por ejemplo, doña Ramona Esquivel, que toca los sesenta años y Rufinita Orma, que apenas cuenta nueve.

—En cuanto á ésta, probablemente la llevó de la mano Encarnación Andonaegui, que aunque pasa de los cuarenta, según se corre por ahí, hace perder los estribos á D. Francisco Mariano, el padre de la niña.

—¡Está usted terrible hoy!

—De poco se asombra, Merceditas. Nada se pierde desde que está casada á disgusto con el español Valdepares; ese godo, amigote del viejo Alzaga, á quien, tal vez, usted conozca, puesto que éste la visita. Perdóne, no quiero hablar mal de sus amigos; pero no puedo sufrir á estos peninsulares orgullosos que se imaginan que todo el mundo es suyo.

—Creo que las ideas políticas del Sr. Alzaga nada influyen, por mucho que no sean las mías, para excluirlas de todo trato, siendo una persona honorable y

culta; tanto más cuanto que es mi padrino de matrimonio. Al Sr. Valdeparea no lo trato, y en cuanto á la suscripción para la compra de fusiles, si bien no lo supe en oportunidad, remití más tarde á doña Tomasa de la Quintana el valor de uno. Usted debió hacer lo propio.

Esto lo dijo Mercedes visiblemente molesta por el tono y las apreciaciones de su amiga.

—¿Por qué había de mandar dinero á las de Escalada, que no me invitaron á su reunión por pequeñeces de círculo?—contestó la de Montero, devolviendo á Concepción el mate vacío.—Bien pudieron habernos hecho saber algo con un poco de buena voluntad.

—No lo estimo de esa manera. Mantengo una relación amistosa, si no estrecha, con algunas de esas señoras y creo que si cualquiera de nosotras se hubiera encontrado en la oportunidad, figuraría igualmente suscribiendo la nota que tanto les honra; pero estoy lejos de pensar en el espíritu de exclusivismo que usted les atribuye. No podían citar á todo Buenos Aires. Su proceder ha sido tan correcto como patriótico y espontáneo.

—Así podrá ser, pero.....

La entrada de Lorenza y Vicente, casi simultánea, las interrumpieron, y los saludos y cumplimientos desviaron la conversación á otro rumbo.

Se habló con animación de la solemnidad con que se había festejado el 25 de Mayo, comentando con aprobación de todos el discurso que pronunció en la plaza D. Antonio Alvarez Jonte, cuya elocuencia y talento elogiaba Vicente sin reservas, repitiendo con él, que «época tan memorable debía, sin duda, grabarse, no en mudos y yertos mármoles, sino en corazones capaces de conservar aquella fuerza que no puede extinguir la tiranía; y el pueblo que procura su libertad y es digno de ella, solemniza sus funciones llenando sus deberes para con la humanidad afligida». Así, esta vez, se había

celebrado premiando á inválidos, socorriendo á viudas é indigentes y dotando doncellas <sup>11</sup>. La abolición del paseo del estandarte Real, símbolo de la conquista y de la servidumbre, había puesto furiosos á los *sarracenos* <sup>12</sup> y llenado de satisfacción á los americanos <sup>13</sup>.

Se recordaron los bailes en todos los barrios y casas de los patriotas, los *escueleros de la patria* que acudieron á la plaza con sus maestros, las músicas, serenatas, grupos animados del pueblo é iluminaciones, y Juanita, contagiada con el entusiasmo de Vicente al repetir el discurso de Alvarez Jonte, declamó enfáticamente uno de los sonetos que en dos grandes cuadros se pusieron ese día al frete de la Recoba:

En llanto amargo América gemía  
Bajo opresores grillos agobiada,  
Sujeta ¡oh Dios! á venerar postrada  
Los tiránicos golpes que sufría.

Su dolor al Olimpo enternecía,  
Mas el Ibero, con injusta espada,  
La libertad le niega suspirada  
Por sostener su orgullo y tiranía.

¡Oh duro estado! Mas llegó el momento  
Y día veinticinco reservado,  
En que cayó de un golpe aquel cimiento,

Que al despotismo tuvo entronizado  
Y en que la libertad subió á su asiento  
Y á un trono por tres siglos usurpado.

Los aplausos y risas de los jóvenes, felicitando á Juanita, hicieron intervenir á las señoras, para que cesaran aquellas manifestaciones que habían contagiado á la negra cebadora de mate, quien á duras penas mantenía la serenidad exigida por el respeto.

Encaminada la conversación de nuevo por senda más tranquila, Vicente, por todos los medios que pudo sugerirle su dialéctica, trató de convencer á Marcelina que debía aspirar á unirse con un joven que supiera

comprenderla, y presentó los nombres de algunos candidatos, haciendo á Juanita juez y testigo de sus opiniones.

Produciéndose con la reserva que los sentimientos que la suponía le aconsejaban, tenía el firme propósito de apagar en ella una inclinación que comenzaba á la sazón y á la que no se sentía con ánimo de corresponder. Un afecto naciente, pensaba, es como una planta tierna que, no cultivada, fácilmente se marchita y muere. Marcelina no debía consumirse al calor de su propia llama, favoreciendo con su luz á quien no debía ó no sabía apreciar el sacrificio. Tenía dotes y méritos que la hacían acreedora á una felicidad mayor que la que nace de un amor platónico y novelesco.

Ella contestaba, tristemente, que no podía aceptarlo como juez en una cuestión que él mismo declaraba no conocer y creía, por su parte, que cuando el corazón de una mujer había dado entrada á la esperanza, se asía con tanta tenacidad que era muy difícil arrancarla, aún á costa de grandes sufrimientos. Nombraba por su parte juez á Lorenza, y ésta no acertaba á contradecirla, porque llevaba en el alma la misma herida que su amiga, á quien sinceramente compadecía, porque se imaginaba cuál sería su dolor si las pretensiones de Rodríguez eran rechazadas por su madrina y aún por el mismo Vicente.

Las señoras, poco atentas á esta conversación de trivial apariencia, y ocupadas respectivamente de sus propios asuntos, no advertían la importante cuestión que se debatía en el grupo de los jóvenes inmediato á ellas que, sentadas en el sofá, seguían comentando los hechos de más pública notoriedad en Buenos Aires.

Cuando el último sermón del reverendo padre provincial de la Merced, fray Manuel Torres, fué discutido y analizado, terminó la visita. La señora de Montero y sus hijas se retiraron acompañadas de Vicente, quedando al fin sola Mercedes y su hija, ansiosas cada una de entregarse á sus pensamientos.

El recuerdo de D. Martín de Alzaga atenaceaba atrozmente la imaginación de Mercedes, sin poder deducir qué se proponía aquel hombre, qué nueva sorpresa le preparaba, qué tormenta descargaría aquella nube preñada de tristes presagios, en el cielo tranquilo de su hogar.

Lorenza, entre tanto, abría su corazón á risueñas ilusiones. Había dejado crecer y arraigar ese amor por Manuel, esa llama nueva, ese ardor desconocido, que no podía, que no quería disimular más á los ojos de su madrina, tan buena, tan justa, y que.... ¡también había amado! Vicente, que tanto la quería, cuando lo supiera allanaría los obstáculos, Mercedes la perdonaría su reserva y cedería á sus ruegos para no agostar esa felicidad, tal como la había soñado, tal como Manuel vendría á buscarla, más bella, más risueña todavía, porque estaba exenta de mezquinos intereses y emulaciones vulgares.

La estrella de Mercedes palidecía en el horizonte; la de Lorenza irradiaba en el luminoso cielo de la esperanza.

La negra Concepción, parada en la puerta de la calle, espiaba el regreso de Vicente para decirle que el teniente Rodríguez había venido á preguntar por él.

Contando con la indulgencia del lector, nos vamos á permitir comenzar este capítulo con una corta digresión histórica de los acontecimientos políticos en medio de los cuales pudo prepararse con extraño sigilo, como el fuego de un incendio que amenazaba devorarlo todo, la conjuración que se tramaba en Buenos Aires, de acuerdo con los enemigos exteriores.

La encabezaba, como se ha dicho en las primeras páginas de este libro, D. Martín de Alzaga, comerciante español, de prestigio y fortuna, agitador político que puede considerarse como el tipo de la contra-revolución, apoyado por el brigadier D. Gaspar de Vigodet, que había sido segundo en la gobernación de Cádiz, en momentos difíciles, y estaba entónces al frente de la de Montevideo; por el general español José Manuel Goyeneche, el mismo intrigante que vino á las Provincias del Plata en 1808, quien mandaba el ejército realista del Perú; por la princesa Carlota Joaquina de Borbón, que no cejaba en su política ambiciosa, cuyo agente en esta capital era D. Rodrigo de Souza Coutinho y, finalmente, por el general Diego de Souza, monárquico empecinado y retrógrado, que odiaba á muerte el liberalismo y seguía las inspiraciones de aquélla.

Al cerrarse el año 11 y comenzar el 12 del pasado siglo, en que se desarrolla nuestra historia, los independientes ocupaban el gobierno frente al partido peninsular en oposición activa, y pasaban por un momen-



to difícil en que pudo sucumbir el ideal de sus ambiciones y anhelos más puros.

La derrota sufrida por el ejército patriota sorprendido en Guaquí, cuando reposaba en la fe de un armisticio, tuvo como consecuencia el abandono de las provincias del Alto Perú, dejando espedito el camino al jefe español, y fué una promesa halagadora para los realistas de Buenos Aires que esperaban una reacción.

El 23 de setiembre, los diputados de las provincias se constituyeron en Junta Conservadora, creando un gobierno ejecutivo en el triunvirato, Chiclana, Passo y Sarratea, y entrando Rivadavia como secretario. En 20 de octubre se celebró un tratado de pacificación de la Banda Oriental entre el Virrey D. Francisco Xavier Elio y la Junta Ejecutiva, en cuyo artículo 11 se establecía que las tropas portuguesas debían retirarse á sus fronteras conforme á las instrucciones del príncipe regente, manifestadas á ambos gobiernos. Este convenio, que contrariaba la política ambiciosa de la princesa Carlota, fué desaprobado por ella, por Goyeneche y los demás jefes del Perú; pero el gobierno de Buenos Aires mandó retirar el ejército de la Banda Oriental y se mantuvo en una posición expectante é inquieta, por cuanto los portugueses no cumplieron lo pactado, provocando algunos choques con las tropas de D. José Artigas, gobernador de Yapeyú entónces, de que tomó pretexto Vigodet para declarar roto el armisticio en enero de 1812, procurando con ello evitar que el ejército patriota pasara al Perú, obligar con esta conducta á los portugueses para que le prestaran su apoyo y fomentar la conjuración que fermentaba en Buenos Aires.

En febrero, el general Belgrano recibe órdenes de fortificarse en el Rosario, y ante la amenaza de que una escuadrilla llegaría al Paraná para estorbar el paso de las fuerzas de Entre Ríos y abrir comunicaciones con Goyeneche, siente exaltado su patriotismo, crea y enarbola una bandera diciéndole al gobierno que

mantener la española es ya irrisorio. Este se la manda retirar porque la *situación presente exige conducirse con la mayor circunspección y medida*, afirmando que las relaciones exteriores así lo requieren, y la verdad del caso era que tenía confianza en la política de lord Strangford, ministro de la Gran Bretaña en el Brasil, quien le había prometido su intervención para obtener el retiro de las tropas brasileñas del territorio Oriental y dejar á Vigodet librado á sus propias fuerzas, siempre que no se tratara de independendencia. Aunque la autoridad de Fernando VII era una pantalla, convenía á una política prudente conservar ese pretesto, para afirmar sólidamente lo conquistado.

A fines del mismo mes, cuando el gobierno contaba con Belgrano para ponerlo al frente de las tropas que debían operar en la Banda Oriental, renuncia D. Juan Martín de Pueyrredón, después del contraste de Nazareno, el mando del ejército del Perú y el primero pasó á reemplazarlo. Los puntos de mira de las operaciones militares de los independientes estaban al oriente, en Montevideo, para asegurar la base de todas sus operaciones, que era Buenos Aires, y al norte, el alto Perú, por donde esperaba extender la insurrección en todo el continente. La sorpresa de Guaquí había cerrado esta puerta que se consideraba necesario abrir de nuevo, y allá fué el sincero Belgrano con espíritu de orden y disciplina, para dar cohesión á los elementos que Pueyrredón se veía obligado á dejar por causas de salud y otras que sería difuso exponer aquí.

Para completar y organizar el núcleo de seis mil hombres—la mitad bisoños—que se habían situado sobre la costa del Uruguay, el gobierno se desprendió de todas las fuerzas que guarnecían la capital, donde sólo quedaba el cuerpo que mandaba el coronel Ocampo, dejando exahusto su tesoro y vacíos los almacenes de pertrechos; pero, naturalmente, para realizar este esfuerzo los tropas del Perú, á cargo de Belgrano, queda-

ron, puede decirse, casi abandonadas. En tal condición no podía detener la marcha de Goyeneche, ni someter á Montevideo, que contaba con numerosa guarnición y el antemural de los 4.000 soldados portugueses que mandaba D. Diego de Souza. Estos peligros, la actitud del Paraguay y los contrastes sufridos, formaban el cuadro nada halagador, en cuyo fondo combinaba la reacción española sus elementos de combate para minar el poder de los americanos enseñoreados del mando.

Gran excitación causaban en la capital estos sucesos, máxime cuando el gobierno no podía desvanecer las dudas que suscitaban las amenazas del ejército portugués, piedra angular del conflicto, que era preciso separar pronto, y se cambiaban opiniones en febril ebullición, sobre la manera de remediar estos males, cuya preocupación no permitía atender á lo que pudiera tramarse por los peninsulares residentes contra la estabilidad del sistema.

Para colmar la medida, la escuadrilla de Montevideo á principios de marzo se presentó frente á Buenos Aires, cambiando durante el día algunos disparos sin resultado, pues parece que el objeto principal de su evolución fué desembarcar por la costa de San Isidro correspondencia del gobernador Vigodet para D. Martín de Alzaga. La autoridad detuvo, encarceló y ejecutó más tarde, por denuncia del comandante del resguardo, D. Francisco Paso, hecha á fines de febrero, á Francisco Cudina, de quien hemos hablado antes, así como á otros españoles acusados de transportar correspondencia de Goyeneche, pero sin sospechar todavía de la conjuración que sigilosamente tendía sus redes.

El 5 de abril fué electo D. Juan Martín de Pueyrredón miembro del poder ejecutivo en reemplazo del doctor Paso, que terminó su mandato, quedando integrado el gobierno con tres entidades en las que no podía mantenerse la cohesión necesaria para darle estabilidad duradera—Rivadavia dominaba moralmente en

el consejo por la elevación de su carácter, pero el fogoso temperamento de Chiclana debía ser molesto sobre todo á la ambición desasosegada de Pueyrredón, el primero que introdujo en el gobierno el gérmen de desavenencias y complicaciones.

Los tres eran hombres de patriotismo probado. Con ellos debía chocar la persistente ambición de D. Martín de Alzaga, y á fé que se vería obligado á concentrar todas sus facultades en el golpe que preparaba, si no quería caer en sus manos. Enemigo personal de Rivadavia, cuyo amor propio había ofendido, estorbando su ingreso en el Cabildo, como Alférez Real, en 1808, lo creía capaz de llegar á todo extremo, aunque continuaba mirándolo desde la altura de su orgullo como á un *tinterillo*, engreído, y ese *tinterillo* era, entónces, la inteligencia activa, el alma del gobierno patriota que quería derrocar.

La ocupación del queche «Hiena» por los amotinados de Mendoza, deportados á Patagones, entregándolo á las autoridades de Montevideo, vino á robustecer las esperanzas de los realistas, aun cuando su captura no tuviera, en sí misma, la importancia que ellos le dieron.

Lord Strangford había comunicado de antemano al gobierno la resolución de retirar las tropas portuguesas y abandonar á Vigodet. Con tal motivo se dispuso á mediados de abril que el ejército acantonado en el Rosario se pudiese en marcha para las costas del Uruguay, pero conocedor de este movimiento, el general portugués se movió de su campamento para ocupar posiciones con la manifestación evidente de impedirle el paso del río.

El gobierno de Buenos Aires elevó su queja al gabinete de Río de Janeiro y acordó que el presidente de turno, D. Manuel de Sarratea, fuera á ponerse al frente de las tropas, como una medida de conveniencia política por las relaciones que tenía con el gobierno portugués y el comisionado de Inglaterra. El 1.º de

mayo partió para su destino, y el 26 llegó á Buenos Aires el teniente coronel D. Juan Rademaker, enviado extraordinario del Príncipe Regente de Portugal, comisionado *ad hoc* para ajustar un armisticio y hacer retirar, en consecuencia, las tropas portuguesas que interceptaban el paso del Uruguay. Lord Strangford había obtenido de la corte del Brasil que se mantuviera neutral en la guerra entre la capital argentina y Montevideo, y de aquí el envío del comisionado, que, como se ve, era un triunfo para la causa patriota. Ajustóse el armisticio la misma noche de su llegada y el 27 se publicó en hoja suelta.

En su cumplimiento Rademaker ordenó al general Souza evacuar la Banda Oriental á la mayor brevedad, y el gobierno á Sarratea que activase su marcha para sitiar á Montevideo. El jefe portugués, de acuerdo con Alzaga y sus amigos, contestó con evasivas, remitiendo, por fin, al comisionado, las listas de suscripción de los conjurados españoles, y Rademaker, haciendo entender indirectamente al gobierno el peligro que corría, repitió la órden de evacuación de un modo terminante.

Tal era la situación política. Volvamos de nuevo la vista á los personajes de nuestra historia.

El Sábado 20 de junio por la tarde, dos ó tres hombres adictos, esparcidos por los distintos barrios de la ciudad, citaban á los principales afiliados á una reunión que debía efectuarse al día siguiente por la noche. Después de oraciones, el Sr. Neira y Arellano, se encontró, al volver la esquina del paredón de Santo Domingo, con Fernando Gómez, el capataz de Alzaga, quien quitándose el sombrero y dejando que la luz del farol iluminara su rostro, flanqueado por dos patillas de ojo de bacha, le dijo:

—Muy buenas noches, señor D. Francisco. El patrón me manda prevenirle que mañana hay reunión en su casa y para decirselo lo andaba buscando.

¿A qué hora?

—A las ocho de la noche.

—Muy bien; vaya usted con Dios.

Y en esta forma ú otra semejante fueron convocados Felipe Sentenach, ex-comandante del cuerpo de Artilleros de la Unión y á la sazón director de la escuela de matemáticas; fray José de las Animas; Pedro de la Torre, comerciante; Benito Riobó, el señor Tellechea, Valdepares, Carlos María Blanco, el oficial Roque Laurel, el pulpero Recasens y todos aquellos hombres que tenían alguna influencia en el pequeño comercio ó entre las gentes de armas llevar. La reunión debía ser, pues, relativamente numerosa y el asunto á tratar de alguna importancia, cuando Alzaga había elegido su propia casa con una audacia peculiar en él.

Estaba situada en uno de los barrios más poblados y concurridos de la ciudad, como era el del colegio sobre la calle de la Plaza Chica y cerca de la esquina de la de Villanueva <sup>14</sup>.

La proximidad de los cuarteles, del café de Mallco <sup>15</sup>, y de la botica de D. Francisco Marull <sup>16</sup>, lugares donde se reunía gente con frecuencia, haría pasar desapercibidas las personas que vinieran á su casa, y por la misma razón eligió un domingo, día en que la tertulia del boticario era más numerosa y el café más frecuentado.

Como puede suponerse, holgaban los comentarios en la panadería de Luque, en lo del herrador Mateo Urdenes, que vivía en la vereda ancha de Monserrat <sup>17</sup>, en la barbería de Verdugo, frente á los Balermos; en la pulpería de Revilla, detrás de la Merced; en lo de los Catalanes <sup>18</sup>, cerca del Consulado, y en cuanto sitio frecuentaban los españoles, porque Alzaga había conseguido inspirar confianza á muchos hombres de todas las clases sociales, y aun de los cuerpos militares donde estaban colocados oficiales españoles, que habían ganado la confianza del gobierno y aprovechaban la ocasión propicia para derribarlo. En ese día, por una

natural excitación del deseo, todos creyeron que se trataba de concluir y se prepararon á todo evento.

Llegó la noche del domingo.

La ciudad oscura presentaba un triste aspecto con sus calles llenas de lodo y sus veredas á desigual nivel, sobre las que se dibujaban á intervalos, frente á las puertas de las casas abiertas, algunos cuadros de luz. Los faroles del alumbrado público, pésimamente servido, fijos en dos largos clavos de hierro empotrados en las paredes, dejaban filtrar por los vidrios sucios lo mezquina claridad de una vela de sebo.

Era el primer día de invierno y el frío comenzaba á hacerse sentir. Embozados los más en luengas capas, algunos en groseros levitones de barragán, y los menos con ponchos de tejido pampa, fueron sucesivamente llegando las personas invitadas, que introducía el capataz Gómez, de guardia en el patio.

Reunidos en una extensa sala blanqueada, independiente de las piezas que ocupaba la familia, los concurrentes separados en grupos, departían entre sí. En el téstero, una mesa con tapete improvisado, sustentaba un enorme candelabro de seis bujías y sentados junto á ella D. Martín de Alzaga, fray José de las Animas y Valdepare, examinaban un largo manuscrito que este último había sacado del bolsillo de su casacón color borra de vino. El primero levantó la cabeza y dirigiéndose á Sentenach, Neira y Tellechea, que estaban inmediatos, dijo, poniendo el índice sobre la página:

—Lean ustedes este párrafo del discreto manifiesto político-moral que ha compuesto el Sr. de Valdepare. ¿Hay nada más justo, más patriótico y más viril? *Tamquam leo rugiens circuit qurens quem devoret!* como dice al finalizar. Leed aquí.—Y les pasó el cuaderno.

Sentenach tradujo: «lo mismo que un león da vuelta rugiendo, buscando á quien devorar». Tomó los papeles y comenzó á leer con voz clara:

—«¡Miserables calculistas! Ignorábais por ventura».....

Alzaga le hizo una seña y continuó entónces en voz baja para que sólo oyeran sus inmediatos. Fray José de las Animas se levantó, recorrió la sala, habló con varios de los hombres reunidos, entreabrió la puerta, dijo algunas palabras á la persona que estaba en el patio, y cerrándola de nuevo se acercó al dueño de la casa para decirle:

—Todavía faltan algunos.

Continuaron los jefes leyendo el manifiesto á media voz y esperando á los que estaban en retardo.

La reunión se caracterizaba, á pesar del respeto que infundía el personaje en cuya casa estaban, por esa forzada democracia que nace de la reserva de un secreto que á todos afecta por igual y de la comunidad de un riesgo en que cada uno juega la vida. El vicio emboscado acechaba detrás de algunas fisonomías, que parecían talladas á golpes de martillo, las ventajas del río revuelto en que pesca siempre la canalla, formando contraste con la franca y abierta de otros convencidos de servir lealmente su deber.

El recelo ensordecía los pasos y apagaba las voces.

En el rincón más oscuro de la sala un hombre de largas patillas, con la manta sobre el hombro, respaldado en la pared donde la luz lejana dibujaba fantásticamente su cabeza, era interrogado por dos ó tres más, caudillejos de suburbio, oradores de pulpería, de navaja en el bolsillo y pañuelo en la cabeza: plebe que se levanta en la espuma de las revoluciones.

—Digo ¡redió! que hasta hoy no he oído más que palabras. ¿Dónde están las armas?

—El padre las tiene en la Convalecencia.

—Pues que las traiga ¡Cuerno! Aquí hay bastantes manos para manejarlas.

—Anda pídeselas tú, animal, y ya oirás lo que te conviene.

—El frailecito es más cerrado que pata de mula y más duro que piedra berroqueña.



—Pues no parece.....

—Con tantas dilaciones, nos van á descubrir. ¿Verdad Benito?

—¡Quia hombre! Aquí no hay traidores.

Y las preguntas y respuestas se sucedían en aquél grupo, en voz contenida, brutales como puñetazos, con eco semejante al de una riña lejana.

Delante del gallego Juan Recasens, hablaba su com-provinciano Luis Porrúa, buhonero jóven, de mirar avieso y desconfiado.

—No todos han de ser trigo limpio. Ese charlatán de barbero, con su cara de judío, es capaz de vender de nuevo á Cristo.

—¡Por Santiago de Compostela! Le repito á usted que tiene la confianza de fray José.

—El comandante Sentenach dice que es un charlatán, es-pantapájaros y, ese, es su paisano. Los dos son catalanes.

La puerta se abrió casi de golpe, una ráfaga fría entró en la sala y, como empujado por ella, un hom-bre alto, de adusto ceño y labios contraídos, se dirigió á Recasens, pero al reconocer á Porrúa le puso la mano en el hombro diciéndole:

—¡Truenos y tempestades! ¿De dónde sales tú, mo-chuelo? ¿No dijiste que te ibas á San Fernando? Bue-nas noches, D. Juan.

—Hablando del ruín de Roma, luego asoma,—dijo éste, después de contestar al saludo, mirando con irón-ica sonrisa la fisonomía pálida y el aspecto sobreco-gido de Porrúa, quien no acertaba á responder, y des-pués de un momento exclamó:

—Buenas noches, Verdugo. ¡El demonio te lleve! Me has sorprendido..... No fui á San Fernando por venir á la reunión.

—Dime ¿Vendrá Juan Maurín?

—¿Cómo demonios quieres que lo sepa?

—Pues si tú que vives junto con él no lo sabes ¿lo podemos saber—nosotros?

—Desde hoy por la mañana no lo veo,

—¿Ustedes hablaban de mí?....

—Porrua decía.....—(Recasens miró á su compañero que se puso pálido de nuevo y fijó la vista en la navaja que se traslucía bajo la ropa en la cintura del catalán)— que usted sabe si hay armas y donde están.

—¿Te imaginas que vamos á dejarnos degollar con las manos limpias? ¡Voto á la sota de bastos! Lo que faltará no son armas sinó coraje..... en algunos.

Entraron dos embozados.

—Ahí está Maurín, con el velero Arbona,—dijo Porrua dirigiéndose á Verdugo.

—Tengo que hablarlo,—agregó éste, y se separó de sus amigos.

Carlos Doval, apodado *Vio-Vio*, relataba en otro grupo una querrela que había tenido en el almacén de Lagos con motivo de un partido de pelota que jugara el día antes <sup>(19)</sup>.

—Figúrense ustedes, decía accionando con calor, que Serantes estaba enojado porque D. Juan García le había ganado seis reales.....

—¿Quién es Juan García?—preguntó Robirosa que seguía el cuento con interés.

—Es uno alto que le dicen *Levita Verde*,—contestó Doval, y continuó:—Serantes pretendía que la bolea con que yo rematé el último tanto era falta; pero todos vieron que picó arriba de la raya, alegando que si mi contrario toma el saque me gana el partido, cuando estaba tan cansado que me entregaba la pelota al medio.

—¡Claro! Si lo hemos presenciado..... *El Chato* no podía ganar.

—Gritábamos como demonios. Me dijo tramposo, y le hubiera tirado el jarro por la cabeza si no llega el teniente alcalde del barrio; uno patilludo á quien le dicen el *Roteño*....

—Sí, Juan Sánchez. Siempre está en la plaza de Monserrat.





Entraron nuevos conjurados.

--Por eso, sin duda, vino á los gritos y yo me tuve que salir del almacén.

Entraron nuevos conjurados. Al rato otro, y otros más enseguida. Cada vez que la puerta se abría todas las miradas se dirijían allí, interrogativas é intranquilas, bien que el recuerdo de que Gómez vigilaba en el patio, animaba de nuevo las conversaciones.

En aquella mezcla de todas las clases sociales, se cambiaban ideas, se forjaban planes y enmendaban yerros ajenos, se discutía, se anhelaba, se maldecía en un constante y sordo hervidero de palabras.

Entre tanto la habitación se había llenado de gente, con el concurso de todos los gremios: los lomilleros y plateros, los almaceneros y pulperos de la calle de los *Mendocinos* <sup>20</sup>, los militares, los barraqueros, los frailes, los quinteros, y hasta los campesinos habían prestado algún contingente para colmar aquella sala cuyo conjunto era siniestro.

No habían influido poco para este resultado las proclamas que Alzaga mandó distribuir por las calles excitando á los españoles á tomar las armas, y cuya misma audacia é insensatez hizo que fueran miradas con indiferencia por los hombres dirigentes del partido criollo que las conocían.

Por fin, fray José de las Animas, el jefe de estado mayor de aquél ejército híbrido, la mano derecha de Alzaga en la conjuración, vino á comunicar á éste que no faltaba ya ninguno.

El caudillo hizo ademán de querer hablar y la atención de todos se concentró en él. Hubo un movimiento de asientos, algunos murmullos, y se restableció gradualmente el silencio, de modo que al exterior nada hubiera podido hacer sospechar, en la noche callada, que allí se decidía y preparaba la muerte de muchos hombres, el luto de muchas familias y la ruina de la patria.

## VI

Alguien ha dicho, refiriéndose á los juicios de la historia, que los hombres de segunda talla reciben un membrete de algún contemporáneo suyo, una vez por todas, y con él pasan á la posteridad. Sea cual sea no se le cambia ya; el proceso queda cerrado y nadie se toma la tarea de averiguar si aquél que fijó la etiqueta á tal personaje, fué ó nó concienzudo y justo. Pues bien, D. Martín de Alzaga tiene fijado el suyo, y en él leemos: «sistemático, ambicioso, duro, soberbio, rebelde y rehacio á las nuevas ideas y al progreso».

Desgraciadamente no estamos habilitados para cambiar este membrete fijado por los que lo vencieron, porque aquéllos en cuyo favor bregó con fuerza han callado á su respecto; pero deseamos que se mantenga abierto el tribunal para dar sitio á su defensor, si algún día se presenta á convencernos del error en que habremos incurrido al aceptar este fallo con relación á sus procederes en 1812.

No se ha escrito una monografía de su vida pública, tan borrascosa como desgraciada, y su perfil está trazado por los historiadores con líneas enérgicas por las que puede apreciarse el efecto vigoroso del conjunto; pero las medias tintas, los tonos intermedios, que tanto contribuyen á dar relieve á la figura, se nos escapan por la fuerza de la luz ó la intensidad de la sombra en que se le coloca.

Según el momento en que se observa á un hombre

por la primera vez, se forma opinión de él y esa impresión es la que más perdura generalmente. En el seno de los conjurados, Alzaga no era ya el famoso alcalde del primer voto de la defensa, que á la luz del claro sol pugnaba contra el enemigo de su patria, de su suelo, de su familia y de sus afecciones; era el partidista, el fanático, el ambicioso, el vengativo que buscaba en el misterio el desahogo de sus pasiones. Como conspirador no era Bruto, procurando la ruina de la tiranía y la libertad de Roma; no era Pelípodas, exponiendo su existencia por librar la patria del yugo de Esparta; era, más exactamente, Catilina, á quien sólo los patricios arruinados y los soldados de Sila seguían.

¿Y qué otra cosa podría pensarse al ver las gentes que había reunido en su propia casa? Iba á hablarles ¿qué cosa?... ¡Azuzaría sus lebreles!

Después de un corto exordio dirigido á exaltar el patriotismo de todos en la obra común en pro de su amado Monarca D. Fernando VII, desacatado de hecho por los americanos apoderados del país, trató de desvanecer en el ánimo de sus oyentes la mala impresión que algunas prisiones aisladas habían producido.

Desde el fondo oscuro de la sala la voz áspera del barbero catalán Antonio Verdugo resonó con claridad, aprovechando una pausa, para decir:

—Eso es la verdad. Pero la prisión de Cudina, de Galindes y de Rico, ha puesto á muchos en alarma, y los cobardes andan buscando los rincones. ¡Truenos y tempestades! Cada miedoso es un traidor y si los enemigos agarran uno de esos!...

—Cuando pasan los días y no se hace nada....—agregó Porrua con timidez.

—Calla tú,—le dijo Recasens, tirándole de la manga.

Alzaga continuó hablando sin hacer caso, aparentemente, al menos, de éstas observaciones.

—Ellos nada recelan; ya lo he dicho en la comida que celebramos juntos en la casa del barrio de las Ca-

talinas, creen que aun cuando se desencadenasen sobre sus cabezas las más furiosas borrascas, nunca les alcanzará el torrente de la calamidad universal, por pacto de alianza que tienen hecho con la fortuna. Pero ni más valor, ni más justicia les acompaña que á nosotros, y las chispas de la hoguera que encenderemos pronto, reducirá esa petulancia á cenizas. Han despertado al león y sentirán la zarpada que merecen los traidores.

Nos han tratado como á hijos espúreos, han arrojado el baldón de la discordia en este continente, para satisfacer la insaciable sed de gobierno que les domina; pero prometo no descansar hasta ver colgadas por las barbas las cabezas de nuestro opresores en la reja de la pirámide que han levantado en la plaza de la Victoria, disputada por nosotros á los ingleses palmo á palmo, para conmemorar el recuerdo de su atrevida revolución hace dos años.

—¡Muy bien! ¡muy bien!—exclamaron algunas voces, y el eco de los aplausos llegó más lejos de lo que la prudencia permitía.

El quintero Felipe Lorenzo, que hasta ese momento había permanecido sentado con los codos en los muslos y las manos en la cara, divertido en colocar escupidas á plomo entre la junta de dos baldosas del suelo, animado con el movimiento que se había producido, dijo:

—Hace ya muchos días que se nos recomendó estar prontos y ahora la gente alborotada se fastidia de andar jugando á las escondidas.

—Lo mejor sería marchar cuanto antes,—expresó una voz de bajo.

—¡Que nos den armas!

—¡Corcholis! Con navajas iremos, si no hay más.

Fray José impuso silencio. Habló con Alzaga y éste continuó así:

—No perderemos por esperar. Todo estaba listo para fines de mayo, como ustedes saben, pero la venida del



enviado Rademaker y la publicación del armisticio que han celebrado el 27, nos hicieron naturalmente dudar de la posibilidad que tuviera el general portugués de concurrir á detener el ejército del Uruguay, que han puesto bajo la dirección militar de Sarratea, un intrigante, que nunca ha visto el fogonazo de un tiro. Hoy estamos seguros de su concurso, á pesar de todo; pero necesitamos tiempo para ponernos de acuerdo con el brigadier D. Gaspar de Vigodet, cuyas comunicaciones espero. Finalmente, se ha resuelto fijar el día 5 de julio, grato aniversario de nuestras armas, para que invariablemente, porque no puede haber ya motivo que lo dilate, todos y cada uno, sin más instrucciones que las de detalle que reciban ese día, acudan al primer tiro, al primer toque de campana, á la plaza mayor, y entonces no habrá perdón; extirparemos la mala yerba, segándola y arrojando la semilla lejos, tan lejos, que el huracán más violento no pueda volverla á Buenos Aires.

—¿Y los cívicos? ¿Y las tropas?

—¡Truenos y tempestades! ¿Qué inconvenientes son esos? Un hombre vale otro hombre. El que tenga miedo que se quede con las mujeres.

—¿Quién dice miedo, Sr. Verdugo? Es preciso aclarar.....

La voz de Alzaga se oyó de nuevo.

—Diez mil españoles que hay en la ciudad nos seguirán y, ¿qué fuerza los podrá contener? ¿Tropas? Harto dará que hacer el general Goyeneche al titulado ejército del Perú. La escuadra desembarcará sus marinos y las fuerzas de la ciudad ¿qué valen? Y aun éstas, en el último momento veremos por quién están, si por los que quieren apoderarse de la opulenta América que tanto ha costado á España, ó por los sinceros católicos que sostienen los derechos indiscutibles de nuestro muy amado Fernando VII.

Para esto os he citado y el haber venido enaltece

vuestro patriotismo. Os recomiendo el mayor sigilo y prudencia. El 5 de julio me encontraré á vuestro lado y os aseguro que muchos temblarán al vernos: porque allí no habrá cobardes que vuelvan la espalda á su rey legítimo.

Estas palabras hicieron buena impresión en el auditorio. En efecto, Alzaga había conseguido reunir á todos en un odio común para trabajar en el silencio y exterminar á la parte influyente de la población nativa, deportar á los menos resueltos y reducir el resto á la más humilde condición.

Con esta fuerza, una vez triunfante, constituiría él también un gobierno independiente, y si España sucumbía al poder de Napoleón, se proclamaría, á su vez, monarca ó dictador, omnímodo dueño y señor de este país, que había defendido con tan terrible energía contra el inglés y que pensaba sojuzgar con el auxilio de los portugueses, á quienes procuraría burlar más tarde. Nada importaba haber dado cauce á las ambiciones de la princesa Carlota de Borbón, si en el plan que tenía preparado podía contar con la mayor suma de probabilidades á su favor.

Estas aspiraciones se habían traslucido ya, valiéndole el sobrenombre popular de Martín I con que fué bautizado sarcásticamente por los criollos.

Un hombre vestido con una chaqueta color prieto y grandes zapatos sin hebillas, dijo de pronto, desde el extremo penumbroso de la sala, donde estaba sentado en un taburete, afirmando con ambas manos el poncho doblado que tenía sobre las rodillas:

—Con el perdón de su señoría, D. Martín, corre la noticia entre los paisanos amigos que los arribeños se vendrán con nosotros, ¿es verdad?

—Es posible, Domingo,—contestó Alzaga con sequedad,—pero no puedo asegurarlo todavía.

--¿Qué debo contestar cuando me pregunten eso?

---Puedes decir que si deja de suceder no será por falta de diligencia ni de dinero.

—¿Quién es ese? preguntó Tellechea al comandante Sentenach que estaba á su lado.

—El pulpero Domingo Erba, á quien llaman comunemente *El largo*. Vive en la esquina de D. Joaquín Belgrano, como á seis cuadros del Cabildo para el campo.

—Pero ¿con qué motivo ha venido?

—Recluta gente. Cuenta con un grupo regular y pertenece á los hombres de fray José de las Animas.

—Entónces ¿es de caballería?

Neira y Arellano, que hacía rato miraba en silencio los tirantes de palma del techo, como si extrañara no ver allí los cornisones de madera y los cortinados de la sala de Alzaga, donde se habían reunido otras veces, intervino para exponer lo que sabía.

—Podrá ser muy bien, porque hace un par de días estuve en la Convalecencia y pude verlo trabajar con otros en desmontar parte de la barranca del lado de la calle Sola, por disposición del padre José, que es un hombre prevenido y no se fía de cualquiera.

Pedro de la Torre, individuo entre merced y señoría, con capote de barragán y botas de campana, quiso informarse si realmente se había conseguido la entrada al fuerte, y Valdeparea, á quien se dirigía, contestó:

—Blanco podrá darle alguna noticia, si hay algo adelantado en eso.

—¿Qué puede informar usted, Sr. Blanco?

—Lo que debe hacerse está hecho. Esas cosas sólo se saben cuando suceden y el Sr. Alzaga acaba de decir claramente que nada perderemos por esperar,—contestó éste levantando los hombros para acomodarse la capa, en ademán de marcharse.

Roque Laurel hizo notar la conveniencia de salir uno á uno ó apareados, cuando más, para evitar sospechas. Alzaga aprobó este parecer, agregando que el capataz Gómez tenía ya sus instrucciones al respecto y los llamaría por turnos.

En efecto, bebieron una copa de vino de España, con

votos por el éxito de la arriesgada empresa que acometían, y fueron desapareciendo sucesivamente en la oscuridad del patio con ese silencio cauteloso que caracteriza la marcha de los felinos.

Daba las diez el reloj del Cabildo cuando el capataz entró á decir que todos habían salido sin que ocurriera novedad alguna, unos por la puerta principal y otros por la escusada abierta sobre la calle Villanueva en el terreno inmediato, últimamente adquirido.

Quedaron, al fin, solos los cabecillas para tomar las últimas determinaciones, puesto que no volverían todos á reunirse hasta el día señalado.

El comerciante D. Francisco Neira y Arellano, de origen gallego, casado hacía catorce años en Buenos Aires, socio de la tienda de Juan Antonio Caveda y considerado como el más consecuente amigo de Alzaga, había sido regidor y defensor de pobres en el Cabildo de 1808, que éste presidía, tomando parte á cuerpo perdido, en el motín del 1.º de enero siguiente, que les acarreó el destierro á Patagones. Era un convencido cuyo carácter sencillo y no dotado de las cualidades requeridas para semejantes empresas, se dejaba guiar por su amigo en las sinuosidades de la intriga política. Sin embargo, fué el primero en tomar la palabra para proponer se acordara desde el momento un plan general de operaciones ó, al menos, les hicieran conocer lo proyectado.

—Cada uno tenemos señalado nuestro puesto,—dijo fray José.

—Pero eso no basta.

—Tiene usted razón,—dijo Alzaga.—Las instrucciones deben conocerlas todos y voy á repetir las para asegurar detalles.

—Ya escuchamos,—murmuró Valdeparez, dejando caer la capa sobre el respaldo de la silla y apoyando el codo en la mesa.

—A usted nada le toca, por ahora. El padre José tiene

á su cargo los hombres de caballería del sud y oeste de la ciudad y por punto de reunión la Convalecencia. Tomará el santo de la guardia de Barracas, que es nuestra, y ocupará todos los puntos donde los soldados retirados tengan servicio. Destacará patrullas fuertes para desarmar á las partidas enemigas que encuentren, aumentando así su armamento; ocupará el parque y custodiará los suburbios para que ninguno pueda escapar entre los tunales y cercos en la línea comprendida desde el zanjón de Matorras y el retiro al hueco de doña Engracia, fábrica de fusiles, Piedad, Monserrat y hospital de Belermos.

El Sr. Sentenach, distribuirá las armas que tenemos reunidas entre el núcleo de infantería que constituyen los antiguos soldados de los cuerpos disueltos de catalanes, gallegos y andaluces, que están en el comercio, aumentándolo con los paisanos armados y gente de Olivos, San Fernando y Palermo, conforme vayan llegando. Sorprenderá el cuartel de artillería y el de granaderos montados, asegurando, vivos ó muertos, á los cabecillas Rivadavia, Chiclana y Pueyrredón, intendente Azcuénaga y mayor de plaza Balcarce, matando, también sin consideración alguna, á quien quiera oponerse. Dispondrá de 300 hombres para ocupar el fuerte por la puerta del Socorro, cuya llave debe entregarle el herrero Mateo Urdines, á quien Carlos Blanco le dió el molde para que la fabrique.

—Y ¿nada más?—preguntó Tellechea.

—La empresa debe realizarse á las dos de la mañana para sorprenderlos y aprovechar todas las ventajas de la confusión. Inmediatamente haremos las señales convenidas para que desembarquen los marinos el auxilio prometido, según ha sido combinado con el comandante Michelena.

—Y ¿nada más?—repitió su amigo liando un cigarrillo.

—Se publicarán bandos y el manifiesto que ha escrito Valdeparea.

—Creo que en el desarrollo de ese plan se omite algo,—dijo fray José de las Animas.

—Si me permiten—intervino Sentenach,—daré mi opinión en asunto de tanta importancia.

—Hable usted con toda franqueza,—contestó Alzaga lanzándole una mirada de curiosa inquietud.

El teniente coronel de artillería, Felipe Sentenach, era un ilustrado ingeniero catalán, que el año 1806, en los angustiosos momentos de confusión que sucedieron al triunfo de Berresford, formó el primer núcleo de resistencia, ideando y poniendo en práctica un plan audaz para hacer volar las minas del fuerte y el cuartel de la ranchería donde estaban las tropas escocesas. Fundador del cuerpo «Artilleros de la Unión», sostén del Cabildo de 1807, fué encausado y confinado á Mendoza por Liniers en el año siguiente, pero había vuelto á obtener la confianza de los americanos y la dirección de la escuela de matemáticas, cuyo programa formó, pronunciando en su inauguración un lucido discurso. Estimándolo como un hombre competente, Alzaga comprendió al momento que algo importante le había ocurrido.

—Lo que quiero decir es que no se han determinado con claridad dos puntos del mayor interés, á mi juicio. ¿A quién se le encomienda ocupar el cuartel de civiles? Sobre todo, el regimiento que manda Ocampo, no ha sido mencionado y esos demonios de arribeños, que son el más fuerte sostén del gobierno nos darán que hacer, si se plantan, como pueden hacerlo en pocos minutos, desde su cuartel de la Merced, en la plaza mayor, delante del fuerte.

—¡Bien hablado! Eso es justamente á lo que yo quería referirme,—dijo fray José, dando una palmada sobre la mesa.

Alzaga, compelido de este modo, se vió obligado á satisfacer á los que lo rodeaban, toda vez que se trataba de una seria proposición ó de un peligro real, y contestó inmediatamente:

—Para el cuartel de cívicos, tiene usted, padre, gente bastante y animosa. Será cosa fácil si consideramos que influenciados unos por Pueyrredón y otros por Chiclana, cuyas desavenencias se conocen, no sabrán á quien atribuir el movimiento y no podrán organizarse, antes que usted caiga sobre ellos.

—Bien. En cuanto á los cívicos, ya quedan á cargo de fray José y, por cierto, que están en buenas manos. Pero ¿y los arribeños?

—Con respecto á ellos tengo un proyecto que ahora no puedo manifestar.

—Sin embargo, no es un secreto,—dijo el atrevido fraile.—Muchos saben las relaciones que tiene usted con la familia del capitán Cáceres.

—Fray José,—replicó Alzaga con altivez,—no lo he solicitado á su paternidad para confesor.

—Perdone usted, D. Martín, no quiero saber sus asuntos particulares, ni pretendo violentar su reserva: lo digo en interés de la causa, á la que deben sacrificarse las afecciones y los escrúpulos. Además, como cualquiera, y más que cualquiera, juego mi vida en este empeño. Si cuelgo los hábitos para montar á caballo y hacerme de nuevo soldado, necesito conocer el terreno que piso y el riesgo que corro.

Alzaga era absoluto y no le gustaban réplicas; pero tocaba el fin de sus proyectos, comprendía que no le era dado disgustar á aquellos hombres, quienes podían hacerlo naufragar al entrar en el puerto, y con acento conciliador contestó:

—No avancemos más sobre el asunto. Ustedes me han aceptado como jefe y, por ahora, nada puedo decirles; pero prometo resolver el punto antes del día 5.

—Cuánto antes sea, mejor será,—dijo Sentenach sirviéndose tranquilamente una copa de vino.—De todos modos exponemos la vida. Si no morimos peleando moriremos ahorcados, es toda la diferencia, Sr. Alzaga.

—Es de suponer acaso,—replicó éste sonriendo,—que en las horcas americanas no cabe nadie más que usted?

D. Francisco de Tellechea intervino.

Era un comerciante acaudalado, hombre de reposo, de alguna mayor edad que Alzaga, á quien todos respetaban y de cuya adhesión no podía dudarse. Fué alcalde de segundo voto del Cabildo español que en 1809 sustituyó á los confinados á Patagones y había pertenecido á la comisión capitular que recibió al Virrey Cisneros en la Colonia, influyendo en favor de Alzaga y sus amigos.

—Puesto que el Sr. D. Martín promete solucionar el asunto, nada hay que agregar y es preferible que nos ocupemos de otros detalles que conviene dejar aclarados. Acto seguido, exhibió unas fojas escritas con columnas de números, que Alzaga tomó de sus manos.

—Pido la aprobación de ustedes sobre la manera como se ha llevado á cabo la recaudación de fondos que, como podrán ver, ha excedido de 500.000 pesos <sup>21)</sup>, los cuales se ha invertido una buena suma en los gastos acordados. Pero debo hacerles saber que muchas cuotas no se han realizado aún, sobre todo, entre las personas que si bien han dado dinero, no quieren asumir responsabilidades, ni aparecer en nada.

—Desde que contribuyen con su bolsa y sirven á la causa en esta forma ¿por qué reservar el nombre?—dijo Valdepareas.

Este desempeñaba el cargo de contador ordenador en el tribunal de cuentas. Había comenzado su carrera burocrática en Lima, y en 1786 estaba ya empleado en Buenos Aires como oficial entretenido de la contaduría mayor con cuatrocientos pesos de sueldo, de modo que se creía por su larga experiencia merecedor de que sus amigos le hubieran elegido tesorero. No sin despecho contemplaba al viejo Tellechea rendir cuentas, y sin atreverse á protestar, por respeto, lo interrumpía con explosiones de entusiasmo, procurando llamar la atención hacia su persona.



—De todos modos,—agregó,—lo hemos de saber, y por lo que hace á los *liberticidas*, poco les importa cómo se llaman sus enemigos, en conociendo que lo son.

—Tellechea continuó leyendo un apunte que sacó del bolsillo. Santa Coloma, Cornet y Prat, Alsina y Verges, Pirán, Nogué, Arribáizaga, Rezabal, Echevarena, Villanueva, Baliño, Elordi, Cámara y otros no han completado las cuotas comprometidas; pero muchos entregarán dinero en estos días y si triunfamos supongo que podrá pagárseles.

—¡Triunfaremos! ¡Pues no faltaba más! Llegada la hora solemne no haya contemplaciones. Que se purifique la gangrena; que sean expulsados de este suelo los opresores y sus cómplices; que se confisquen sus bienes para reparar el infortunio de los que se han sacrificado, y éste será un gran acto de justicia....

Valdeparés hubiera continuado su peroración á no haberle interrumpido la voz de Alzaga, dirigiéndose á Tellechea.

—Reciba usted 300 pesos que guarda el Sr. Neira de pequeños donativos anónimos. Con respecto á las cuentas, basta su firma al pie para que nadie dude que son correctas. Recoja su cuaderno, pues quedan aprobadas desde luego. ¿Es así, señores?

Todos asintieron sin observación, manifestando completa confianza en el comerciante á quien habían constituido cajero provisional.

Aquellos hombres que acababan de formar un terrible plan de exterminio, estaban, empero, dotados de cualidades generosas y trataban las cuestiones de dinero, ahorrado en el comercio peso tras peso, con singular desprendimiento. Padres de familia, los más, virtuosos y probos, iban á consumir por el engegucimiento de las pasiones políticas, una obra tenebrosa, sin vacilaciones ni temores, dispuestos á caer, como el tigre, por sorpresa, sobre sus enemigos para despedazarlos. Y esto, urdido en el silencio, tranquilamente, á sangre fría....

Cuando todos se hubieron retirado, quedaban ardiendo tan solo tres bujías casi agotadas, y el candelabro, que representaba á Mercurio levantando el caduceo sobre la rueda de la fortuna, proyectaba en la carpeta y en el suelo enlosado, las más extrañas líneas de sombra.

Alzaga, sólo, respaldado en una silla, con los brazos cruzados, las piernas extendidas, clavaba en ellas una mirada de siniestra expresión, como si pensara encontrar allí escrito en caracteres diabólicos, el misterio de su destino.

Entre tanto, las siluetas de sus amigos se perdían á lo largo de las veredas en la sombra de la noche; y allá, en lo alto del cielo, una que otra estrella mortecina dejaba ver su luz intermitente entre las nubes oscuras.

## VII

Don Martín de Alzaga salió de su casa el lunes, más temprano que de costumbre, porque necesitaba el ambiente de la calle, la presencia de extraños, el ruido y el movimiento, para no enloquecer en la brega de sus cavilaciones, dentro de las estrechas paredes del aposento. Había librado una larga batalla antes de ser rendido por el sueño, sin poder separar de su imaginación el cuerpo de arribeños que se consideraba tan importante reducir á la inacción por cualquier medio. Recordaba muy bien las palabras de fray José: *al interés de la causa deben sacrificarse las afecciones y los escrúpulos*, y el velado reproche de Sentenach, una vez que conoció que había un resorte que tocar, cuando dijo, que si no morían peleando, morirían ahorcados. ¿Por qué lanzó la chispa de sus dudas el terrible fraile? ¿Cómo había sabido sus relaciones con una familia á quien no visitaba de tiempo atrás? De cualquier modo, lo precipitaban á dar un paso delicado, cuyas responsabilidades quería asumir solo, como en un asunto de familia.

El conocía el secreto de su ahijada, porque Dervieux, al emprender su viaje al Brasil se lo había confiado, recomendándole velara, durante su ausencia, por aquella hija y por la tranquilidad de aquel hogar desgraciado. Y ¿de qué modo correspondía él á la confianza de su amigo, muerto trágicamente? Ciertamente era que hasta entónces, la vida de esa familia se había deslizado sin

obstáculos, que á ello había contribuído en cuanto pudo, sin hacerse ostensible, para evitarle la malquerencia de sus enemigos políticos; pero ahora que Vicente tenía una carrera y formaba por esas mismas razones en las filas de sus contrarios, se veía compelido, para el mejor éxito de una empresa en que jugaba el todo por el todo, á perturbar la tranquilidad á que había contribuído eficazmente algunos años antes.

Ya había hablado con Mercedes y adquirido la convicción de que la resistencia á sus planes sería enérgica. ¡La cabeza le ardía! Repugnaba á su naturaleza honrada dar ese paso, pero ¿cómo evitarlo después de conocer el espíritu de sus amigos políticos?

Por eso salió de su casa para cambiar de lugar, para buscar distracciones que le permitieran discurrir un dictámen cualquiera; que no podía encontrar dentro de aquellos muros caldeados por la vehemente exaltación de los conjurados, donde no podía haber tregua ni espacio á otro sentimiento que á la pasión política, que lo tenía aferrado con los fuertes é inquebrantables lazos de una ambición tantos años acariciada.

Anduvo errante, sin rumbo determinado, indiferente al despertar de Buenos Aires, la ciudad envidiada y querida de Sud-América; pero no la actual, que nosotros vivimos, con casa rosada, palacio de la intendencia, puerto artificial, asfalto, Avenida de Mayo, Bolsa de Comercio, tranvías y luz eléctrica, sino la vieja, la de hace noventa años, que ya no existe sino en los libros de historia; aquella Buenos Aires de calles sin empedrar y veredas con postes; tiestos de flores en los balcones y ventanas voladas; en la que había fortaleza con puente levadizo, recoba para mercado, Cabildo secular, Consulado del Comercio, Coliseo de las Comedias, plaza de toros, altos de Escalada y Vereda Ancha. Aquella gloriosa ciudad de *patricios y sarracenos*, con su pirámide sin esculturas, en torno de la cual cantaban los niños al sol de Mayo; aquella capital del

sud que alborotaron French y Beruti el día de la gran revolución, con su Fonda de las Naciones y su café de Mallico, en que no alborotó menos la sociedad patriótica dos años después; aquella Buenos Aires con sus calles de las Torres, del Cabildo y del Empedrado; con su *mentidero* en la plazuela de San Francisco, parodiando el átrio de San Felipe el Real, de Madrid, con sus hermosas damas de mantilla bordada y sus personajes de casacón, calzón corto y zapatos de hebilla; la ciudad de las bandolas, pulperías y lomillerías; carretas de bueyes, aguadores con cencerro, repartidores de leche en botijos, panaderos con árganas; vendedores de escobas, empanadas, aceitunas y velas de baño; negros hormigueros de tamagno, lavanderas con batea en la cabeza y cachimba en la boca; mendigos á caballo y presos mata-perros; la ciudad de los *terceros* y pantanos; del zanjón de Matorras, del hueco de doña Engracia, y del pino de Santa Lucía la vieja, con un extenso suburbio de quintas plantadas de higueras, duraznos y naranjos, cercadas de espinos y tunales y poblado de *viudas* y *ánimas en pena*, donde ejercía su ministerio el famoso preboste Alcaráz, y hasta donde no pudo alcanzar el paseo del preocupado D. Martín de Alzaga, que volvía hacia la plaza de la Victoria gustando las amarguras de las contrariedades de la víspera, sin hallar fuerza para dar nuevo curso á sus ideas, ni haber encontrado medio para volver las cosas á su primitivo estado.

Para cambiar su situación no veía otro recurso que el tiempo, cuya marcha borra las mayores impresiones y cambia la faz de las cosas, pero ese mismo recurso era tan escaso, tan angustioso, que apenas podía contar con las veinticuatro horas del día si el proyecto se había de llevar á cabo. Era, pues, inútil fatigarse más. ¿Iría á proponer á Mercedes su intervención para con Vicente ó pondría á éste en el duro trance de escojer entre la defección y la deshonra? ¿Dejaría que la masa de pueblo se estrellara contra los arribeños? ¿No com-

prometería de este modo el éxito de la conjuración, tanto tiempo y tan felizmente trabajada? ¿No jugaba en la empresa su vida y su fama? Puesto que los sentimientos de honradez eran un pesado grillete en la tienda que debía sostener, los arrojaría como lastre inútil á la mar procelosa de la fortuna. Si triunfaba el éxito le escusaría. Si era vencido contaría al caer un enemigo más. ¡Tenía tantos!... Pero ¿si moría? Allá en lo insondable de la vida eterna le alcanzaría la maldición de Mercedes, su ahijada, su amiga, su protegida; mujer infeliz, víctima inocente del choque de pasiones violentas que sólo es dado refrenar á la voluntad de Dios todo poderoso!

El tañido melancólico de la campana de socorro de los monjas Capuchinas interrumpió sus reflexiones. Pasaba por frente al convento y al levantar la cabeza, vió venir en sentido contrario á su marcha dos oficiales jóvenes, uno de los cuales era Vicente Cáceres..... Maquinalmente, sin explicarse por qué, quiso evitar su encuentro y penetró en el cancel, luego en la iglesia y fué á arrodillarse devotamente en el altar del apóstol San Juan.

Dejemos al Sr. Alzaga buscar en la oración la calma necesaria para serenar la excitación de sus alborotados pensamientos y ocupémonos de los dos oficiales que seguían su camino sin haber reparado en él.

Esa misma mañana salió el teniente Rodríguez del cuartel en dirección á la plaza de la Victoria, con igual desasosiego mental, procurando encontrar un medio para hablar á solas con su amigo Cáceres y hacerle partícipe de su pasión amorosa y de sus pretensiones, como lo había prometido á Lorenza hacía algunos días, sin poderlo cumplir hasta entónces. Aun cuando éste era capitán de su mismo regimiento, las órdenes y contraórdenes que se habían sucedido de poco tiempo atrás, dejando traslucir en las esferas del gobierno cierta vaga inquietud, dificultaron la entrevista, dando lugar á suposiciones y comentarios entre los oficiales,

de modo que no era fácil quedar solos por largo rato sin que se acercara un curioso preguntando: ¿Qué novedades hay?

Caminaba, pues, Manuel por la calle Saenz Valiente <sup>22</sup>, hoy Cangallo, formulando con la imaginación proyectos y analizando oportunidades, cuando al llegar á la casa de los Catalanes, en la esquina del Consulado, sintió un golpecito en el hombro y una voz que con tono amistoso decía:

—¡Alto y media vuelta!

Volvió la cara sobresaltado como si lo hubieran sorprendido discurriendo á voces y conoció á su amigo, al mismo en quien pensaba y se le aparecía de golpe como evocado por un conjuro.

—A la orden, mi capitán.

—Teniente, dispóngase á dar un paseo conmigo para compensar el aburrimiento de estos días.

La oportunidad tanto tiempo esperada por Manuel, se presentaba sin buscarla y se dispuso á disfrutar los favores que la fortuna le dispensaba.

—Con el mayor gusto, contestó, pero voy en comisión hasta el presidio donde está de guardia el alferez Sotelo.

—¿A relevarlo?

—No; á transmitir una orden. Acompañame y una vez que haya dado cuenta de mi comisión quedamos libres.

—Convenido, sigamos.

Doblaron por la calle Victoria para llegar á la de Alzaga y por ésta hasta Parejas, donde estaba situado el presidio á la vuelta del convento de las Capuchinas <sup>23</sup>.

—¿Qué diablos de ocurrencia es ésta, continuó hablando Vicente, de mandar al presidio una guardia de nuestro regimiento cuando siempre la han montado los cívicos?

—Más te asombrará saber que en el cuartel se han doblado las centinelas.

—No me asombro porque ya lo sabía. La política nos va á volver locos. Parece que se temiera algún peligro, según las precauciones que se toman.

—Lo habrá, sin duda. Corren rumores de que puede producirse un levantamiento de españoles. Anoche la Sociedad Patriótica tuvo una reunión en el café de Mallico.

—Y tú asististe de uniforme?

—Pero si aquello es como la plaza pública. El que no quiere oír tiene que taparse los oídos. Hablaba el doctor Monteagudo. ¿Le conoces?

—Si. Es el redactor del *Martir ó Libre Tiene* mucho talento y una pluma vigorosa y ágil.

—Te aseguro que su discurso fué magnífico. Vehemente y apasionado, patriota convencido, su acento vibraba dando á las palabras un temple tal de virilidad capaz de exaltar el espíritu más apagado, más apático de sus oyentes. Así fué la gritería y los aplausos.

—¡Qué entusiasmo, Manuel, ni que tuviéramos á los *sarracenos* cuchillo en mano y frente á frente!

—No estará, tal vez, lejos el momento en que suceda. Hace dos días, al pasar por la esquina de Revilla, oí decir á unos gallegos que conversaban en la puerta, que debía celebrarse una reunión en casa de Alzaga. No hice caso, porque como es una persona tan relacionada y rica me pareció natural que reuniera sus amigos el domingo; pero bien puede ser aquél un foco de conspiradores.

—Después del año 9 se le imputa la dirección de cualquier movimiento subversivo que se sospecha, pero á mi me parece que no es tan fiero el león como lo pintan y atribuyo todos los dichos que corren á la antipatía que su carácter orgulloso le acarrea.

—Los españoles están satisfechos y engreídos con el golpe de mano que Torres, Gómez de Liño y Ansaya dieron en Patagones apresando el queche que por fatalidad cayó en su poder, y les parece, probablemente, que un atropello audaz como aquél les puede dar el triunfo en la capital.

—Aquí no tienen elementos, y si aquel delito es estímulo para cometer el crimen de ensangrentar el país,



los resultados no pueden serles favorables por muchos recursos que consulte su malicia y oportunidades que acecha en vano su insidiosa vigilancia, donde hasta los postes que han plantado en las veredas les tienen odio, —contestó Vicente, dando un golpe con la palma de la mano en la cabeza de un poste que encontró al paso.

—Entónces, ¿por qué se alarman? ¿De quién se desconfía?

—Pueyrredón de Chiclana, y Chiclana de Pueyrredón. Eso es lo que dicen los del partido morenista, los del círculo de tu protector y querido amigo D. Nicolás Rodríguez Peña.

—Si; el Sr. Bernardino Rivadavia, que es para tí lo que el Sr. Peña para mí, también lo dice. Pero dejemos esto, porque deseo hace tiempo hablar contigo de un asunto que particularmente me interesa, tanto como no puedes imaginar.

Vicente miró á su amigo, quien se puso colorado como una amapola y le pregunté con ojos azorados:

—Pero ¿Qué te pasa hombre? ¿En qué te afectan las disidencias de los señores Chiclana y Pueyrredón?

—En nada—respondió Manuel, que había venido durante todo el camino haciendo ánimos para abordar la cuestión que le preocupaba y al llegar al momento anhelado se le anudaba la voz en la garganta.

—Pues ¿entónces?...

—Ya lo sabrás; pero no te alarmes, porque no se trata de la política ni del servicio militar.

—Y ¿qué es ello? Si te has metido en algún compromiso y necesitas dinero, dilo de una vez sin cortedad, pues si mis recursos lo permiten estoy dispuesto á *cuartear* con toda fuerza para sacarte á terreno llano.

—No; muy lejos de eso. Felizmente el Sr. Peña, á quien considero como á un padre, no me permite carecer de lo preciso y se anticipa á mis necesidades, pretextando siempre con toda generosidad, que nuestra soldada es corta y mal pagada.

—Tú dirás lo que ocurre.

—Ya vamos á llegar y creo que más cómodamente hablaremos al regreso cuando haya cumplido mi comisión.

—Como quieras.

En efecto, habían llegado al edificio que servía de presidio en aquella época.

Bajo, sombrío, mal oliente, residencia del crimen, asilo de facinerosos y vergantes,—cuya mayor parte, escapados á duras penas de la horca, obtendrían tal vez la libertad, pero no llegarían al arrepentimiento,—producía una impresión desagradable y triste. No entraremos en él para evitar al lector el aspecto de aquellas cuadras asquerosas de las antiguas cárceles, que felizmente ya no existen en nuestro país, cuya descripción requeriría una pluma más experta que la nuestra para no hacer mortificante su lectura. Limitémonos á decir que allí cumplían su condena aquellos reos cuyo proceso había sido fallado definitivamente, y que el pueblo presenciaba cada día el paso de cuadrillas de presos arrastrando sus cadenas, sucios y andrajosos, encaminándose á ejecutar trabajos forzados. Aquella fila de hombres conduciendo en palancas barriles de agua unas veces, otras parihuelas de basura ó garrotes y lazos para la matanza de perros, bajo la vigilancia de soldados, ofrecía un espectáculo que inspiraba compasión y repugnancia á los transeuntes, de quien solicitaban una limosna jamás negada.

En la Cuna se encerraban los detenidos cuyas causas tramitaban aún, y en el Cabildo los presos por infracciones ó faltas leves. La parte baja de este edificio, que da á la actual calle Victoria, estaba destinada á mujeres, y á través de las rejas que se asomaban, podía verse el interior de la prisión y hablar con ellas.

Y estas escenas ocurrían en un pueblo que se vanagloriaba de sus sentimientos religiosos y caritativos!

## VIII

Vicente y Manuel fueron recibidos, previas las formalidades de práctica, en el cuerpo de guardia, tétrica antesala de la prisión, que contaba por todo mobiliario una tarima con un par de mantas, una mesa descalabrada y un taburete de madera. El alférez Sotelo los saludó con la fisonomía adecuada al hombre aburrido, en cuyo monótono servicio se presenta una solución de continuidad que desea prolongar; pero Rodríguez se limitó á transmitirle las órdenes de que estaba encargado y, á pesar del empeño de aquél para que lo acompañaran á tomar mate, se despidieron alegando razones de servicio, y lo dejaron solo.

Una vez en la calle, y apenas hubieron doblado la esquina de la cuadra, Vicente fué el primero en romper el silencio.

—¿Y bien?—dijo con curiosidad—¿qué tienes que referirme?

—Atiende. Hay asuntos que no se pueden tratar sin cierta vacilación,—contestó el interpelado, con un acento en que se traslucía su agitación nerviosa.—Tú eres mi amigo y, tal vez, tengas que acusarme de una falta de confianza.

—¡Ea! Déjate de preámbulos y debilidades, que no sientan bien á un corazón firme y á una inteligencia clara como la tuya.

—No: no es debilidad ni cobardía, te lo aseguro; pero con el escozor que siento, necesito recobrar la calma

y, sin embargo, si no me apresuro á desahogarme contigo ahora ¡voto al diablo! creo que me da un ataque, que me ahogo, vamos que no puedo más!... ¿Comprendes, Vicente?

Este, cada vez más exaltada su curiosidad por lo que oía, y sorprendido al mismo tiempo que apenado, por la sinceridad que descubría en la emoción de las palabras de su amigo, insistió en que acabara de explicarse.

—Pues bien,—dijo Manuel poniendo toda su voluntad en ejercicio.—Estoy enamorado.....

Una franca y sonora carcajada del capitán, hizo volver la cara á un vendedor de escobas que caminaba delante de ellos por la vereda opuesta, y produjo en ambos interlocutores efecto diverso: dispó en Vicente la inquietud que las vacilaciones de su amigo le habían causado y sublevó el amor propio de Manuel, quien se sintió picado, porque hablaba seriamente y esperaba que su confesión produjera más asombro que risa.

—No es caso de burlas,—dijo,—ni esperaba de tí semejante respuesta. Trato de resolver mi porvenir y las angustias que me aflijen no deben darte márgen para bromas. No lo creas, enhorabuena; pero, te lo repito, estoy enamorado con todas las fibras de mi corazón, con la mayor sinceridad de mi alma, y he contado contigo para salir de la situación ambigua y molesta en que me encuentro colocado por desgracia. Búrlate, si quieres, de un sentimiento que no conoces; pero no dudes de la verdad de mis palabras, ni me niegues tu intervención, la única que eficazmente puede servirme. La solicito encarecidamente, como se requiere un punto de apoyo en el peligro. Soy un pobre huérfano, es cierto; pero tengo una carrera que sirvo con honor y me encuentro capaz de llevarla tan adelante como tú ó como cualquier otro.

Este borbotón de palabras salió de los labios de Ma-

nuel precipitadamente, como empujado por su aficción y por el deseo de persuadir á su amigo de la verdad y de la intensidad de su amor.

—¡Hubieras comenzado por ahí! Pero, francamente, un teniente de arribeños, con tamaños bigotes, en dudas y vacilaciones para confiar á un camarada sus amores, vale la pena de festejarlo. Y volvió á reir, no ya con la misma estrepitosa alegría de antes, pero sí, como quien se siente aliviado de una opresión.

—Es que tú no sabes de quién se trata. Cuando te lo diga, no dudo que veré tu rostro frente al mío con otra seriedad que la que ahora tiene, y ¡quién sabe si pensarás lo mismo!

—Cualquier pensamiento que me ocurra no será en tu daño, porque eres el hombre más honrado y sin doblez que conozco. Habla sin temor.

Manuel Rodríguez era oriundo de Santa Fé y pertenecía á una de las antiguas familias fundadoras del Rosario. Cuando vino á educarse á Buenos Aires era niño todavía y, puede decirse, que no conoció á su padre, quien falleció al año siguiente de su llegada á la capital dejándole por única herencia un apellido sin tacha y el encargo de velar por su madre enferma.

Don Nicolás Rodríguez Peña, amigo de sus padres, á quien había sido eficazmente recomendado, le tomó afecto y se encargó de procurarle una carrera, destinándolo á la militar, por la que tenía predilección, en disidencia con las ideas maternas que procuraban inclinarlo al sacerdocio. Bajo la protección de tan honrado y distinguido ciudadano, se desarrolló física é intelectualmente asimilando las ideas políticas de su protector, su amor á la igualdad y á la independenciam. Tenía en 1812 veinticinco años de edad, era un jóven inteligente, animoso y de buen corazón, capaz de bastarse á sí mismo. El año anterior—llamado inopinadamente al Rosario—había visto morir á su anciana madre, cristiana y resignadamente, con la satisfacción

de dejar á su hijo querido tan bien encaminado. Él escuchó sus recomendaciones y consejos, y cuando hubo cumplido los últimos deberes con el cariño de un buen hijo, volvió á Buenos Aires, por exigencia de ella misma, á presentar á su protector las protestas de la gratitud materna y de la propia, ofreciéndole acatamiento y respeto, como á su segundo padre, su solo amparo y único afecto que le quedaba sobre la tierra.

Más tarde vino Vicente á compensar, en parte, con su amistad, la tristeza que la orfandad dejó en su corazón; pero su amor á Lorenza era un sentimiento tan poderoso y serio que llenó completamente el vacío de aquella vida solitaria. No son de extrañar, pues, sus dudas y temores al tratar un asunto de tan grande interés para él, así como tampoco que, más seguro de sí mismo, después de lo conversado, contestara á la invitación de su amigo diciendo:

—La señorita á quien me refiero es digna, por todo concepto, de ser amada, y tú mismo—una idea cruel, dura, desgarradora le hirió, por primera vez, de golpe en el cerebro, pareció detener la circulación de su sangre, se puso pálido y apenas pudo articular con amargura—le tienes gran estimación.

—¡Yo! exclamó Vicente en el colmo de la sorpresa. ¿De quién hablas?

—En tu casa vive, á tu lado está todos los días, come á tu mesa, goza del cariño de tu bondadosa madre....

—¡Lorenza! ¡Mi pobre hermanita huérfana! La alegría de la familia!

—Si, Lorenza; tú lo has dicho. En ella he puesto quizás con demasiado atrevimiento los ojos y el alma y no se explicar cómo, anheloso, imprudente, avaro de su amor, sin decírtelo, sin la venia de su protectora, me he atrevido á comunicarle mi sentimiento, á encarrecerle mi afecto y.... me ha correspondido.

—Pero, Manuel ¿has reflexionado lo que pretendes? ¿Por qué no te has dirigido á mi madre? Indudablemen-

te la pasión ha cegado tu claro entendimiento. Te olvidaste que tenías un amigo, y engañando su confianza, celaste sus pasos, para alucinar á una niña sin consejo, sin apoyo é incapaz de distinguir el bien del mal. Y, sin embargo, tú eres un hombre honrado, cuyo espíritu de equidad y de justicia se ha nublado por un momento.

—¡Ay, Vicente! Desgraciadamente para mí, tienes razón. Estos hechos no se disculpan, ni se explican. Llega un día, un momento, en que nos sentimos dominados por una pasión más fuerte que nuestra voluntad, que nos avasalla y tiraniza, nos obliga á un constante sacrificio, á una abnegación de todos los instantes, nos llena de celestial alegría, nos inunda de gozo sublime, nos envuelve en el misterio más egoísta y nos hace vivir en una atmósfera alejada de todas las convenciones humanas. Yo no he tenido la voluntad de engañarte ni de engañar á nadie; no he atentado, tampoco contra la tranquilidad de Lorenza. Ella me ha dado su corazón libremente, convencida de mi amor, de que quiero unir mi vida á la suya por lazos legítimos é inquebrantables que aseguren la independenciam de nuestro cariño y la felicidad de nuestra vida futura. Esto pido, esto ruego, esto espero del amigo indulgente y bueno á quien siempre fuí leal.

—Tú no has pensado en las dificultades, que, si no hoy, mañana, pueden acibarar esa alegría, apagar ese fuego que imprudentemente has encendido en el corazón de ambos. ¡Pobre Lorenza! Le has hecho concebir ilusiones que, tal vez, no lleguen á realizarse y si eso es así, habrás amargado los últimos años de mi madre, y yo no podría ver sin pena los ojos de mi querida hermanita nublados por el llanto.

—¡Dios mío! Pero ¿por qué? ¿por qué? He dicho que la amo con sinceridad y que me uniré á ella. Esto no implica en modo alguno secuestrarla al cariño de ustedes. Todo lo contrario: seremos tres para amarla.

—Razonemos. ¿Conoces bien los antecedentes de Lorenza? ¿Sabes quiénes fueron sus padres? Tú, que procedes de una antigua y conocida familia, en las mejores condiciones para optar á un buen partido ¿quieres dar tu nombre y llamar esposa, á una niña pobre, huérfana, de padres desconocidos, recojida por mi madre compasivamente de las calles del pueblo de Luján, en el más triste abandono?

—Todo eso ya lo sabía. Amo á Lorenza por ella misma, por su hermosura, por sus condiciones de carácter que forman el dote máspreciado de una mujer. Y, después de todo ¿no soy yo también un huérfano que debe por su propio esfuerzo abrirse un camino en la vida y que nada puede ofrecer á la mujer amada si no es una existencia de lucha y de trabajo?

—Procura calmarte, Manuel, y consulta previamente el maduro juicio y el consejo desinteresado de tu protector. No te quieras lanzar apasionadamente en un callejón sin salida, y tengas que arrepentirte mañana de los lazos que hoy atas y de los compromisos contraídos, cuando los hechos consumados no tengan ya remedio humano.

Manuel se detuvo, recostó su esbelto busto en la pared de la casa porque pasaban y miró á su amigo con una expresión mezcla de afecto y decidida voluntad, contestando pausadamente:

—Todo eso está ya pensado y resuelto. Hace bastantes días que hablé con el Sr. Peña, quien objetó las más serias y cariñosas razones á mi pretensión y me exortó á no precipitar los hechos; pero en definitiva, quedé convencido, como espero que tú lo estarás, de que mi amor no es un sentimiento pasajero, sinó una afección perdurable que me dará ánimo sobrado para sostener y hacer respetar una familia.

Vicente hizo ademán de continuar la marcha; pero su amigo lo detuvo aún para decirle:

—Hay más todavía. El me ha prometido, no sólo su



consentimiento, sino también su apoyo, pues sabe ya lo que Lorenza vale y la educación que ha recibido.

—Todo está muy bien. Ya no dudo de tu amor por Lorenza, ni tampoco que te corresponda; pero falta conocer si realmente hay solidez en su modo de pensar y si esa mujercita de 18 años, no se engaña á sí misma, alucinada por un sentimiento de pueril vanidad.

—¡Oh! Estoy seguro....

—Repito que te creo; pero ahora, por nuestra parte, y tengo la convicción que mi madre objetará lo mismo, debemos prevenir el caso en que la sociedad, siempre maligna, nos atribuya el haberte atraído, con miras interesadas, para deshacernos de una muchacha, despojo de la miseria, sin antecedentes, que ya pesa en nuestro pobre hogar, después de tantos años de vivir en común. Y ¡quién sabe si la maledicencia no va más lejos todavía!....

—Calla, por Dios, no irrites mi espíritu con semejantes reflexiones; no traigas á colación infamias de calumniadores y canallas, á quienes yo se bien cómo tapar la boca.

—Cálmate. No hace mucho la emoción te traicionaba y prematuros celos te hicieron pensar lo que no es cuerdo que repita....

—¡Perdóname! Nada dije en ese momento, y si adivinaste un pensamiento afflictivo pronto desvanecido, la pasión me abona; pero, aun así mismo, soy incapaz de abrigar ideas bastardas y poco nobles á tu respeto.

Vicente lo tomó del brazo y continuaron su camino.

—Enhorabuena. Nada puedo asegurarte porque no soy árbitro de sancionarlo, sinó de acatar lo que mi madre disponga. Haré, por consiguiente, cuanto de mí dependa para vencer sus escrúpulos y obtener su aquiescencia, regularizando una situación que bajo ningún concepto, debe continuar así. Pienso que en este caso Lorenza resulta favorecida y, por mi parte, no se me ocurrió jamás que tuviera la felicidad y el acierto

de escoger por marido á mi mejor amigo. Prométeme ser prudente y espera que te lleve yo mismo á su presencia.

—Eso es lo único que te pido. Hablaré con la señora y la convenceré, porque la verdad tiene acentos y palabras que no engañan al más prevenido. Que me autorice á visitarla y á defender nuestra causa, á probarle nuestro respeto, á solicitar su cariño y hacerme digno del premio que con tanto anhelo pretendo. Mi felicidad depende de ti, Vicente, amigo mío; no defraudes mis esperanzas; creo que me volvería loco, me moriría..... ¡qué se yo!

Continuaron hablando con franqueza, con intimidad, sin reparar en nadie, interesados profundamente, en aquel asunto de familia que prometía un resultado feliz. Manuel relató sus temores, todas sus primeras impresiones; cómo conoció á Lorenza tan hermosa, tan fresca, evocando en su memoria el lindo rostro de líneas puras que había entrevisto por primera vez, en el patio de la casa de Mercedes, cruzar saltando alegremente sobre sus pies pequeños y haciendo ondear un sencillo vestido blanco que la envolvía en un singular ambiente poético. El pasaba para su cuartel y se detuvo frente á la puerta abierta. Ella se paró también debajo del naranjo constelado de blancas flores de azahar y le miró un instante con sus pupilas llenas de luz, radiantes de fe y de dulzura; pero dándose cuenta de que llamaba la atención de un extraño, huyó sonriendo y dejando tras de sí el perfume exquisito de las violetas abiertas á la luz del sol, en los arriates del patio.

Vicente escuchaba con indulgencia y, hasta cierto punto envidioso, aquellas confianzas que brotaban espontáneas del corazón de su amigo como el agua pura y limpia del manantial que conserva siempre verdes y frescos los helechos nacidos, por acaso, en las aberturas de las peñas, recordando tristemente á Marcelina, dulce y blanca flor del aire que se agostaba en la soledad de un amor no correspondido.

Llegaban á la sazón frente al templo de Nuestra Señora de la Merced, caminando á paso más que regular, como si tuvieran prisa en llegar á su destino. De pronto dijo Manuel:

—¿Sabes en qué estaba pensando? En que valdria la pena de ser desgraciado para llegar á la felicidad por este camino.

—Pues bien, como este camino es también el del cuartel y ya llegamos, ve á dar cuenta de tu comisión y vámonos á almorzar juntos.

---

## IX

El hombre dominado por la ambición y el orgullo es susceptible de degradarse, porque la bajeza, la perfidia y la calumnia son puntos de apoyo que á cada momento encuentra en su camino ascendente, colocados á su paso por la emulación ó la adulación mezquina que, halagando su amor propio, roe traidoramente sus virtudes. Si la aplicación perseverante de sus facultades, cuando está dotado de un carácter enérgico, puede algunas veces mudar ó dirigir la tendencia de un pueblo, ¿con cuánta más razón la voráGINE de pasiones violentas no neutralizará en su alma, hasta destruirlas, las más caras afecciones ó los más sagrados vínculos sociales? El esfuerzo persistente y concentrado de su afán único, desaloja del corazón las virtudes fecundas y agosta los sentimientos nobles, matando el amor y la amistad y no dejando subsistente sinó un duro egoísmo que, como planta venenosa, invade y echa raíces en lo más hondo del espíritu.

Se explica, pues, que D. Martín de Alzaga, en lucha con sus sentimientos y su fé católica, buscara calma en la oración para resolver, en definitiva, lo que de antemano tenía inculcado en su ánimo con tiránica obsesión, es decir, obligar á Mercedes, haciendo valer como una arma el secreto de que era conocedor, para que ésta indujera á su hijo, el capitán Cáceres, á formar en las filas del partido español, con el aliciente y la promesa de un seguro y rápido adelanto en su carrera

militar. Y una vez resuelto, volvió á la posesión de sí mismo, con la seguridad de triunfar, porque, finalmente, pensaba que en todos los partidos se podía servir al Rey, cuya autoridad única é indivisible, permanecería incólume en medio del choque de cuestiones internas, en que cada vecino era árbitro de mantener la opinión que considerara más ventajosa para la comunidad.

De esta manera las virtudes se pierden en nuestro interés como los ríos en el mar.

Almorzó sosegadamente y se dirigió á casa de Mercedes, después de hacer á su yerno, D. Matías de Cámara—un comerciante, natural de Castilla la Vieja, casado con su hija Narcisa, á quien tenía gran estimación—algunas recomendaciones relativas á citar para el día siguiente 23 de junio á fray José de las Animas en su casa particular, con el propósito de comunicarle el resultado de su entrevista con la viuda y tomar las resoluciones consiguientes.

La casa de Mercedes no ofrecía el alegre aspecto de los días anteriores, si bien la iluminaba el mismo sol, y las violetas y heliotropos perfumaban el patio como siempre; pero Lorenza, la flor más preciada, estaba triste y sin risas, sin cantos, se entregaba á las ocupaciones domésticas presa de una melancólica y extraña inquietud nerviosa que ella procuraba disimular, sin que escapara, empero, á la cuidadosa observación de la madre. Los entrecortados suspiros que devoraba y las miradas interrogativas que dirigía hacia la calle en toda oportunidad, eran indicios de que su consuelo vendría de fuera y tardaba en llegar. Apenas interrogada por Mercedes, procuraba recobrar el ánimo abatido con mal forjado aliento y fingida alegría, para no denunciar la aflicción que á solas arrancaba lágrimas á sus ojos por no haber recibido noticias de Manuel después de la última carta que conocemos y sin haber notado tampoco en Vicente muestras de que su amigo le hubiera hecho confidencia alguna.

Ese día Mercedes, dispuesta á conocer la verdad, llamó á su hija y comenzó un cariñoso y persuasivo interrogatorio que no obtuvo más respuesta que algunos monosílabos entrecortados por las lágrimas, tanto tiempo contenidas, á las que sus afectuosas demostraciones abrieron ancho cauce.

En esa circunstancia anunciaron á Alzaga.

La oportunidad con que el destino se lo presentaba siempre, inquietaba á Mercedes; pero estaba bien lejos de pensar el peligro que amenazaba su honor y el de su hijo, de modo que su visita, si bien pudo despertar en ella una curiosidad ansiosa, no le causaba la impresión desagradable de su anterior, toda vez que había comprendido de su conversación lo bastante para deducir que volvería de nuevo á realizar el propósito que lo trajo el primer día y no llevó á cabo por la entrada de la señora de Montero con sus hijas.

Lo recibió tranquilamente y con la amabilidad que obliga la cortesía, haciéndole el agasajo de que era merecedor; pero cuando aquél le manifestó que deseaba hablar con ella sola de un asunto importante, comprendió que había llegado el momento de conocer la verdad y se preparó á no dejarse alucinar por las zalameras ofertas de su padrino, que tan fatal había sido para ella en el pasado.

Alzaga comenzó un largo relato narrando sus relaciones con Agustín Dervieux, el estado de los negocios de éste y los diversos motivos que lo ligaron con una sincera amistad. Habló de la conjuración de los franceses y de las razones políticas que obligaron un procedimiento riguroso para con los sospechados, entre los cuales, desgraciadamente, figuraba su amigo, con toda injusticia, encareciendo sus relevantes dotes personales, su inteligencia y su patriotismo, así como el cariño que le profesaba. Dijo que lo había hecho escapar, poniendo en serio peligro su posición como alcalde primero, para librarlo de los graves compromisos en que hubiera

sido envuelto, á no dudarle, por la suspicacia del Virrey y el encono con que se trataron estas cuestiones, atribuyéndoles una importancia que fundamentalmente no tenían.

—Sucesos son éstos,—agregó,—no extraños á la vida pública de algunos hombres, y si los he traído á colación es tan sólo como antecedentes precisos á lo que tengo que decir y que tanto importa al porvenir y á la tranquilidad de Vicente.

—Aunque no alcanzo cómo pueden esos asuntos influir en la tranquilidad de mi hijo, continúe usted, pues esa sola palabra bastaría para interesarme,—dijo con fingida calma Mercedes, quien, desde que había oído el nombre de su amante, estaba anhelosa por conocer el fin de la historia, y como hasta ese momento no le hablaba su padrino sino de hechos notorios, no barruntaba qué se proponía con tales preámbulos.

—Debe saber usted que Dervieux fué asesinado por uno de sus supuestos cómplices llamado Juan Barbarini, quien de esta manera quiso vengar los males que había sufrido, creyéndose víctima de una falsa delación de mi amigo, á cuya suposición daba márgen su fuga rápida é inopinada. Obtuve entonces de las autoridades del Brasil el castigo del culpable é hice dar honrosa y cristiana sepultura al cadáver del hombre tan barbaramente sacrificado á las culpas ajenas y cuyos bienes, que alcanzan cuando menos á una cincuentena de miles de pesos, están hoy en poder del fisco, por no haber aparecido heredero alguno á reclamar sus derechos.

Mercedes no pudo contener más su impaciencia y preguntó:

—¿Puedo saber á donde nos conduce tan triste y peregrina historia?

—¿No lo supone usted?

—Asolutamente, y le ruego quiera terminarla, suprimiendo detalles innecesarios á lo fundamental de su propósito, porque usted tiene algún propósito al referirme hechos conocidos de todos, ¿no es así?

—Sin duda alguna; pero no debe usted extrañar tales circunloquios, pues es siempre penoso verse obligado á renovar una circunstancia dolorosa del pasado, que aunque lejana y, tal vez olvidada, nos ha dejado en el corazón alguna cicatriz, y cuando después de muchos años hay la necesidad de recordarla, debe esperarse siempre que responda un quejido lastimero á nuestro reclamo.

—No es generoso. Sr. Alzaga, tener en suspenso el espíritu debilitado de una mujer, hablándole tales cosas por parábolas. Cualquiera que sea la gravedad de lo que tiene usted que decirme, creo haber acreditado entereza bastante en el sufrimiento para escucharlo.

—Voy á explicarme. Cuando Dervieux resolvió su viaje á Rio de Janeiro, por consejo mío, quiso confiarme, con previsión harto justificada, un secreto de la mayor trascendencia, para que en un caso fatal é inesperado, como el que aconteció, fuera yo en cualquier momento y lugar testigo de sus honradas intenciones.

Mercedes palideció para enrojecer casi en seguida, fijó la mirada en su interlocutor, aguda, penetrante, interrogadora, y marcando entre las cejas un pliegue de disgusto, esperó con visible actitud de desagrado el fin de la frase.

—Ese secreto, debo comunicárselo á usted hoy, por lo que á los dos nos importa.

Ella exhaló un suspiro, pero no pestañeó.

—Dervieux y usted se amaban.....

—¡Señor!....

—Lorenza es hija de ambos y él me recomendó velarla por ella..... y por usted, concluyó Alzaga con voz apagada.

La viuda de Cáceres se mordió el labio inferior y apretó los párpados como si le atormentaran visiones siniestras; dejó escapar un nuevo suspiro más hondo que el primero y se respaldó en el sofá, á la manera del combatiente que siente quebrarse en su mano el arma con que se defendía de su enemigo, habiendo re-



cibido un golpe en el pecho descubierto. Cuando abrió los ojos dos lágrimas silenciosas corrieron á lo largo de sus mejillas.

—Dios lo ha querido. Creí hasta hoy que sólo á Él daría cuenta de mi falta. Mi honor y el de mi hijo están en manos de usted, Sr. Alzaga; pero quiero hacerle notar que si bien puedo aceptarlo como testigo, no lo reconozco como juez.

Otra vez cobraba fuerza de su propia flaqueza y se erguía ante el hombre que, exhumándola de un pasado lejano, llevaba á su tranquilo hogar tan grave inculpación.

—No pretendo erigirme en juez de sus actos, Mercedes, ni ha sido mi ánimo ofenderla. Si la he hecho sufrir, culpa es de mi destino más que mía, cuando me arroja sobre esta casa, que tanto estimo, como una ola movediza es azotada por los vientos contra los peñascos de la costa.

Había tal acento en las palabras de Alzaga, que no era posible dudar de la mortificación que le causaba la herida que había abierto en el corazón de su ahijada; pero, así mismo, revelaban la firmeza de terminar el asunto que allí lo llevara á pesar de todo.

—Este secreto—continuó—no es conocido por persona alguna y bien lo demuestran diez y ocho años de tranquilidad y de silencio. No debe usted alarmarse. Lo he guardado con devoción, como si se tratara de causa propia, lo he alojado en lo más profundo del pensamiento y si hoy vengo á revelarlo, es porque atento á los deberes que me he creado, por espontánea voluntad, deseo que Vicente obtenga las mayores ventajas y, para contribuir á ello, es necesario que usted conozca lo que yo sé, lo que puedo y lo que intento en beneficio de todos.

—No comprendo lo que usted quiere decir—contestó Mercedes, algo reanimada por el giro que su padrino daba á la conversación.—Mi hijo es absolutamente igno-

rante de un pasado tan angustioso y sobre esa ignorancia reposa el sosiego y la unión en que hemos vivido. Piense usted que ponerlo en su conocimiento, sería causar la desgracia y, tal vez, la muerte de tres personas á quienes, hasta hoy, ha vinculado el más tierno afecto.

Alzaga se removi6 con inquietud en el asiento, cruz6 una pierna sobre la otra y puso las dos manos unidas en la rodilla.

—No veo, por el momento, la necesidad de decírselo.

—Luego, pues, ¿en qué contribuirá esta circunstancia al porvenir de Vicente?

—Permitame usted examinar desapasionadamente la situación. Cuando se trata en familia casos como el presente, por muy dolorosos que sean, se cambian opiniones, se analizan causas y efectos, uno dice «que si se hiciera tal cosa ó tal otra»,.... «lo que conviene y lo que no conviene».... Luego vienen las consecuencias, lo que sucederá, lo que se teme.....

—¡Las consecuencias! ¡lo que se teme!—repetía Mercedes maquinalmente.

—Puedo considerarme en familia, por ser su padrino, por mi amistad con Cáceres y con Dervieux y por los tantos motivos que han hecho sólida y duradera nuestra antigua relación. Soy un hombre viejo y con experiencia sobrada para dar á las afecciones del corazón el valor que tienen, sin desconocer la importancia y la fuerza de los hechos consumados en la vida práctica. Usted se casó sin amor y llegó á amar á otro hombre que no fué su esposo: esto por lo tocante al sentimiento ó la pasión ciega, pero existen dos jóvenes con deberes comunes, que viven como extraños bajo el mismo techo, con derechos diferentes, que no conocen, y arrojando, día por día, el peligro de que idénticas pasiones, los conduzcan á remachar una cadena de dolores que arrastrarían toda su vida.

—No, Sr. Alzaga, jamás, jamás, llegará á producirse tan cruel suposición.

—¿Cree usted entónces, que las pasiones pueden sujetarse al libre albedrío?

Ella sintió la fuerza de este raciocinio, recordando la melancolía y las lágrimas inexplicables de Lorenza; pero aquel ataque á su dignidad le dió entereza para responder:

—No, no puedo creerlo, pero la educación es un freno poderoso, si la experiencia y el amor materno saben dirigirlo y entiendo haber cumplido, á ese respecto, mi deber de madre.

—Siempre podría pensarse que injustamente se priva á esa niña de la herencia de su padre, hoy indivisa, negándole un nombre que le pertenece.

—Lorenza preferirá no conocer á sus padres á saber que es hija ilegítima; cuanto poseo será suyo y basta para asegurarle un modesto bienestar.

—Y Vicente ¿quedará despojado?...

—Pero conservará honrado el nombre que lleva. Tiene una carrera asegurada y un corazón generoso. No se quejará, estoy segura, si mejoro pecuniariamente á la huérfana adicta que nos ha acompañado, animando con su alegría nuestro desconsuelo en momentos difíciles.

—Si es esa, Mercedes, su manera de ver las cosas yo debo preocuparme de Vicente para que usted pueda con tranquilidad asegurar el porvenir de Lorenza.

—No he solicitado su intervención en este conflicto, que debo resolver por los dictados de mi conciencia.

—Es que yo tengo derechos adquiridos y podría, por otra parte, decirle....

—¿Qué?

—La verdad de los hechos.

—Dejaría de ser usted un hombre honrado, si tal hiciera.

—No, Mercedes, no es esa mi intención, si usted accede á lo que deseo proponerle.

La viuda de Cáceres se irguió y lanzando á su padriño una mirada despreciativa, dijo con mordaz ironía:

—¿Me impone usted condiciones? ¡Mejor! Así sabremos cuánto vale la discreción de tan afectuoso y antiguo amigo de la familia.

Alzaga, como hemos dicho, estaba resuelto á terminar y ninguna expresión de Mercedes le hubiera hecho mudar de propósito ni retirarse.

—Está usted ofendida é irritada porque soy poseedor de su secreto y he venido á decírselo, debiendo callarlo; pero es que no puedo, Mercedes, no puedo proceder de otro modo. Las agitaciones políticas que conmueven el país y afectan los más grandes intereses, hacen imposible detenerse á quien se encuentra colocado en medio de una corriente torrentosa, que todo lo atropella y derriba. Vicente es una brizna de paja que será indefectiblemente arrebatada, y quiero, á pesar de usted misma, alzarlo en mis brazos para libertarlo del violento empuje que lo anonadará sin mi apoyo. Es joven, poco versado en la intriga política, no pertenece á otro partido que al uniforme que viste, y ese es del Rey. No falta á su deber quien es fiel á S. M.; y un soldado puede, sin rubor, formar al lado de sus amigos. Muchos males se evitarán si usted logra convencer á Vicente, que en el momento decisivo se agregue con su compañía al partido español, el día que se entable una lucha con los americanos ó se produzca un choque.

—Basta, Sr. Alzaga, exclamó Mercedes, de pié, altiva y soberbia. ¿Iría yo á decir á mi propio hijo, al de su amigo Cáceres, al legítimo de mi esposo, que falte á su deber militar, que traicione al gobierno y á sus amigos, para lavar mi pecado? ¿Esa es la protección que usted le brinda para levantarlo enlodado en sus brazos? ¿Tal es el precio que usted pone á su silencio? ¡Es muy cara para las conciencias honestas la discreción de D. Martín de Alzaga! Todos sabrán la falta que he cometido y que uno de los hombres de mayor significación social y política en Buenos Aires ha querido hacer de mi desgracia el instrumento de la traición, de la vileza



— Basta, Sr. Alzaga, exclamó Mercedes.....



y de la cobardía. Aun tengo energía sobrada para cumplir con mi deber, sin su consejo. Nuestras relaciones han concluido para siempre. Puede usted retirarse. Déjeme llorar á solas.

Altanera, hermosa en su dignidad ofendida, celosa del honor de su hijo, Mercedes le dió con desprecio la espalda, se retiró á las habitaciones interiores, cerrando la puerta tras de sí y anegada en llanto se dejó caer postrada sobre una silla.

---

Cuando el Sr. Alzaga no estuvo ya en su presencia, Mercedes sintió en los ojos y en la garganta el nudo del dolor implacable. Se descorría el velo que ocultaba su amor loco, su amor sublime, tan pronto nacido como muerto, y nada velaba ya la herida de su llagado corazón. Elevó él pensamiento al cielo invocando la memoria de sus padres, y en medio de una atmósfera cerúlea vió la fisonomía bondadosa y tranquila de aquellos dos ancianos que la llamaban sonriendo á su regazo.

Repasó en la imaginación los afanes de su pasada vida que contrastaban con la luz, el fresco ambiente y la tranquilidad de aquella casa alejada del centro, donde el bullicio de la sociedad llegaba amortiguado. Cotejó su existencia sosegada con la inquieta y fastuosa de Alzaga, la voz límpida y fresca de Lorenza, el acento cariñoso de Vicente, con el formalismo severo de aquella familia, donde la obediencia y el respeto eran su yugo. Y la idea de que aquel hombre intenta despojarla de tan sencillos goces, agrava el dolor del momento, acibara sus remordimientos y pesares de tal modo que, á despecho de su entereza, llora y llora sin consuelo.

Sintió el vehemente deseo de unirse á sus padres allá en la otra vida, de cobijarse á su amparo, algo como si misteriosos hilos tiraran de ella hacia lo alto. Cuando supo la muerte de Dervieux, la misma idea, el mismo impulso había excitado su voluntad; pero el recuerdo



de sus hijos le devolvió el valor, arrojó un suspiro y con él, del pecho, aquéllo que, ahora como antes, consideraba una pusilanimidad del egoísmo.

Sabía por propia experiencia que hay en la juventud dos sentimientos olvidadizos que anulan ó amenguan el pesar de la separación: el de la hija que se casa y entra en posesión de sus libertades amorosas, y el del hijo que siente la posesión de su persona, de sus acciones y gustos, emancipado de la autoridad paterna. Así debía forzosamente suceder, porque sin ellos la especie humana se hubiera acabado con la primer familia, en la primera choza. Ese momento estaba próximo para Lorenza y había llegado para Vicente. El descanso que deseaba no tardaría mucho.

Quiso, siendo así, quedarse al lado de sus hijos, ampararlos, evitar á éste el sonrojo y á la otra la intranquilidad. Deseaba su afecto, temía su desprecio y pensando en su padrino, le acosaba la tentación de sostener la sublime mentira á todo trance y gritarles con autoridad de madre: ¡no le crean! ¡no le crean!

Los anchos cuadros de sol que á través de los cristales se dibujaban en el piso, los pasos de Vicente, que entraba de la calle y la voz de Concepción, la volvieron á la realidad.

Alzaga no consumará su amenaza y ella defenderá á sus hijos contra las intenciones arteras de aquel amigo falso, protector fingido, y obcecado político que pretende afirmar la escala de su encumbramiento con los despojos de la ruina que proyecta. La virtud hipócrita de ese hombre soberbio, no puede ser instrumento de la justicia divina: su mano es indigna de tocar la espada del arcángel que debe caer sobre la cabeza del pecador.

Pero ¿qué hacer entre tanto? Su viejo amigo el escribano Matías Machuca, le ha demostrado lealtad y puede darle un consejo sano. Iría á pedirselo, sin dudar de su desinterés: no todos los hombres han de ser falaces.

Se arrodilló delante de la Virgen, que asomaba su dulce rostro por entre las cortinas de la cama y exclamó: Me he entregado resignada, madre purísima, al fallo de aquél que tuvo palabras de indulgencia para la mujer adúltera; pero imploro humillada tu bondad para mis hijos, inocentes de toda culpa. ¡Perdón, madre de Dios, perdón! Y sepultó la cara entre las manos.

Cuando se levantó había recobrado la calma; hizo desaparecer las huellas de su llanto y con forzada sonrisa salió del aposento.

La casa estaba tranquila. Ni hojas ni flores permitía el invierno, excepto algunas violetas sobre la tierra húmeda; pero la savia que llenaba los troncos de las plantas se revelaba al calor del sol. La brisa soplaba dulcemente y se oía piar algunos pájaros que revoloteaban inquietos. Algo había en el ambiente que reemplazaba los gratos perfumes, las canciones y aleteos primaverales.

Como las nubes que ocultan el sol proyectando sombras en unos lugares y á su lado aparecen otros iluminados, así la pena que sombreaba el alma de Mercedes, no llegaba á sus hijos, cuya alegre conversación percibió desde el primer momento, no sin alguna extrañeza por el estado de ánimo en que quedó Lorenza á la llegada del Sr. Alzaga.

Cuatro grabados de batallas, colgados en las blanquísimas paredes, dos rinconeras con floreros de porcelana y un par de candelabros de plata, un reloj de péndulo con caja de madera incrustada sobre el aparador, sillas de caoba con asiento floreado, un canapé con una pequeña alfombra delante, cortinillas de muselina en los cristales y una pesada mesa de torneadas patas en el centro, constituían el modesto mobiliario del comedor en que Vicente y Lorenza hablaban cuando entró Mercedes.

Apenas hubo pasado el umbral, asaltáronla los dos jóvenes con demostraciones de afecto, colmándola de

caricias y de besos, sin notar las huellas que aún conservaba su semblante por la violenta escena que acababa de desarrollarse.

Vicente la llevó al canapé y sentándose á su lado comenzó una relación animada de su conferencia con Manuel. A las primeras palabras Lorenza llena de confusión y de rubor huyó asustada á refugiarse en su aposento, y cuando su madre quiso llamarla, él lo impidió con un ademán, añadiendo:

—Mejor es que no esté presente.

—¿Por qué?

—Porque tendrías que reprenderla y yo me constituyo en su abogado para que la perdones.

No hubiera podido encontrar Manuel en parte alguna mejor abogado para su causa, ni abogado alguno hubiera encontrado más propicia oportunidad para entablar una conversación semejante. El estado de ánimo de Mercedes, con la imaginación llena de dudas respecto á los sentimientos de Lorenza para con su hermano Vicente, fruto de la amarga semilla que las palabras de Alzaga habían sembrado, al conocer la inclinación de ésta hacia Manuel, vió abrirse un claro en el nublado horizonte y sintió gran alivio, como si la lava del volcán que debía incendiarlo todo se convirtiera de pronto en un límpido, tranquilo y fecundo arroyuelo. Esta circunstancia y la conciencia de su propia falta, con tanta inoportunidad renovada por su padrino, la dispusieron á la indulgencia y pudo considerar los amores de Lorenza bajo muy diferente punto de vista. Por otra parte su amor propio se sentía halagado, pues los hechos le daban la razón, y las presunciones de aquél, dejando de inquietar su espíritu, lo presentaban á sus ojos cada vez más odioso.

Su hijo, entre tanto, posesionado de la verdad con que le hablara el teniente Rodríguez, contagiado por los trasportes de aquella fogosa pasión, relataba con alegre locuacidad los levantados proyectos de su amigo.

El le había exhortado y persuadido que debía tener calma, había pasado en revista los inconvenientes de esta unión; pero todo se desvanecía ante la decidida voluntad del amante y la seguridad de que Lorenza había cifrado en él sus más caras esperanzas. Convencido de que se amaban, faltaba solo el consentimiento materno para hacerlos felices. Y ¿por qué no concederlo? Manuel era un oficial de fortuna, huérfano de padres y dueño de su albedrío, ¿qué emulaciones, qué crítica, qué inconvenientes podrían oponerse con justicia, á este matrimonio?

Las débiles objeciones de Mercedes, eran rebatidas con calor por Vicente, quien lanzado ya en el empeño decidido de obtener el consentimiento materno, pintó con los más halagüeños colores el cuadro de una segura y tranquila felicidad doméstica, incorporando á la familia el caracter alegre y bondadoso, la firme voluntad y la nobleza de alma de Manuel.

—Por otra parte—agregó—si ellos no tienen dinero, lo que tú posees bastará para asegurarles el porvenir y, entre tanto, viviremos juntos. En esta casa hay comodidad bastante.

—Pero á tí ¿qué te quedaría?

—Mi carrera, cuya parte más penosa está concluída. Mis relaciones que son muchas é influyentes. Sobre todo, soy solo, con poco me basta y en saliendo á campaña nada me hará falta y hasta la paga me sobra.

Estos pensamientos tan sencillamente manifestados consolaron á Mercedes, por cuanto su hijo traducía en hechos las ideas que ella había emitido delante de Alzaga con respecto á él y á Lorenza.

—Tu amigo puede vanagloriarse de haber elegido un buen abogado para entablar su demanda. Preséntame enhorabuena esa alhaja, y si vale la mitad que tú, se casará con Lorenza; pero á esta señorita tengo que ajustarle una estrecha cuenta.

—Bueno, si vas ahora á hacerla sufrir, ¿para qué me

ponderas de buen abogado? El perdón debe ser amplio y á mi me corresponde presentar al reo.

Diciendo esto, salió Vicente en demanda de su hermana, que temblaba en un rincón del aposento como una corza asustada, por las consecuencias de aquella larga entrevista. Al ver su hermoso rostro contrito y acongojado, la animó con palabras cariñosas y tomándola de la mano, la llevó á presencia de Mercedes.

Sucedió una escena tierna, de reproches, consejos y disculpas, que se produjo de la manera más natural y sencilla, sin esfuerzo para ninguno, sin exageradas manifestaciones. Lorenza, con un encanto indecible, con la sencillez de quien desde niño ha aprendido á querer y á respetar, hizo su confesión y manifestó la firmeza de su amor y el valimiento que Manuel había ganado en su corazón, debido á circunstancias impremeditadas que sobrevinieron expóntáneas, como se ama la luz y la libertad, como brotan las plantas y abren las flores, en primavera, su cáliz perfumado á las caricias del aire matinal.

El corazón de Mercedes se oprimía al peso de las emociones de aquella mañana. La visita de Alzaga, con el influjo que su nombre imprimía, en vez de halagarla con esa autoridad ideal que blasonaba, y de hacer dulce una protección que quería imponer á título de amistad, le había dejado fatigosos pensamientos, amargas impresiones y reñcores en el alma. De modo que la ingenuidad de Lorenza, la generosidad de Vicente y el amor de Manuel, formando el más violento contraste con tan extraña conducta, tuvieron la virtud de calmar la agitación de su estado moral, como el bálsamo aplicado á la herida recién abierta por un puñal alevoso.

Ella necesitaba indulgencia, perdón y cariño y estaba dispuesta á prodigar aquellos sentimientos por lo mismo que ansiaba gozar de ellos, en la profunda concentración de su secreta desdicha. En todo convino, á todo cedió su quebranto y cuando quedó sola, la im-

presión del primer golpe recibido le causó esa extraña y duradera melancolía, esa nostalgia del tiempo feliz que el poeta trágico de Italia ha calificado como el mayor dolor de la miseria, producida por el eco misterioso de pasados amores, de lejanos placeres, esperanzas desvanecidas, luces apagadas, cintas y flores sin perfume, despojos del festín de la vida, que ruedan silenciosamente al olvido.

---

## XI

El escribano Matías Machuca era un viejo cartulario de garabateada rúbrica y signo con arabescos, al uso del siglo XVIII, que había mantenido juntas la fe judicial y la extrajudicial; pero que ya no ejercía la profesión, sino en casos particulares, en favor de una muy reducida clientela. Experimentado y astuto sabía como ninguno, sortear los sinuosos embrollos de aquellos pleitos interminables que levantaban expedientes como montañas de papel sellado y escritos constelados de citas latinas de la más difusa erudición, en cuyo piélagos proceloso perdían los clientes la paciencia y el dinero y, *ergo* tras *ergo*, hacían su fortuna los curiales.

Honrado á carta cabal, era respetado y temido por su habilidad para descubrir picardías y desenmascarar bribones. Siempre plácido y alegre, decía las verdades de barquero con la sonrisa más amable. Laborioso y tenaz había practicado mucho, como escribano de número, al lado de D. Tomás José Boiso, cuya habilidad y larga práctica le dieron renombre en Buenos Aires. Era éste un hombre encanecido en la redacción de contratos y testamentos, quien ejerció cuarenta y nueve años la profesión, regenteando la escribanía fundada por Francisco Javier Ferreyra en 1748, y en la que su padre, D. Eufasio José, trabajó trece. Es decir, de 1769 á 1833 actuó casi constantemente en ella un Boiso como escribano. Decimos esto porque, tal vez, algunos de nuestros

lectores hayan oído hablar de él y recuerden que su calvicie le valió de la mordacidad de las gentes el apodo de *siete pelos*, y que con esa pintoresca tendencia á las coplas que mostró siempre el pueblo español, hasta en los más graves sucesos, la gentecilla menuda del Cabildo cantaba, á su respecto la siguiente:

Siete pelos tiene Boiso,  
Siete pelos su mujer,  
Siete pelos tiene el diablo,  
Siete pelos todos tres.

Así lo dice la tradición y así lo repetimos, para dar idea de la cátedra en que vigorizó su experiencia Machuca, quien descendía de una familia perteneciente á lo que podía llamarse clase media en la colonia, ó más claramente, siendo único hijo del matrimonio desigual contraído por un español con una americana, quedó colocado entre la alta plebe y la pequeña nobleza, digamos así. Destinado por sus padres al estudio eclesiástico, los claustros de Córdoba le recibieron y aceptaron como á un buen alumno.

Creció entre el misal y el incensario, aprendió el latín á la perfección, la teología, el derecho canónico y, familiarizado con las bibliotecas conventuales, se dió cuenta de que no tenía vocación para tonsurado, y un buen día, caballero en una mula, cruzó los Andes, visitó el Cuzco, que fué capital del imperio de los Incas; Lima, la ciudad de los Reyes en el valle del Rimac; la ciudad doctoral de Chuquisaca, fundada por Pedro Ansurez; Santiago de Chile, á orillas del Mapocho y muchas otras hacia el Norte, para volver, estudiando, á fijarse en Buenos Aires con el título de escribano, las leyes de Indias, la Novísima Recopilación, el Fuero Real y el Fuero Juzgo en las alforjas llenas de noticias y curiosidades de los pueblos porque pasó.

Ejerció la profesión con éxito y provecho, y harto de *dar fe* y garabatear papel, se retiró dejando el archivo



y los registros en poder de Boiso, para dedicarse á su manía de coleccionar antigüedades.

Se había mantenido célibe porque, como él decía, la madre naturaleza al formarlo había querido hacer economías y compuesto su ser con cosas que ya habían servido, de modo que su corazón estaba cruzado por cicatrices de heridas amorosas que él no había recibido y, por consecuencia, conservaba el recuerdo de pasiones que jamás había experimentado. En amor podía, pues, apreciar la locura de otros; pero él no era sino un contemplador apasionado que, habiendo sufrido mucho por cuenta ajena, no tenía capacidad para abrigar los propios desengaños.

Su instrucción y el conocimiento de los hombres, adquirido en los viajes, hacían acertado su consejo. No era de aquellos seres que lloran su perdido candor, los santos goces de la infancia y las ilusiones de la juventud, ni pertenecía tampoco á la raza de los despreocupados. Aceptaba la vida tal como era y trataba de sortear sus dificultades para recibir el menor daño, considerando que los defectos ó virtudes de los hombres están en ellos mismos y esto los hace iguales en todos los tiempos.

Porteño, más que americano, y americano más que español, tenía por herencia materna un decidido amor á la libertad y á la independenciam de sus actos, que nacía tal vez de esa tendencia pampeana á disfrutar del espacio, de la luz y de la tierra, sin control ni tutela extraña, guardando, empero, de la sangre paterna, el espíritu conservador y la presuntuosa firmeza de los conquistadores. En una palabra; no había nacido para tener amo, y las ideas escritas con sangre por la revolución francesa, exaltaron su ánimo y lo prepararon para entrar de lleno en el movimiento emancipador de 1810.

Llegado el momento, lo sirvió en cuanto pudo, y aunque pertenecía al partido Morenista, el año 12 era, más bien que un opositor al gobierno, un centinela avanzado

contra la reacción española que temía en las circunstancias difíciles porque atravesaba el país.

Con su aspecto bondadoso y su conversación de fraile predicador, sazónada con citas latinas, era un viejecito de exterior inocente; pero temible en la acción, y Alzaga que lo sabía por experiencia, no le perdía pisada y lo hacía espiar por un mulatillo entre cuico y zambo, llamado Sabino, interesado y pillo, que tenía Machuca á su servicio de tiempo atrás y á quien pagaba sus chismes con generosidad en lo que importaba á la política.

Tal era el consejero y amigo á quien Mercedes pensó acudir en su desolación. Una cuestión de dinero se presentaba como un nuevo torcedor de su espíritu. Nunca contó con ella y, sin embargo, era de bastante importancia para fijar su atención. Fué necesario que Alzaga viniera á recordársela.

Abrigar en el alma la ambición de lo sublime, concebir la idea de una gran abnegación y encontrarse agobiada por una falta irreparable, ¿qué mayor castigo? ¡Los días azarosos, las noches de insomnio, las pesadillas, el despertar inquieto para ver el sol que antes alumbraba su felicidad y hoy su vergüenza, y volver así á las faenas de la vida, día por día, año por año, cargada con el pesado fardo de su culpa, aumentado ahora, como si no fuera bastante, con un remordimiento más! Dervieux había dejado una herencia de 50.000 pesos que pertenecía á Lorenza, pues no existían otros herederos, y ella dejó trascurrir el tiempo abismada en su pesar, ocupada en la educación y en la felicidad de sus hijos, sin pensar, en su doloroso egoísmo, que no tenía ningún derecho para privar á esa inocente niña del beneficio de una fortuna que legítimamente le pertenecía.

Pero ¿hasta dónde alcanzaban esos derechos? ¿Qué podía esperarse en el momento actual?

Entablar una reclamación, dirigirse á Machuca ó á otro, ¿no era lo mismo que confesar su falta?

El recuerdo de Vicente, tan noble, tan generoso, no podía borrarse de su imaginación. Lorenza no tenía nombre; pero estaba enamorada, era correspondida, se casaría y podría ser feliz; pero su hermano, que llevaba el suyo legítimo, sin tacha, lo mancharía por el pecado de la madre. ¡Cuán triste porvenir! Mercedes, que amaba por igual á sus hijos, se creía obligada á confesarse á sí misma que cuanto más próximo estaba Vicente á ser desgraciado, ocupaba mayor sitio en su corazón que la pobre huérfana, hija del amor, con probabilidades de ser dichosa.

No hay infortunio más digno de compasión que el de un alma altiva que se da cuenta de su derrota. ¡Amargo trance es aquél en que una mujer se ve obligada á confesar su vergüenza ante un tribunal que no sea el tribunal de Dios! Lucharía, á pesar de todo. Alzaga era susceptible de arrepentirse porque era honrado y dudaba, aún después de lo que le había oído, que quisiera degradarse de esa manera. A todo evento propondría el caso al Sr. Machuca, como una cuestión de derecho hereditario sin dar su nombre. Siempre habría tiempo para declararlo.

Esto recapacitaba Mercedes al día siguiente de la entrevista con su padrino; es decir, el martes 23 de junio, mientras se prendía la mantilla de chapa frente al espejo para dirigirse á casa del escribano.

Allí no era esperada seguramente y no dejaría de extrañarse su presencia, cuando éste había concurrido á casa de la viuda, siempre que fué necesario, y aun no siéndolo, por razones de cortesía y amistad. Ella lo hubiera llamado; pero sentía la necesidad de alejarse, de respirar otra atmósfera, tratar en otro sitio asunto tan delicado, y presa de una vaga inquietud, nacida, tal vez, de su estado nervioso, adoptó este partido, que tan graves consecuencias debía producir, sin que ninguno de ambos pudiera evitarlas. Por otra parte, concebida la idea de esta consulta, no quiso demorar la ejecución

ni un instante; ansiaba fijar sus ideas, concluir con tan afligentes conjeturas y conocer de una vez lo que debía temer ó esperar; ¿qué derechos tenía Lorenza y, consecuentemente, qué nueva fuerza la obligaba al sacrificio de su dignidad? La inconveniencia de este paso le parecía insignificante con relación á la tormenta de cavilaciones que fatigaba su imaginación. No corre más ligera una devota al templo buscando la remisión de sus culpas, que corría Mercedes al encuentro de los males que deseaba evitar.

Libros apilados, grandes *in folio*, rollos de papeles y estampas, ídolos, tallas grotescas, retratos, escudos heráldicos, candelabros antiguos, vasijas y armas de los indios, raros caracoles y mil objetos heterogéneos, en las paredes, sobre los muebles, en el suelo, abajo, arriba, y por doquier, llenan y obstruyen la sala de recibo de Matías Machuca, dándole más aspecto de despacho de prendero que de escribano. Frente á la biblioteca, un reducido espacio queda, sin embargo, accesible, aunque ocupado en parte por un sofá de alto y complicado respaldar forrado en algo que fué damasco de seda, despojo de algún Virrey, y allí sentado el visitante podría, sin mucho esfuerzo, hacerse la idea de viajar en un carro de cómicos de la legua.

Detrás de un escritorio incrustado de maderas diversas con gran complicación de cajones, compartimentos y secretos, obra paciente de los indios cuzqueños, se destacaba el busto de su propietario, cubierto por una casaca color aceituna, con alto cuello y grandes bolsillos. Bajo una frente amplia, en un rostro carnudo y afeitado, la nariz pequeña soportaba los anteojos montados en aros de plata, á través de cuyos cristales brillaban unos ojillos penetrantes, coronando una boca y una barba de corte indígena que en nada alteraban el conjunto de aquél semblante plácido y risueño. Esta cabeza cubierta con un gorro de seda bordado de felpilla, era sustentada por un cuerpo pequeño y ágil, cu-

vos movimientos activos desmentían los sesenta años de edad que tan valientemente había vivido.

Cuando vió entrar á Mercedes, no pudo contener una exclamación de sorpresa y, levantándose apresuradamente, se adelantó para recibirla, ofreciéndole asiento en el sofá.

—¡Mi señora Mercedes de Cáceres! ¡Cuánto favor recibo con su visita! No esperaba ciertamente tener el gusto de verla en mi casa y cuento con que sabrá usted disculpar el desórden de mi cuarto de trabajo. ¿Como se encuentra mi amigo el capitán? ¿Y la querida niña? Tome usted asiento aquí; estos libros y papeles todo lo invaden,—dijo removiendo los que ocupaban las sillas, para sentarse cerca de la señora.

—En casa no hay novedad alguna y puede usted estar seguro de ser estimado allí por todos, que lo recuerdan siempre como á un buen amigo. Necesito consultarlo sobre un asunto reservado y pedirle un consejo tan sincero, como solo usted es capaz de dármelo. Pensé que esto facilitaría una contestación inmediata y por eso he venido en su busca, en vez de hacerle avisar como otras veces.

—Estoy siempre á su disposición en cuanto pueda y sepa. Usted me ha hecho el honor de fiarse en mi lealtad y escasos conocimientos, desde el fallecimiento de su esposo; pero debo manifestarle que la buena voluntad no basta muchas veces, pues nadie es sabio en todas las ocasiones: *nemo mortalium omnibus horis sapit*. Aun cuando no sé todavía de que se trata, debo suponer que usted ha venido por algo que mucho le importa.

—Sin duda alguna, fiada en su amistad y recto juicio, aun cuando en este caso no se trata de mí.

Los ojillos del escribano irradiaron luz; pero nada dijo. Se acercó á la puerta y llamó á Sabino, ordenándole que trajera un mate bien cebado para la señora, y se preparó á escuchar la demanda de Mercedes con una sonrisa bondadosa.

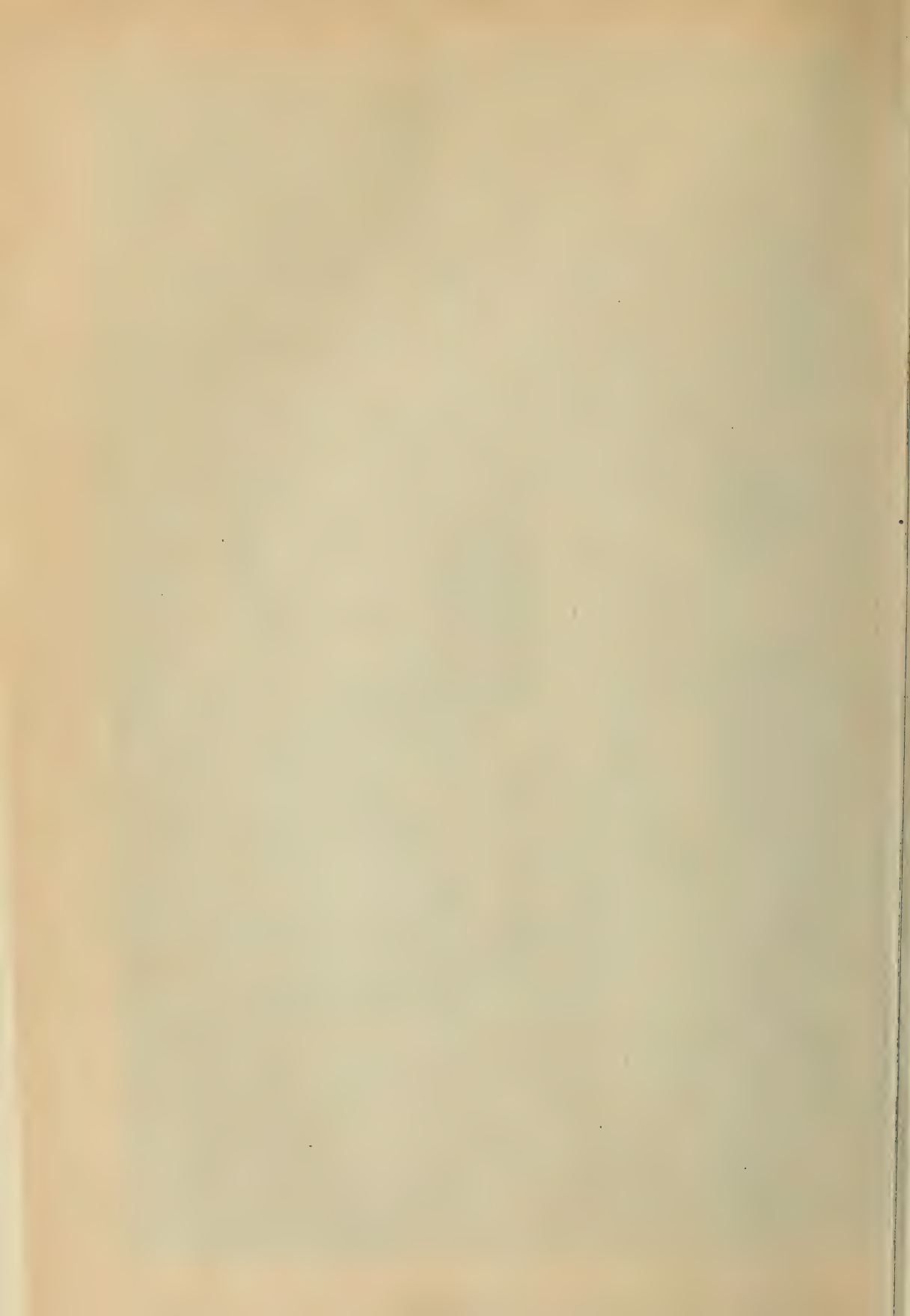
Mientras Machuca en silencio barajaba conjeturas y suposiciones á propósito de esta visita inesperada, ella parecía pedir inspiración y fuerza á un complicado escudo de Hernán Cortés colocado á su frente, en cuya cimera, entre engarabitados ornamentos, un león alado abría las fauces en un enorme bostezo, como cansado de guardar el equilibrio á que lo condenara la inexperiencia del pintor.

Levantó él á su vez la vista hacia una de las carabelas de Colón—la Niña—que parecía petrificada en un mar de añil, y al bajarla encontró la inquieta mirada de la viuda, inclinó la cabeza y la dijo con acento paternal:

—Hable usted con toda confianza.



— Hable usted con toda confianza.





## XII

Mercedes comenzó á narrar su propia historia, atribuyéndola á otra persona, con tan visible emoción, á pesar de los esfuerzos que hacía para conservar su serenidad y puso involuntariamente tanto calor en vindicar sus amores, procurando alejar un juicio demasiado severo al entendimiento de su interlocutor, que éste no pudo menos de fijar su atención en el interés ó empeño que ponía Mercedes para disimular faltas ajenas, y recordando, por asociación de ideas, el origen de Lorenza, la época de su presentación y el cariño de madre que su amiga le manifestaba, repasaba en la memoria las palabras de Horacio: *Mutato nomine, de te-Fabula narratur*. Si cambiara el nombre podría apropiársele el cuento.

Sin embargo, Mercedes no había pronunciado nombre alguno, y ésto pudo Machuca atribuirlo á una muy justa discreción en tales circunstancias; pero cuando llegó al punto preciso de la consulta, es decir, á los derechos que pudiera tener la hija á la herencia paterna, recordó el proverbio latino: *ubi mel, ibi apes*. Pero su suspicacia se equivocó esta vez, porque, si bien es común pensar que donde está la miel están las abejas, y donde se trate de dinero estará el afán humano, la frialdad de Mercedes con relación á este punto era tan evidente que el espíritu más inclinado á la desconfianza no podría atribuirle interés alguno en ello, y sólo le quedó al viejo la sospecha de que se trataba de una cuestión de honor.

Cuando la viuda hubo concluido de hablar, Machuca no dudaba de que su amiga era el más noble corazón y la más honrada mujer que había conocido, á despecho de su falta, si sus suposiciones eran acertadas, pues se daba bien clara cuenta del sentimiento de equidad que la había impulsado á dar un paso contrario al humano egoismo, exponiendo su secreto á ser descubierto para obtener una opinión en qué apoyar su conducta ulterior y tranquilizar su conciencia en tan difícil situación.

Esto no obstante, quiso averiguar si él era el sólo consultado en tan grave asunto, ó si su parecer no era solicitado en oposición de otro más ó menos acorde con el modo de pensar de la interesada, y poniendo ambas manos sobre las rodillas é inclinando un poco el cuerpo hacia adelante, dijo:

—Muy fácil parece, á primera vista, emitir opiniones ó dar consejos en estas materias; pero le aseguro á usted, amiga mía, que es un acto bien difícil para quien quiere ser sincero y procura acertar. Sin que esto importe negarme á satisfacerla, creo que usted hubiera debido consultar, antes que pensar en mí, á un letrado ó, cuando menos, al Sr. Alzaga, su padrino, quien, por los cargos públicos que ha desempeñado, tiene una práctica hecha en materia de sucesiones y de herencias.

—Si á usted no le es posible ilustrarme—contestó Mercedes ahogando un suspiro—y el caso requiere la consulta de un letrado, señale usted el que deba ser y le ruego quiera tener la bondad de acompañarme. En cuanto al Sr. Alzaga, nuestras relaciones han quedado cortadas definitivamente, por razones que creo inoportuno manifestarle ahora y serían largas de explicar.

Machuca enderezó el cuerpo, llevó la mano á la cara para disimular una alegre sorpresa y, retirando los anteojos, se puso á limpiarlos en un pañuelo de algodón que sacó del bolsillo con estudiada calma al mismo tiempo que hablaba.

—¡*Nihil silentio tutius!* Usted ha tenido ocasión de saber

nuestra enemistad política. Creo que podría aplicársele la expresión de Juvenal: *major famæ sitis est quam virtutis*. La sed de adquirir fama es mayor en él que la de ser tenido por virtuoso, y la experiencia me ha enseñado á conocer que la reputación de un hombre es como su sombra, que tan pronto le sigue como le precede: algunas veces es más larga y otras más corta que su estatura regular. La de Alzaga es mayor y marcha delante de él. Cualquiera que sea el motivo que lo separa de usted estoy convencido que á él le faltó prudencia ó le faltó virtud.

—No tengo, pues, dijo la viuda, otro consejero ni amigo tan leal como usted hasta hoy.

—Trataré de merecer ese título. Alzaga, estimándola le hubiera podido dar un consejo conveniente, pues como dice el vulgo, más sabe el diablo por viejo que por pícaro.

Hizo una pausa y volvió á colocarse los anteojos, mientras Mercedes tomaba el mate de manos de Sabiro, quien permanecía de brazos cruzados atento á cuanto conversaba su amo, cuyas frases latinas zumbaban con ruido singular en su cerebro incapaz de retener la menor palabra.

—Voy á darle mi opinión *ex animo*, creyendo cumplir así un deber de amistad para con usted,—exclamó el escribano mirando á Mercedes como si quisiera leer en su semblante el efecto de lo que iba á decir.—Según la narración que acaba de hacerme, una viuda con un hijo legítimo y una hija natural, quien se cree huérfana de padre y madre, cuyos nombres ignora, desea conocer el derecho que ésta tiene á la herencia paterna. Hay una cuestión previa que no debo pasar por alto. Si la viuda denuncia el nacimiento de la niña, el varón legítimo se sentirá deshonrado por la falta de la madre, en tanto que aquélla, haciéndose ilusiones sobre la legitimidad de su origen, recibirá un desengaño al conocer que es el fruto de una unión ilícita y, en este caso, la declaración de la verdad causará la desdicha de los tres y quizás la desunión de la familia.

—Está usted en lo cierto y esa es precisamente la parte más delicada de la cuestión.

—Habría, por lo tanto, conveniencia en callar y dejar al acaso la resolución; pero, por lo que á mi respecta, el discernimiento con que puedo juzgar de la malicia ó de la bondad de las acciones humanas, me inclina á aconsejar lo contrario, sin mencionar la ocultación de bienes que resultaría no entregando á la huérfana la herencia paterna, porque la falta de verdad implica ausencia de virtud, la más legítima, obligatoria y sagrada de nuestras facultades. Cicerón lo ha dicho: *Virtus est per se ipsa laudabilis, et sine quâ nihil laudari potest*. La opinión de los hombres no tiene facultad para variar la naturaleza de las cosas, y el que ejercitara la virtud tan sólo por la felicidad que produce, no procuraría sino su propia satisfacción. La falsedad podrá aprovechar de la incertidumbre y disfrazar los hechos; pero la verdad se confirma con el tiempo, la investigación arranca su disfraz á la mentira y más tarde ó más temprano *veritas vincit*.

El rostro de Machuca irradiaba la satisfacción del vencedor: hubiérase dicho el campeón de la verdad retado á duelo en el juicio de Dios, que contempla abatido á su enemigo á los botes enérgicos de su lanza, cuyo pendoncillo en alto hace flamear el viento de la victoria. Mercedes, por el contrario, parodiaba al vencido, que espera resignado el fallo de la justicia, el *police verso* de los romanos, para terminar la vida.

—Demos este punto por resuelto—dijo la viuda lánguidamente—y vamos al objeto principal de mi consulta. ¿Cuáles son los derechos de esa hija natural á los bienes del padre?

—Bien, señora,—contestó el escribano.—A usted no le bastará mi opinión por mucho que la haya solicitado y la estime, si no se da cuenta de los fundamentos que le sirven de apoyo, pues en las cuestiones legales la interpretación de la ley forma el convencimiento de cada uno, y conviene que vea usted claro en este asunto.

—Su opinión me bastará, puede estar seguro, y no deseo ofuscarme interpretando leyes cuyos alcances no podría apreciar por mi sola.

—Trataré de ser conciso. Según la ley 1, título xv, partida iv, *Naturales e non legitimos llamaron los sabios antiguos á los hijos que non nacen de casamiento*; lo que confirman la ley 1 de Toro y la Novísima Recopilación, ley 1, título v, libro x, siempre que al tiempo del nacimiento los padres estuvieran hábiles para casarse entre sí sin dispensa, y éste es el caso de su consulta. Pero el reconocimiento es circunstancia *sine qua non* para que el hijo natural pueda ser considerado como heredero y para efectuarlo se requiere..... Veamos el texto.

Machuca se levantó. Mercedes hizo un ademán para significar que no era necesario; pero él tomó entre otros un libro con tapas de pergamino, y hojeándolo rápidamente sobre las rodillas, continuó:

—Aquí está. La misma partida iv y título que dije antes. Ley iv: presentarlo al rey..... ¡no! Ley v: Presentarlo al consejo del pueblo..... tampoco. Ley vi: Hacerlo por testamento..... no puede ser, pues no ha testado. Ley vii: *Instrumento ó carta haciendo algun ome por su mano misma, ó mandándola facer á alguno de los escribanos públicos, que sea confirmada con testimonio de tres omes buenos, en que diga que algun fijo que ha, nombrándolo señaladamente que lo conoce por su fijo, es esta otra manera en que se facen los fijos naturales, legitimos*. Ve usted, señora, así dice la ley, y si existiera un documento podrían tal vez apoyarse los derechos de esa niña en la disposición que acabo de leer.

—Existe un documento de prueba,—contestó Mercedes; —pero no precisamente tal como lo indica el libro que usted consulta.

—De cualquier modo el caso se simplifica. Diga usted, ¿qué clase de documento es ese?

—Una fé de bautismo, en que el padre declara serlo de la niña y le da su nombre.

—¡Fehaciente, mi señora doña Mercedes, fehaciente!

Ahora pisamos en terreno más firme. Puedo decir á usted de memoria que en la ley I, título XVIII de la partida III, se dice, tratando de las pruebas en general de todo acto jurídico y de la validez de los diferentes instrumentos, lo siguiente: *Escritura de que nace averiguamiento de prueva es toda carta que sea fecha por mano de escribano público de Consejo ó sellada con sello de Rey ó de otra persona auténtica que sea de creer.* Y el cura de la parroquia ó capellán de la feligresía es persona *de creer*, como exige la ley, pues según los comentarios de Gregorio López á las partidas, ésta se refiere á todo escrito que da fe, sin necesitar más requisito para su validez, y pone por ejemplo las cartas de obispos, abates ó cualquiera otra persona constituida en dignidad con derecho de sello.

—Puesto que la facultad de la niña para heredar está demostrada—dijo Mercedes, aturdida por aquel diluvio de citas latinas, partidas y leyes que el escribano se afanaba en hacerle conocer—es tiempo que tratemos de la parte que pueda corresponderle en la herencia.

—Tiene usted razón. Lo difícil está resuelto, pues en lo demás la ley es terminante y no tendríamos sino abrir el libro en la VIII, título XIII de la partida VI, para saber que, no existiendo testamento, el hijo natural heredará la sexta parte de los bienes del padre á partir por igual con la madre, en el caso de no haber ascendientes ni descendientes legítimos, y el resto pasará á los parientes colaterales del causante. Pero, después de esto, la ley no ha previsto el caso en que los bienes resultaran vacantes; quiero decir, que no hubiera tampoco parientes colaterales que los reclamen, y en tal circunstancia, parece consecuencia necesaria que el hijo natural quede revestido del derecho de suceder á su padre en toda la herencia.

—Y la circunstancia de haber pasado mucho tiempo desde la muerte del padre ¿no prescribiría la acción de su hija?

—No; porque ignorando ella cuál es su verdadero estado, es lógico que su acción y derechos para percibir ha-

beres del padre que no conoció, sea imprescriptible, pues ésta sólo podría comenzar á contarse desde que pudo establecer su verdadera filiación. En definitiva, es mi parecer que la madre debe denunciar el nacimiento de la hija menor de edad, cuya tutela le corresponde, iniciar una testamentaria y reivindicar los bienes considerados mostrencos desde tiempo atrás.

La conferencia podía darse por concluída, y su resultado no sorprendió á Mercedes, ya resuelta á proceder de acuerdo con el consejo de su amigo; pero antes de retirarse dijo:

—Espero que usted no tendrá inconveniente en hacerse cargo de dirigir este asunto, cuya delicadeza no conviene fiar á cualquiera.

—En obsequio de usted haré cuanto sea necesario en pró de esa señora, á quien, por otra parte, considero más desgraciada que culpable. Me servirá de abogado consultor el Dr. Pedro José Agrelo, de quien soy amigo y cuya discreción é inteligencia están fuera de toda sospecha.

—Pues bien, envíe usted al pueblo de Luján una persona de confianza para sacar de los registros de aquella parroquia un testimonio en forma de la fe de bautismo á que me he referido y que tiene fecha 27 de julio de 1794. Cuando la tenga en su poder y la haya leído, agregó Mercedes con voz apagada, vaya usted á verme y hablaremos de nuevo sobre ello, pues mucho importa que así sea.

En todo el tiempo que duró esta conversación Sabino no había dejado de acarrear mate con una paciente resignación y cierto ensimismamiento intelectual, impropios de su carácter inquieto, entretanto que los ojos, luciendo desasosegados, desmentían su tranquilidad.

Si le llamáramos granuja le habríamos señalado, pero no definido, y no encontramos, por el momento, una palabra para compendiar aquel conjunto de desvergüenza, pillería, disimulo y audacia que constituía el fondo de su carácter, en que las ideas de moralidad parecían no tener cabida; pero si entramos en menores detalles, podremos

agregar que sus vestidos denunciaban una índole revoltosa y callejera suficientemente marcada para justificar cualquier acto de energía por parte de su amo.

Cuando Mercedes quiso retirarse, Machuca la acompañó hasta la puerta, y al volverse, se encontró cara á cara con la fisonomía desenfadada del mulatillo que lo había seguido con el mate en la mano y cayendo en la cuenta de que su actitud servicial, tal vez obedecía á un espíritu de curiosidad, aunque muy distante de sospechar lo cierto, quiso castigarlo con un mogicón que el pilluelo evitó agachándose ágilmente y corriendo á la calle.

—*Fugam fecit!* dijo mirándolo correr; y volviendo el recuerdo á la viuda, entró de nuevo en su gabinete de trabajo.

He aconsejado en conciencia lo que me ha parecido conveniente y justo, pensaba; pero aun cuando comprendo que estoy expuesto á tropezar con dificultades ó desagradados, me entrego á la suerte: *¡fortuna cætera mando!* Ella es una mujer de carácter, un gran corazón, y si no me equivoco, si realmente me ha mentido un nombre para evitar el sonrojo de semejante declaración, la conozco bastante y quedo convencido que suceda lo que suceda sostendrá valientemente su cruz. *Fortiter geret crucem.*

Mientras Machuca monologaba, Mercedes salió al espacio abierto y emprendió el camino al encuentro de sus hijos, no sin levantar la vista hacia el cielo sereno como si quisiera hacerlo testigo mudo de su sacrificio, en el instante en que el sol velado por una nube pasajera lanzaba el postrer rayo que se reflejó en sus ojos con algo de su gloria, fluctuó, apagóse y desapareció. Cuando el astro del día entró de nuevo en la plenitud de su dominio, todo respiraba contento y sólo en el corazón de aquella madre se hacía lentamente la noche.

Entre tanto, si hubiera vuelto la cara, podría aún ver á lo lejos, en sentido contrario, la figura grosera de Sabino corriendo y saltando en limpio los postes á lo largo de la calle en dirección á la casa de D. Martín de Alzaga.



### XIII

La niebla que envuelve la ciudad desaparece gradualmente. Diríase que los edificios de Buenos Aires están cubiertos por velos luminosos que van levantándose poco á poco y acentuando cada vez más las líneas y las agrupaciones, hasta que el sol, en una apoteosis de luz, cuyos tintes procuraría en vano fijar la paleta más atrevida, los desvanece y muestra con toda claridad las rinconadas, los huecos y las desigualdades que preparan tropezones en el camino. Brillan los cristales en los balcones, lucen los árboles su escaso follaje por sobre las tapias coronadas de fragmentos de vidrio, y el delicado olor á trébol que trae la brisa campesina, se mete en las casas por puertas y ventanas abiertas, saturándolo todo de esa suave fragancia con que la naturaleza pródiga obsequia á la ciudad en sus hermosos días.

La calle de la Victoria se prolonga á la vista con su doble hilera de postes y faroles, y en la cuadra del Colegio escasos transeuntes interrumpen su tranquilidad de aldea. A trechos alguna negra retrasada barre la vereda frente á la finca de sus amos y, de vez en cuando, se percibe el chirrido de una carreta de bueyes que avanza hacia la plaza cargada con su pipa de agua, haciendo sonar la esquila á cada salto del vehículo en las huellas que modela en el barro del invierno y en el verano parecerán granito.

Por las calles laterales sube un vientecillo fresco del río que se aspira con delicia, ensancha los pulmones y en

el mes de junio hace restregarse las manos ó rebozar la capa.

Humo de leña dejan escapar las chimeneas, cuyas nubes se funden en el azul celeste del cielo por sobre las azoteas y tejados, y al veril de la acera varios braseros con sus hornallas al viento, activan el fuego que deben calentar parrillas y calderas para la merienda ó el mate.

La *Botica del Colegio* no es más ni menos que otra á este respecto: un anafe de barro chisporrotea á su puerta y el agua hierve con festivo ruido, dejando escapar por el pico de la caldera una débil columna de humo blanquecino, como si quisiera burlarse de la ingenuidad con que un pintor local ha ejecutado en la pared un mortero de singulares contornos cuya mano sobresale del borde, como el mástil de un barco á pique, señalando el letrero de la muestra que lo corona.

«Hay de todo como en botica», se dice generalmente, en sentido irónico, para denotar que se hallan mezclados en alguna persona ó cosa, indistintamente, cualidades buenas y malas, y esto podría aplicarse con exactitud á la de D. Narciso Marull, en donde se reunían en tertulia casi todas las noches hasta horas avanzadas, personas de diferentes opiniones y circunstancias á jugar al chaquete, leer las gacetas, conversar de todo y comentar cuanto sucedía. Era el *refugium peccatorum* de los españoles mal avenidos con el gobierno, en contraposición al café de Mallico, en la esquina de enfrente, donde se reunían los patriotas por idénticas razones.

La casa se caracterizaba por un penetrante olor á drogas y productos farmacéuticos en que dominaba el de la mostaza, sin que esta palabra envuelva una intención epigráfica, ajena á la seriedad de narradores verídicos, con respecto á la opinión política de tan conocido boticario, que pudiera acarrearle molestias por parte de las autoridades tan celosas del americanismo y de las ideas de independenciamiento, cuando nuestra intención es tan solo la de establecer un hecho relacionado con las inofensivas

mercaderías de su particular comercio. La finca era bastante espaciosa para su objeto, pero la tienda no era grande. Una cantidad de tarros y paquetes con letreros latinos llenaban los estantes del fondo y sobre el mostrador de madera dura y lustrada por el uso, prestaban constante servicio una balanza de enmohecidas cadenas y una piedra lisa para moler unguento, á cuyo lado descansaba de su fatiga diaria una espátula aburrída de servir.

Los Marull eran personas conocidas y de antiguo vecindadas en América. A esta familia pertenecían: D. Francisco, que en 1783 tenía botica establecida en Montevideo; el presbítero del mismo nombre, y D. José, complicados ambos en la conjuración, lo mismo que D. Narciso, quien era boticario en Buenos Aires desde antes de la invasión inglesa y andando el tiempo, allá por el año 22, figuró con el título de doctor como profesor de farmacia. Anticipamos esta noticia por cuanto corrobora el concepto de hombre estudioso y entendido que gozaba en la época que lo presentamos al lector, parado en el umbral esperando tranquilamente la llegada de fray José de las Animas que venía del lado norte departiendo con el Dr. D. Bernardo Nogué. Este contertulio de Marull, reputado médico de su tiempo y gran amigo del protomédico Dr. Gorman, había sido cirujano del real cuerpo de artillería cuando la reconquista y tenía más de veintidós años de ejercer la profesión en las provincias del Plata. Conservaba, de tiempo atrás, relaciones con el padre barbón, presidente de la institución de Bethlehem, de quien era intermediario para con los partidarios que se reunían en la botica.

En el interior, los dos amigos encontraron cuatro correigionarios que hablaban de política jugando á la malilla, y por ellos supieron que el sobresalto de los comprometidos era cada día mayor á causa de las prisiones de abril y mayo. Juan Hermida le explicó al fraile lo relativo á Valentín Sopena y sus compañeros, dándole una lista de los detenidos junto con él y diciéndole que, á pesar de haber

prestado declaración el 13 de junio, continuaban presos, lo mismo que Cudina y los suyos, quienes llevaban más de tres meses de cárcel sin sentencia.

Juan Crispín García, del cuerpo de retirados, que vivía más allá de la Plaza de Lorea y estaba presente, confirmó la relación de Hermida por lo que se decía en su barrio, donde vivían algunos amigos de las nueve personas presas, cuyas familias, vecinas de San Fernando y San Isidro, permanecían en Buenos Aires y andaban de casa en casa, escondiendo su miedo y haciendo comentarios alarmantes.

Fray José los exhortó á que procuraran calmar los ánimos, que el día decisivo estaba cercano y que todo marcharía bien, pero al salir de allí fué directamente á buscar á D. Martín de Alzaga, dispuesto á provocar una resolución definitiva en lo relativo al cuerpo de arribeños y al capitán Cáceres, único nudo que faltaba asegurar en la trama de la conspiración.

No podemos afirmar con certeza que esto fuera motivo bastante para impacientar á fray José, pero es lo cierto que sus sentimientos comprimidos se exhalaban en murmullos que cualquier indiscreto hubiera interpretado por blasfemias ó maldiciones si no fueran emitidos por un sacerdote de su seriedad y prestigio. Pero cuando el Sr. Alzaga entró en la sala donde lo esperaba paseándose, sin compasión de la alfombra que hollaban sus enlodadas sandalias, le presentó con brusco ademán la lista que le había dado Hermida, escrita en un grueso papel de hilo que manoseaba nerviosamente desde el primer momento.

Comenzó á tejer una embrollada relación á propósito del ostensible acuerdo y de la manera estúpida con que los cuatro compañeros de Sopeña, cuyos nombres contenía el papel, encerrados como viscachas en la casa de la viuda de Diego Baragaña<sup>24</sup>, en San Isidro, se habían dejado prender por el alcalde La Madrid, hombre sin escrúpulos y tan poco galante que los había traído con escolta y sin descanso, como á ladrones vulgares, para

entregarlos en Buenos Aires á la justicia, sin dejar de registrarles las balijas y los bolsillos, con tanta llaneza y confianza como si fueran los propios. Desde el 21 de mayo que esto sucedió, hasta el día presente; 23 de junio, continuaban gozando del abrigo de la Cuna, donde los tenían encerrados después de hacerles mil indiscretas preguntas, de cuyas respectivas respuestas esperaban obtener el material bastante para clavar algunos banquillos al borde del foso del fuerte. Ya se contaban próximamente quince partidarios, entre presos y llamados á declaración, y esto era fuertemente sugestivo para el espíritu preocupado é intranquilo de conspiradores incipientes, que no veían llegar el día de desahogar su impaciencia.

—Esta es ya la cuarta vez que el gobierno pone las manos en la masa, decía con calor. Primero Cudina, portador de pliegos para el general Goyeneche; después Galindez, por la malhadada apuesta; luego Rico, ese tonto que fué á burlarse de la escarapela de un patriota, y por último Sopena. Tome usted cuenta de esto, D. Martín, y dése prisa á concluir el negocio de los arribeños y el acuerdo de Montevideo, antes que alguno de esos presos diga lo que no quiere y nos cueste cara la indiscreción del miedo.

—Todo está concluído, fray José. El cinco damos el golpe á las dos de la madrugada, sin falta alguna.

—¿Entonces la viuda de Cáceres, consiente en convenir al hijo?

—Muy al contrario. Hemos roto para siempre nuestra vieja amistad. No me quejo. El poder tendrá satisfacciones; pero en el camino se cosechan grandes amarguras. Debía amparo á esa familia y le he llevado desengaños y dolores. Ya quedan sacrificados estérilmente, como lo preveía, los escrúpulos que usted me echaba en cara el día de la reunión.

—Es decir, que la señora obcecada no da oídos á la razón y quiere labrar de propia mano la ruina de su hijo. ¡Cómo ha de ser! Los conjurados lo tratarán como á enemigo.

—Ella es consecuente con sus ideas y no acepta ser instrumento de la defección de su hijo.

—Eso es simplemente una tontería.

—Hago justicia á su honradez y creo que procede bien. ¿Defecionaría usted su partido? Una cosa es predicar y otra practicar.

—La situación en que estamos colocados no admite términos medios. El capitán Cáceres debe ser ó nuestro amigo ó nuestro enemigo. La guerra es de exterminio y el que cae, muere.

Algo iba á contestar, sin duda D. Martín, cuando vió á través de los vidrios de la puerta del patio la fisonomía insolente del mulatillo Sabino, que había entrado sin llamar y husmeaba el interior de la sala con aire reservado.

—Un momento, padre, ese muchacho trae alguna noticia política de casa del escribano Machuca. Tal vez sea algo importante, por que el viejo es muy marrullero y capaz de jugarnos una mala partida.

—Ya lo conozco. Ese chico es su sirviente.

—Lo tengo comprado.

—No se descuide usted. Cuando un hombre se vende, todo es cuestión de precio, y un muchacho....

Alzaga abrió la puerta é interrogó al espía, sin hacerlo entrar á la sala.

—¿Qué novedad te trae?

—Es que.... su señoría.... La bendición, padre....

—Dios te haga bueno, contestó el barbón.

—Sabino se llevaba la mano á la cabeza, no sabemos decir si en procura de un sombrero que no tenía para saludar, ó de una idea que le faltaba para explicarse; pero alentado, al fin, por Alzaga, quien le manifestó que podía hablar delante del padre, comenzó á referir á su manera lo que había podido comprender de la conferencia de doña Mercedes con su amo esa misma tarde, quien le había contestado que se encargaría del negocio y que traería de Luján la fé de bautismo de una persona cuyo nombre ignoraba; pero que tenía la fecha de 27 de julio de 1794.

Las referencias del mulatillo, aunque no completas, eran bastantes para aclarar al fraile la intriga y ponerlo al corriente del secreto de Mercedes, pues agregando á lo que sabía lo averiguado, quedaba en conocimiento de todos los hechos. Su viva inteligencia se dió pronto cuenta de la situación de Alzaga respecto de la familia y de la fuerza que importaba la posesión de ese secreto para el logro de los fines propuestos, y exclamó:

—No importa nada lo pasado. El juego no está perdido. Por ahora está usted sin armas, pero yo sé bien lo que debo hacer para que los triunfos vengan todos á nuestras manos. Para no volver aquí, espéreme usted pasado mañana por la tarde en su quinta de Barracas, pues tendré importantes noticias que comunicarle. Y sin entrar en mayores explicaciones se despidió y salió apresuradamente.

Alzaga, un tanto confuso, por no conocer la intención que llevaba fray José de las Animas, dió un peso á Sabino recomendándole la mayor reserva y dejándole entrever la posibilidad de un severo castigo, si se llegaba á traslucir que había hablado de semejante asunto.

El sirviente de Machuca regresó á casa de su amo á toda carrera, brincando postes, chuleando á los otros muchachos que encontraba y tirando pedradas á los perros, con el ánimo alegre y bien dispuesto para trocar por otro peso el primer chisme que percibieran sus oídos aguzados por el interés.

Entre tanto el presidente de los Belermos, siguiendo la calle Liniers, llegaba á la esquina del hospital; pero en vez de penetrar en él atravesó la calle para dirigirse á la barbería de Verdugo.

Era ésta un cuarto pequeño con paredes blanqueadas bastante sucias. Frente á la ventana un sillón de vaqueta abría sus descarnados brazos á los clientes que se entregaban en manos del catalán. Sobre una mesita pintada de negro, allí inmediata, se veían en desorden una vacía, peines, navajas, tijeras, jabón y botes de pomadas en que

el paso de los dedos marcaba una huella oscura. Completaban el mobiliario un par de sillas ordinarias, una escoba arrinconada, la guitarra, siempre á mano, algunas estampas clavadas en la pared y, colgadas de un clavo, dos ó tres tohallas que primitivamente fueron blancas.

El padre barbón, apartando la cortina de angaripolas que cubría la puerta, como quien conoce las costumbres de la casa, batió las manos:

—¡Ave María purísima!

—¡Alabada sea por siempre! contestó el barbero saliendo al encuentro del visitante.

—Buenas tardes, reverendo padre.

—Buenas tardes, D. Antonio. Tengo un encargo urgente que hacerle.

—Lo que su merced me mande.

—Todavía está el sol alto y habrá tiempo. ¿Sabe usted la chacra de doña Valentina Feijoo, la viuda de Fernández, en Barracas?

—Si, padre. Está enferma en cama.

Bien, vaya usted allí ahora mismo y en el rancho del negro Ventura que cuida el potrero, pregunte por Francisco Lacar.

—Lo conozco también, es un gallego que tiene un chico como de doce años.

—El mismo. Dígale de mi parte que mañana de madrugada vaya á la Convalecencia y le pida al capataz de la estanzuela de la Orden <sup>25</sup>, Antonio Castellanos, en mi nombre, que apronte dos buenos caballos aperados para hacer un viaje rápido en servicio de la causa.

—Y ¿cuando estén prontos?

—Lacar se volverá á su casa sin hablar de este asunto con nadie, y Castellanos vendrá á las seis de la mañana en punto á buscarme aquí, al hospital, listo ya para la marcha.

—¿No se necesita una orden para el capataz?

—Lacar no precisa nada. Ya lo conocen.



—Voy en seguida. Por si oscurece antes de la vuelta, llevaré la *makila*: hay muchos perros por esas quintas.

Pasó á la pieza inmediata y volvió á salir armado de un palo de níspero más grueso en la extremidad inferior que en la superior, verdadera arma en la nervuda mano del catalán, y que si no era exactamente una *makila*, no tenía tampoco menores condiciones ofensivas que el bastón de los vascos.

—A su regreso,—dijo fray José,—atraviése al hospital para saber como le ha ido. Llame por la ventanita de la botica. Excuso repetirle que esto es reservado. Buen viaje.

—Descanse su paternidad.

Retiróse el fraile á su convento, cerró Verdugo la puerta y emprendió el camino de Barracas, mientras se reclinaba el sol en el horizonte envuelto en una nube oscura orlada de espumas de oro.

## XIV

Todo se ejecutó como fray José lo había dispuesto.

Al día siguiente, á pesar de ser la Natividad de San Juan Bautista, cuya fiesta celebra la iglesia, emprendió el viaje sin reparo alguno, alegando pretestos especiosos para alejarse del convento.

La mañana estaba fría y el tiempo sereno. A la hora precisa Castellanos se detenía con toda puntualidad á la puerta del hospital de Belermos con un caballo de tiro. Salió el padre, quien como hemos dicho era hombre de acción resuelta, aseguró la mano izquierda con las riendas en la crín y, prescindiendo del estribo, de un salto estuvo á caballo. Dió un bote el animal, lo contuvo con gran desembarazo y acomodándose en la montura partieron al galope.

Un viaje de doce leguas, poco más ó menos, no merecía la pena de ocupar la atención. Cualquier hombre de aquel tiempo lo emprendía sin dificultad y, por otra parte, los caminos no eran malos para el ginete que sabía cortar campo á cualquier rumbo, y el capataz era baqueano de la llanura en los alrededores de Buenos Aires, de modo que sin fatiga podían llegar en poco tiempo á su destino.

Excusando las calles centrales, rodearon el macizo de la ciudad y por los suburbios salieron al camino en dirección á Luján. Los chacareros madrugadores que veían pasar á este fraile con sombrero de anchas alas, cabalgando á paso de correo, se descubrían y lo seguían á lo lejos con la vista, mientras él activaba el galope, de modo

que muy pronto los cercos de las chacras se perdieron á su espalda como si se los tragara la tierra.

Fray José se sentía agujoneado por la curiosidad de conocer aquel documento, única prueba de la falta de Mercedes y del nacimiento de su hija, donde estaba escrito el nombre del padre de la niña. Había discurrido diabólicamente apoderarse del original y ponerlo en manos de D. Martín de Alzaga, de modo que éste quedara sólo árbitro y dueño del secreto de la viuda de Cáceres, pudiendo entonces imponer sus condiciones con más eficaz energía, pues ni la misma madre, aunque lo pretendiera, podría probar quienes eran los padres de Lorenza, condenada por tan indigno proceder á perpetua horfandad.

Si el fraile barbón se escudara con la política y el interés de la patria para cometer una acción tan contraria á su carácter sacerdotal, no nos atreveríamos á contradecirlo; pero no podríamos tampoco afirmar que sacrificaba sus escrúpulos religiosos, como Alzaga sus afecciones, en aras de tan altos intereses, porque no conocemos manifestación alguna de su parte que nos sirva de norma para apreciar la intensidad de tal sacrificio. Pero es la verdad, que mientras el uno se dolía de la situación en que voluntariamente, ú obedeciendo á circunstancias especiales, había colocado á su antigua amiga, el otro le suponía un rencor vengativo que estaba lejos de abrigar y le ofrecía el puñal de misericordia con que debía ultimar á su víctima.

Para lograr este propósito contaba con la amistad del maestro de aquel curato D. Francisco Argerich, y la buena relación que mantenía con el capellán D. Mateo Blanco. Pretextando la necesidad de averiguar si existía allí alguna constancia sobre el nacimiento de personas vinculadas á los niños que concurrían á la escuela sostenida por su convento, registraría libremente el archivo y arrancaría en un momento oportuno, la foja al cuaderno de bautismos en que estuviera consignado el reconocimiento de la hija de Mercedes.

Pasado el tiempo nadie podría atribuirle semejante acción, tratándose de personas con quienes no se había relacionado jamás, que ningún interés personal podía impulsarlo á ello y que debían suponerse vecinos de Luján diez y ocho años antes, habiendo él vivido siempre en Buenos Aires.

Sucedió lo previsto. El honrado padre Blanco le entregó los más antiguos registros de la iglesia y como era día de fiesta lo dejó sólo y tranquilo para dedicarse á sus ocupaciones. Facilmente pudo mutilar el cuaderno sin dejar rastro y llevarse la foja en el bolsillo. Pasó allí el resto el día y la noche; pero á la mañana siguiente, temprano, regresó á Buenos Aires, llegando á mediodía, sin esfuerzo, sin fatiga y con los caballos descansados.

La quinta de Alzaga estaba situada en la calle larga de Barracas; es decir, frente á lo que es hoy Avenida Montes de Oca, y su terreno comprendía el encerrado por las actuales Pinzón, Azara y Suárez, entonces no delineadas. Era el mismo en que muy posteriormente fué edificada la gótica capilla de Santa Felicitas, cubierta de ricos ornatos y colores radiantes, agradable y curiosa, como una caja de juguetes, contrastando á la distancia con la severidad de los viejos templos centrales, cuyas moles sólidas, y sóbrias representan la tradición austera del poder religioso que tanto influjo tuvo en la vida y en el desarrollo de Sud América.

Aquella posesión era, sin duda, una de las mejores, si no la mejor de su tiempo, con casa cómoda, jardín y huerta plantada abundantemente de árboles frutales y de flores olorosas, originarias de este continente en su mayor parte. El *rico home* de Buenos Aires, como lo ha designado un escritor argentino, pasaba allí los veranos con su familia, organizando almuerzos campestres y diversiones al aire libre; pero á la caída de las hojas, con la ausencia de las flores, regresaban á la casa solariega los bulliciosos paseantes, y el capataz Gómez, con cierto número de esclavos, quedaba exclusivamente á su cuidado.

El jueves por la tarde acudió el propietario á la cita que le diera fray José de las Animas, y se entretuvo en recorrer la quinta hasta que éste, después de haber dejado los caballos y tomado un refrigerio en la Convalecencia, llegó con el aire satisfecho del hombre que ha conseguido ultimar un negocio de la mayor importancia.

Alzaga estaba impaciente. Al verlo venir, gritó á los perros que acudían ladrando y se adelantó hasta la puerta, contestando á su saludo con palabras corteses, é invitándolo á entrar le dijo:

—Es usted el hombre más singular que conozco. Me abandona antes de ayer con la palabra en la boca, puedo decir, dándome esta cita, que no deja de ser imprudente, hoy que la desconfianza se acentúa y se siente en el pueblo cierto malestar inexplicable, algo como la calma y el silencio que precede á una gran conmoción. ¿Por qué ausentarse durante dos días?

—Hice un viaje.

—¡Un viaje! ¿Para qué? Mejor hubiera sido cuidar sus hombres, que andan sin brújula. Dos días atrás estaba usted tan impaciente que me acosaba con motivo de las prisiones y, sin embargo, se fué á viajar. Pero ahora las cosas toman otro giro; ya tenemos una denuncia, lo que sé por buenos informes, y no conviene con citas y conferencias aclarar la ceguera del gobierno, empeñado, por suerte para nosotros, en no creer la verdad.

—¿Qué ha sucedido?—Preguntó el fraile no sin inquietud.—De mis hombres respondo y ninguno de ellos denunciará nada.

Alzaga se sentó en el borde de una mesa y dejó al padre José la única silla disponible, pues los demás muebles estaban amontonados en los rincones, ofreciendo el aposito el aspecto desolado y triste de las casas abandonadas.

—Los bandos promulgados en enero y marzo penando á los que oculten armas ó las usen, dan motivo á los alcaldes para cometer tropelías, y con ese pretexto algunos

de los nuestros han sido presos y puestos de nuevo en libertad; pero el recelo de los unos y los alardes de los otros nos ponen en verdaderos apuros.

—Eso no tiene importancia, á mi juicio. Usted hablaba de denuncias.

—Tiene importancia por la excitación y alarma que produce y por que estremando esos registros los alcaldes pueden tropezar con las armas que tenemos.

—No lo temo,—contestó el padre balancéandose en la silla.

—Un clérigo que vive frente á la panadería de Luque.....

—Debe ser el presbítero Dr. Pascual Silva Braga. Al menos no lo extrañaría, si fuera él.

—Ha dado cuenta al gobierno de las reuniones que allí se celebraban. Los espiaba desde su ventana con el cuarto á oscuras; pero no ha logrado conocer á nadie por que todos iban embozados. Tal vez por su vaguedad misma no han tomado en consideración la denuncia, atribuyendo, como siempre, el Sr. Puyrredón estas reuniones á *chiclanistas*, y el Sr. Chiclana á *pueyrredonistas*, negándose respectivamente á tomar medidas de represión alguna por este motivo. Sin embargo, usted comprende que el peligro está cercano, pues hay muchos ojos desconfiados que nos acechan y debemos ser muy prudentes.

—Convengo en todo; pero el asunto de los arribeños, por las mismas razones expuestas por usted, es cada día más urgente resolverlo, y tengo medios de asegurarlo, pues no en valde he galopado hasta Luján.

—¿Y con qué propósito fué usted, abandonando la capital en tan difíciles momentos?—Preguntó Alzaga con el acento desconfiado de quien cree que le tienden un lazo.

—A buscar la fe de bautismo de Lorenza Dervieux, única prueba de su nacimiento, contestó el fraile con aire de triunfo.

—¿Para qué necesita ese testimonio?

—¡El testimonio! Para nada absolutamente.

— No comprendo entonces lo que quiere usted decir.

—Lo que digo es que tengo aquí la fe de bautismo original, ó mejor dicho, la foja del registro en que está escrita. Lea usted.

Y sacando de la manga un papel doblado se lo presentó. Alzaga visiblemente molestando, se puso de pié, lo tomó y leyó en voz alta:

— « En esta Villa de Nra. Sra. de Lujan, en veinte y » siete dias del mes de Julio de mill set.<sup>s</sup> y noventa y » quatro a.<sup>s</sup> el Capellán Presb.<sup>o</sup> D. Felipe José de Maque- » da bapt.<sup>o</sup> puso oleo y crisma en este curato á Lorenza » Maria Mercedes de quatro dias, hija de D.<sup>n</sup> Agust.<sup>n</sup> Der- » vieux, soltero, y de D.<sup>a</sup> Mercedes Bargas, viuda de » D.<sup>n</sup> Vicente Cáceres, y fueron padrinos D. Bentura López » y D.<sup>a</sup> Juana Reyna. Y para que conste lo firmó.

*Márcos Cano Cortés.*

Cura Rector.

—Todavía no alcanzo el propósito que usted sigue, por que yo no he pedido ni he necesitado este documento para hablar con la señora y, créame usted, no estoy dispuesto, por mi parte, á insistir respecto á este asunto, pues la conozco bastante y estoy seguro que su resolución es irrevocable. Aunque así no fuera, no puedo aprobar lo que usted ha hecho, cualquiera que sean las ventajas que puedan resultarnos de una acción que no quiero calificar.

Fray José, que había seguido con la vista en la fisonomía de su jefe el efecto causado por la lectura del documento, y escuchado en silencio tan ágría respuesta, comprendió que se había equivocado creyendo que Alzaga abrigaba un oculto rencor para con la viuda, que había rechazado su primera proposición. Cuando él creía haber merecido demostraciones de agradecimiento como salvador, tropezaba con un reproche y una resistencia que le produjo la más desagradable impresión.

Estaba persuadido que ningún hombre llamado á figurar en la escena pública, y especialmente obligado, como

Alzaga lo estaba, se conducía ni podía conducirse por otro móvil que el de su propio interés; pero unida su fortuna á la de éste en la peligrosa cuanto difícil empresa que llevaban á cabo, había procurado vincularse á él de tal manera que una vez comprometido no pudiera tomar otra senda. Con estas ideas, y para evitar una discusión que consideraba inconducente, contestó:

—No entraré en el análisis de si he procedido bien ó mal. Lo hecho..... hecho está. No niego la virtud y el honor; pero creo que ni uno ni otro de estos sentimientos ha servido de guía principal en política sino á los soñadores, y niego á éstos toda facultad para tomar parte, con éxito, en los negocios de interés general. No trato ahora de la viuda de Cáceres ni de su honor, sino del cuerpo de arribeños, que debemos reducir por cualquier medio á la impotencia. Esta fe de bautismo es un arma poderosa si usted la esgrime, usando de su autoridad, y la presenta al capitán con este dilema: «Nadie, ni la misma Mercedes Vargas, » es dueña de su secreto; yo, como único poseedor de la » prueba, le ofrezco á usted su honor limpio de mancha por » su cooperación política y la de sus soldados». ¡Veremos entonces qué cara pone el capitancito!—agregó con sorna.

—No haré tal—contestó Alzaga con sequedad—usted, sacerdote y teólogo, está tomándose más trabajo para condenarse que el que necesitaría para su salvación. Convegamos en que ha errado usted el tiro.

—En la situación en que estamos, con el peligro que corremos, no queda tiempo para procurarse otro medio de sublevar ese cuerpo, y si la revolución no estalla el cinco, fracasará. Bien se comprende. Nuestros parciales estaban flojos, sin entusiasmo y temerosos con las prisiones. ¿Cómo los encontraré ahora, después de la denuncia que usted me ha referido?

—Lo mismo que antes, por que no se ha traslucido nada y no me explico esa extraña timidez. Al principio no contábamos con los arribeños y el entusiasmo de todos era decidido. ¿Por qué no prescindir de ellos hoy como ayer?



—Porque en el espíritu de todos está que el regimiento es nuestro; con él cuentan y si no lo sienten se crearán perdidos.

—Sin embargo, hecha la propuesta y rechazada por el hijo como lo fué por la madre, quedamos en iguales condiciones.

—Lo que no implica que debemos abandonar el juego. Si se obtiene, aseguramos el triunfo, y si no, lo procuraremos siempre por otros medios, aunque con menos probabilidades.

Alzaga parecía fatigado de esta polémica y volvió á sentarse sobre la mesa con visible mal humor, diciendo:

—Pero es seguro que Cáceres nos delatará al gobierno.

—Conmigo tal vez lo haría; pero con usted no. Lo conoce desde niño y está acostumbrado á respetar al padrino de la madre. El capitán no es hombre experimentado en las luchas políticas; está habituado á la obediencia de sus superiores y, por otra parte, pertenece á esa clase de soñadores de que antes hablé. Con la virtud por norte y debiéndole á usted consideraciones, le concederá *generosamente*—fray José recalcó esta palabra—el tiempo necesario para huir, que siempre será el bastante para proceder, por corto que sea.

—De cualquier modo, proponer tal cosa cara á cara, á sangre fría, es una indignidad.

—Poco importa que lo sea. Recuerde cuanto tenemos comprometido, cuántos hombres descansan en usted. La lucha es á muerte, á todo rigor. El que vacila puede caer y el que cae es aplastado sin lástima y hasta con indiferencia. No es tiempo de volverse atrás, ni de filosofar, sino de obrar bien, pronto y con audacia.

Alzaga continuó resistiéndose débilmente, pero fray José, infatigable como el leñador que viendo inclinarse el árbol que quiere cortar menudea los hachazos, no excusaba razones, ya excitando su ambición, ya señalando un peligro ó ya haciéndole responsable de su negativa.

Al fin el jefe prestigioso, el hombre soberbio, el carác-

ter duro y rehacio, se doblegó, si no á los argumentos, á sus conveniencias, al interés de todos, á los compromisos contraídos, y como la primera vez en presencia de otros, cedió de nuevo por las sugerencias del insidioso fraile, en la soledad del aposento desordenado y frío de aquella quinta extramuros, triste á la luz del crepúsculo, sombría como una ruina abandonada, como el abismo en que los precipitaban emulaciones egoistas y odios amargos.

Cuando salieron declinaba el sol y las ramas del árbol más alto, rígidas y desnudas de follage se dibujaban sobre el fondo rojizo del horizonte lejano como los siniestros brazos de la horca.

En casa de Mercedes los preparativos del matrimonio de Lorenza se llevaban á cabo discretamente, trabajando con la anticipación requerida, de propia mano, todos aquellos delicados detalles que requiere el ajuar de una joven en esas circunstancias. Había, pues, mucho que coser y el ofrecimiento cariñoso y espontáneo de Marcelina Montero para ayudar á su amiguita en la confección de las piezas más delicadas, fué aceptado con alegría, conocida su habilidad para bordar en blanco y hacer festones, aún cuando no nos atreveríamos á afirmar categóricamente que tanto el ofrecimiento como la aceptación, estuvieran completamente destituídos, bajo cierto punto de vista, de todo interés personal.

Con tal motivo ésta vino á pasar algunos días al lado de su amiga y, á pesar de los prudentes consejos de Mercedes, no se daban punto de reposo para terminar un batón de primoroso gusto, que habían ideado entre ambas.

El lector no extrañará con estos antecedentes que el domingo, después de misa, sentadas en la ventana de la sala, cosieran Lorenza y Marcelina, mirando de tiempo en tiempo, pasar la gente á través de los cristales.

Entre ellas está un costurero de caoba cuya tapa de espejo refleja el confuso montón de madejas de seda, ovillos de hilo, tijeras, agujas y un pedazo de cera amarillenta y llena de surcos.

Mercedes reclinada en el sofá leía ó aparentaba leer una *Gaceta*.

Hacía mucho tiempo que no hablaban. Entregada cada una á sus pensamientos, aquellas tres mujeres corrían con la imaginación por la misma senda á muy diferentes destinos. El amor era su estímulo.

Mercedes volvía la vista al pasado para recordar al amante prematuramente muerto, que arrastró en pos de sí para siempre sus últimas esperanzas de felicidad entre los girones del velo de su temprana viudez, acariciando dolorosamente en su memoria la imagen del bien perdido, y reanudando una multitud de impresiones que debían ayudarla á realizar su destino. Contemplaba á su hija feliz y apasionada, como ella en otro tiempo, y hubiera dado los años de vida que le quedaban por evitarle el conocimiento de las verdades amargas que forman la experiencia, cuyo áspero roce gasta y desvanece las más bellas ilusiones.

Machuca llegaría de un momento á otro y ella trataba de confortar su ánimo para soportar la vergüenza que su presencia le produciría, sabiendo que había leído la fe de bautismo y estaba enterado ya de quiénes era el padre y la madre de Lorenza. Conocía el fondo de honradez que formaba el carácter del escribano, y la idea de descender á sus ojos del pedestal sobre que descansaba su reputación de mujer virtuosa, le hería en lo más profundo de su delicadeza.

Estos pensamientos daban á su rostro una expresión melancólica, que contrastaba notablemente con el semblante risueño de la prometida de Manuel.

La hermosura de la madre resplandecía en la hija; pero en ésta presentaba un aspecto tan alegre y sencillo que atraía, por que se fijaba la atención, más que en sus facciones, en el alma encantadora que asomaba en ellas iluminándolas con suaves resplandores y marcando en su semblante una expresión resuelta, que le daba mayor realce. Esa resolución no precedía de la elevada idea que pudiera

tener de sí misma, sino de la rectitud de su corazón, de la bondad de sus sentimientos, de la firmeza de su amor y de la confianza que le inspiraba su prometido, á quien esperaba también en ese día, para trazar los más hermosos proyectos que un joven puede discurrir, y tejer de común acuerdo los suaves y deseados lazos que debían unirlos para siempre.

Estaba satisfecha de Manuel, quien había sabido captarse el cariño de todos, sin que su amor despertara celos ó desconfianzas, ni menoscabara el afecto que su madre y hermano le profesaban. Obsequioso y atento, su carácter abierto le vinculó en poco tiempo á la familia de su novia y, á la inversa de Lorenza, que ofrecía á todos el espectáculo de su ingenuo amor, sus manifestaciones para con ella, sin ser reservadas, eran más serias é iban envueltas en un cierto tono de dignidad, de afectuosa deferencia, no exentas, sin embargo, de juvenil alegría.

Entre tanto, la desdichada Marcelina, deslumbrada en este cuadro de luz, recordaba los días en que llena de esperanzas había mirado á Vicente como el único norte de su existencia, hasta que la persistente monotonía de su indiferencia la había convencido de que no podía amarla.

El entorpecimiento, la ceguedad de esa obsesión había pasado, y pensaba con espanto en los tristes y solitarios días que se alargaban ante ella, por que, estaba cierta, no podría amar á otro hombre jamás. Empero, una necesidad poderosa de felicidad, de movimiento, de calor, de conversaciones íntimas, solía apoderarse de ella; su juventud se revelaba entonces con toda fuerza, para caer de nuevo bajo el dulce yugo de aquel sentimiento platónico, pero profundo y poderoso que por completo la dominaba.

Condenada por la suerte al ostracismo de amor ¿qué sería de ella en adelante? Privada de la fuerza que hubiera hallado en la simpatía de Vicente, se debilitaba en silencio, se agostaba debatiéndose contra lo inevitable, y se consideraba como una pálida estrella desprendida del

cielo en que hubiera podido brillar constante á la admiración de aquel ingrato.

¿Cómo soportar ese aislamiento del alma? ¡Pobre Marcelina!

Sin embargo, hay en el corazón de la mujer una fuente divina de consuelo que se oculta y duerme en la prosperidad, pero que aparece y luce en toda su fuerza cuando llega la hora de la desgracia. Es la virtud que permite sufrir los infortunios y las aflicciones como emanados de una voluntad providencial; es la resignación serena del espíritu ante la intensidad ó la prolongación de un dolor, y esta facultad era la única fuerza de la enamorada niña.

A la llegada de los dos amigos la animación sucedió al silencio y, abandonadas momentáneamente las costuras, quedaron en pintoresco desorden sobre una silla, casi cubiertas por la *Gaceta* que se desplegó sobre ellas lentamente como un viejo aburrido que se despereza.

Manuel se acercó á Lorenza presentándole el cotidiano tributo de un ramo de jazmines, que ella agradeció con su más dulce mirada y una graciosa sonrisa, dando esta circunstancia pretexto para sentarse uno al lado del otro y, sustrayéndose á la conversación general, entablar uno de esos diálogos íntimos cuyo secreto encantador guardan los enamorados, con peculiar egoismo, á los oídos extraños.

Vicente, entre tanto, cerca de Marcelina refería á ésta y á Mercedes las noticias del día, que la viuda escuchaba con atención, en tanto que la joven, como abstraída, llevaba sus miradas de los prometidos esposos al capitán, estableciendo, tal vez, mentalmente comparaciones que nublaban sus rasgados ojos con una ligera sombra de melancólica resignación, realzando su plácida hermosura con los reflejos del soñado ideal.

El hombre ignora siempre lo que vale la mujer que le ama. Ninguno sabe qué ángel de abnegación llevaría á su lado si correspondiera á ese amor, y cuando llega á conocerlo es cuando amándola, ha atravesado con ella las

terribles pruebas de la existencia. Ignorando, pues, lo que valía Marcelina, sus gracias y su amor no influían lo bastante en el ánimo de Vicente para atraerle por completo, y veía, sin satisfacción alguna para su amor propio, con completa indiferencia, extinguirse á su lado una luz que pudiera ser el faro de su vida, el alivio de sus quebrantos, la égida de su felicidad.

Relataba el rumor circulante de una posible revolución de los españoles y lo que se decía sobre las denuncias que el gobierno había recibido al respecto con una rara impasibilidad, explicable tan solo por el constante desacuerdo entre Pueyrredón y Chiclana, que había llegado á convertirlos en dos cabezas de partido que se encarnizaban trabajando el uno contra el otro y se atribuían recíprocamente los males públicos, mientras Rivadavia, colocado entre ambos, trataba de templar al unísono de las conveniencias generales estos dos ambiciosos empecinados en no comprender el serio peligro que entrañaba su desunión para la común seguridad. A cada paso y cuando se hallaba solo, ya con uno ó con el otro, ambos le referían que su émulo conspiraba, atribuyéndole juntas de partidarios y secretos manejos de que tenía noticias, y despreciando bajo este supuesto las delaciones relativas á los verdaderos enemigos del gobierno.

Rivadavia conocía que sus colegas conspiraban en realidad; pero esas conspiraciones puramente de partido y personales no podían afectar á la causa patriota, entre tanto que las especies que habían llegado á sus oídos se referían á los españoles y afectaban directamente la seguridad del gobierno independiente. De aquí su empeño en convencerlos de la conveniencia de tomar medidas contra toda manifestación sospechosa que se produjera, mientras Chiclana y Pueyrredón se oponían respectivamente á cualquier providencia que no fuera encaminada contra el partido que le era opuesto.

Con este motivo se citaban diversos detalles más ó menos creíbles, de escenas producidas en el fuerte, de agrías

discusiones y polémicas recíprocas entre los miembros del gobierno, en las que dominaba casi siempre la energía y el patriotismo del Sr. Rivadavia, quien, sin preocupaciones personales, conservaba mayor serenidad de juicio que sus compañeros de gabinete.

Marcelina, que había vuelto á recobrar su costura, como el gladiador vencido recoge su escudo después del combate, interrogó tímidamente si aquellas amenazas de revolución entrañaban un peligro inmediato en que debieran tomar parte las tropas de la guarnición.

—Tal vez,—contestó Vicente, sin preocuparse del interés que inducía la pregunta de la niña.—Lo que se dice es que un sacerdote ha señalado al gobierno que en una panadería del barrio Recio <sup>26</sup> se reúnen periódicamente á hora avanzada de la noche, muchos embozados; pero no los nombra, por que no ha podido conocer á ninguno.

—No tengo duda que son españoles,—dijo Mercedes, quien por las manifestaciones de su padrino, presumía fundadamente que algo grave tramaban.

—¿Cómo lo sabes?—preguntó su hijo con sorpresa.

Ella comprendiendo que había ido demasiado lejos, agregó:

—El barrio Recio está muy poblado de españoles y gentes de baja condición, capaces de una asonada; pero lo dije para que contestara Marcelina que les tiene tanto miedo.

—No tengo miedo por mí, replicó la aludida apresuradamente.

—¿Por quién, entonces?

La niña, como la señora, comprendió la indiscreción de su apresuramiento y, fijando en Vicente la serena mirada de sus dulces ojos, explicó con cortedad que temía por las vidas de tantos hombres como serían sacrificados si se producía un levantamiento en la ciudad.

—Yo nada tengo que perder; pero tantos padres, esposos y.... novios hay en Buenos Aires que expondrían la vida!

—El peligro es remoto todavía.



—Me alegro doblemente porque sería sensible que tales sucesos se produjeran antes de realizarse la boda de Lorenza. Rodríguez es militar y correría á cumplir su deber, dejando á mi querida amiga, tan digna de ser feliz, sumida en la mayor angustia.

Vicente expresó que Lorenza tenía la conciencia de su deber, que sabía valientemente cerrar los ojos para dejar pasar lo irremediable sin sufrir demasiado, porque destinada á ser la esposa de un militar debía habituar su espíritu á tales riesgos y nadie sabe cuando le sorprenderá la muerte.

—Dejen ustedes tan poco alegre conversación, impropia de jóvenes llenos de esperanza, — dijo Mercedes. — No teniendo de qué quejarse inventan desdichas ó las sueñan para darse la triste satisfacción de decir que han sufrido.

Marcelina lanzó un suspiro que podía interpretarse como una protesta; pero Vicente permaneció tranquilo, en tanto que los novios, poco atentos á la conversación general, aún cuando de ellos se trataba, continuaron envueltos en la atmósfera embriagadora que forma la simpatía amorosa y la admiración recíproca, atentos tan sólo á sus mútuas confidencias, tan agradables como inocentes, tan triviales como dulces, sin preocuparse de los comentarios y opiniones de la familia.

—Convengo en que el amor de la mujer,—continuó Mercedes,—no es más que una aventura en la vida, sujeta á mil lances desafortunados, y su corazón debe estar preparado á todas las contrariedades hasta llegar á la realización del matrimonio, esa hermosa cadena de flores....

—Aunque tenga flores, es cadena, interrumpió su hijo, á quien no convenía el sesgo que su madre daba á la conversación.

—Si el destino de la mujer es vivir sometida, debe, cuando menos, conservar el derecho de elegir el yugo que ha de soportar constantemente. Los hombres pronto se hacen independientes, entre tanto que la mujer debe permanecer modestamente oculta, procurando que la envidia

no se ocupe de su belleza por consideración á sus virtudes. Y cuando en el hogar no hay satisfacciones, cuando el hombre que ha formado un frívolo concepto del amor se aleja y prefiere el café y los amigos á los goces sencillos de la familia, entonces podrá ser pesada la cadena del matrimonio, pues es lo más probable que por la puerta que él deja abierta cuando se ausenta, entren los celos, la indiferencia y el hastío á ocupar el puesto vacante.

La psicología del matrimonio que hacía Mercedes despertó la atención de Manuel, y como si se creyera obligado á justificar su conducta futura agregó:

—El hombre que acepta el matrimonio como un fin y no como un medio, está lejos de proceder así. El enamorado con lo único que goza, al menos así lo siento, lo único que desea, es poder dar la felicidad á quien ama, y en este concepto procura más el bien de su familia que el propio, cualesquiera que sean las circunstancias ó los atractivos que puedan alejarlo del hogar.

—No se vive siempre en el sueño de la dicha. La vida impone su prosa al espíritu más levantado. La unión matrimonial es una fuerza que hay que saber aprovechar para obtener de ella la mayor suma de satisfacciones posibles. El hombre asume todas las responsabilidades, lleva todas las cargas; á la mujer le basta con apoyarse confiada en su esposo para no tropezar.....

—Cuando una mujer tropieza, el tropezón no está en la piedra, si no en su pie,—dijo una voz sentenciosa que partía del zaguán á través de la puerta de la sala, abierta desde la entrada de los jóvenes.

Todas las miradas se volvieron á esa voz. El viejo Machuca, precediendo á Concepción, que le había visto entrar y acudía para anunciarlo, se presentó alegre y sonriente, adelantando hacia el centro de la sala.

Podemos decir, parodiando á Ricardo Gutiérrez, que sus palabras cayeron en aquella reunion de familia con la malicia de una piedra arrojada á la laguna, que describe círculos concéntricos de rizadas ondas, mientras toca





..... de modo que formaron casi involuntariamente tres parejas.....

el fondo profundo de la verdad. Era ésta una modalidad de su carácter, pues aún teniendo formada la más alta idea de Mercedes, no había podido sustraerse á la tentación de colocar una frase oportuna, que se ajustaba á las circunstancias como el anillo al dedo.

Ella lanzó una exclamación ahogada como quien recibe por sorpresa un alfilerazo, el rubor coloreó sus mejillas y lanzó al escribano una suplicante mirada preñada de reproches, que éste aparentó no comprender.

Los jóvenes se levantaron alegremente para saludarlo, y le rodearon en medio de la sala, con manifestaciones sinceras de bienvenida, como á un antiguo y cariñoso amigo, excepto Manuel Rodríguez, que si bien estaba familiarizado con su nombre, no le había tratado aún.

Mercedes lo presentó inmediatamente como á su futuro yerno y en pocas palabras quedó el viejecillo enterado de la proyectada boda de Lorenza, lo que le causó cierta sorpresa, no precisamente por la novedad de la noticia, sino por no haber tenido antes conocimiento de unos amores que para ser autorizados por la viuda debían datar de algún tiempo atrás.

Concepción, que conocía los gustos del antiguo amigo de su ama, fué á preparar el mate que había de servirle; Manuel, después de cambiar algunas palabras con él, aprovechó la primera ocasión favorable para volver al lado de su novia, de modo que se formaron casi involuntariamente, pero á satisfacción de todos, tres parejas algún tanto distanciadas, preocupado cada uno de los asuntos que tocaban á su propio interés.

Machuca relató á Mercedes punto por punto, las molestias de un inútil viaje á Luján para adquirir la certidumbre de que el documento buscado no existía, pues la foja del cuaderno en que estaban registrados los bautismos del día 27 de julio de 1794, había sido arrancada ó perdida de tiempo atrás, sin que pudiera saberse cuándo ni cómo. Ni el cura D. Francisco Argerich, ni el capellán D. Mateo Blanco, podían informar cosa alguna, pues era la primera

vez que notaban la falta, habiendo recibido los registros á libro cerrado, sin haber ocurrido la necesidad de consultar esa fecha para nada. La última persona que los había revisado era el Presidente de la Comunidad de Bethlehem, inquiriendo noticias sobre los antepasados de algunos niños desvalidos que asistían á su colegio, y probablemente no lo echó de ver tampoco, desde que nada dijo, habiendo permanecido un día entero en la Villa. Era presumible, por otra parte, que se hubiera perdido, pues la foja correspondiente del pliego, que era la última, también faltaba, pero indudablemente debió estar en blanco, por que la correlación de ese cuaderno con el siguiente no se interrumpía.

—De manera,—terminó el viejo,—que no existiendo la fe de bautismo, *primum mobile*, no hay medio de reclamar la herencia y lo que es más grave aún, jamás podrá saber esa pobre niña quiénes fueron sus padres, si acaso lo ignora.

Este resultado alivió á Mercedes de una gran opresión. Aquella temible espada de Damocles que Alzaga había suspendido sobre su cabeza, desaparecía de pronto y ya no podría herir á nadie, porque si la fe de bautismo no existía, la palabra acusadora de su padrino no tendría más valor que el de una calumnia audaz levantada por el despechado político contra la madre del capitán de arribeños, que no había querido inducir á su hijo á la traición.

Providencialmente las cosas quedaban restablecidas á su primitivo estado, volvía á ser poseedora exclusiva de su secreto, y si bien no podría jamás reclamar para Lorenza la herencia de Dervieux, lo que ya no dependía de su voluntad, el honor de su hijo quedaba salvado, cualquiera que fueran las inquietudes que le reservara el cielo.

El escribano, que leía en la fisonomía de la viuda sus pensamientos bajo el prisma de sus sospechas, le dijo:

—Sin embargo, si se hubiera producido por casualidad

un error de fechas, todo podría remediarse. Sería cuestión de un nuevo viaje á Luján y esto es fácil.

Las personas desgraciadas ó los caracteres débiles, por lo común se aferran á los pensamientos optimistas en los casos difíciles ó dudosos, y Mercedes, resistiéndose á aceptar presunciones que no fueran favorables al estado de su ánimo en tales circunstancias, contestó con acento convencido:

—Estoy segura que no hay error y creo que todo trabajo resultaría completamente inútil.

—¿Y si la prueba hubiera sido sustraída por una persona interesada?

—No lo creo.

—¿Sabemos, por ventura, quién está en posesión de esos bienes? *Nec scire fas est omnia.*

—Nadie, que yo sepa, tiene conocimiento de este asunto, exceptuando al Sr. Alzaga, y éste es bastante rico para no detentar bienes ajenos.

—Pues sepa usted que el Presidente de los Belermos, fray José de las Animas, el último que tuvo en sus manos los registros del curato de Luján, tiene relación con él, y como dice el proverbio *fronti nulla fides*: el hábito no hace al monje.

—¡Oh! ¡Alzaga! ¡Alzaga!—exclamó Mercedes en un arranque tal de amargura, de encono y de indignación, que Machuca no necesitó más explicaciones para imaginarlo autor ó instigador del robo y afirmar sus sospechas con respecto á la viuda de Cáceres.

Su experiencia y su malicia lo habían puesto sobre la verdadera pista, y decidido á batallar al lado de su amiga en aquel conflicto de honra, se prometió hacer suya tan justa causa y aniquilar á su enemigo reduciéndolo á la impotencia en la primera oportunidad.

Tranquilizó á Mercedes, diciéndole que estas suposiciones podían no ser exactas, y aun cuando lo fueran él velaría por los intereses de la niña que quería proteger y trabajaría en ello con empeño.

Volvio la conversación á los jóvenes, renovando la animación entre ellos con alegres bromas y palabras bondadosas para las niñas, pidiendo á Marcelina que cantara, quien lo hizo primorosamente acompañándose en la guitarra, habló con Manuel de milicia, de política con Vicente y permaneció todavía con ellos largo rato respirando aquel ambiente de felicidad, saboreando la placidez tranquila de la familia, él que vivía solitario como un hongo adherido al pasado, estudiando la historia de los pueblos, comparando las miserias de su tiempo con las glorias pasadas; lastimado por el desengaño y la amarga experiencia; percibiendo á la distancia aquel eco de amor suave y sereno, que gime y canta en los corazones juveniles; llegando al suyo como la fresca brisa de la Pampa que vivifica y alienta á proseguir luchando por el bien, por la verdad, por la justicia para todos los hombres sobre la tierra, y por la independencia bajo el cielo sin nubes de la patria amada.



## XVI

Dos días después, es decir, el último de aquel mes de junio en que sucedían los hechos que dejamos narrados, á las nueve de la mañana se disponía Vicente á salir del cuartel cuando un soldado de la guardia le presentó una carta cerrada con oblea y sin sello, diciéndole que acababa de dejarla un negro, con recomendación de que fuera entregada en propia mano. Era del Sr. Alzaga, quien lo citaba en su casa á las diez de la mañana para una conferencia sobre asuntos de interés particular.

Esta invitación, si bien cortés, le chocó en extremo, pues no alcanzaba qué asuntos podría comunicarle aquel antiguo y retirado amigo de su familia; pero recapacitando luego que tal vez se tratara de algo que á Mercedes pudiera importar, se resolvió á concurrir á la cita del jefe del partido español, cuyo nombre andaba hacía días en boca de todo el pueblo.

Las tropas portuguesas, que no se habían retirado del territorio oriental, á pesar del armisticio celebrado y de las órdenes del enviado Rademaker, continuaban acampadas en el Salto, teniendo á la mano un buen número de transportes. Aquel malestar general inexplicable, esa calma precursora de una gran conmoción á que Alzaga se refería cinco días antes hablando con fray José de las Animas en su quinta de Barracas, había tomado forma, y agitándose gradualmente entre los americanos, por efecto de la activa propaganda de la Sociedad Patriótica y los tremendos discursos de Monteagudo, que apostrofaba al

gobierno y exaltaba el espíritu público contra los peninsulares.

Alzaga cometió la imprudencia de lanzar algunas proclamas anónimas excitando á los españoles á tomar las armas, y esto hubiera bastado para hacer abortar sus planes, á no atribuírseles, con generalidad, la idea á los patriotas para provocar persecuciones contra sus enemigos. Pensamiento tan audaz como insensato no era creíble; pero los vagos rumores respecto á conspiración engrosaron día por día, y consiguientemente, el nombre de los reconocidos adversarios de los independientes pasaban de corrillo en corrillo cubiertos con la palabra «indolencia» y otras más graves aplicadas al triunvirato que gobernaba.

Sin embargo, nadie sabía cosa alguna, ningún hecho concreto dentro de la ciudad concurría para autorizar tales rumores; pero como el partido de oposición excitaba los ánimos cada vez más, la permanencia de los portugueses á la otra margen del Uruguay, los movimientos de la escuadrilla de Montevideo, cierta satisfacción del comercio español, poco en armonía con el estado de los negocios y la reserva que guardaban en cuestiones políticas los hombres del gobierno y los vecinos más espectables, tanto americanos como españoles, mantenían al pueblo en una expectativa creciente, que podría resolverse de un momento á otro en tumultuoso desahogo, si la más débil circunstancia diera margen á ello.

Vicente, que ignoraba lo acontecido en la entrevista que Mercedes tuvo con su padrino, no encontró motivo plausible para negarse á la invitación de éste, y aunque poco gustoso de concurrir á la casa del prestigioso caudillo, cuando tanto se desconfiaba de él, no quiso por un recelo, tal vez pueril, dejar de verlo.

Alzaga hubiera esperado el último momento para hacer á Vicente la proposición proyectada, porque temía las consecuencias de un fracaso; pero los rumores circulantes, por una parte, y la agitación de sus parciales por la otra,

lo decidieron, contribuyendo no poco á esta resolución la creencia de encontrar en el capitán cierta docilidad hija de la consideración y respeto que siempre le había manifestado.

Le molestaba, sin duda, el papel de corruptor de conciencias que venía desempeñando; pero también le importaba mucho hacerlo, y al tomar, con repugnancia, esta resolución, se resignó de antemano á soportar los duros reproches que esperaba y hasta las ofensas, si el sentimiento patriótico de Vicente se despertaba altivo como el de la madre. En este caso, y venciendo los conjurados, á pesar de todo, el capitán de arribeños estaba de antemano condenado á muerte, porque si Alzaga, ambicioso, no tenía virtud ni valor para escusar este trance, le enrojecería la vergüenza, siendo triunfador, de tener que soportarlo como testigo de su debilidad.

En cambio, si bien Vicente no era un enemigo que pudiera temer, no podía tampoco despreciarlo, pues, aun dominado por el secreto de su honra, estaba defendido por el mal éxito que arrostraba el hombre que se cruzaba en su camino aleccionado por la experiencia y convencido que es peor no saber vencer que ser vencido, como se probó en 1809.

Cuando lo anunciaron, Alzaga lo recibió en la sala de pie, vestido con un levitón verde oscuro, pantalón de ante y botas de campana, lo saludó afablemente y le ofreció asiento, diciéndole:

—Mucho me complace que hayas venido, pues consideraba que los rumores circulantes y la agitación notada en el pueblo pudieran ser un inconveniente dado tu carácter militar. Pero bien consideradas las cosas más vale que así haya sido, pues lo que tenemos que hablar no admite dilación y en tu casa no era prudente esta entrevista que, por otra parte, es de carácter completamente privado é impropia para tratarla en sitio público alguno.

Alzaga hablaba desde la altura de su vanidad, con cierto tono de deferente protección, como creía corresponder

al viejo amigo que había mecido en sus rodillas cuando niño al bizarro capitán que tenía delante, procurando con ello dejar establecida su superioridad con respecto al hijo de su antiguo compañero.

—Así lo dice el papel que usted me ha enviado y así lo he comprendido: por eso, prescindiendo de aprensiones que pudieran ser mal interpretadas, he venido á saber de qué se trata.

El viejo hubiera deseado encontrar menos entereza y desembarazo que los que manifestaba el joven; pero continuó sin demostrarlo:

—Se trata de un secreto de familia, que tiene larga historia.

Vicente no fué dueño de disimular un movimiento de sorpresa.

—¡Un secreto de familia! ¡Me extraña sobremanera! ¿Por qué elige usted el día de hoy para manifestarlo, cuando hace tanto tiempo que nos conocemos?

—Escucha con paciencia y todo llegará oportunamente. Supongo que tus ideas políticas no son otras que las que corresponden á un militar que sirve al Rey con honor, sin vincularse á partido alguno, ni mezclarse en alardes ó vocinglerías de descontentos.

—Sin duda; obedezco á mis jefes y al gobierno sin intervenir poco ni mucho en las cuestiones que la oposición suscita, aunque pudiera hacerlo, como otros lo hacen.

—En el país actualmente, sólo pueden señalarse dos fracciones serias, con programa determinado, con convicciones inquebrantables y capaces de regir los destinos de la colonia: éstas son los españoles peninsulares y los americanos, vale decir; los que desean que obtenga el mando un Virrey ó un gobernador delegado y los que, á favor de las conmociones de la metrópoli, quieren y mantienen una junta en el gobierno.

—Como oficial subalterno, sirvo á la autoridad legal y no me toca analizar esas cuestiones. Si para eso me ha hecho usted venir.....

—Un momento todavía. Es previo que aclare estas cosas. Decía, pues, que en cualquiera de esos dos partidos se puede servir al Rey, pues las diferencias que los separan son de forma más que de fondo, toda vez que la colonia se conserva bajo la autoridad de S. M. Don Fernando VII, cuya obediencia hemos jurado.

Aun cuando precisamente no estoy de acuerdo en todo lo que usted dice, pasemos mi opinión por alto y vamos al grano.

— Esto no tiene dos criterios. ¿No gobernaba el Sr. Cisneros en nombre de S. M. lo mismo que lo hacen hoy los señores Chiclana, Rivadavia y Pueyrredón? Es, pues, una cuestión de orden interno que divide á los vasallos de la monarquía española en esta colonia, y cualquier vecino puede optar sin desdoro por uno ú otro de los partidos que la dividen actualmente.

—Continúe usted,—dijo Vicente con visible impaciencia, dando con la contera de su espada repetidos golpecitos en el quiyango de plumas de avestruz sobre que pisaba.

—Hace dos años que el pueblo espera con resignación el establecimiento de una autoridad segura y duradera, con propósitos claros y definidos. La revolución de 1810 dió participación en el gobierno á los americanos y sustituyó al Virrey por una junta provisoria, procurando la formación de un congreso en que todos los pueblos estuvieran representados para elegir un gobierno definitivo. Esto no pudo realizarse y la incorporación de los diputados á la primera junta constituyó otra llamada *conservadora*, quedando diferentes hombres al frente del gobierno por separación de algunos disidentes, y señalándose un triunvirato como Poder Ejecutivo. Este, poco avenido con tal sistema, en noviembre último con un golpe de Estado crea el Estatuto y el Gobierno Superior, todo á nombre de Fernando VII. Pero el 31 de marzo de este año en vez de elegir cien diputados á la asamblea, se eligen 22 por la capital y 11 por las provincias, los que una vez constitui-

dos, en abril, quieren imponer el nombramiento del señor Díaz Vélez, y el Poder Ejecutivo disuelve esta nueva asamblea, mal formada y mal unida. Hemos visto cómo en el mes corriente se convocó á un nuevo Congreso, que durará probablemente lo mismo que los anteriores, por que las ambiciones, la incertidumbre y el mal consejo de hombres poco experimentados acabará por dislocarlo todo. El actual gobierno está vacilante y sin amparo, desligado de la Banda Oriental y del Paraguay, en desacuerdo con el Brasil, cuyas tropas apoyan á Vigodet, con su ejército desmembrado en el norte, y el del Uruguay en formación, sin dinero y sin influencia. En vista de este cuadro ¿no crees tú que lo conveniente sería seguir en su marcha al partido peninsular, más conservador, de mayor influencia en España y en el Brasil, más rico y que más garantía ofrece? Te lo propongo con toda franqueza como jefe de ese partido, como honrado español, como hombre que desea tu bien y ve en ello, aparte la política, un medio seguro de adelantar tu carrera.

Vicente había escuchado con tranquilidad este largo discurso; pero cuando llegó á la proposición final se puso de pie y contestó con acento resuelto:

—Usted olvida que me ha citado para tratar un asunto particular, un secreto de familia, y se entretiene en poner á prueba mi paciencia procurando atraerme con promesas á su partido; pero si bien habla usted como hombre experimentado, discurre como un inocente, por que si yo hubiera querido tomar parte activa en la política actual ya lo hubiera hecho, sin esperar su invitación. Yo amo la libertad como el don más preciado de la vida. Si todos somos iguales por nuestro origen, todos tenemos iguales derechos al gobierno. Es esta mi opinión y la de la infinidad de honrados americanos que han visto siempre á los españoles tratando de dominarlo todo. Detesto las tiranías y las que más me agravian son las de los personajes engreídos que se erigen en tiranuelos por obra y gracia de la intriga ó de la fuerza. Pero terminemos de una vez: ni

hoy, ni nunca aceptaré su proposición. Si esto es todo lo que usted tiene que decirme, hemos concluido.

Alzaga había esperado discutir con el capitán, convencerlo, reducirlo sin violencia; pero esta respuesta terminante lo desengañó y se dispuso á echar mano del recurso supremo.

—Mal haces en ser tan absoluto. Te arrollarán tus enemigos. Posees excelentes cualidades, inteligencia, carácter, valor, vigor físico y juventud; estás destinado á escalar puestos elevados y es sensible que no aproveches una ocasión tan propicia de adelantar.

—Pierde usted el tiempo, Sr. Alzaga, y me lo hace perder á mí. No acepto esos elogios porque usted y yo sabemos que la mentira andaría tan desnuda como la verdad, si la lisonja no la vistiera de varios y vistosos colores. ¿Cuál es el secreto que quiere usted revelarme? Muy grave será cuando tanto preámbulo ha requerido.

—A ello voy y ten en cuenta que he tratado de evitarte un profundo dolor.

—Estoy resuelto á todo.

—Si no aceptas mi propuesta peligra tu honor.

—Lo dudo mucho. En peligro lo ha puesto usted ya con su proposición y no he cedido.

—Dentro de pocos días el partido peninsular estará en armas y perdido sin defensa posible el gobierno. Quinientos marinos de la escuadra, cuatro mil portugueses y diez mil paisanos españoles armados dominarán en una hora á Buenos Aires. No te opongas al torrente que se precipita saltando breñas y derribando obstáculos.

—Raro poder es ese que requiere mi débil concurso. No me vendo, Sr. Alzaga, ni me amedrento con trampan-tojos. O me comunica usted el secreto que me atañe y pretende conocer, ó salgo de aquí para poner en conocimiento de todos esta escena.

Hizo Vicente ademán de salir, pero Alzaga lo detuvo en medio de la sala diciendo:

—Escucha. En el año 1795, tendrías tú entonces siete

años más ó menos, se produjo la conjuración llamada de los franceses y me tocó procesar á los reos como alcalde de primer voto. Fué sospechado de tomar parte en ella mi amigo Agustín Dervieux y, comprometiendo mi posición, le hice escapar, por que era inocente, librándolo así de graves riesgos. Se embarcó para el Brasil donde fué asesinado más tarde; pero antes de partir me confió reservadamente que debía casarse con una señora viuda de quien tenía una hija. Su muerte hizo imposible el matrimonio y el secreto ha sido guardado muchos años, siendo yo el único á la sazón que puede probar aquel nacimiento, pues ni aún la viuda, que ha callado siempre por amor á su hijo legítimo, podría hoy justificar que era madre de tal niña. ¿Has atendido bien?

Demasiado bien había atendido el desgraciado Vicente, quien á medida que Alzaga avanzaba en su relación, dilataba las pupilas fijas en su interlocutor, y con el ceño fruncido y los dientes apretados, esperaba ansioso el nombre de la viuda. Por su imaginación cruzó la vislumbre de algo siniestro, una sombra tenebrosa que deseaba y temía penetrar.

El viejo hizo una pausa, que él aprovechó para preguntar:

—¿Cuál es el nombre de esa viuda y qué tengo que ver en ello? Hable usted claro, señor, ¡por los Santos Evangelios!

—Repito que este secreto fué guardado fielmente casi una veintena de años y continuará guardado si tú quieres.

—El nombre, el nombre, es lo que hay que decir. Pues ha levantado usted el brazo, arroje la piedra sin cobardía, no se amilane ahora por el daño que pueda causar.

—¿Quieres la evidencia? Ténla, pues. —Y sacando del bolsillo un papel que desplegó á la vista del aturdido Vicente, agregó: —Esta es la foja del registro parroquial donde está consignada la fe de bautismo de la hija de mi amigo y en ella consta el nombre de los padres.



Sin más consideraciones la leyó con voz clara hasta la última línea.

—¡Ah! ¡Dios piadoso! ¡Mi madre, mi querida madre!— sollozó Vicente con angustia; pero recobrándose por un poderoso esfuerzo de energía, agregó:—¡Señor, señor, qué indigno lazo, qué cruel y despiadado golpe asesta usted á un hombre digno, á un hijo amante, á quien en otro tiempo llamó amigo! Comprendo que la faz peor de la maldad política es necesitar de ruines para conservarse. Si ese papel no miente es usted un infame.

Alzaga echó el cuerpo atrás como si hubiera recibido un golpe, asomó á sus ojos un rayo de altiva fiereza, mirando al joven de alto á bajo con mirada ardiente; pero esta impresión pasó pronto y sólo un leve temblor de los labios podía indicar, mientras hablaba, la impresión causada por aquella injuria.

—Serénate y no me insultes. Este papel dice la verdad, es el único que existe, nadie lo conoce y puede ser tuyo si quieres aceptar mi proposición. No puedo estorbar la fatalidad, ni modificar lo irremediable; pero es factible y humano sepultar tan triste pasado en el más profundo é insondable olvido.

El capitán manoseaba entre tanto nerviosamente la empuñadura de su espada; pero un pensamiento prudente la mantuvo inmóvil dentro de la vaina: si mataba al prestigioso caudillo, se vería obligado á explicar el por qué, y el recuerdo de su madre le devolvió la calma necesaria. Jamás la vida de D. Martín de Alzaga había corrido tan inminente riesgo.

—Los hechos ajenos pueden salpicarme,—contestó;—pero nunca me mancharán los propios. Dije que no tenía partido político; pero tengo una patria que defender. Usted conspira contra ella y es mi deber dar cuenta al gobierno de que mañosamente se pretende derrocarlo. Tenía usted nuestra amistad y arrebató nuestro honor como el ladrón que más ama lo poco que toma que lo mucho que le dan, y prometo desde hoy, pese á su orgullo ambicioso

y egoísta, hacer lo posible para que pague usted en el patíbulo su ruin deslealtad.

Y desesperado, loco, febricente, salió de la sala y de la casa con la más cruel desesperación pintada en el semblante, sin que Alzaga, atónito, hiciera ademán para detenerle.

Se sentía precipitado en un abismo profundo, horrible, lleno de sombras, al que caía inopinadamente, en rápido é inevitable descenso, sabiendo que no volvería á ver la claridad de la dicha, el fulgor risueño de la esperanza que hace amar la vida.

Cuando llegó á la plaza de la Victoria, los baluartes de la fortaleza, á donde se dirigía, cortaban su silueta oscura sobre el magestuoso Río de la Plata, que en fúlgido cabrillearo reflejaba los rayos del sol, y sobre ellos se erguía aún, plegada contra el asta, una bandera que el viento libre de la Pampa se negaba á flamear, como el emblema recogido y triste de una dominación caduca.

Cáceres se detuvo un momento en la Vereda Ancha y, preocupado, sin pensar que podían oírle, murmuró con acento de profunda convicción y con la forzada calma de quien no encuentra en lo humano remedio á sus males:

—Moriré de pena y de vergüenza; pero Alzaga terminará su vida en la horca y será en la historia una figura siniestra.

—*¡Fiat justitia ruat cælum!* exclamó una voz amiga á su lado.

Al volverse, encontró la fisonomía plácida y la sonrisa afectuosa del viejo Machuca, quien le tendía tranquilamente la mano, y él la tomó con fuerza nerviosa, como si buscara un punto de apoyo para sostener todavía, por algún tiempo, el desplome inevitable de su felicidad!

## XVII

Una concurrencia bastante numerosa ocupaba la plaza de la Victoria, y especialmente el átrio de la Catedral, con motivo de la fiesta consagrada á los apóstoles Pedro y Pablo, el modesto pescador, hijo de Jonás de Betsaida, y el gran perseguidor de cristianos arrepentido, que se convirtió en uno de los más infatigables predicadores de la doctrina de Jesús. Juntos sufrieron el martirio, decapitado el uno y crucificado cabeza abajo el otro, por orden de Nerón, y juntos celebra la iglesia el 29 de junio la glorificación de sus nombres, que han perdurado con la fe cristiana á través de las edades.

En ese día los templos de la ciudad estaban abiertos; pero á la Catedral especialmente concurrían los fieles esperanzados, muchos de ellos, con la idea de visitar el panteón donde reposaban desde hacía tres meses los restos de su ilustrísima D. Benito de Lué y Riega, el postrer obispo de la época colonial, muerto el 22 de marzo, quedando desde entonces vacante el obispado casi un cuarto de siglo.

Empero el Dr. D. Diego Estanislao Zavaleta, gobernador de la diócesis á la sazón, no había prevenido esta curiosidad de los feligreses, pues el panteón permaneció cerrado, sea por razones eclesiásticas ó de otra índole, de modo que los vecinos fueron defraudados en el singular deseo de examinar de cerca el féretro que contenía los despojos del jefe de la iglesia bonaerense, que en 1809

apoyó el motín de Alzaga y al año siguiente opuso su voto á los patriotas en el Cabildo abierto del 22 de mayo.

Nada de extraño tenía, pues, que dos hombres tales como el escribano Machuca y D. Hipólito Vieytes se encontraran bajo los portales y se detuvieran á conversar. Pero algo interesante debía ser el asunto que trataban porque, después de un rato, se sentaron en uno de los poyos que flanqueaban la entrada principal del Cabildo, y el primero dijo con énfasis:

—El caso es serio.

—¿Dónde vive esa mujer?

—En el barrio de las monjas Catalinas.

—¿Dice usted que es comadre de D. Martín de Alzaga?

—Así me lo afirmó el procurador Segovia, cuando me relató el suceso.

—Es extraño que Segovia se mezcle en esos asuntos. Lo tenía por patriota.

—No ha estado mezclado en nada. Ella lo llamó para hacerle relación de los hechos, toda atribulada porque su confesor le aconsejó denunciarlos y no atreviéndose le pidió que lo hiciera él.

—¿Por que no lo hizo?

—Por que no se consideraba con autoridad para que le creyeran. Vino á consultarme y yo me encargué del asunto, contando con usted. Conviene que personas caracterizadas é insospechables de parcialidad, lleven esta clase de prevenciones al gobierno para que no pierdan su eficacia.

—Bien, D. Matias, cuénteme lo que sabe, con todos los detalles.

—La cosa viene de lejos,—continuó Machuca.—acompañando su relato con suaves palmadas en las rodillas de su amigo. El 14 de este mes era domingo y para ese día su compadre le pidió la casa con el propósito de dar una cena á sus amigos, recomendándole la mayor reserva. Ella consintió y preparó todo. Cuando fué hora, pusieron un guardián en la puerta, y la voz que daban para que

abriese á los que iban llegando era: *¡Alzaga!* Se reunieron relativamente pocos; pero estaban armados de pistolas y cuchillos, sirviendo ella sola la mesa. Hablaron de la conjuración preparada, diciendo que en otra conferencia se señalaría el día preciso. Fray José de las Animas, de la congregación de Belén, fué mencionado como jefe de la caballería. Usted sabe que ha sido soldado. El otro jefe militar es el catalán Sentenach. Entre los concurrentes figuraban, á más de Alzaga, su hijo, Rioboo, Juan de Dios Dozo, un tal Francisco del Mazo (a) Curro Mesa, y otros que no conoce la mujer, quien solo recuerda estos nombres y el del Carretillero Francisco, que según parece, es el agente que emplean para llevar órdenes y comunicaciones entre los conjurados.

—Los verdaderamente peligrosos son el fraile y Sentenach, sobre todo este último, que actualmente dirige una academia militar á la que deben concurrir oficiales y cadetes por orden superior, y como hombre inteligente, es muy capaz de sublevar algún cuerpo.

—Eso no es tan fácil....

—Espere usted, interrumpió Vieytes levantándose, ahí va Rodríguez Peña, voy á llamarlo é iremos juntos al fuerte ahora mismo para hablar á Chiclana y hacer venir la mujer á declarar.

En efecto Vieytes lo alcanzó y los tres continuaron la conferencia bajo los portales un largo rato todavía, separándose, al fin, convencidos de la necesidad de proceder seriamente, para dirigirse estos últimos al despacho del gobierno y Machuca para prevenir á la mujer.

Como era día de fiesta encontraron solo al Sr. Pueyrredón, lo que no les causó extrañeza. Presentárcense á él con la espontaneidad de personas que creen servir á la causa común; pero no quiso dar importancia al asunto, creyendo ver en ello alguna trama de los *chiclanistas*, y con el pretexto de que él solo no gobernaba, se negó á decidir cosa alguna.

D. Nicolás Rodríguez Peña y Vieytes, unidos por es-

trecha amistad, habían estado vinculados por comunes intereses en la célebre fábrica de jabón que llevó el nombre del segundo, quien, como socio industrial, la regenteaba, celebrándose más de una vez en ella reuniones de los patriotas que agitaban las ideas de independencia <sup>(27)</sup>.

Precursores de la revolución de 1810, marcharon acordes en política, y si bien no formaron parte en la primera Junta, por razones que sería largo exponer, conservaron una influencia á que eran muy acreedores. El movimiento Saavedrista que ocasionó la separación del secretario Moreno, llevó en lugar de los salientes, un personal nuevo, menos versado ó más débil, que no se encontró con capacidad de seguir el vigoroso impulso dado por los primeros á los negocios públicos.

La reacción se produjo pronto y reapareció el nervio directivo de la revolución de Mayo. Peña y Vieytes, ocuparon, el uno la vacante que dejó la muerte de Alberti y el otro la secretaría de gobierno, abandonada por el malogrado patriota muerto en «La Fama», que no otro nombre le cuadraba al buque en que exhaló el último suspiro tan preclaro ciudadano. Pero el ofuscamiento y debilidades de los hombres, prevalecieron una vez más; la fuerza se hizo superior á la reflexión, y el 6 de abril de 1811 el gobierno quedó huérfano de los próceres de Mayo. Vieytes, Rodríguez Peña, Larrea y Azcuénaga fueron confinados á Luján y más lejos, con un rigor que nada pudo justificar. Su destierro terminó en octubre del mismo año; pero el arrepentimiento de los que cometieron el atentado no debía terminar hasta la muerte.

Hemos anotado estas circunstancias para explicar la razón que justificaba el descontento de ambos denunciantes al separarse del coronel Pueyrredón, á quien su prestigio militar, después de la famosa retirada á Tucumán salvando los caudales potosinos, le había engraido hasta suponer que aquellos prohombres, que harto

habían probado su desinterés y patriotismo, fueran capaces de anteponer sus inclinaciones ó simpatías personales al interés de la gran causa porque se habían sacrificado.

Pueyrredón era indiscutiblemente un patriota, como lo prueban sus hechos; pero en aquella época le ofuscaba el afán de obtener una preponderancia política que le facilitara la oportunidad de ejercitar sus virtudes.

Sin desalentarse, Peña y Vieytes se separaron al salir del fuerte para buscar á Chielana ó Rivadavia, cada uno por su lado, y hacerles notar los serios peligros que podía traer la indolencia del gobierno en suceso tan evidente y grave.

Así pasó el día y la noche sin resultado práctico alguno; pero á la mañana siguiente, á la misma hora y mientras Alzaga hablaba con Cáceres en casa del primero, Peña, Vieytes y Machuca conferenciaban en el fuerte con Rivadavia y Chielana, obteniendo que se levantara una información de que se encargó este último, ya decidido, como su colega de gabinete, á proceder con resolución.

Esto dió por resultado convencerlos de que indudablemente los *godos* tramaban algo, impulsados ó dirigidos por el rico vascongado que no se resignaba al papel de modesto vecino y acreditado comerciante, á que lo tenían relegado los americanos. Pero las declaraciones de Dozo, su antiguo dependiente, y de Curro Mesa, daban poca luz; á Rioboo no se le encontraba, ni podían identificar al carretillero Francisco. De aquí que Alzaga, fray José de las Animas y Sentenach no fueran molestados por el momento.

Sin embargo, Machuca y sus amigos, al retirarse del fuerte, llevaban la seguridad de que el gobierno procedería con energía, y confiado en la decisión de Chielana, el escribano se frotaba las manos, creyendo ver á los enemigos de la patria presos y enjuiciados.

En tales circunstancias encontró á Vicente en la Vereda Ancha, y por uno de esos impulsos involuntarios, que no sabemos explicar, se fué derecho á él oyendo entonces las últimas palabras del joven, que tanto se concertaban con su propio pensamiento y respondiendo á ellas:

—¡Hágase justicia y desplómese el cielo!

Pero notando su rostro severo y contraído le tendió la mano con extrañeza y muy marcado interés, agregando:

—¿Qué tiene usted? ¿A dónde va tan agitado?

Sucedió un penoso silencio, durante el cual el áspero chirrido de una carreta, cuyas ruedas ludían con el eje de madera, se oyó distinto y desapacible allí cercano, dando tiempo á Vicente para reportarse y contestar:

Voy á ver al Sr. Rivadavia para decirle que don Martín de Alzaga conspira contra la patria.

—¿Cómo lo sabe usted?

—Por declaración propia que acaba de hacerme.

La mirada del escribano encontró la del capitán; pero contra toda presunción de éste no preguntó nada más, limitándose á decir:

Ya lo sé y ya lo sabe también el Sr. Rivadavia y las demás personas del gobierno. Al Sr. Alzaga le has-  
tiaba la serenidad de su retiro y así como un rudo marino extraña una larga travesía sin tempestades, extrañaba el prolongado sosiego de los españoles sin rebelión, aunque debería haber aprendido á ser prudente en su primer naufragio. *Improbè Neptunum accusat qui naufragium iterum facit.* Hace años que busca sin tino el sillón de mando y concluirá por encontrar el banquillo de los acusados.

Si el gobierno lo sabe, ¿cómo no lo han preso todavía?

—Por que acaban de decírselo hoy.

¿Quién?

El Sr. Rodriguez Peña, Vieytes y yo.



—Y ¿cómo lo supieron?

—Me avisaron que se reunían en una casa cerca de la de usted y.....

—¡Cerca de la mía! ¿Dónde?

—¿Conoce usted el rancho de la mulata Tomasa, detrás de la fábrica de mistos? <sup>28</sup>.

—Sí; una que hace pasteles, en la cuadra donde hay un nicho de ánimas.

—Bueno, pues, en la casa que sigue para el tercero, era la reunión. Como siempre tengo curiosidad de saber lo que hacen nuestros enemigos, averigüé todos los detalles, y acompañado de aquellos señores dí cuenta al gobierno, de modo que la denuncia de usted no lo hará más ni menos culpable al señor Alzaga. Esta es la evidencia.

Machuca con estas palabras procuraba indirectamente disuadir al capitán que fuese á entregar su venganza y su secreto al gobierno, sospechando lo que había pasado entre el hijo cariñoso y el audaz español, con el deseo que un arreglo de familia pusiera lógico fin á tan desgraciado suceso. Habló en seguida de Mercedes, de la próxima boda de Lorenza y de aquellos asuntos que más pudieran apartarlo del camino del fuerte para tomar el de su propia casa. Debió lograr su propósito por que al separarse, Vicente siguió la calle derecha por debajo de los portales en vez de cruzar la plaza.

Caminaba con la cabeza baja sumido en profundas reflexiones. Sentía enrojecerse sus mejillas como si hubiera recibido un bofetón, sin poder vengarlo. La mujer virtuosa que lo había confortado en los días de prueba, el foco de luz que guiaba su juventud, aquella señora altiva, esposa adicta, madre ejemplar, no merecía ya el respeto de nadie. ¡El ángel tutelar de la familia con la túnica manchada, despojado de su nimbo de pureza, rodaba al lodazal con el estigma del humano desprecio!

Repasaba en su mente los consejos, los ejemplos de

su primera educación, los estímulos de su carrera militar, su orgullo, la dignidad de su apellido, las ideas elevadas del honor que habían exaltado su ánimo, y sentía cómo la voz y la voluntad de Alzaga estrujaban y pisoteaban su pasado, haciendo pedazos su corazón!

Muy sencillo debió parecerle á este caritativo y digno señor, captarse con lisonjas, seducir con ofertas y corromper lo puro, sano y bueno que pudiera quedar en el alma del hijo de una mujer cuya dudosa virtud dió á sus descendientes ejemplo en la temprana edad. Y eso, sin transiciones, inopinadamente, caía sobre él como el alud de la montaña, desarraigando afectos, destrozando y arrastrando con choque violento las ilusiones, los amores, el honor, la dignidad.

Algo pasó por su espíritu como si entre él y el mundo exterior se levantara un muro insalvable de separación eterna. Creyó ver aproximarse la muerte, como el único y eficaz remedio á su mal. La miró con ojos serenos; pero sintió dentro del alma un frío siniestro. Se pasó la mano por la frente ardorosa, sobre la que ya no se posarían con igual pureza los labios maternos, y suspiró.

Empero, por momentos se rebelaba contra aquella injusticia de la suerte, contra aquel desamparo de la divina justicia, y sentía la necesidad de un esfuerzo indecible para vencer aquel quebrantamiento moral, aquel consumo de energía nerviosa que lo aniquilaba.

Irguió la cabeza, miró al frente y vió cruzar por una calle transversal una mujer cuyo rebozo celeste alumbró el sol por un momento y ocultó luego la pared de la esquina, como si hubiera querido maliciosamente apartar de su vista aquella nota de juvenil alegría.

Su pensamiento le representó á Marcelina. ¡Cuánto aquilataba la desdicha el bálsamo de su amor! Qué consoladora ternura podría encontrar á su lado! Pero el golpe recibido tronchaba también la cadena de ese amor. Entre Marcelina y él había ahora, más que nunca,

una solución de continuidad, un abismo á cuyo borde se encontraba sin poder salvarlo y, entre tanto, allá en la otra parte, la sencilla niña sufría resignada el rigor de sus desdenes.

La desgracia le enseñaba á valorarla en el mismo instante en que hacía su unión imposible.

Al pasar frente al Consulado, lo detuvo Manuel Rodríguez para decirle que debía trasladarse sin pérdida de momento al cuartel por orden terminante de su jefe, pues se había convocado una reunión de oficiales para tratar asuntos de mucho interés con relación á la conjuración de los españoles, recién descubierta.

Vicente lo siguió como quien cumple un costoso sacrificio, sin tiempo para pensar con calma en el suceso que lo humillaba y afligía tanto. Para él, Alzaga iba gradualmente convirtiéndose de hombre honrado en bribón inverecundo. Se oscurecía en su imaginación aquella figura austera de otro tiempo, delineándose en su lugar la del artero y solapado bellaco, del político maquiavélico, del jugador fullero y falso amigo, que su dolor agrandaba en el mal, tanto como su respeto lo había considerado en el bien.

Y cuando Manuel le refirió que en el gobierno se había dudado de la fidelidad de los arribeños por el contacto que sus oficiales tenían en la academia con el comandante Felipe Sentenach y por las relaciones que él y su familia mantenían con Alzaga, sintió dentro de sí un ímpetu colérico que forcejeaba por estallar contra su voluntad de ser prudente, y se arrepintió de no haber atravesado con su espada á quien había querido hacer del honor de Mercedes y del suyo propio un arma contra la patria.

Poco trabajo costó á Vicente y á sus compañeros sincerar su patriotismo; pero debieron permanecer acuartelados hasta nueva orden, no siéndole ya posible, por esta causa, ver á Mercedes.

Le irritaba su impotencia. Las tapias del cuartel,

donde lo encerraba su deber, le parecían más altas y más oscuras. Hubiera querido salvarlas de una vez para correr..... á dónde?... á publicar su deshonra?... á enrostrar á su propia madre la falta cometida?

Volvía á presentarse la imágen de Marcelina y los recuerdos venían á él y chocaban contra su dolorido corazón, como los despojos arrojados por la resaca golpean en las toscas de la ribera: pasados anhelos, inexplicables deseos, ideas confusas de ternuras no logradas, pero en seguida la evidencia abrumadora: aquel secreto que ya no lo era, aquella mancha que lo contaminaba y á la que en su exaltación daba proporciones exageradas..... Mercedes..... Lorenza..... Marcelina..... ¿qué hacer?

Pesaroso y cabizbajo pasó el tiempo esperando de momento en momento, la noticia de que Alzaga había sido detenido y que todo estaba terminado; pero amaneció el día 2 sin que, aparte la manifiesta inquietud popular, ningún hecho ostensible, ninguna medida enérgica del gobierno hiciera sentir que conocía las denuncias de que habló Machuca. La patria estaba en peligro, él lo sabía y permanecía en un silencio estúpido y cobarde, aturdido por el dolor, empequeñecido á sus propios ojos por la vergüenza, la desconfianza y la debilidad que le sugetaba dentro de aquellas insensibles paredes!

Al medio día, cuando había tomado la resolución de no esperar más, su jefe le comunicó que el Sr. Rivadavia pedía un oficial de confianza y habiendo sido él designado para esta comisión, debía presentarse á recibir órdenes en el fuerte.

Esta noticia le llenó de satisfacción y, decidido á explicarse con su protector y amigo, é insistir con él para que se evitara la fuga del jefe de la conjuración, partió inmediatamente.

Los anhelos de su alma marchaban paralelos con las necesidades de la patria, las órdenes se aunaban con su

voluntad é iba satisfecho á cumplir un deber fácil, requerido no solamente por las necesidades de la causa que defendía, sinó también por un sentimiento de venganza que sentía subir como una ola anegando su corazón.

Ya tenía un propósito: la muerte de Alzaga, la desaparición de aquel hombre funesto al que deseaba precipitar desde la altura, en la ignorancia, en la oscuridad, en el montón informe del olvido donde todo se confunde y borra para siempre!

## XVIII

Si nos fuera dado trasportar con el pensamiento á la juventud de hoy hasta la sala grande del café de Mallico la noche del 30 de junio, probaríamos imaginar que entrábamos á formar parte de aquel concurso entusiasta y bullicioso que á lo largo de los muros, en medio de la habitación, de pie ó sentados, rodeaban la mesa detrás de la cual el Presidente de la Sociedad Patriótica se preparaba á leer una declamación enfática, vigorosa y exaltada, al unísono de los sentimientos y de las ideas de sus oyentes,

Paredes desnudas, techo sin artesones, pisos sin alfombra, balcones estrechos, humo de cigarros, erguidas cabezas, anchas espaldas, taconeos de botas y diálogos chispeantes, formaban la característica de aquel conjunto que hubiera podido servir para representar gráficamente la libertad de pensamiento y de acción.

La voz de Monteagudo restableció el silencio y comenzó un discurso enérgico, apasionado y vehemente en que formulaba contra los hombres del poder tremendas acusaciones.

«Hasta cuándo ciudadanos—exclamaba indignado—durará el sopor y adormecimiento del gobierno, la indiferencia del pueblo y el furor de nuestros enemigos?» Y con el ímpetu poderoso de su elocuente palabra arrojaba sobre la apática conducta de Chiclana y sus colegas de gabinete la responsabilidad de la pérdida del único buque de guerra con que contaba la patria,

apresado por los confinados en Patagones, por haber sido débil con los reos, como continuaba siéndolo con el enviado de Goyeneche, decía, aludiendo á Francisco Cudina y sus compañeros, á quienes mantenía presos hacia cuatro meses.

« Ultimamente, ciudadanos—manifestaba al terminar » —sabad que ninguno llega al templo de la libertad, » si no camina sobre las ruinas de la opresión y des- » truye á los que la sostienen. Si esto es así, diré cuál » es mi opinión particular con la intrepidez que acos- » tumbro, y sea lo que fuere del concepto del gobierno, » el tiempo justificará lo que digo. Sangre y fuego con- » tra los enemigos de la patria y si, por nuestra eterna » desgracia, estamos condenados á ser víctimas de la » opresión, perezcan ellos en la víspera de la nuestra. » Yo no temo hablar en este lenguaje aunque se irriten » contra mí las furias del Averno, por que ¿qué podría » sucederme? ¿Perder la vida? Cinco veces la he sal- » vado del conflicto de la muerte, y yo no deseo exis- » tir, mientras mi patria esté envuelta en el oprobio.»

Emoción profunda produjo este discurso entre los oyentes y las palabras de Monteagudo, viriles y fuertes, llegaron hasta el gobierno, haciéndole comprender la exaltación de los espíritus, si bien no se consideraba merecedor de tales cargos cuando la *Gaceta Ministerial* abundaba en iguales ideas. Las amargas circunstancias por que pasaban, hacían circunspecto al triunvirato; pero cuando los enemigos de la patria fueron conocidos y comprobado su delito, cayó sobre ellos la espada de la justicia, sin misericordia, ni muestra alguna de debilidad por parte de los mandatarios.

La revolución de Mayo pasó el año 12 por una grave crisis, como hemos explicado en este relato, pues un cúmulo de circunstancias presagiaban días sombríos y exigían grandes y viriles esfuerzos. Los elementos morales con que contaba en la capital eran poderosos: *La Sociedad Patriótica* y la *Logia Lautaro*, de reciente

formación, eran el alma que los impulsaba: pero la fuerza material estaba reducida á dos compañías del regimiento de Arribeños que mandaba el coronel D. Francisco Antonio Ortiz de Ocampo, acuartelado tras de la Merced; al 2.<sup>o</sup> tercio de la Guardia Cívica, comandante D. Martín Galain, alojado en el cuartel que se llamó de Libertos <sup>29</sup>; algunos artilleros del cuerpo de la unión, que hacían servicio en el fuerte, y los reclutas del Regimiento de Granaderos montados que disciplinaba en el cuartel del Retiro el coronel D. José de San Martín.

El gobierno podía disponer, pues, escasamente de 400 soldados, sin incluir los reclutas.

Como dijimos antes, la denuncia que el escribano Machuca llevó al fuerte, acompañado de los señores Vieytes y Peña, había llamado la atención del gobierno; pero de las primeras declaraciones nada eficaz resultó.

La inquietud popular era manifiesta al día siguiente, 1.<sup>o</sup> de julio, cuando el alcalde de segundo voto, Felipe Pereyra de Lucena, dió cuenta oficialmente de una nueva y más explícita, hecha espontáneamente al teniente alcalde de Barracas, Pedro José Pallavicini, por el negro esclavo de la viuda de Fernández, á cuyo rancho fué Verdugo la víspera de San Juan por orden de fray José de las Animas, para transmitir órdenes á Lacar.

Por ella resultaban comprometidos Alzaga, Valdeparres, Lacar el barraquero de la viuda de Collazo y un almacenero de la Plaza Chica, dando detalles del plan y propósito de los conjurados <sup>30</sup>.

Esta denuncia, cuyo carácter de veracidad obligaba la atención, no solo por ratificar las anteriores, sino porque también ponía en claro nuevas noticias, dando luz sobre un suceso de tanta trascendencia, se remitió al gobierno el mismo día de su recibo, y como no fuera acompañada de signo exterior que advirtiera su importancia, permaneció sobre la mesa de despacho hasta el dos, considerándola como uno de tantos documentos referentes al servicio urbano.



La autoridad tuvo tres denuncias en pocos días, todas por intermedio de personas caracterizadas; ya no había lugar á dudas, y el gobierno, comprendiendo lo justificado de la inquietud pública, quiso sincerarse de todo cargo y procedió con energía, como se verá más adelante.

Sin embargo, otra debía producirse todavía.

El escribano Machuca, que llevaba, si no en la mano, en la intención, la tea incendiaria que debía pegar fuego al edificio levantado por los enemigos de la patria, no abandonaba las inmediaciones del fuerte, atento á cuánto pudiera ocurrir. El día primero vió pasar por la calle de *Gana* <sup>31</sup>, embozado y aprisa á Juan Recasens, joven gallego á quien conocía como mozo de pulpería, y lo detuvo para preguntarle lo que supiera de la conjuración de los españoles.

—Nada, D. Matías,—contestó éste bastante turbado.—  
Dicen que D. Martín de Alzaga quiere hacer un motín.

—¡El Sr. Alzaga! ¿Quién lo dice?

—Todos.

--¿Quiénes son todos? Yo no lo he oído.

--Cualquiera..... en fin..... en las esquinas.....

Machuca se agachó para disimular que notaba la confusión de su interlocutor, recogiendo una china del borde de la vereda y examinándola atentamente dijo con acento de paternal bondad:

—Te prevengo, muchacho, que no te comprometas con los *godos*, pues así como esta pequeña piedra puesta en el camino de un hombre, puede hacerle tropezar y caer, la menor sospecha puede llevar hoy un español á la horca. Tu suegro pertenece al partido patriota, pero tú..... si algo sabes..... Te lo digo por que andan haciendo pesquisas.....

--¿Qué tengo yo que ver con eso?--replicó Recasens, mal humorado, y separándose del importuno viejo, continuó apresuradamente su camino.

Machuca lo miró alejarse y arrojando al suelo la china que conservaba en la mano murmuró:

—Ya lleva el galleguito un buen hueso que roer.  
¡Desdichada María!

Así se llamaba la joven esposa de Recasens, á cuya casa se encaminó en seguida, encontrando, como era de esperarse, solas á ésta y á la madre, entregadas á las tareas domésticas.

Después de justificar su visita con fútiles pretextos, comenzó una relación á propósito de los peligros que actualmente corrían los españoles sospechosos, y como Juan era amigo de los que estaban en lista, convenría se cuidara no lo fueran á comprometer si ya no lo estaba, como había motivos para sospechar, por que el gobierno se disponía á tratar sin piedad á los que cayeran en sus manos. Cuando menos, decía con aterradora calma, los inconvenientes de un largo proceso criminal trastornarán la tranquilidad de la familia, lo que sería conveniente evitar anticipándose á dar cuenta á las autoridades por intermedio del jefe de la casa, cuya buena opinión podría salvar á Recasens de rigurosos castigos. Y él mismo estaba dispuesto á influir en último caso.

—Recasens es un mozo inexperto y confiado, incapaz de medir la importancia del peligro y está en el interés de ustedes hacer lo posible para evitar un mal, tal vez irremediable,—terminó el astuto viejo.

Sospechaba del joven, y alarmando aquellas sencillas mujeres esperaba que ellas lo reducirían á confesar su secreto: el miedo haría lo demás.

Cuando el triunvirato tuvo conocimiento de la nota de Pallavicini, Chiclana propuso que se le permitiera no asistir al despacho, autorizándolo para tomar las más activas providencias en el sentido de aclarar estos hechos, y de conformidad á su proposición, se le pasó con decreto dándole comisión bastante para formar la averiguación correspondiente.

Este dictámen fué firmado por el secretario Herrera solamente, en vista de que el Sr. Pueyrredón, obcecado todavía por cuestiones de partido, á pesar de este

acuerdo, encaróse con Rivadavia, cuando quedaron solos, y le manifestó que ya no podía soportar su situación; que el gobierno era juguete de la facción de Chiclana; que era falso que hubiera tal conspiración española; que estaba determinado á salir del gobierno y que al día siguiente presentaría al Cabildo su renuncia para que se convocara al pueblo á nueva elección, terminando con estas palabras:

—No vengo á pedir á usted consejo, sinó á comunicarle lo que tengo irrevocablemente determinado por la amistad que le debo.

Rivadavia, sorprendido por semejantes ideas, procuró volver á su colega á la reflexión con persuasivas razones; pero viendo la obstinación de aquél, su tono y ademanes resueltos, se tornó severo y le expresó que aquel momento no era el más oportuno para producir con su renuncia conflictos en el gobierno, cuando se preparaba un golpe de muerte á la causa patriota, y su conducta lo hacía cómplice de la conjuración que se tramaba en tan críticas circunstancias; que puesto que se despojaba voluntariamente del mando él, Rivadavia, se consideraba único gobernante, agregando con energía:

—En este carácter íntimo á usted, Sr. Juan Martín de Pueyrredón, que no salga de aquí; queda usted preso y va á declarar, ante el escribanó de gobierno, lo que acaba de decirme. Sobre esa declaración decretaré lo que la gravedad del caso demande.

Y levantándose del asiento tocó la campanilla para llamar al secretario Herrera.

Esta entereza de Rivadavia desconcertó á Pueyrredón, y el primero aprovechó el momento para tornarlo á la razón con palabras que estimularon el patriotismo del digno jefe, y desde ese momento el triunvirato marchó de acuerdo en sus resoluciones.

Con esta seguridad se mandaron pedir dos oficiales de confianza, uno de arribeños y otro de cívicos, para tener inmediatas personas adictas y capaces de des-

empeñar las comisiones á que el procedimiento diese lugar, con la idea de fulminar al enemigo sin dar tiempo á reacción alguna. De modo que cuando el capitán Cáceres, se presentó en el despacho, el triunvirato estaba reunido escuchando el informe del señor Chiclana sobre las averiguaciones practicadas.

Vicente llegaba como el ciego de Shiller, llevando en la mano una luz destinada á abrasar el mundo, sin alumbrarle el camino; pero cuando entró en aquel salón severo, á lo largo de cuyas paredes se mantenían todavía alineados los retratos de los Virreyes, graves y tiesos representantes de la dominación caída, y vió en torno de la mesa llena de papeles, el grupo móvil de los tres hombres que componían el gobierno, se sintió cohibido ante aquellos patriotas que comprometían honra, vida y fortuna por la independencia de la patria, se empequeñeció su coraje, disminuyó su pena y pensó que aquello que Alzaga le hurtaba no era más que un despojo ofrecido en holocausto de la causa común. Empero su herida era muy reciente aún, para que no le embargara un sentimiento de punzante angustia, considerando que el único enemigo que valía la pena de eliminar era él mismo.

Cuadrado frente á la mesa esperaba órdenes, examinando alternativamente lo fisonomía de aquellas personas que le infundían respeto, procurando leer en ellas si conocían su secreto. ¿Para qué, si no, le hubieran llamado?

—Es de todo punto indispensable apoderarnos del gallego Lacar, decía Chiclana á sus colegas.

Ya tenemos aquí un oficial, exclamó Pueyrredón, mirando á Cáceres.

Es el que nos conviene. Me merece toda confianza y puede darle sus órdenes, dijo Rivadavia.

El primero ordenó con voz breve:

—Inmediatamente, señor capitán, con la mayor actividad y prudencia, procurando que nadie se entere, pren-

derá usted al gallego carretillero Francisco Lacar, que debe encontrarse en Barracas, en casa de doña Valentina Feijoo ó en el potrero de la quinta del Sr. Alzaga.

—Sepa usted, agregó Rivadavia, que se ha descubierto una conjuración de españoles. Ese hombre conoce sus resortes y no debe comunicar con nadie. Del resultado de su comisión depende la salud de la patria. Tiene usted ámplia facultad para proceder.

—¿Y si se resiste?...

—Es necesario que lo traiga usted vivo, capitán, interrumpió terminantemente Chiclana.—Vaya usted.

Era el momento de pronunciar el nombre de Alzaga; pero Vicente no se atrevió. Por un fenómeno moral hijo de su estado de ánimo, le pareció que si no había sido preso aún, el único á quien el gobierno podía comisionar para prenderlo era él, como si llevara escrito en el rostro el rencor que oscurecía su razón y la voluntad decidida de hacer presa en aquel hombre soberbio, y poder presentar humillado como reo, á quien tan cruelmente lo había ofendido. Alzaga no era ya de temer puesto que le mandaban únicamente detener á Lacar.

Por otra parte no necesitaba el capitán tanto estímulo en causa que pudiera conducir al patíbulo á sus enemigos y convencido de que su denuncia llegaba tarde, saludó militarmente y se retiró dispuesto á cumplir la comisión que acababan de encomendarle.

Cuando estuvo ausente, su protector y amigo hizo elogios de él y dijo que lo retendría á su lado como un ayudante de confianza, mientras duraran tales agitacionnes, recomendándolo á Pueyrredón como un militar inteligente y pundonoroso.

Lacar, que odiaba á los patriotas, no era en realidad hombre de importancia, ni siquiera jefe de grupo entre los suyos. Ignorante y engreído con el favor que fray José de las Animas le dispensaba como á subalterno, azobiado con el peso de su secreto tan grave que estaba en razón inversa con su fuerza moral, cometió la necia

debilidad de franquearse con un negro esclavo, pobre catecúmeno para su causa, débil auxiliar que él se afanaba en conquistar, con tan estúpido como tenaz empeño, de modo que el mareo de su exagerada importancia lo arrojó como el vértigo al abismo en que debía morir, comprometiendo con pueril vanidad el éxito de una conspiración que se había preparado largo tiempo en sigilo y vencido grandes dificultades.

El capitán de arribeños ignoraba con quién tenía que habérselas y daba á Lacar mayor importancia de la que realmente tenía. En consecuencia se proporcionó buenos caballos, y haciéndose acompañar por cuatro soldados de su batallón, atravesó el tercero del sud y descendió al bajo tomando el camino de carretas, que partiendo rectamente de la capilla de Santa Lucía, en la calle Larga, llegaba, entonces, hasta la ribera, en la dirección que hoy tiene la calle de Martín García.

En su extremidad oeste estaba la mal llamada quinta de doña Valentina Feijoo, cuya casa modestísima, rodeada de algunos frutales, formaba el frente de un cuadrilátero de terreno sembrado en parte de legumbres que cultivaba el negro Ventura. Lindero con él de la capilla, su fondo se extendía hasta tocar el cerco del potrero de Alzaga por uno de cuyos portillos vió Lacar acercarse á los soldados, y asustado con su presencia huyó escondiéndose entre los arbustos, hasta salir á la calle de Barracas, siguiendo á todo correr en dirección á la Convalecencia.

La disposición de los cercados no permitió notarlo á sus perseguidores, quienes después de informarse que había estado allí y registrado las propiedades de Marull y Alzaga, emprendieron la persecución por todo el caserío inmediato y la costa del Riachuelo. Convencido Cáceres que el fugitivo no había franqueado el puente, regresó á la ciudad, pasando de nuevo frente á la casa de la viuda de Feijoo.

El camino cuyas huellas profundas, interrumpidas de

trecho en trecho por anchos lodazales, mantenían aún en su cauce el agua de las últimas lluvias, estaba flanqueado por zaujas á cuyo borde los yuyos dejaban apenas espacio á una estrecha senda para peatones. Marchaban al galope. La atmósfera estaba llena de esa suave melancolía de las tardes de invierno, los pájaros buscaban el abrigo de sus nidos con gran algazara de chillidos y aleteos, y sólo aquel grupo de ginetes ocupaba el camino dando la espalda al sol, que se recostaba en el horizonte entre nubes rojizas.

Un perro muerto abandonado entre la cicuta, asustó el caballo de Vicente en momentos en que éste señalaba á sus soldados un ginete que dando vuelta la barranca del lado del río galopaba en sentido contrario á su marcha. Pronto se encontraron: era un paisano que volvía de la ciudad á casa de su patrón cerca del puente de Gálvez. Informó que conocía á Lacar y que lo había visto cuatro horas antes atravesar corriendo la calle sola y subir en dirección á la Convalecencia.

Inmediatamente el capitán volvió riendas.

El crepúsculo se echaba encima casi por sorpresa, la sombra avanzaba atropelladamente en grandes masas por el oriente persiguiendo la claridad que se retiraba al escondido confín. Sus últimos reflejos cortaban la silueta de los árboles y casas en el horizonte. El edificio del hospital se divisaba como un cuerpo oscuro en lo alto del terreno y en el cuarto vulgarmente llamado *el mirador*, brilló una luz.

Cuando llegaron había cerrado completamente la noche y se acercaron en silencio. Cáceres distribuyó sus cuatro hombres en el exterior y penetró en el patio. Un lego escoltado por dos mastines salió á recibirle y entró junto con él diciéndole que, en efecto, Lacar había estado allí, pero creía que se había marchado.

Entre la servidumbre del caserón todo era cuchicheos y murmullos.

Se practicó un registro, y en el fondo, bajo una pila

de leña en rama, Lacar, abrazado á un niño, fué descubierto, negándose obstinadamente á salir.

— O sales, ó pego fuego á la leña y ardes,—dijo aburrido y colérico Vicente.

Allí había permanecido el infeliz toda la tarde. El alma atormentada no tiene noción del tiempo, y las horas transcurridas le parecieron minutos. El miedo lo hizo locuaz y pudo traslucirse de sus palabras, ora persuasivas, ora suplicantes, que nadie sabía del paradero de Alzaga. El niño sobrecogido guardaba un triste silencio.

Fueron conducidos encañados al cuartel de Arribenños, donde á media noche quedaban en seguridad, y el capitán se dirigió al Fuerte á dar cuenta de su comisión.

La declaración que prestó inmediatamente, corroborando las de doña Valentina Feijoo, de su hermano José Bartolo y del negro Ventura, abrieron ancho márgen para un proceso en que aparecían muchos complicados.

El carácter sanguinario de la conjuración, el rango social de algunos acusados y sus ramificaciones en el exterior, fueron causa bastante para que el gobierno desarrollara una actividad y decisión poco comunes, tanto más cuanto que el día 3 por la mañana el guarda Francisco Guerrero se presentó en el Fuerte con su esposa, doña Isabel Torreyro, para imponer al gobierno que Juan Recasens, casado con su hija María de los Angeles, aparecía, por declaración propia, mezclado en una conjuración de españoles contra las autoridades legales. Tal fué el resultado de la visita de Machuca á la familia del almacenero, y en efecto, éste consiguió salvar la vida gracias á la oportuna declaración de su suegro y los buenos oficios del escribano, quien se compadecía de la situación aflictiva por que pasaba la joven esposa de aquel. <sup>32</sup>

Los detalles de esta nueva denuncia, la cuarta que recibía el gobierno, no solamente confirmaban las anteriores, sino que aportaban nuevos elementos de prueba,



mostraban los hechos con toda claridad y ponían de relieve la actitud del prestigioso agitador Alzaga.

D. Bernardino Rivadavia, que era el alma del gobierno, comprendió que un instante más de vacilación podía dar el triunfo á los conjurados, si aprovechando todas las horas, precipitaban el movimiento lanzándose á la calle y arrebatando el estandarte real, con un golpe de audacia, lo paseaban por la ciudad. Por eso fué inflexible. Violentando sus sentimientos de humanidad y los de sus colegas, puso mano implacable sobre los reos, cumpliendo su deber como gobernante, y la misión que se había impuesto, al aceptar el cargo, de mantener incólumes los principios de la regeneración de la patria.

Sin un carácter y una voluntad como la suya, sin un patriotismo como el de sus compañeros de gabinete, tales deberes no pueden cumplirse; pero ellos, haciendo de la idea un culto al que es necesario sacrificarlo todo, salvaron la independencia del riesgo que corría.

Sin pérdida de momento, atentas las peligrosas circunstancias en que se hallaba la salud pública, se nombraron cinco jueces de instrucción para que actuaran simultáneamente con la posible rapidez, llamando el gobierno á los hombres del partido morenista para satisfacer la excitación pública, que acusaba de lenidad en el procedimiento á las autoridades, y darles la participación debida en un asunto que afectaba el interés y la existencia de la causa patriota.

Estos jueces ó comisionados fueron el mismo señor Chielana, los doctores Monteagudo y Pedro José Agrelo, el Sr. Vieytes y D. Miguel de Irigoyen, quienes debían proceder en forma privilegiada, de una manera *fulminante*, habilitando horas y acompañándolos en la tarea los escribanos Núñez, Merlo, Echaburu, Boyso, García y Cortés.

El día 3 fué de gran agitación. Se hicieron numerosas prisiones, además de la de Lacar. Entre ellas el

yerno de Alzaga, quien presentó dos cartas de su suegro en que manifestaba las razones de su fuga y se despedía tiernamente de la familia: fué condenado como encubridor de delincuentes; D. Bernardo Gregorio de las Heras y el Sr. Martínez de Hoz, fueron absueltos; el comerciante Pedro de la Torre, convicto, fué sentenciado, lo mismo que Lacar, á la pena de horca, y quedaron en la prisión Recasens, González, Rico, Galindez y otros.

Las resoluciones de los jueces, rápidas, terminantes, febriles, pasaban al gobierno para su sentencia, que era firmada siempre por los triunviros todos. Particularmente la actividad del Dr. Agrelo, ardiente discípulo de Moreno, de carácter resuelto, de terrible energía, asombró á todos y fué, podemos decirlo así, la mano derecha del gobierno en esta circunstancia, ahogando en sangre el peligro que en aquellos momentos corrió la república.

Los españoles quedaron aterrados, los ánimos suspensos, y los patriotas excitados se dispusieron á prestar á las autoridades su apoyo moral y material. Alzaga había desaparecido el día 30, y fray José de las Animas, así que supo la prisión de Lacar, se dió á la fuga.

En la media noche del 3 de julio, el Dr. Agrelo, remitiendo al gobierno las cartas de Alzaga, escribía la siguiente, de concisa elocuencia, que permite vislumbrar el rayo que se lanzó sobre la terrible conjuración, incendiándola y aniquilándola en todas partes á la vez:

« Excmo. Señor:

» Mis actuaciones se concluirán antes de amanecer, con mucho. Como lo he dicho á V. E., ha declarado el denunciante, y su mujer patriota (y patriotísima, que es europea y ha dado esta prueba) está para declarar. Los reos niegan; pero *abi duo vel tres*, etc., nada más se necesita aún en asuntos menos graves.

» No puedo interrumpir si V. E. ha de ser servido.

» Martínez de Hoz, el yerno de Alzaga (Cámara) y don

Bernardo de las Heras, está cada uno con dos barras: que me maten, que yo una vida tengo y esa es de la patria; que no es mía.

» Remito dos cartas que me ha dado Cámara de su suegro; las despedidas son tiernísimas: pero muy anticipadas, y *excusatio non petita acusatio manifesta*. Dispense V. E. los latines.

» Cámara y Martínez de Hoz recibieron ya la sentencia: pues les he dicho que mueren si no dicen el paradero de Alzaga, y aun tengo otro amigo suyo para que dé razón. Aún faltan algunos. Yo amanezco con todos ellos acomodados.

» Vea V. E. qué uso puede hacerse de las cartas.

» Es cuanto hay hasta la actualidad.

» Dios guarde á V. E. ms. as.

*Pedro José Agrelo.»*

El lector puede imaginarse al autor de ella actuando en aquella noche de inquietudes dentro de la sombría cárcel de la Cuna, resistiendo el insomnio, sentado tras una mesa cualquiera, alumbrado por un mezquino quinqué, interrogando con mirada severa á los reos, tomando declaraciones, produciendo careos, citando testigos y remitiendo informaciones al gobierno hora por hora, ó en la pálida y fría madrugada, extender los pies helados al calor del brasero antes de volver á comenzar la ingrata y dura tarea por el bien de la causa, por el triunfo de la emancipación.

Así era uno y así eran todos los que formaban esa fuerza que descuajó tronos en América, sembró libertades y nos legó la independencia.

El sábado 4 de julio el pueblo alborotado, se armaba y concurría espontáneamente á los cuarteles. El gobierno había mandado que se guardaran las avenidas de la ciudad desde San Borombón al río de las Conchas, y la costa desde el Riachuelo á la Ensenada de Barragán. El intendente D. Miguel de Azeuénaga dispuso que

el Cabildo levantara un padrón de los españoles europeos existentes en la ciudad y, así mismo, se le pasó una requisitoria, con toda urgencia, para que fueran aprehendidos en cualquier sitio, vivos ó muertos, los jefes prófugos de la conjuración. <sup>33</sup>

Delante de los bancos del fuerte <sup>34</sup>, á la izquierda del portón del lado sud se fijaron cuatro banquillos dando frente á la Recoba <sup>35</sup> y plaza del mercado, y otros tres al extremo del baluarte sobre la barranca de Campana. <sup>36</sup> En la plaza de la Victoria, cerca de la pirámide, se levantó una grande horca con capacidad para tres ajusticiados y á pocas varas otras dos más. Desde el primer momento, el pueblo las bautizó con los nombres de *25 de Mayo* la mayor, *Belen* y *Queche* las más pequeñas.

Triste es siempre el espectáculo de la muerte á los corazones sensibles; pero es muy difícil persuadir á la intolerancia de la ira, ni aun en los pueblos más religiosos, el precepto evangélico que manda amar á los enemigos. Así el pueblo de Buenos Aires acudió á presenciar las ejecuciones de Lacar, fusilado por los arribeños; de Latorre y del desdichado Cámara, que se lamentaba cobardemente de su destino.

A las doce del día sus cadáveres pendían de la horca *25 de Mayo*, y cuando se hubo consumado aquel acto de justicia, y la vida hubo abandonado aquellos despojos inertes que colgaban entre el cielo y la tierra, los pihuelos les befaban aún, por que, como dijo el poeta:

A todos nos dotó naturaleza  
De entrañas de fiereza,  
Hasta que la edad y la cultura  
Nos dan humanidad y más cordura.

## XIX

La conmoción que produjo en Buenos Aires el acontecimiento político que da base histórica á nuestro libro, fué tan intensa que relegó á segundo término las más graves ocurrencias de otra índole, y la sociedad bonaerense vivió, por decirlo así, en la plaza pública, en las calles ó en los cuarteles, donde el interés común convocaba á todos los hombres.

No es de extrañar, pues, que para dar al lector idea clara de ellos nos apartemos un breve espacio de aquellas personas cuyas circunstancias vinculaban los hechos públicos al propio interés, con el propósito de hacer una crónica que reemplace á las noticias de la *Gaceta*, buscada y leída con avidez por todos en esos días tumultuosos.

Por ella se conocerá el fin de aquellos conspiradores rencorosos y tenaces que hemos visto reunidos el 21 de junio en casa de D. Martín de Alzaga, tejiendo sus redes en silencio, disponiéndose secretamente á la matanza, procurándose la satisfacción de hondos delirios, de fiebres ardientes y ambiciones incontenibles.

Después de las ejecuciones referidas, el gobierno lanzó una proclama en que anunciaba el descubrimiento de la conjuración, manifestando su complacencia por la actitud del pueblo, y ofició al Cabildo para que lo hiciera igualmente, como lo hizo, exhortando á la tranquilidad con el ejemplo de lo que veía. 37

El día 11, sobre un tablado que se levantó expresamente en el mismo sitio que hoy ocupa la estatua del general Belgrano, al que se subía por una escalera que daba frente al arco grande de la Recoba, fué degradado el teniente coronel de artillería Felipe Sentenach, inutilizándose previamente su espada por mano del verdugo. La degradación la presidió el ayudante de plaza D. Norberto Manterola. Despojado el reo de su uniforme militar con las formalidades de ordenanza, ante la tropa formada de la guarnición, descendió al banquillo por el lado opuesto para rendir la vida al lado de su cómplice Francisco Antonio Valdepare, contador ordenador del real tribunal de cuentas.

Este, que había intentado engañar á sus jueces fingiéndose loco para eludir el castigo, fué reconocido por el cirujano D. Diego Paroissien, quien declaró que su delirio era aparente, por lo que se llevó á cabo la sentencia pronunciada. Al marchar al suplicio gritó: *¡Pueblo de Buenos Aires, yo muero inocente!* repitiendo estas palabras en alta voz varias veces hasta el pie del banquillo.

Ambos murieron con entereza, ante el numeroso concurso que llenaba la plaza y los edificios adyacentes en azoteas y ventanas; no así el opulento comerciante D. Francisco de Tellechea <sup>38</sup>, con cuya hija caso tres años después uno de los que habían firmado su sentencia de muerte <sup>39</sup>, quien, como Matías de Cámara, días antes, dió muestras de la mayor debilidad y apocamiento.

Fray José de las Animas fugó el viernes 3, cuando conoció la prisión de Lacar por el capitán Cáceres. Primeramente procuró ocultarse en la *Residencia* <sup>40</sup>, hospital que cuidaban los Belermos en el barrio alto de San Pedro; pero no considerándose seguro allí, al caer la noche fué á la Convalecencia, tomó un caballo y arrojando los hábitos en una zanja del potrero de D. Juan Manuel Alza, en los bañados, dió un gran rodeo para

despistar á los que podían perseguirlo, y emprendió el camino de Monte Caseros, rumbo S. O. de Buenos Aires.

¿Adónde iba? Tal vez á la estancia de Arrecifes, para tomar el camino de Santa Fe, ó á embarcarse en San Nicolás. El mismo no podría decirlo con seguridad: su principal preocupación fué ganar tiempo y poner tierra por medio, toda vez que no le había sido posible cumplir las órdenes de su jefe y amigo, á quien dejaba bien escondido, convenciendo á sus parciales que se lanzaran inmediatamente á la revolución, para sorprender á los patriotas. La indignación popular, la desaparición de Alzaga el día 30 de junio y la convicción de que el gobierno procedería con energía, paralizó el ánimo de todos y sus esfuerzos fueron vanos.

La partida estaba definitivamente perdida, y galopando en la oscuridad, entre los pantanos del camino, salpicado de lodo, aterido de frío, pensaba que ninguna acción á que atienden muchos es igualmente cumplida por todos, que se ejecuta con menos riesgos lo que depende de menos circunstancias, y que del conciliábulo de los conspiradores hay tanta distancia al patíbulo como al poder.

Aquel hombre con sombrero de anchas alas, mal abrigado con un capote de paño burdo, fugando desatentado á la escasa luz de las estrellas que brillaban apenas en el sombrío cielo, parecía el alma condenada de la conjuración exorcizada por el arcángel de la justicia.

El viento le azotaba el rostro. Los perros guardianes de los pobres ranchos suburbanos le acosaban con furiosos ladridos, le cercaban, le estorbaban el paso, poco temerosos á los latigazos que inclinándose sobre la cabalgadura repartía á diestro y siniestro, con un arriador que le servía de rebenque. Cesaron, al fin, los ladridos, los cercos de las chacras y los duraznales de las quintas se borraron á su espalda y la llanura se extendió á su frente. Detuvo un momento el caballo

para dejarle tomar resuello, echó pie á tierra y con el cabestro en la mano volvió el rostro hacia la ciudad, levantó el brazo con gesto de amenaza y apretando con fuerza el mango del arriador exclamó:

—¡Si vuelvo!...

No sabríamos decir si se dirigía á los hombres públicos, á sus enemigos personales, á la comunidad social ó á la religiosa, en cuyo seno había vivido y cuya investidura dejaba tirada en una zanja tras de sí, como si se desnudara de sus antiguas creencias; pero algo tenebroso debió pasar por su cerebro, que no era precisamente el sentimiento de un continuador de la doctrina de Jesús, algo que lo arrojaba fuera de la senda que debió seguir y mezclaba sus ideas con las de aquella chusma de Jerusalem que empujó á Cristo hasta el Calvario.

Al sonido de su propia voz, giró la vista en torno y no concluyó la frase, permaneciendo de pie adusto y pensativo largo rato. Se acercó de nuevo á su cabalgadura, ajustó la cincha, recogió las riendas y montando con agilidad continuó su desatentada carrera.

Los campos en torno no estaban florecidos ni cultivados, el camino se prolongaba al oeste como una culebra entre los cardales, y de distancia en distancia la mole de algún ombú corpulento parecía echársele encima saliendo del fondo sombrío como un fantasma inesperado y pavoroso. En cuanto le fué posible abandonar la carretera continuó su fuga á través del campo solitario y se perdió en el horizonte lejano, animado por la esperanza, impulsado por la energía suprema que redobla el esfuerzo y la actividad de quien lleva el enemigo á sus alcances.

El sabía que todas las autoridades le serían hostiles y evitaba detenerse en las pulperías ó postas del camino, pero cuando en Monte Caseros descansaba en un rancho entregado á sus filosóficas meditaciones y buscaba el medio de dar una vuelta inversa á la rueda de



la fortuna que lo había arrojado violentamente al camino, sin hábitos y en un mal caballo, lo vino á sorprender la partida del comisionado oficial, comandante de quinteros D. Domingo Martínez, cumpliendo la requisitoria del gobierno expedida contra él. (41)

Al verlo, se puso de pié, sintió alborotarse sus tendencias soldadescas de otro tiempo y buscó á su costado la vieja espada del Rosellón; pero sus dedos crispados tropezaron con el rosario que conservaba en el bolsillo como símbolo de fe, de paz y de esperanza. A su contacto, el militar desapareció y el humilde fraile se entregó inerme á su destino, representado por un piquete de cívicos que lo condujo entre fusiles á la capital, marchitando del todo sus ilusiones.

Cuando se conoció la noticia de su llegada, un Tirteo de ocasión, que si bien pudo no ser cojo y tuerto como el ateniense, supo como él entusiasmar momentáneamente al pueblo, compuso la siguiente cuarteta, cuyo buen gusto y mérito literario dejamos á la apreciación del lector, y que repetimos aquí como una nota característica de aquel tiempo en que las coplas brotaban espontáneamente como *agua de manantial*, según la expresión de un versificador criollo:

El demonio del Barbón,  
¿Qué diablos parecería  
Con calzones de bragueta  
Mandando caballería?

Condenado á muerte el día 12, fué ejecutado al siguiente, previa la absolución de excomunión en que hubiera incurrido por la apostasía y demás ceremonias de las constituciones de su orden. De la prisión de la Caña fué conducido á la capilla instalada en los altos del Cabildo, ampliando allí sus primeras declaraciones ante el Dr. Agrelo, por acto espontáneo y para descargo de su conciencia, según lo expresó.

Salió al banquillo vestido con una larga levita de

bayetón y unos gruesos zapatos de doble suela. Caminó con desembarazo, pues le habían retirado los grillos que llevó en la cárcel, en medio de un pelotón de soldados, y sufrió la muerte con estóica tranquilidad, sin desmentir ni un momento la rudeza genial de su carácter.

En ese día fué el solo ejecutado, como si el destino hubiera querido singularizarlo aún en eso. El tiempo se había nublado y caía una lluvia menuda y fría. La descarga le desfiguró el rostro y cayó sobre un costado sostenido en el banquillo por las ligaduras.

Cuando el verdugo se apoderó de él, y acompañado de un ayudante lo suspendió en la horca clavada frente á los altos de Escalada, en la esquina de las calles llamadas hoy Victoria y Defensa, cesó de llover y pudo verse aquel cuerpo robusto, inmóvil, empapado, pendiente del madero sobre un mezquino charco, dejando caer algunas gotas de agua sucia y sanguinolenta que enturbiaban su superficie, como si quisieran que la sombra difusa reflejada en él, se hundiera de una vez bajo la tierra y ocultara para siempre tan odiada imágen.

Entre tanto se dictaban medidas represivas y de orden público. El mayor de plaza, D. Marcos Balcarce, hizo citar por el Cabildo á todos los españoles retirados ó inválidos de los regimientos veteranos, para que concurrieran el día 7 al cuartel de la ranchería, donde permanecieron acuartelados, y por orden del señor gobernador intendente se quitó el fuero á las milicias, que quedaron sujetas, como los demás, á la jurisdicción de sus respectivos alcaldes de barrio y hermandad.

La exaltación del pueblo era extremada y éstos registraban las casas de los españoles impelidos y acompañados por grupos de patriotas. De la quinta de don José Manuel Marcó, en las Cinco Esquinas, se sacaron armas, municiones y otros pertrechos que hubieron de servir á los grupos cuyo jefe era Sentenach. Su propie-

tario, sindicado monarquista, emparentado con el presidente de Chile, fugó al lado de su pariente, de donde pasó á Lima y, cuando en 1821 ocupó el general San Martín esa capital, huyó á España.

Para cortar los abusos á que estos hechos se prestaban, el superior gobierno pasó oficio al Cabildo diciendo que, como la efervescencia de los ánimos podía insensiblemente degenerar en desórden y anarquía en tan delicadas circunstancias, confiaba que el ayuntamiento tomaría las medidas oportunas para volver al pueblo á la tranquilidad, patrullando los mismos señores alcaldes y regidores por la noche, para inducir á los vecinos á la quietud, pues había pasado el peligro.

La *Gaceta Ministerial*, en el número 14 del 10 de julio, publicó el *Manifiesto Político Moral* escrito por Valdeparees, acompañándolo de una carta con que fray Juan Rafael de la madre de Dios Salcedo, presidente de los Betlehemitas en ausencia de fray José de las Animas, prófugo, lo remitió al superior gobierno con fecha 6, diciendo que lo había recibido de manos de una criada vieja de la Convalecencia, llamada Rosa, á quien Valdeparees se lo dejó á guardar con un cachorrillo que también remite. Esta publicación fué precedida de comentarios en que se explicaban los planes de los conjurados y se aplaudía la actitud del pueblo, que en menos de dos horas se presentó en número de 6.000 hombres en los cuarteles, concluyendo por exhortarlos á permanecer tranquilos desde que ya no había nada que temer.

Los jueces, por su parte, consumaban la árdua tarea.

D. Francisco Neira y Arellanos fué desterrado á San Luis, confiscándosele la mitad de sus bienes; pero como presentase un estado de quiebra, el gobierno, á pesar de considerarlo increíble é injustificable, resolvió, para dar nuevas manifestaciones de su moderación, penarlo con dos mil pesos fuertes de multa, que debió pagar en el acto antes de marchar al destierro, encargando al Dr. Agrelo de hacer cumplir esta resolución.

El conocido cirujano Bernardo Nogué, José Amoedo y Juan Hermida, tertulianos de la botica de Marull, fueron desterrados á Melincué, pero á este último se le multo en tres mil pesos por fomentar reuniones sediciosas en su casa.

Pablo Soca, contra quien depuso el capitán de granaderos montados José Matías Zapiola, fué condenado á presidio.

El cura rector de la Concepción, Nicolás Calvo, quien escondió y denunció después el paradero de Alzaga, vaciló mucho entre el deber de la amistad, de la religión y de la ley, concluyendo por inclinarse al último, fué castigado con expatriación absoluta en Guandacol, privándole de todo derecho y confiscándole sus bienes, que le fueron devueltos por intercesión del gobernador del obispado, quien, aunque era pariente del jefe de los conjurados, le allanó el fuero en uso de sus facultades discrecionales, para que pudiera comparecer ante el juez Agrelo y declarar, como lo hizo, no sin antes pedir clemencia para el presunto reo de lesa patria que había ocultado.

Los presbíteros Salas, confesor de Alzaga, y Marull, cura de Santa Lucía, fueron expatriados, el primero á Jachal, en la provincia de San Juan, y el segundo á la Carolina, en la de San Luis.

El barbero Verdugo; José Díaz, quintero del bañado de Palermo; Sopeña, oficial retirado de las milicias de Gualaguaychú, contra quien informó el Dr. Miguel José Díaz Velez; el buhonero Porraa, Benito Rioboó, el pulpero Erba (a) *El Largo*, á quien prendieron fugitivo; el quintero Felipe Lorenzo, Castellanos, comandante del destacamento de Barracas, el oficial Laurel, Doval (a) *Vio-Vio*, Mateo Fernández, mayordomo de la barraca de D. Ventura Marcó del Pont, Carroselas, D. Miguel Marcó, comerciante, y muchos más, fueron condenados á la última pena, previa degradación á los que tenían cargo militar.

A las sentencias sucedían inmediatamente las ejecuciones de uno, dos ó más conjurados. El 16 de julio el solemne y aterrador espectáculo de la muerte tenía un carácter excepcional. En las *bandolas* se discutía la mayor ó menor delincuencia de los reos, lo implacable del procedimiento y sobre todo la horrible escena que iba á presenciarse.

Con tiempo sereno, bajo un cielo de azul purísimo que preconizaba la vida por doquier, la plaza de la Victoria se llenaba de gente con tales demostraciones bulliciosas que parecían concurrir á celebrar el fausto aniversario de la revolución de Mayo. En la balconada del Cabildo, el obispado, los techos de la Catedral, el coliseo ó rincón de las Animas, la antigua Recoba, las azoteas de la Vereda Ancha, los altos de la cuartería de Escalada, en fin, en todas las alturas desde donde podía dominarse la Plaza de las Perdices y piquete de San Martín, se apiñaba la concurrencia engalanada con sus mejores trajes, divisas y cintas patrióticas, ú ostentando el gorro frigio de la libertad con escarapelas celestes.

Siete hombres iban á ser fusilados y ahorcados: pero la multitud no olvidaba la causa de aquella sentencia, y no sólo la conmovía el próximo cuadro de muerte que iba á presenciar, sino también agitaba su espíritu el sentimiento de la patria en peligro, la alegría de haberla salvado y la ágría satisfacción de la venganza, tan difícil de desarraigar en los humanos corazones. Sin embargo, un silencio profundo reinaba en aquel gentío cuando salieron los reos, sólo se escuchaba el rebullir inquieto de los que empujaban á sus vecinos, estrechándose más y más para distinguir mejor los detalles del sangriento drama.

En los altos del Cabildo se había arreglado la capilla, y de allí los sacaron rodeados de su escolta para encerrarlos en un cuadro de soldados. Los acompañaban siete sacerdotes. Los miembros de la Hermandad de

Caridad estaban allí cerca. El verdugo había requerido ayudantes y esperaba para desempeñar su innoble tarea. Uno de los reos, comandante del destacamento de Barracas, debía ser degradado, y la tropa estaba formada frente al tablado en que días antes lo había sido Sentenach.

La lúgubre procesión se puso en marcha lentamente por el peso de los grillos que sólo permitían dar pasos muy cortos, y tardó largo tiempo en atravesar la plaza, pasar bajo el arco grande y llegar al foso del fuerte y barranca de Campana, donde, según hemos dicho antes, estuvieron clavados permanentemente los banquillos.

La escena de la degradación presenciada por todos, duró poco. Bajó el desgraciado penosamente aquellas escaleras para unirse á los otros reos. El más aterrador ceremonial debía cumplirse; el escribano, sacerdotes, sentenciados y hermanos de la caridad, todos iban aproximándose á los banquillos hasta dividirse en dos grupos, uno que se encaminó al baluarte y otro hacia la barranca. Lenta, pero inevitablemente, se acercaba el supremo momento de la ejecución.

El melancólico espectáculo de venderles uno á uno los ojos, sentarlos y asegurarlos el verdugo, duró casi media hora en medio de un silencio sepulcral. La ansiedad embargaba los ánimos. La plaza parecía desierta.

Los sacerdotes empezaron á rezar el credo cantando en altas voces, apagadas de pronto por el estruendo de dos descargas casi simultáneas. La justicia estaba cumplida en medio de un concurso extraordinario de hombres, mujeres y niños que, apenas disipado el humo, como si se viera de pronto libre de una opresión dolorosa, prorrumpió en grandes exclamaciones, tan generales y nutridas, que resonaron y se repitieron de un extremo á otro de la plaza.

¡Viva la patria!

¡Mueran los *godos*!

¡Mueran los traidores!

Tales eran los gritos con que la multitud atronaba el aire.

Los niños de las escuelas, que ocupaban la Recoba, soltaron palomas con cintas celestes y los hombres arrojaban sus sombreros y gorros al aire con demostraciones de júbilo.

Cuando el último tiro de gracia fué disparado, cuando la certidumbre de la muerte de aquellos siete criminales fué evidente, las bandas de música hicieron oír los ecos alegres de una canción muy popular llamada entonces *La guillotina de Buenos Aires*, y cuya letra comienza así:

La América toda  
Se conmueve al fin  
Y á sus caros hijos  
Convoca á la lid.

A la lid tremenda  
Que va á destruir.  
A cuantos tiranos.  
La osan oprimir. <sup>(12)</sup>

Todos cantaban con entusiasmo, y los muchachos de las bandolas y los *recoveros*, provistos de cascotes, apedreaban y escarnecían á los muertos. Pero cuando el verdugo y sus ayudantes hubieron colgado tres cadáveres en la *25 de Mayo*, dos en la *Belén* y dos en la *Queche*, el pueblo había pasado á la Plaza Mayor y escuchaba la palabra del padre provincial de la orden de predicadores, Juan Manuel Perdriel, quien sobre una mesa llevada al efecto al pie de las horcas, lo exhortaba al escarmiento.

Los pilluelos, no pudiendo ejercitar ya su perversa tarea, la hicieron gradualmente degenerar en guerrilla recíproca, provocando represalias que las voces de *sarraceno cobarde*, *hijo de godo* y otras, hacían cada vez más activas.

Mezclado entre los *bandoleros* estimulaba su perversi-

dad el mulatillo Sabino, criado de Machuca, arrojando piedras tan bien dirigidas como su mala intención, y palabras tan duras como las piedras. Desgraciadamente acertó un cascotazo á un negro que blasonaba de muy patriota, esclavo del Dr. Pedro Medrano y encargado de cuidar sus gallos de riña, cuyas crías eran famosas. El golpe lo hubiera perdonado, pero las palabras: *¡godo gallina!* con que lo acompañó, eran más de lo que el negro podía sufrir. Blanco de ira, arremetió á él con tanto brío que Sabino juzgó prudente no esperarlo y volviéndole la espalda trató de huir; pero alcanzando por su contendor, quien llevaba una pesada piedra en la mano, á dos pasos de distancia se la arrojó á la cabeza con tanto acierto y violencia que dió con él en tierra y á los pocos momentos era cadáver.

Murió como había vivido. No siendo amado de nadie, nadie lloró su fin. Machuca se encogió de hombros al saber la noticia. ¿Qué era para él? Una piedra menos en el camino de la vida: un canto rodado que por su propio peso había caído en el abismo de la eternidad.

Los hermanos de la Caridad de San Miguel que recogieron su cuerpo, le dieron sepultura de limosna, igualándolo á los ajusticiados, á quienes había servido delatando á su amo por dinero y ultrajándolos después en el vencimiento y en la muerte.

Desde el 4 de julio hasta el 18 de agosto en que fué ahorcado Cudina, el primer preso y el último ajusticiado que abre y cierra esta larga serie de castigos, no se dieron los patriotas punto de reposo hasta afianzar la tranquilidad pública.

Si en el principio todo fué sospechas, recelos y denuncias, más ó menos acertadas, debe creerse que los jueces fueron severos pero justos, por que indudablemente muchos españoles distinguidos estuvieron complicados y dieron en secreto su dinero ó, cuando menos, acompañaron el movimiento político con simpatía y deseaban su triunfo; pero el gobierno, cuando estuvo



seguro que había desaparecido el peligro, no quiso averiguar más, prefirió ignorar muchas cosas, cerró los ojos y detuvo la acción vengadora con una indulgencia que lo honra. De otro modo, no se explica que algunos vecinos respetables, monarquistas decididos y amigos de Alzaga, permanecieran indiferentes á su llamamiento, tales como Antonio Pirán, Esteban Villanueva y Jaime Alsina. Otros no fueron molestados, por ejemplo, José Vega González y José Manuel Sandoval, ó pasaron sin peligro ante los jueces, como Bernardo de las Heras, Martínez de Hoz y José Marull, puestos bien pronto en libertad.

Veinticinco cadáveres y veinte condenas más á destierro, prisión, degradación ó multa en cuarenta días, son el resultado final que desbarató el plan inicuo de los españoles y aniquiló para siempre sus esperanzas de reacción en Buenos Aires.

El 24 de julio el gobierno lanzó una proclama que comenzaba: *¡Basta de sangre!* Pero un tumulto de gentes desaforadas se agolpó delante del fuerte pidiendo á voces la explicación de semejante papel, y por qué tanto interés por la vida de los *godos* que habían estado á punto de sacrificar á toda la población. <sup>43</sup>

Chiclana, á quien vulgarmente llamaban *el gobernador*, salió á los balcones y con palabras patrióticas y templadas calmó á los manifestantes, que se dispersaron lentamente y no satisfechos aún.

Es explicable el colérico brío y la inquietud que la emoción mezclada de angustia, producida por el descubrimiento de la conjuración, despertó en el pueblo, sintiéndose fébrilmente sacudido por el peligro, y en el caso de exigir represalias que pudieran satisfacer su venganza, produciendo el escarmiento. Puede creerse que sin aquella decisión exenta de reparos que lo impulsó, sin esas violentas demostraciones de ira que excitaron su actividad, sin la decidida y franca propaganda de la Sociedad Patriótica, sin la energía des-

plegada por el gobierno, sin las horcas, las degradaciones y las confiscaciones, es presumible que la patria hubiera vuelto de nuevo á la potestad del Rey. <sup>44</sup>

Al día siguiente una nueva proclama, en que se declaraba que ya habían perecido veinticinco de los conjurados, en aras del sosiego público, fué impresa y repartida con el propósito de calmar los ánimos y, solicitando la confianza del pueblo para los que habían merecido el mando por el voto y la opinión de sus compatriotas. <sup>45</sup>

En vano el día 17 el general Vigodet lanzó en Montevideo una proclama condenando estas justicias y exaltando los méritos de D. Martín de Alzaga; la situación estaba dominada, D. Diego de Souza retiró las tropas portuguesas de la Banda Oriental, y el ejército patriota fué á situarse frente á las murallas de la ciudad rebelde.

El gobierno premió al negro Ventura, esclavo de doña Valentina Feijoó, comprando su libertad, concediéndole el uso de uniforme militar y un escudo al brazo con la inscripción *Por fiel á la patria*: un sable para defensa de su persona, opción al sueldo de soldado por toda la vida y una gratificación de cincuenta pesos.

Más adelante, en 1821, el alcalde Pallavicini inició un expediente reclamando una compensación pecuniaria igual á la del negro Ventura por haber sido, decía, el primero que dió el alerta.

El día 9 de agosto se celebró en la iglesia Catedral una solemne función de acción de gracias por el descubrimiento de la conjuración. A ella asistieron, el gobierno, todas las autoridades civiles y militares y gran concurso de pueblo lleno de entusiasta alegría, glorificando al Dios de las alturas por la protección que había dispensado á la causa de la patria, y escuchando con satisfacción al orador sagrado, que con dignidad y elocuencia se desempeñó á satisfacción de todos. <sup>46</sup>

Iluminaciones generales durante tres días, músicas,

triple salva de artillería y otras demostraciones, fueron dispuestas por el gobierno y el ayuntamiento con éxito completo.

Terminados los festejos, para coronar tan plausible suceso, se decretó la liberialdad de todos los individuos de los cuerpos de la guarnición que estuvieran arrestados, así como también el indulto de los desertores. <sup>47</sup>

Hemos querido resumir y terminar la crónica de estos sucesos para satisfacer al lector respecto á los curiosos detalles de su referencia, dejando aparte, para que pueda destacarse sola, la figura del caudillo que juega tan importante papel en nuestra narración.

A él volveremos en capítulo aparte para seguirlo hasta la muerte con el interés que su persona despierta, y terminar las trágicas escenas que á través del tiempo nos han sido trasmitidas, no con el rumor halagüeño de un canto de amores, ni con el bélico entusiasmo de una acción guerrera, sinó más bien con la medrosa voz de la leyenda que puebla los hogares de imágenes precitas.

Hemos entrado cuando la índole de este libro lo ha permitido, en la parte íntima de la conjuración del año 12, para mostrar al lector aquellos hombres adictos á la monarquía, cuya condición social los separaba de la vulgaridad, que se concitaron contra las nuevas ideas, absolutos é intransigentes; pero honrados.

No puede decirse que D. Martín de Alzaga y los de su clase que lo acompañaron en la tentativa revolucionaria, eran una excepción en Buenos Aires: en sus hogares podría encontrarse la misma moral y la misma educación que en los demás; pero seguramente tenían menos conocimientos de las necesidades del país y de sus tendencias.

Personalmente, Alzaga tenía condiciones que en aquel tiempo podían seducir á la multitud sin excitar la envidia: riquezas, virtudes domésticas y trato social. Compasivo con los pequeños, por religión y por índole, accesible á los humildes, ninguno se separaba de su lado sin socorro y sin consuelo. <sup>(48)</sup> Era generoso y sabía que la liberalidad sazona las acciones, pues los buenos la reciben por premio y los malos por paga, como ha dicho un célebre escritor. Si no amaba el lujo, lo gastaba con relación á su fortuna.

Su soberbia podía pasar por superioridad de ánimo entre los inferiores. Era ambicioso y deseaba el primer puesto, no solamente para no quedar en segunda línea,

sinó por que estaba convencido de merecerlo. Sin muchos escrúpulos en la elección de los medios para culminar, hubiera cerrado á puñaladas con los americanos por odio, por emulación, si no por crueldad.

Le hubiera faltado tacto para gobernar; pero nunca energía. Era absoluto y la vanidad lo hizo torpe. Fué siempre monarquista español ó, si se quiere, un elemento españolizador entre los americanos. Esperó de la Junta del año 10, cuando menos, el reconocimiento de la princesa Carlota ó de otro príncipe de su estirpe, en sustitución de Fernando VII para emanciparse de España. y si así hubiese sucedido, él hubiera procurado colocación en las filas de los monarquistas, cuando llegase la oportunidad. Pero no sucedió, por que los americanos querían gobernarse á sí mismos sin vínculos extraños. El Dr. Mariano Moreno, en quien pudo, allá en su fuero interno, cifrar alguna esperanza, por las relaciones que había tenido con él, no era hombre de llevar á otro á la zaga, y las ideas radicales que manifestó desvanecieron sus sueños para siempre.

Despechado por su propia ceguera, se reconcentró en el silencio para estallar en 1812, viendo á Rivadavia—aqueel *hijo de familia, indocto*, á quien cerró las puertas del Cabildo en 1808,—formando parte del gobierno provisional, circunstancia que hacía más sombrío su retiro.

Hombre popular, sedujo á muchos ganosos de un cambio, los unos nada más que por cambiar, los otros por obtener ventajas y tras ellos los descontentos, los empecinados, los discolos, reclutas ordinarios de toda conmoción política. ¿Por qué le siguieron hombres de cierta intelectualidad y posición social? Por que, aparte las ideas radicales que profesaban, cada uno tenía un sentimiento que vengar, una envidia que satisfacer, una ambición, una causa puramente personal. De aquí el programa sangriento de la revolución, para satisfacer su escote á los demolidores, cuyo contingente era indispensable. Las energías que animaban el movimiento

no reposaban, pues, tanto en la sinceridad y amor de la causa, como en las conveniencias individuales de personas, que si bien querían volcar la situación, sentían, así mismo, todas las timideces de quien tiene algo que perder.

Alzaga caracterizaba y entonaba la conspiración de que era jefe; pero estaba en la mente de todos que, una vez vencedor, reservaría para sí la parte del león. Sus orgullosas pretensiones eran tan manifiestas que los patriotas le satirizaban con esta cuarteta:

Hagamos corona  
De ortigas y cuero  
Para coronar  
¡A *Martín Primero!*

Por estas causas, cuando el gobierno se lanzó sobre las huellas de la conjuración denunciada y fué preciso precipitar el golpe, en ese momento supremo, de que dependía la salvación, en los dos días de tiempo que pasaron desde el 30 de junio al 2 de julio, no hubo ningún abnegado entre los que dieron su dinero, ningún corazón resuelto entre los valientes, dispuesto á dar el primer grito afrontando las responsabilidades. Y Alzaga, como va á verse, esperó en vano en su escondite á que sus amigos pasaran á buscarlo para ponerse al frente.

El 30 de junio al retirarse Vicente de la entrevista que el lector conoce, necesitó bastante tiempo para dominar la inquietud que agitaba su espíritu, que le sacudía en la indecisión, sin darle tiempo á otro cuidado que el de evitar el peligro que preveía.

En el primer momento sintió elevarse ante sus ojos algo vago, como una nube que no le dejaba ver los objetos, sino en la confusión incoherente de una pesadilla, en tinieblas de sueños en que la figura de Cáceres tomaba gigantescas proporciones. Poco á poco su voluntad cobró la calma, alboreaba la realidad y algo dolo-

roso como un remordimiento, demolía pieza por pieza el mecanismo de su plan revolucionario y se contemplaba como un ser indigno del aprecio de los demás, como un miserable que había recurrido al inicuo medio de una amenaza contra el honor para arrancar al capitán una cooperación que, en definitiva, no le era absolutamente indispensable.

Después de producido el hecho, el arrepentimiento comenzaba á socabar su ánimo, á desnaturalizar su egoísmo político, á humillar su orgullosa honradez española, su caballeresca nobleza y reprocharle una conducta que, á sangre fría, habría encontrado aborrecible en otros hombres.

Ocurriósele pensar que la denuncia de aquel digno joven sería más eficaz que la del presbítero Silva Braga, y le zumbaban sin cesar sus palabras:

—«Usted conspira contra la patria y es mi deber dar cuenta al gobierno de que mañosamente se pretende derrocarlo».

Lo hará como lo ha dicho, pensaba, y estos pensamientos engendraban recuerdos, los recuerdos propósitos, y los propósitos lo trajeron á la razón, á la conveniencia de proceder, resolviendo desde luego sustraer su persona á las investigaciones de la autoridad y anticipar el golpe: proceder con rapidez, con valentía, aprovechando las horas.

Sin detenerse á mudar de traje, previno á su yerno Matías de Cámara, que se ausentaba sin tener la seguridad de qué día regresaría, y armándose con un cuchillo y un par de pistolas salió en dirección á Barracas. Esto, como es natural, causó alguna inquietud á su familia; pero habituados á la obediencia pasiva, no hicieron observación alguna, ni preguntaron nada.

Llegó á su propia quinta, donde permaneció algunas horas, dando instrucciones al capataz Gómez, quien con los esclavos Domingo y José María, salió á recibirlo. Le previno que iba á la Convalecencia y que cuidara

no separarse de allí hasta nueva orden, disponiendo que los negros volvieran á su casa para acompañar á la señora.

A las siete y media de la noche manifestó que se retiraba, y como Gómez quisiera acompañarle alegando la oscuridad y el frío para que se cubriera con un poncho, rehusó terminantemente y salió solo, con paso rápido en dirección á Santa Lucía.

A inmediaciones de la Capilla estaba situada la quinta de la viuda de D. Francisco Marull, tío del boticario, donde vivían el presbítero del mismo nombre, cura rector de esa feligresía y su compañero Pablo Salas.

Allí entró como á casa conocida y al penetrar en el aposento, único que tenía luz, vió á los dos sacerdotes, en silencio, sentados á una mesa de alas leyendo sus oraciones. Se detuvo para no interrumpirlos, haciendo una indicación de saludo con la cabeza; pero al cabo de un momento Marull le dijo cerrando el libro:

—Tenga usted muy buenas noches y sea bien venido D. Martín. Tome asiento y exprese, con franqueza, en qué puedo serle útil, pues no deja de sorprenderme su presencia á esta hora, cuando sabemos que no vive usted en la quinta.

—Es cierto, contestó Alzaga, colocando sobre la cómoda las armas que traía. He venido solamente por un acto de prudencia y precaución, pues no deseo pasar la noche en casa.

—Puesto que viene usted armado algo teme, agregó Salas.

—Es indispensable asegurarse cuando se recela. La conjuración no tardará en estallar, el gobierno ha recibido, como es notorio, algunas denuncias y los americanos comienzan á alborotarse. En tales circunstancias nunca estaré libre de un atropello.

Aquella sala ó cuarto de trabajo con techo de palmas y piso de ladrillos, limpio, barrido, frío, tenía el invariable aspecto de las habitaciones eclesiásticas. Debía



ser la mansión del aburrimiento. El canapé y las sillas pintadas de negro y doradas que se mantenían angulosas y escuetas á lo largo de la pared, la enorme cómoda de caoba con grandes cajones que parecía destinada á guardarlos, la mesa de alas á que estaban sentados ambos sacerdotes, colocada en el medio como un árido islote, la estera de esparto sobre que descansaban sus pies, y los pocos y pequeños cuadros de santos que ornamentaban las paredes, tenían ese barniz de limpieza que da el frote frecuente y vigoroso de una mano masculina. Todo aparecía pobre, escaso, piadosamente desnudo y no hubiera encontrado la vista punto en qué posarse si un San José con el Niño en brazos, conservado bajo fanal, no exhibiera sobre la cómoda, á la luz del velón, su blanco y dorado ropaje de madera, la rígida vara de azúenas y el nimbo de oro postizo que coronaba su cabeza. Un pequeño estante con libros y en el rincón inmediato un par de bastones y un paraguas se perdían en la penumbra, al otro extremo, como si quisieran esconder al visitante su vejez y sus servicios.

Habiendo explicado Alzaga á su manera el motivo que tenía para solicitar hospedaje por esa noche, se suscitó naturalmente la conversación sobre el estado político y la marcha de los acontecimientos, diciendo éste que pronto terminaría un estado de cosas ya intolerable, pues los alcaldes de barrio y algunos particulares registraban arbitrariamente las casas de los españoles, mortificando á los vecinos con amenazas, sin que el Cabildo diera oído á sus protestas. Como ambos presbíteros no eran ajenos al movimiento que se preparaba, en esta conversación y una partida de malilla emplearon el tiempo hasta que Salas se levantó para ir á cenar, mientras que Marull y su huésped lo hacían allí mismo contentándose con asado frío, algunos tragos de vino, queso, pan y una faza de té que preparó el dueño de casa.

Durante ese tiempo Alzaga se manifestó inquieto,

desacertado en el juego y preocupado. Algo debió traslucir el sacerdote ó le diría aquél, cuando quedaron solos, por que á pesar de acostarse el primero, Marull, con el pretexto de rezar sus oraciones, quedó levantado hasta el regreso de Salas, con quien mantuvo larga conversación en voz baja, retirando éste las pistolas y el cuchillo de sobre la cómoda y escondiéndolas en un cajón.

Al día siguiente á las seis de la mañana salió Marull para la iglesia de Monserrat, distante una veintena de cuadras de su casa, y una vez que Alzaga quedó solo con Salas, le explicó que había pedido á su compañero que los dejase, pues deseaba confesarse.

Largo rato permaneció Alzaga arrodillado sobre la estera de esparto y recogido el sacerdote escuchando atentamente lo que le decía en voz baja, aún cuando las puertas habían sido ajustadas para evitar indiscreciones poco probables á esa hora y en ese lugar.

En aquel aposento místico y desolado como la sacristía de una iglesia, donde no penetraba ni un rayo de sol, el grupo de aquellos dos hombres tenía algo de supremo y solemne, como la última palabra del que va á morir.

Con la conciencia no hay transacciones posibles: las que se celebran de día, las rompe la noche y las que se hacen ante el mundo llegan en apelación ante el tribunal de Dios. El momento de ajustar cuentas con ella había llegado para Alzaga y se manifestó sinceramente arrepentido de su conducta para con la familia de Mercedes, y para llevar adelante lo que creía su deber político y disponer de la necesaria entereza en tan crítica situación, solicitó la absolución de sus culpas con sincera fe y espíritu verdaderamente religioso.

Terminada la confesión, cuando el presbítero Salas le hubo absuelto, permaneció todavía orando de rodillas largo rato, y al levantarse, el rostro acentuado de aquel vasco de carácter duro y tenaz, expresaba la más sua-

ve ternura, la más dulce tranquilidad, algo como el reflejo de un cariñoso recuerdo que asomaba á sus ojos avergonzado de que le hubieran despertado después de un largo sueño en las profundidades de su alma.

Llegó silenciosamente hasta la cómoda, donde se consumían dos bujías de cera que habían reemplazado al velón frente á la imagen de San José y separando una de ellas la puso sobre la mesa y sentóse cerca de su confesor.

—Padre,—dijo con tono reposado,—espero que hará usted llegar á la señora de Cáceres esa carta tan pronto como sea posible.

—Sin duda alguna. Lo he prometido bajo el sagrado de la confesión.

—Si necesita usted que le indique un mensajero discreto y seguro.....

—No, D. Martín, gracias. Conviene cumplir estos deberes sin intervención ajena.

—Tiene usted razón. Terminemos. Este es el documento que debe ser destruido, dijo Alzaga sacando del bolsillo de su levitón verde oscuro la foja sustraída por fray José de las Animas de los registros de Luján y acercándola á la llama de la bujía.

El papel se incendió y él lo mantuvo en el aire, hasta que la última partícula de ceniza cayó sobre la mesa formando un montón informe y negro donde corrian aún algunas chispas de luz, cuando lo barrió con la mano derecha sobre la palma de la izquierda y asomándose á la puerta lo aventó al patio.

—Ahora,—continuó volviendo á su asiento,—es necesario que vaya á cumplir obligaciones ineludibles, tratando de evitar encuentros que puedan ser fatales á la causa. Le ruego que guarde reserva sobre mi visita, y lo mismo recomiendo al padre Marull.

Mientras hablaba sacudía distraidamente con el pañuelo las huellas que habían dejado las cenizas en la mesa.

Permanecieron aún algún tiempo en conversación.

Preocupado el sacerdote, manifestaba sus sentimientos piadosos, su interlocutor le replicaba animado por la esperanza del éxito que cifraba en un ataque rápido y violento, que conceptuaba eficaz.

Salió, por fin, de aquella casa donde había recobrado la tranquilidad, y la calle que conducía á la Convalecencia, cuya dirección tomó, parecióle más hermosa á la luz de la mañana, más brillante el verdor de los cercos, contemplando indiferente las espinas de los tunales, que parecían tender hacia él sus agudas puntas como las bayonetas de los patriotas que le buscaban para prenderle.

Marchaba Alzaga con paso rápido, barajando en su mente las probabilidades del triunfo que al día siguiente creía obtener, ansioso ya de poner en movimiento al activo y enérgico fray José de las Animas, heraldo y actor de la conjuración. No dudaba que á esa hora lo encontraría en la Convalecencia y le sería fácil comunicar con él, para ponerse de acuerdo en los detalles del movimiento.

Castigaba con una vara de cerezo que recogió en el camino, los grupos de ortigas y plantas secas de biznaga que encontraba á su paso y no parecía sinó que segaba las cabezas de sus enemigos, tal era el brío con que azotaba á su derecha las matas que bordeaban la vereda.

Fray José vióle venir desde lejos, y con manifiesta inquietud salió á su encuentro.

—¿Qué nuevas le traen á usted tan temprano?

—Nunca es temprano para lo que tanto importa. Tenemos que hablar.

Entremos entonces, y estaremos más seguro bajo techo.

En efecto cruzaron el patio y tomaron asiento en la misma habitación en que mes y medio antes Valdepares compartía con el fraile el dulce de las monjas, haciendo votos por el buen éxito de sus proyectos.

Alzaga ocupó un viejo sillón al lado de la mesa y tamborileando en ella con los dedos, dijo sin rodeos:

—Ha llegado el momento de tomar la ofensiva. Cáceres se ha separado ayer de mí, previniéndome que iría á denunciarme y no dudo que lo ha hecho ya. El empeño de seducir los arribeños puede costarnos muy caro. Anoche estuve escondido en la quinta de la viuda de Marull y hoy he venido para concertar con usted el modo de producir la revolución á la madrugada, haciendo las señas convenidas á la escuadrilla.

—Pero ¿cómo piensa usted que eso pueda practicarse ahora? Yo dispongo de Lacar, de Verdugo y Castellanos, á quienes tengo cerca. Ellos prevendrán á Felipe Alonso Conde, que tiene armas; á *El Largo*, á Porrua y á Felipe Lorenzo, que vive junto al estanco de Bachicha. Pero el comandante Sentenach, Laurel y los demás necesitan tiempo para prevenir su gente, diseminada por Palermo y los barrios del norte. Creo que convocar para antes de mañana será un fracaso.

—Las circunstancias apuran y los momentos son contados. D. Jaime Illa está en Buenos Aires con el catalán Collet y ellos pueden pasar á Montevideo y avisar al segundo comandante de la «25 de Mayo», D. Ramón Mieres. Sentenach tiene muchos elementos de que echar mano. Si reunimos mil hombres bastará para una sorpresa. José Burgos tiene algunos escondidos en el monte, cerca de la quinta de Rivadavia.

Pese usted bien los inconvenientes. La gente anda dispersa y para mañana tal vez pueda tenerlos todos reunidos.

—Entre tanto el gobierno, que está prevenido, toma preso á cualquiera de los jefes y todo se lo lleva la trampa.

—No hay tal riesgo. El denunciado es usted y á usted lo escondo yo.

—¿Podré permanecer aquí un día?

—De ningún modo. Voy á prepararle alojamiento en

una casa de confianza donde pasará á recogerlo una partida en el momento oportuno. De paso moveré algunos peones. No salga de ese aposento y espéreme tranquilo.

—Convenido. Vaya usted y haga como ha dicho.

Alzaga entró en el cuarto inmediato cerrando la puerta por dentro y el barbón salió precipitadamente á la calle.

Al caer la tarde regresó diciendo:

—Todo está arreglado. Cuando usted guste.

—¿Adónde vamos?

—A casa de Pache.

—¿Quién es Pache?

—Olascoaga, el barraquero de Lezica, á quien dan ese apodo y que ahora está en Montevideo.

—¡Ah! sí, el marido de Petrona González, ya recuerdo.

—Tengo en ella plena confianza.

—Está bien, marchemos.

Inmediatamente fray José lo condujo al asilo que le había preparado dejándolo allí en seguridad, prometiéndole activar en esa noche del 1.º de julio los preparativos y llevarle noticias.

Dieron las diez sin que nadie apareciera. El jefe de los conspiradores se paseaba inquieto y desasosegado, sin aceptar las ofertas y atenciones que aquella buena mujer se esmeraba en prodigarle, cuando entró fray José, fatigado de correr por zanjas y tunales, diciendo que los hombres andaban reacios, los criollos alborotados y muy prevenidos, que el comandante Sentenach y Roque Lurel habían salido hacia Palermo, que *Silástica* (este era el alias de un velero de buques llamado Francisco Arbona) andaba reuniendo gente; pero aunque había mucha confusión, esperaba buen resultado. Agregó otras noticias contradictorias y confusas, que amenguaron bastante las esperanzas de Alzaga.

Es necesario darse cuenta de la situación de estos hombres obligados á esconderse, del estado de las calles

y caminos en el invierno, las distancias que había que recorrer, la alarma, el recelo de todos, la reserva con que debían operar durante la noche y, sobre todo, la indisciplina de paisanos y comerciantes obedeciendo á diversas influencias para comprender la dificultad de cambiar de programa en un día y reunir sus parciales, sin llamar la atención de los criollos.

Alzaga acampado en aquella casa de los suburbios, pasó la noche de un general en vísperas de la batalla. Pero estaba fuera de su centro, la habitación que le habían cedido le parecía un sitio desamparado, abierto á todas las curiosidades; carecía de vida y de movimiento, ansiando salir de allí á la agitación y á la lucha. En tal estado de ánimo, se tendió en la cama que buenamente le ofrecieron y recogióse en la oscuridad y el silencio, procuró dormir.

La presencia de su capataz Fernando Gómez, á la mañana siguiente, no fué otra cosa que la prosecución de su sueño agitado. Su yerno Matías de Cámara le escribía para decirle que tranquilizara á la familia. La irritación popular crecía y á cada momento temían que la casa fuera registrada.

Previendo el caso escribió dos cartas de despedida, tiernas y afectuosas, una contestando á su yerno y la otra dirigida á su esposa, doña Magdalena de la Carrera, manifestándole que estaba en seguridad y que no regresaría al hogar hasta que no se hubieran calmado los ánimos por temor de un atropello. Estas cartas podían ser franqueadas al gobierno, como lo fueron, según digimos, por Matías de Cámara cuando lo prendieron.

Más tarde, en la misma mañana del día 2, llegó fray José de las Animas, descorazonado, rendido por una noche de labor agitada, sin esperanzas ya de obtener ventajas. Todos eran unos cobardes y unos torpes que corrían amilanados á esconderse, haciendo abandono de las armas. Era una derrota sin lucha: la duda y el miedo como principales factores de un desconcierto

irreparable. Sin embargo, el gobierno no había tomado determinación alguna visible y si nadie se movía era posible, cuando menos, desvanecer las sospechas.

—He quedado solo, he quedado solo, repetía con cólera. ¿Qué hacer? No me resta otro recurso, Sr. Alzaga, que fugar al primer amago.

—Me presentaré. Iré yo mismo....

—Es inútil, completamente inútil. Permanezca en silencio y deje pasar la tormenta escondido. Esta familia es fiel y la partida está perdida, no lo dude usted. Es probable que no volvamos á vernos. En esta empresa los únicos hombres de carácter y de convicciones éramos usted y yo: ahora lo conozco. ¡Adios!

Y aquellos dos amigos que habían afrontado la responsabilidad de una conspiración de tal magnitud, se estrecharon la mano y se separaron para no volverse á ver jamás sobre la tierra.

---



## XXI

¡Otra vez vencido!

Alzaga comprendió que quedaba solo. Su más firme apoyo, el fraile Bethlehemita, se retiraba de la lucha lleno de despecho, dejándole arrostrar las amargas prevenciones que guarda siempre el vulgo para su jefe en desgracia.

Los amigos políticos habían desaparecido como las ojas que engalanan el árbol frondoso en el verano y abandonan en el invierno el tronco de que recibían la savia que le dió vida.

¿Dónde estaba el esfuerzo del valiente Sentenach, el enérgico catalán de 1806? ¿Dónde los ricos comerciantes, los influyentes, los agradecidos, los servidores de otros días?

Ninguno vino á buscarlo á la casa retirada y pobre del barraquero de Lezica. Todos tenían algo que perder, y el miedo torna prudentes á los menos avisados.

El amor del hogar le sujetaba con lazos poderosos y le parecía acción cobarde abandonar á los suyos y fugarse á Montevideo sin noticias evidentes sobre la marcha de los sucesos.

Comenzaba la última parte del drama urdido por él y su pensamiento tomaba de antemano el vuelo hacia la oscuridad del olvido ó de la muerte.

Miraba á la distancia el abismo y se propuso, si llegaba el caso, salir de la vida sin protesta, sin quejas ni reproches contra las ajenas debilidades, sin esa re-

belión del espíritu que en el último momento hace injustos á los hombres.

Pasó el día y la noche entregado á tan amargas reflexiones, esperando noticias de su familia, pues había encargado al capataz Gómez de traerle alguna ropa y sus navajas de afeitar, las mismas que, según la tradición, le regalara el general inglés Whitelock después de la capitulación del año 1807.

El 3 de julio á la tarde apareció Gómez, sin los efectos pedidos, refiriéndole, lleno de abatimiento, la prisión de Lacar, de Feijóo, de González, de Recasens, de D. Bernardo de las Heras y del Sr. Martínez de Hoz; pero sobre todo de D. Matías de Cámara, á quien los cívicos habían sacado violentamente de la casa, aun cuando respecto á éste, abrigaba la esperanza de que pronto lo pondrían en libertad. Pintaba con el rudo lenguaje de la gente ineducada, las aficciones de doña Narcisa, la inquietud del niño Cecilio y el susto de la señora mayor, como designaba á la esposa de Alzaga. Las órdenes de prisión decíase que eran muchas y los españoles estaban muy asustados. Fray José de las Animas había huido, dejando escondido al Sr. de Valdeparres en la Convalecencia. El mismo Gómez quería fugarse también, pues pensaba que lo prenderían.

Alzaga lo despidió diciéndole que tranquilizara á la familia á su respecto, que no necesitaba volver más por que era peligroso hacerlo y que con respecto á su persona tenía permiso para proceder como se lo dictaran las conveniencias y la propia seguridad.

Por su parte trataría de évitár que lo tomaran preso; pero si lo descubrían se presentaría como el único culpable, solo, sin cómplices, sin amigos, y pagaría con entereza su tributo al vencimiento por duro que fuera. Si sus parciales lo habían abandonado en el momento crítico, él no comprometería á ninguno, si bien comprendía que no solamente por adhesión á él lo habían seguido, sinó por propia conveniencia.

No considerándose seguro en la casa de Petrona González, tanto más cuanto que el padre barbón, á cuya influencia estaba sujeta, había emprendido la fuga, creyó más eficaz valerse de un amigo personal para sustraerse á las pesquisas de la autoridad y procurarse un asilo para largo tiempo, sin salir de Buenos Aires.

Cuando Gómez se hubo despedido de su patrón, este llamó á doña Petrona y le pidió que tuviera la bondad de ir ella misma á buscar al Dr. D. Nicolás Calvo, cura rector de la Concepción, sin decirle, para evitar indiscreciones, quien lo necesitaba, creyendo que de esta manera no se rehusaría á venir como sacerdote.

Accedió la señora; pero el cura se negó á salir sin saber antes de parte de quién venía á buscarlo, y hubo de reiterar sus instancias diciendo que una persona de suposición lo necesitaba hablar para algún asunto de importancia sin duda, pues quedaba esperándolo en su casa.

Con esto el Dr. Calvo le prometió ir en la noche de ese mismo viernes, como en efecto sucedió, no dejando de causarle alguna sorpresa la presencia de Alzaga, á quien no suponía encontrar allí.

Este le explicó su situación, rogándole que como amigo le proporcionara un asilo seguro donde pudiera permanecer algún tiempo escondido, sin probabilidades de ser descubierto por las gentes lanzadas en su busca.

El cura Calvo era un español feo, picado de viruelas y mal entrazado; pero instruído, con buenas relaciones y dedicado con asiduidad á su ministerio. Amigo personal de Alzaga de tiempo atrás, no se atrevió á negarle este servicio, impulsado, no solamente por un sentimiento de amistad, sinó por considerar como un deber de misericordia dar posada á este peregrino perseguido por los americanos que no eran, políticamente considerados, santos de su devoción, como quiera que su amigo había sido conducido á estos extremos por el pecado capital<sup>o</sup> de la soberbia.

Salió en seguida con buena voluntad á disponer lo conveniente, y esa misma noche Alzaga se despidió con agradecimiento de la mujer de Pache y se fué con Calvo, quien vino personalmente á buscarlo de nuevo.

En el barrio suburbial de la Concepción, á media cuadra de los Ejercicios <sup>49</sup>, tras un espeso cercado de tuna y ñapindá, se divisaba el techo de teja de una pequeña casa mezquina y triste cuyo mojinete barrían las extendidas ramas de un viejo ombú á que hacían melancólica compañía varias higueras raquíticas, alojamiento nocturno de las gallinas que merodeaban de día en el yuyal de aquel solar baldío, de que era propietaria una mujer llamada Rosa Piñero, hija de confesión del cura, á quien debía no pocos servicios.

La casa, mitad de ladrillo, mitad de paja, era bastante limpia y no exenta de relativa comodidad, de modo que allí pudo Alzaga considerarse bien escondido y alojado para esperar con paciencia, á quince cuabras de distancia, la terminación de la espantosa tragedia que tenía por escenario la plaza principal de la ciudad.

Allí permaneció hasta la media noche del 5, sin que pudiera tener noticias ciertas de lo que pasaba en el centro, pues su ocultador, que lo vió por última vez en la tarde de ese día, nada supo ó quiso decirle de las ejecuciones de la víspera.

La verdad era que en virtud de las declaraciones de Lacar, Recasens y la Torre, el gobierno lo había condenado á muerte en rebeldía el sábado, al propio tiempo que ordenaba la ejecución del último y de Matías de Cámara, que á las doce quedaron pendientes en la horca para escarmiento. <sup>50</sup>

Entre tanto, el comisionado Chiclana dispuso la prisión del capataz Fernando Gómez, quien fué preso en la noche de la entrevista con su patrón y declaró haber dejado á éste en la casa de Petrona González. El 4 se mandó registrar su domicilio, y detenida como encubridora de delincuentes, confesó que el Sr. Alzaga había

salido acompañado del Dr. Calvo, aunque no sabía con qué destino, pues se despidió para no volver más. Con toda urgencia se ordenó detener al cura de la Concepción, al propio tiempo que por intermedio del gobernador intendente Sr. Azcuénaga, se pasó al Cabildo una requisitoria para que mandase partidas de alcaldes de barrio y hermandad á buscar y traer muertos ó vivos á los prófugos Martín Alzaga y fray José de las Animas.

Al día siguiente 5 de julio era domingo, y aprovechando la fiesta, el cura había ido á visitar á su amigo. Cuando regresaba al anocheecer fué preso y conducido ante el sumariante Chiclana; pero á pesar de las instancias de éste se limitó á exponer que no podía declarar y que sólo lo haría si el señor provisor le dispensaba la irregularidad en que pudiera incurrir.

Habiéndosele allanado el fuero por el vicario capitular, insistió todavía el cura con nueva consulta, por cuanto de su declaración podía resultar efusión de sangre; pero absuelto otra vez por el superior de la irregularidad que temía *ad cautelam*, confesó, al fin, agotados sus recursos para callar, que Alzaga estaba *acomodado* en casa de Rosa Piñero, cuyo domicilio señaló.

Acto continuo se dió orden al teniente de Dragones de la Patria, D. Floro Zamudio, edecán del gobierno, para que acompañado del escribano D. Justo José Núñez, y llevando por guía al mismo cura de la Concepción con la escolta correspondiente, procediera al allanamiento de la casa y prisión del prófugo Martín de Alzaga.

Habían dado ya las doce de la noche, cuando á través de aquellas calles oscuras y desiertas llegaron frente á la tranquera del cercado de Rosa Piñero. Un par de perros guardianes los recibieron con furiosos ladridos; pero separando á pesar de ellos, los palos que cerraban la entrada, llegaron hasta la casa y el teniente Zamudio, después de colocar convenientemente sus soldados, llamó á la puerta con fuerza diciendo:

—¡Abra usted á la justicia!

Se oyó en el interior el murmullo de una conversación precipitada, ruido de pasos, muebles que se movían y una voz de mujer contestó al cabo de un momento:

—Voy á vestirme y abro en seguida.

En efecto pocos instantes después fueron descorridos los pasadores y asomó destacándose del fondo oscuro por la puerta entreabierta el busto de Rosa envuelto en un rebozo. Hizo callar los perros y preguntó:

—¿Qué se ofrece?

Zamudio se adelantó al interior ordenando con tono que no admitía réplica:

—Encienda usted la luz. ¿Dónde está Martín Alzaga?

La voz tranquila de éste se oyó en el aposento inmediato:

—¡Aquí estoy!

Pidió el tiempo necesario para vestirse y salió con toda serenidad á ponerse á las órdenes del oficial.

Un soldado puso sobre la mesa el farol que les sirviera para alumbrar el camino, mientras Rosa encendía una vela. Con esta mezquina luz fué reconocido el jefe de los conjurados, envuelto en su levitón verde y calzando botas de campana, quien saludó cortesmente á todos y con especialidad al escribano Núñez, á quien conocía desde que fué cabeza del Cabildo.

En el acto se pusieron en marcha sin permitirle comunicar con el cura. Trató, entónces, de averiguar algunas noticias con referencia á las personas de su familia; pero el oficial, con quien iba apareado, por discreción ó por cálculo, nada le dijo respecto al fin trágico de su yerno.

Conducido á la cárcel de la Cuna, así que quedó en seguridad, el teniente Zamudio dió cuenta del resultado de su comisión al Sr. Chiclana, encaminándose en seguida al Fuerte para poner en manos de los señores Rivadavia y Pueyrredón la nota siguiente:

« Excmo. Señor:

» A esta hora, que son las doce y media de la noche, ha sido aprehendido el reo Martín Alzaga y se halla en la cárcel de la Cuna á disposición de V. E.

» Dios guarde á V. E. m. a. — Buenos Aires, julio 6 de 1812.

FELICIANO ANTONIO CHICLANA.

*Excmo. Superior Gobierno de las Provincias Unidas del Río de la Plata.»*

Era tanta la ansiedad pública, que apenas conocida esta noticia siguieron al edecán muchas personas hasta el despacho del gobierno, á pesar de la hora y despreciando el frío, dispersándose, en seguida, con aclamaciones y vivas á la patria, para esparcir la nueva en toda la ciudad.

A la una de la mañana el secretario Herrera, mandó tomar al preso declaración con cargos, y puesto el «cúmplase» media hora después por el Dr. Agrelo, se trasladó éste á las tres de la madrugada á la cárcel é hizo comparecer al reo ante su judicial presencia.

La declaración de Alzaga nada informó que pudiera comprometer á otros; según ella todo lo ignoraba y las amonestaciones rigurosas del juez no alcanzaron á quebrantar su serenidad y su energía. Dispuso éste que fuera registrado y solo se le halló un papel arrugado en el fondo del bolsillo, donde había permanecido olvidado quien sabe cuanto tiempo, el cual contenía una lista de nombres sin apellido cuyo origen no quiso explicar.

Firmó su declaración con pulso tranquilo, como si se tratara de asuntos sin interés. Confirmada al pie y mandada ejecutar la sentencia ya pronunciada contra él, fué conducido á los altos del Cabildo donde se había instalado la capilla permanente para los condenados políticos. Allí se le notificó, con las formalidades de estilo, á las cuatro de la mañana, de cuyo acto dió fe el escribano Juan Manuel Godoy.

Hasta entónces no supo que su yerno Cámara ya no existía. Dióse una palmada en la frente, exclamando emocionado:

—¡Lo siento más que mi muerte!

Y con el codo sobre la mesa, el puño debajo de la barba, atento y reflexivo, se hizo referir los últimos momentos del marido de su hija Narcisa, sin pronunciar una palabra más.

En seguida, con la mayor calma, sin protestas ni reflexiones impropias de un corazón bien templado, se puso á dictar su testamento. Terminado éste, entró el sacerdote que debía asistirlo en los últimos momentos, con quien permaneció solo hasta la hora de salir al patíbulo.

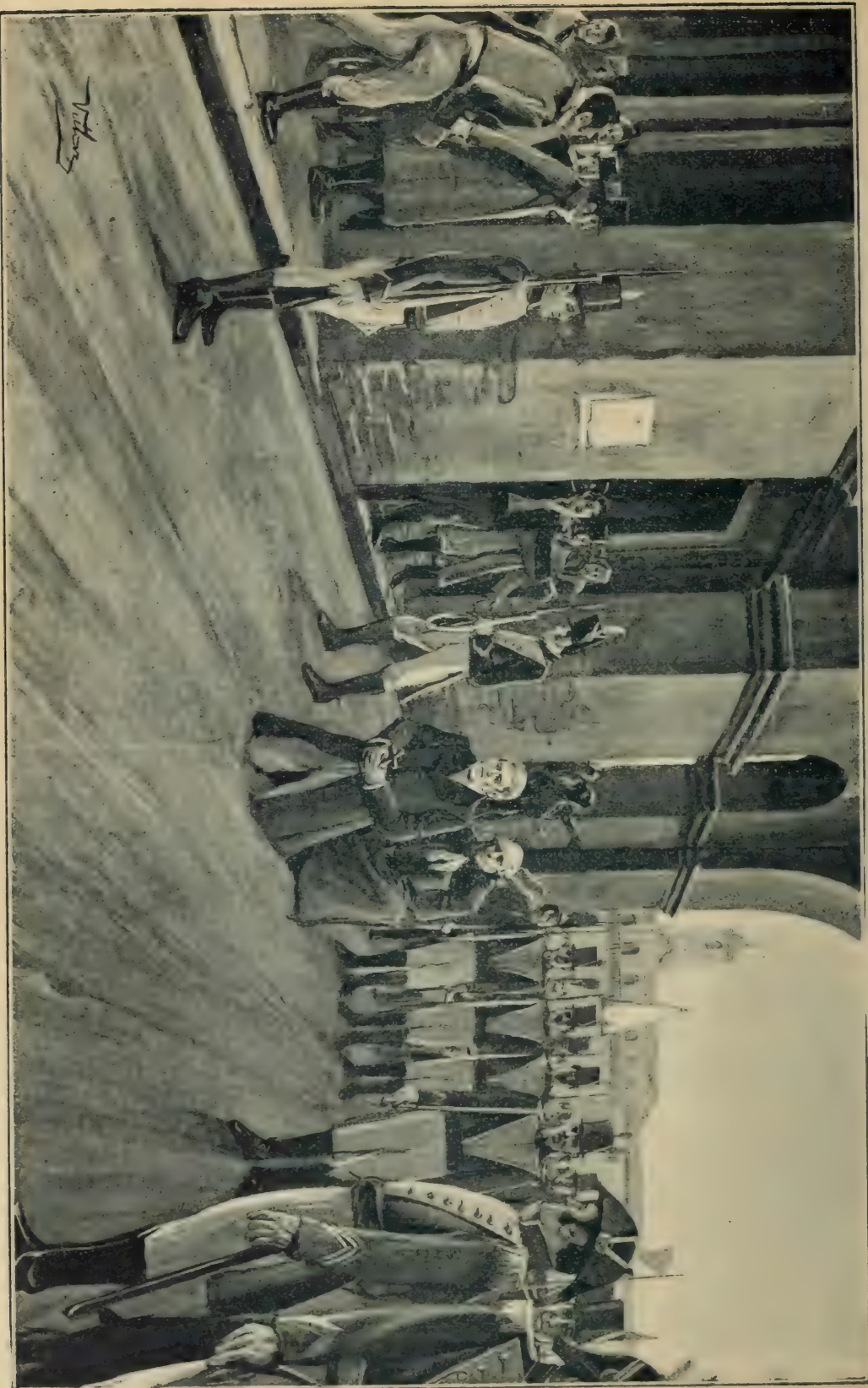
El lunes 6 de julio á las diez de la mañana, una doble fila de soldados formados en línea desde los portales del Cabildo hasta la plazuela de las Perdices, hacían brillar al sol, bajo un cielo sin nubes, las agudas bayonetas de sus fusiles.

D. Martín Alzaga, reo de Estado, con la cabeza descubierta y vistiendo el mismo traje con que había recibido á Vicente en su casa el último día del mes anterior, se presentó en medio de la escolta de Capilla, con el sacerdote al lado, llevando en la mano un crucifijo de metal amarillo y cruz de madera negra. Avanzó con tranquilo desembarazo, pues le habían retirado los grillos como á fray José, llevando alta la cabeza y cierta expresión de azoramiento en la mirada que se esforzaba en aparecer serena. Al salir de los portales miró á uno y otro lado como si temiera ver pendiente de las horecas vacías el cadáver de Cámara, ejecutado dos días antes, y al asegurarse de que sería colgado solo, pareció recobrar el dominio de sí mismo.

En todo el trayecto, que se hizo lentamente, el murmullo del pueblo y los vivas á la patria llegaban hasta él sin producirle, aparentemente al menos, emoción alguna. Bajo el arco grande de la Recoba, que tantos







.... se arrodilló con el sacerdote que lo acompañaba....

recuerdos debía evocar en su imaginación, se arrodilló con el sacerdote que lo acompañaba y permaneció en oración algunos minutos.

Algo más adelante su mirada tropezó con la del capitán Cáceres que, cuadrado militarmente con la espada desnuda en la mano, formaba á la cabeza de su compañía. Bajó Alzaga los ojos; pero al enfrentar á él murmuró *¡perdón!* con voz tácita, sin que nadie, ni el mismo Vicente, pudiera afirmar con seguridad si aquella palabra le iba dirigida ó se elevaba implorando piedad para sus culpas al solio del Ser Supremo.

Desde aquel instante inclinó la cabeza y llegó al banquillo sin levantarla más. Una vez sentado, se negó á que le vendaran los ojos y en el momento de preparar las armas rogó á los tiradores que no le hicieran fuego al rostro sinó al pecho. Cuando el sacerdote se hubo retirado rezando el credo en voz alta, dijo:

—¡Muchachos, cumplan ahora con su deber!

Una descarga cerrada le contestó, su busto se inclinó hacia delante, como en agradecimiento por la benignidad con que se había cumplido su último deseo. Cuando se acercaron á darle el tiro de gracia, estaba muerto.

La horca más inmediata á los portales consistía simplemente en dos maderos fuertemente clavados en tierra y trabados por un tercero horizontal en lo alto. El verdugo, Bonifacio Calixto <sup>(51)</sup>, acompañado de dos ayudantes, arrimó á ella una escalera y, levantando en hombros el cadáver de Alzaga, subió penosamente hasta pasarle el dogal al cuello, no sin trabajo, y lo dejó caer en el vacío donde quedó balanceándose al extremo de la cuerda á dos varas del suelo. Esta dió muchas vueltas sobre sí misma en uno y otro sentido cada vez con más lentitud; pero antes que el cadáver recobrar su inmovilidad, se ofreció á los asistentes un patético espectáculo tan inesperado como conmovedor.

Un hombre de edad madura corrió desalado hacia

el madero apartando los grupos á su paso y abrazándolo con lágrimas en los ojos, arrojó al asombrado populacho congregado en torno, puñados de monedas con grandes exclamaciones de alegría.

Era el suizo francés Santiago Antonino, quien sometido por Alzaga á cuestión de tormento, é injustamente infamado en 1795, cuando la conjuración de los franceses, á que nos hemos referido en otro lugar, veía, por fin, después de tantos años, vengada su injusta afrenta. <sup>(52)</sup>

Terminada esta escena, el pueblo fué alejándose gradualmente, el cadáver quedó solo, apareció el sol que se había nublado un instante, y tal fué la inundación de luz, que se dibujó netamente sobre el piso, al pie de la horca y como desprendido de ella, en dirección á la entrada principal del ayuntamiento, la sombra del arrogante alcalde, del *rico home* de convicciones enérgicas, de *Martín I*, que en constante vaiven, rígida y severa, parecía querer entrar de nuevo por los portales del Cabildo secular para ampararse del estandarte Real, batirlo en los balcones é imponer su voluntad á los americanos.

A las tres de la tarde, en que cumplía el tiempo fijado para la exposición como escarmiento y ejemplo, la Hermandad de Caridad se hizo cargo del cadáver y después de velarlo en el átrio del templo de San Miguel, según costumbre, le dió sepultura en el campo santo del templo, como á los demás ajusticiados. <sup>(53)</sup>

Así pasó D. Martín de Alzaga de la vida y de la luz de este mundo á la oscuridad incommensurable de lo eterno.

---

## XXII

Después de la ejecución de Alzaga fué cuando pudo Vicente quedar libre de aquel torbellino que había removido la ciudad de uno á otro extremo, agitando singularmente á sus habitantes y en el que había actuado como ayudante inmediato á D. Bernardino Rivadavia, el alma del gobierno en aquellos días memorables, acompañándolo á todas horas, en todos los momentos, en el propósito viril de salvar la patria amenazada.

Olvidado de todo, entregado absolutamente á su deber, no tuvo tiempo de pensar en lo que tanto le afectaba, en su madre, en su hermana, cuyas penas empequeñecía su inminencia del enorme peligro que se trataba de conjurar. Pero cuando salió de esa agitación nerviosa, de ese sacudimiento que embargó su ánimo, al recobrar la posesión de sí mismo, el recuerdo de los motivos que causaban su desgracia, los presentaron á su imaginación como reminiscencias de una época lejana, como vaguedades de un sueño, que fué gradualmente aclarándose en su cerebro con mayor lucidez hasta cobrar toda su dolorosa intensidad.

Los pensamientos que antes resplandecían como auras, comenzaron á descolorarse y los hechos antes oscuros á encontrar amplia luz. A la satisfacción de una esperanza cumplida, á las emociones del patriotismo, á los goces del éxito, sucedió la inquietud, el abatimiento y la vergüenza. Vicente pertenecía á esa generación

que Mariano Moreno había caldeado con su llama genial. Sincero y altivo, creía que el buen hijo era necesariamente buen padre, y el buen padre buen ciudadano, eslabonando así las virtudes del hogar con la vida pública: para él la irreprochable Cornelia de los Gracos era el único tipo de la madre de la familia argentina.

Víctima expiatoria del pecado materno, al tocar la realidad, su corazón se llenó de hastío y de cansancio. Mercedes descendía del altar que le había erigido en su corazón, como el ídolo que mereciera en otro tiempo la fe perdida, como el ramo de flores sin fragancia que se arroja del ara santa entre los despojos del templo.

Se mortificaba el ánimo pensando que su vida entera había sido una impostura, que había vivido engañado y engañando y se imaginaba no ser merecedor de las consideraciones que hasta entonces le dispensaran los demás hombres.

Se sentía huérfano, sin afectos, en un injusto é irritable abandono que no había merecido. Con la sensación de un hombre que sale inopinadamente de oscuro calabozo á la luz del sol, le parecía estar ciego, y entonces allá en el fondo oscuro de su alma, en un lugar secreto, surgió de pronto el recuerdo de Marcelina, se sintió inclinado á ella porque sabía que lo amaba, que lo había amado antes y que le reservaba, como un refugio para su alma herida, en lo más hondo del corazón, un lugar caliente y abrigado contra las desazones de la vida. Esto pasó en su espíritu como un rayo de fugitiva luz entra en la sombra. Tendió maquinalmente los brazos con timidez, como el ciego busca el apoyo del lazareto; pero Marcelina no estaba allí.

¿Se abría de nuevo, acaso, su corazón á la esperanza?

Eran apenas las tres de la tarde cuando llegó á su casa en tal estado moral y fué directamente al encuentro de Mercedes, con el reproche en los labios y la amargura en el alma.

Ella, llena de sombrías meditaciones, leía por vigé-

sima vez la carta que le había dirigido el presbítero Salas el día 4.

Alzaga se había arrepentido y podía ser perdonado; pero su herida era tan profunda que el arrepentimiento por sincero, por evidente que fuera, no tenía ya poder bastante para devolver la paz á su corazón lacerado por tan incalificable egoismo. Empero, la caída de aquel hombre orgulloso, el vencimiento, la humillación, la desolación de aquel hogar sin jefe, la desgracia y el dolor que no consuela la riqueza, tuvieron la virtud de amenguar el rencor de Mercedes. Aunque Alzaga lo fuera mucho, ella no era menos culpable.

Su virtud, como el rosal espinoso de los cercos que aprovecha el más efímero apoyo para esparcir sus ramas, se había respaldado en el secreto de su falta y aun cuando durante muchos años le cuidó con esmero, los retoños del pasado crecían tenaces y bravíos desparramándose en cuanto la rodeaba, desde que su padrino hizo imposible aquel secreto.

Desvanecido el misterio del nacimiento de Lorenza á los ojos de Vicente, como lo dejaba comprender la carta de Salas, ella sintió toda la amargura de aquel choque que pareció detener de pronto la marcha de su vida, dejándole contemplar el abismo que se abría á sus pies. Se sintió contrariada é irritada por la sensación de un desprecio que imaginaba en su hijo y comenzó á discurrir una serie de pequeñas pruebas, de sacrificios silenciosos para traer la calma al corazón del joven.

Vano empeño. Cuando éste entró, su imaginación rodaba en tumultuoso giro buscando aún con amor de madre, no el paliativo á su sufrimiento, sino un consuelo eficaz para calmar el dolor de aquél; pero al verle ya en su presencia, se arrojó á sus brazos exclamando:

—¡Gracias al cielo que vuelves sano y salvo!

—No he corrido ningún peligro. Descubierta la conjuración y ejecutados sus jefes, ya no hay nada que temer.

—¿Y D. Martín de Alzaga?

—Murió como merecía. Ha tenido la avilantez de proponerme la traición á costa del honor.

—¡Ya lo sabía! ¡Dios le haya perdonado!—Toma y lee, contestó Mercedes alargando á Vicente la carta que había recibido.

—Pero.....

—Lee y hablaremos después.

—El capitán desplegó el papel, manteniéndose de pie delante de su madre y leyó:

« Señora:

» Causas que ponen en peligro su vida, obligan á don Martín de Alzaga á huir; pero antes de hacerlo, cumpliendo sus deberes de cristiano ha buscado en el tribunal de la penitencia la absolucíon de sus pecados.

» En este acto solemne se ha manifestado profundamente arrepentido de los dolores y perjuicios que haya podido causar con su conducta á usted y á su hijo.

» Es virtud misericordiosa olvidar las ofensas y á ruego del penitente solicito le perdone, como lo imploro ante la infinita bondad de nuestro Señor Jesucristo y su divina madre.

» El Sr. Alzaga sabe que puede morir y para evitar que caiga en manos extrañas ha quemado, á mi vista, un documento de que sin derecho se apoderó y encerraba un secreto que no le pertenecía.

» Sin hacérmelo conocer y bajo la fe sagrada de la confesión, me ha pedido le dirija esta carta, asegurándome lo mucho que contribuirá á su tranquilidad.

» Ni él ni yo podemos llegar hasta usted; pero la palabra de un sacerdote que habla en nombre de Dios, debe alcanzar siempre al que sufre y espera consuelo de la Providencia Divina.

» De usted muy humilde servidor. - Buenos Aires, y julio 4 de 1812.

*Pablo Salas.*

Presbítero.»



Concluída la lectura, levantó Vicente la vista y encontró los ojos de Mercedes nublados por las lágrimas. ¿Cómo pintar la extraña expresión de su fisonomía? En ella se reflejaban sentimientos diversos: la inquietud, la vergüenza, los recuerdos del pasado, un resto de altivez y, sobre todo, el amor intenso que profesaba á sus hijos, como la luz única y poderosa que iluminaba su alma. Cuando se disipó, la gravedad, la ternura y la emoción dominaron de nuevo su semblante.

Ella le tomó la mano dulcemente y haciéndolo sentar á su lado dijo:

—He sufrido mucho en la vida; pero puedo asegurarte que ningún dolor es comparable al de una madre que se presenta culpable ante su propio hijo.

—Yo no puedo, ni quiero ser juez..... Solo deseo saber si el Sr. Alzaga me ha mentido.

—Ya lo has oído. Ha dicho la verdad. Fué amigo de mi padre, de mi esposo y de mi amante—la voz de Mercedes era afónica,—todo lo supo y sin embargo, yo ignoraba que hubiera merecido de Dervieux tanta confianza. Se apoderó por medios reprobados, de la foja original del registro de la iglesia de Luján donde estaba escrita la fe de bautismo de Lorenza.....

—Con el propósito de trocarla por mi traición. ¡Y no le maté!

—El mal que te he causado es irreparable, bien lo sé, porque he manchado el nombre que nos legó tu padre, por que el arrepentimiento, el amor y el sacrificio son impotentes para lavar la falta, que, como un vaso de agua vertido en el suelo, podrá evaporar el sol; pero recojerse de nuevo es imposible. Alzaga se ha encargado de la triste misión de hacerte conocer un secreto que hasta ese día sólo pesaba sobre mi conciencia.

Sucedió un corto silencio y ella continuó hablando como si pensara en alta voz:

—Ninguna previsión humana alcanza á detener los designios de la providencia. Alzaga, al quemar la única

prueba del nacimiento de Lorenza, para poner á cubierto tu honor de toda censura extraña, me ha privado del derecho de llamarla hija jamás. Él ha pagado con afrentosa muerte su delito, y yo quedo aún sufriendo el tormento de verme menospreciada por los únicos seres que creía destinados á salvarme de la desesperación! ¡Pobres hijos míos! ¿Qué explicación podría yo darles? ¿Qué consuelo puede emanar de mí? ¿Comprenderán ellos la fuerza de las pasiones, las angustias, los sacudimientos que abruman ó exaltan el alma é impulsan al mal como al bien?

Vicente le había tomado ambas manos entre las suyas, y sintiéndolas temblorosas y frías, la interrumpió con suave acento:

—¡Madre, madre, serénate! ¡No te he hecho ni te haré cargo alguno; no te he pedido explicaciones, ni las deseo, ni quiero oírlas de tu boca!...

Ella continuó, sin embargo, hablando como presa de extraño sonambulismo:

—Fuí casada sin amor y cumplí mis deberes de esposa con lealtad y afecto. Libre un día, joven, sola y sin otro apoyo que un hijo de pocos años, habló mi corazón tan alto que no me fué posible contener sus latidos. Amante y amada peque—¿es que Dios no me miraba?—fuí madre, y la fatalidad, que hoy me quita el derecho de serlo, no quiso que fuera dos veces viuda. El que debió ser mi segundo esposo murió inocente á manos alevosas. Imagino que si he gozado breves instantes, debió ser en alguna región lejana, donde los corazones no son tan duros como en este mundo.

Mi madre me dejó de sus brazos y caí en los de la desgracia. Desde entonces no me abandona. A costa de los mayores sacrificios, luchando con mi conciencia y con mi amor de madre, he pasado diez y ocho años procurando alejar á mis hijos de todo dolor; pero me acechaban las pasiones bastardas y esta última ilusión á que vivía asida con la desesperación del naufrago, me ha sido arrebatada también. ¡Pobres hijos míos!

Un torrente de lágrimas brotó de sus ojos, se cubrió la cara con el pañuelo y largo rato se mantuvo así ahogada por los sollozos. Vicente trataba en vano de consolarla con afectuosas palabras. La idea de hacerle inculpaciones se había desvanecido en su presencia, y ante el inmenso sufrimiento de aquella alma generosa tan cruelmente castigada, el primer dolor de su vida, por intenso que fuera, le pareció pequeño.

Por fin, Mercedes levantó la cabeza, suspiró profundamente, se enjugó las últimas lágrimas rebeldes que pugnan por brotar de nuevo, como inagotable manantial de consuelo y dijo á Vicente:

—La verdad es siempre amarga. Hoy he sentido como nunca su veneno. He examinado mi corazón en lo más recóndito y le he encontrado ajado y marchito. Es un despojo incapaz de renacer, un puñado de frías cenizas que pueden arrojarse al viento. No hay sitio en él sino para el arrepentimiento y la oración. Deseo retirarme á la soledad de un convento y hacer á Dios el sacrificio de lo que me resta de existencia. No pudiendo amarme mis hijos, no pudiendo respetarme como antes ¿qué afecto, qué vínculo sería bastante poderoso para ligarme al mundo? Irás á ver al coronel Ocampo y le pedirás una carta para su hermana, bastante eficaz para hacerme ingresar en la comunidad de Santa Catalina en Córdoba.

—No madre mía, tú no debes abandonarnos así. Lorenza necesita de tu apoyo.

—Mi resolución es irrevocable. Permaneceré aquí hasta que se haya casado. Ella puede ser feliz y debe ignorar lo mismo que Manuel, el secreto de su nacimiento. El la quiso huérfana, huérfana la dejó. Con lo que poseo podrán ser dichosos, y tú.... ¿por qué no?.... Marcelina Montero te ama....

Vicente sintió por un momento renacer la vida, el amor, la dicha posible en el hogar; levantó la vista y su mirada encontró el retrato de su padre pendiente de largos cordones en el testero de la sala. Volvió los ojos á Mercedes, y la madre amante pudo leer con toda claridad en ellos la

condenación íntima del pecado que había trastornado el equilibrio de su vida. Su hijo cayó de nuevo en profunda tristeza, dejándose dominar por ella con melancólica mansedumbre y contestó:

— ¡Ya es imposible! En mi desesperación lo pensé un instante..... pero no; es digna de mejor suerte y yo soy incapaz de una mentira.

—¿Qué te queda entonces?

En el semblante de Vicente se dibujó una sonrisa dolorosa.

--El amor de una querida que no me faltará jamás: ¡la patria!

Mercedes comprendió que Vicente pasaba por una terrible prueba. No podía desprenderse del sentimiento natural que le hacía amar á la madre; pero, por otra parte, le era imposible dar al olvido los hechos consumados que volvían con terca persistencia á su imaginación, sin quebrantar su dolor ni sacarlo de las tinieblas en que lo había sumido el convencimiento de su deshonra.

Sintió entonces que había llegado la oportunidad de reunir sus fuerzas para vencer ó desarmar al destino; pero aquello era superior á su poder y las olas que azotaban su agitado pecho la arrastraban á pesar suyo á la oscuridad y al silencio. Alimentó su anhelo de quimeras en otro tiempo, soñando felicidades imposibles, y encontraba al fin de la jornada, como debió esperarlo, la aridez de la vida y del alma por única compensación.

¡Había librado el gran combate y estaba vencida!

Hijo y madre se estrecharon en un tierno y supremo abrazo como el de una larga despedida, como puede ser el último de dos corazones que habiendo vivido unidos mucho tiempo, se separan para siempre.

Toda la felicidad de Mercedes estaba perdida. Honor, familia, protectores y amigos, habían desaparecido en la humillación del desastre, arrebatados á lo lejos en el pasado como las hojas de que el otoño despoja las plantas, para abandonarlas desnudas y tristes á los fríos letales del invierno.

## XXIII

El sacudimiento que sufrió Buenos Aires había cesado. A mediados de julio las tropas portuguesas se retiraron á sus fronteras. Una vez descubierta la conjuración no tenía ya el general Souza motivos para permanecer en territorio Oriental. Con el mes de agosto terminaron los procesos, cerrando sus páginas la ejecución de Francisco de Paula Cudina y la conmutación de pena á Juan Recasens, por la de prisión durante un año en su domicilio. Cesaron las reuniones del populacho y con ellas los desórdenes, así como los registros de casas del vecindario y las prisiones arbitrarias que cometían los alcaldes ó sus tenientes. <sup>(54)</sup>

El gobierno terminó los castigos y cortó los excesos. Hubo plácemes, indultos, premios, misa solemne, iluminaciones y fiestas; pero hubo también lágrimas y luto en algunos hogares. Dejemos que las nubes tormentosas se disipen, que el tiempo devore lo pasado, que los hombres aprovechen las lecciones recibidas, que perdonen, si pueden, que se corrijan si saben, que la vida se normalice y la sangre vertida fecunde el árbol de la libertad á cuya sombra benigna el trabajo prospere y se engrandezca la patria!

Hagamos gracia de todo comentario al bondadoso lector que pacientemente nos ha seguido hasta aquí, pues á la altura que nos hallamos, los sucesos que siguen fácilmente pueden imaginarse.

Alzaga y fray José de las Animas habían muerto. El presbítero D. Pablo Salas, que confesó al primero, fué con-

finado á Jacha. Quemada la foja del registro de bautismos de la iglesia de Luján, no quedaban ya pruebas ni testigos del nacimiento de Lorenza Dervieux. El escribano Machuca nada podía saber y hasta el mulatillo Sabino, su desvergonzado sirviente, fué muerto á pedradas. Tan solo la viuda de Cáceres y su hijo llevaban clavado en el alma el dardo de la culpa.

Todo parecía volver á su estado normal. En casa de Mercedes no se sentía otro afán que el producido por los preparativos del casamiento de Lorenza, que debía verificarse en setiembre. Aparentemente nada alteraba la tranquilidad de aquella vida de familia tantos años mantenida sin zozobras.

Marcelina continuaba al lado de su amiga á quien se unía por un secreto interés, por una vehemente y activa emulación, y no se diría sino que ella también debía casarse, tal era la cuidadosa proligidad de su intervención en esos detalles tan importantes para una joven que debe ligarse para siempre al hombre que ama.

Esta circunstancia le daba oportunidad de ver y hablar á Vicente con frecuencia, quien si bien procuraba como antes esquivar su trato, no podía disimular á la observación de Marcelina una inusitada benevolencia, una devota y resignada afectuosidad muy semejante á la tierna compasión de un ser fuerte para con los sufrimientos de una persona débil ó enferma. Ella, con esa perspicacia que parece don exclusivo de la mujer enamorada, comprendió que algo extraordinario pasaba por el alma de Cáceres y que éste tenía poderosas razones para disimularlo. El egoísmo de su propio sentimiento la inclinaba á creer que él, rendido al fin, sentía mortificado su amor propio al contemplarse inclinado á solicitar un amor que antes había tenido en poco y se conceptuaba feliz con la esperanza de que un día no lejano aquel joven arrepentido y de rodillas le manifestaría la pasión que agitaba su corazón desbordándose á su pesar.

Recobrado el ánimo y los frescos colores de otro tiempo,

extremaba sus inocentes coqueterías y alegraba la casa con su risa, acompañando las manifestaciones de contento habituales en Lorenza; pero ¡cuán lejos estaba de sospechar la verdad, ni el horrible sacudimiento que experimentaba el corazón de Vicente, luchando entre la inclinación amorosa que lo acercaba á ella y el deber de conciencia que lo impulsaba á diferente destino!

Entre tanto los días transcurrían y el capitán parecía más que nunca preocupado, entregándose sin descanso á sus deberes militares. A medida que pasaba el tiempo ella sentía debilitarse su esperanza.

Una tarde charlaban y cosían las dos amigas, teniendo en medio una silla en cuyos travesaños apoyaban los pies, y sobre la cual habían colocado el costurero y las telas de que hacían uso. De pronto dijo Marcelina:

—¿Has notado algún cambio en el carácter de Vicente de un tiempo á esta parte?

Lorenza retiró ágilmente la aguja, y con la mano suspendida en el aire, manteniendo para ajustar la puntada el el hilo tirante por sobre el dedo meñique, separado de los demás, dijo fijando en su compañera una mirada de singular expresión:

—¿Por qué me lo preguntas? En efecto, me ha parecido algo menos afectuoso conmigo que otras veces; pero lo atribuyo á las preocupaciones que los sucesos pasados han dejado, sin duda, en su ánimo.

—No es eso, precisamente, á lo que quería referirme....

—¿Es acaso porque contigo sucede lo contrario? Ayer le ví recojer á hurtadillas el ramo de violetas que tenías en el pecho y abandonaste marchito sobre la cómoda.

—¿Se lo llevó?

Los hermosos ojos de la niña expresaron el interés con que esperaba la respuesta.

—Sin duda alguna, aun cuando no comprendo para qué pudiera servirle. A menos que no necesitara infusión de violetas.... Y la risa argentina de Lorenza fué

coreada por el jilguero que revoloteaba dentro de su jaula, cerca de la puerta.

Marcelina, que pasaba por ese abismo profundo donde vagan las cosas que pudieron ser y jamás fueron, como ha dicho Carlos Dickens, sintió arder sus mejillas y penetrar en su alma un rayo de luz.

—¡Eso has visto!—exclamó con voz emocionada. Y el sentimiento que sofocaba su corazón se abrió paso, casi contra su voluntad, manifestando sin reparos la pasión que la dominaba.—¡Dios mío! ¡Qué feliz sería si supiera que pensaba en mí! ¡Oh! ¡Lo amo, lo amo, con toda la fuerza, con toda la sinceridad de que soy capaz y su indiferencia me consume, su desdén me matará! Quisiera creer lo mejor, hacerme ilusiones, vivir una vida prestada; pero lo he notado triste, indeciso, falto de rumbo y de propósito. Alguna pena le aflige, lo sospecho; pero no me es dado consolarlo, animar su energía con mi ternura, renovar sus esperanzas, llegar al fondo de su alma con esa sensibilidad exquisita que conforta y da resignación, con ese tacto que sólo posee la mujer amada, que tú puedes tener para el que será pronto tu esposo y á mí me está vedado por un destino cruel. Si me atreviera á esperar que el amor se sobrepusiera en él á esas inquietudes y perplejidades por dolorosas que sean, nuestras almas volverían á nueva vida y llegaríamos á ser dichosos.

Marcelina dejó caer con abandono las manos sobre las faldas y dos lágrimas involuntarias rodaron como dos gotas de rocío, á humedecer el fino cambray que festoneaba. Sus palabras eran tristes y desconsoladoras. Buscó con mano nerviosa el pañuelo entre las costuras y se enjugó los ojos.

Lorenza se levantó y acercándose á su amiga la abrazó y besó tiernamente diciendo:

—Cálmate: hoy menos que nunca tienes razón para desconsolarte.

—Pero es que tú no sabes, no puedes comprender la



lucha que ha soportado mi alma. ¿No has adivinado que mi dicha presente, mi porvenir, todo está aquí? Esta casa es mi todo y creo que no podría vivir en otra parte.

—Ahora precisamente es cuando más cerca te conceptuo de ser feliz. Has convenido conmigo que sus demostraciones son hoy más evidentes. Le conozco bien y, te lo aseguro, es incapaz de mentir, ni con la intención.

—Si me amara, me habría comprendido. Advierto que no tengo derecho á esperar la felicidad á que aspiro y no me siento con fuerza para renunciar á ella. Si al menos supiera que es dichoso la encontraría para resignarme; pero te lo repito, presumo que padece: algo anómalo hay en él que yo no alcanzo: tiene un pesar oculto y si yo fuera la causa....

La pobre niña guardó silencio y toda su sangre pareció agolparse al corazón.

Lorenza consiguió tranquilizar á su amiga con palabras cariñosas y animarla con esperanzas de un feliz resultado. Sabía por experiencia que cuando el amor ha echado raíces hondas en el corazón de una mujer, sería un error pretender sofocar del todo esas fuerzas que tan violentamente dominan el alma. Las penas de Marcelina parecían oscurecer su propia felicidad y se propuso, allá en lo íntimo, conocer el estado de ánimo de Vicente poniendo en juego todos sus recursos para acercarlo á su amiga, interesando la voluntad de Mercedes y de Manuel en lo que ella creía ser la felicidad de su hermano.

Desde luego encontró el apoyo de todos.

Manuel Rodríguez, ignorante del drama desarrollado en aquella casa, creía justificadas las aprensiones de Lorenza y le parecía que una vez realizado su matrimonio, el capitán debía ocuparse de formar también una familia, tanto más, cuanto que la adhesión y constancia de Marcelina eran evidentes y la hacían digna de todo encomio.

Mercedes, por su parte, pensaba con exactitud que, tal vez, lo único que podría traer la serenidad al cora-

zón de su hijo era el amor de una mujer joven, bella, generosa y buena que lo ligara fuertemente á la vida, al calor del hogar, á la preocupación de una nueva existencia no sospechada por él jamás. El corazón humano es un laberinto inextricable en la serie de sentimientos que alberga, y estaba cierta de que si su hijo sentía amor por Marcelina, trastornaría su existencia, el cielo le parecería más azul, el aire una caricia, los hombres menos malos, abriendo su corazón á todas las nobles emulaciones -- cuando ella no estuviera presente para recordar la falta cometida -- porque á su edad el amor es luz que no puede apagarse con un soplo, pues al contrario aumenta su llama dispuesta á devorarlo todo, á olvidarlo todo, en su natural egoísmo. Se sueña lo imposible y lo imposible parece sencillo. Por el amor se va al deber, á la abnegación, y por la abnegación á la gloria.

Lorenza venía á ser por esta circunstancia el eslabón destinado á unir la cadena rota del pasado con un tranquilo porvenir. Para ella la muerte de Alzaga, no fué otra cosa que un accidente desgraciado, sin atribuirle influencia alguna en los sucesos de su vida. Con la adorable ceguera de los enamorados, encontró plausibles todas las razones alegadas para que su casamiento se verificara lo más pronto posible. Era feliz y creía que todos debían serlo como ella, pues tocante al ayer de su existencia nada había leído en el semblante de Mercedes, nada había comprendido del singular ensimismamiento de Vicente.

Su novio, por el contrario, se explicaba la melancolía de aquélla por el sentimiento natural de toda madre cuya hija se emancipa, y se desprende de su regazo para seguir al esposo elegido á nueva vida, á nuevos deberes y responsabilidades. En este concepto pudo tranquilizar el ánimo de Lorenza, asegurándole su deseo de vivir en familia, de no salir de Buenos Aires en cuanto fuera compatible con la prosecución de su carrera.

Sería oportuno describir aquí los detalles del casa-

miento, intercalando algunas frases tiernas de amor, tema siempre simpático y fuente inagotable de consideraciones, para atenuar en algo la triste aridez de las trágicas escenas que dejamos referidas en capítulos anteriores, pero preferimos limitarnos á consignar que Manuel Rodríguez y Lorenza Vargas (el solo apellido que le fué dado usar como hija adoptiva de Mercedes) se casaron en la iglesia de Nuestra Señora de la Merced, sin que nada particularizara la ceremonia sobre las que de ordinario ocurrían en la parroquia. Entonces no había cronistas de diarios dispuestos á mentir una larga lista de concurrentes para halagar la vanidad y, por otra parte, en aquella época, como en la presente, los corazones sanos no necesitaban de ostentación alguna para ser felices.

El hecho de que un hombre conspicuo como D. Nicolás Rodríguez Peña fuera el padrino y la madre de la novia la madrina, con gran satisfacción de los contrayentes; que el escribano Machuca, con el derecho que le daba su vieja amistad y sus años, sermoneara á la novia y colocara con oportunidad algunas frases latinas; que la negra Concepción, agregada desde luego al servicio exclusivo de Lorenza, estrenara un primoroso vestido floreado; que el departamento preparado á los novios en la casa del barrio de las Catalinas fuera un dechado de buen gusto; que hicieran ó dejaran de hacer un viaje á «El Montecito» solos, lado á lado, en la carreta del tropero Rovira, escoltados por el capataz Varaona, disfrutando las alegrías de la entrante primavera, son hechos que pueden pasar en silencio, tanto más, cuanto que á los interesados los preocupaba poco la opinión de los demás á ese respecto.

Lo que sí conviene decir es que en el mes de octubre, pasada la conmoción del día 8, que depuso al triunvirato, y de que fité el alma Monteagudo, cuando el cuerpo de Arribeños había sido ya refundido en el regimiento número 2 de Cívicos, cuyo mando tomó el

coronel D. Francisco Antonio Ortiz de Ocampo, el capitán Cáceres solicitó pasar al ejército de la Banda Oriental, á pesar de las instancias de Manuel y los ruegos de Lorenza.

Lo decidió así después de una conversación con Mercedes, cuya ternura supo hacerle comprender en toda su sublime sencillez aquella historia de afrenta y de quebranto; pero al mismo tiempo de arrepentimiento y de resignación moral, inflamando su imaginación con ideas de gloria y amor, en la reivindicación de un nombre manchado con su culpa y noblemente restaurado por la virtud, la energía, y el patriotismo de su hijo. Ella á su vez se dió cuenta de que su falta, hiriendo en lo profundo el corazón de Vicente, había exaltado sus sentidos hasta la desesperación, contemplándose solo, indigno, huérfano de todo vínculo social por el pecado materno; pero que á causa de esa misma horfandad había penetrado en aquella oscuridad del alma el amor abnegado de Marcelina como una promesa para el futuro, como la esperanza de un rincón de olvido, dulce y tierno, donde esconder sus penas al abrigo de un corazón amante.

Mercedes juzgó que su presencia mantendría abierta la reciente herida, y decidió cumplir desde luego la resolución de retirarse á un convento, de separarse en vida para siempre y dejar al tiempo el cuidado de cicatrizarla y unir aquellos corazones en un renacimiento á la felicidad.

Estaba segura, cuando menos, que Vicente no buscaría voluntariamente la muerte como lo temió en el primer momento.

El pensó que poseer aquella virgen candorosa sería, en efecto, la felicidad de su vida; pero ¿podría él, por su parte, hacerla feliz? ¿Transigiría con su conciencia ofreciéndole un nombre manchado? Repugnaba este hecho á su ingénita honradez.

Vencida la conjuración, la patria lo llamaba á su

servicio, y lanzado en esas aventuras militares en que el hombre de corazón bien templado quiere arriesgarse solo para sostener la lucha con más independenciam y sucumbir, en último caso, con menos dolor ¿cómo ligarse con nuevos compromisos? Alimentar en tales condiciones la llama de Marcelina ¿no era arrastrar otra víctima por la escabrosa senda de su destino? No podía, sin remordimientos, turbar el reposo de aquella alma virginal, marchitar su alegría en la primavera de la vida, cambiar en lágrimas su sonrisa y hacerle probar las amarguras del desengaño. Prefería disimular su despecho, devorar su amor. Pero ¿cómo ocultarlo?

Mal su grado se le escaparía una palabra indiscreta, un trasporte, una galantería, una nimiedad cualquiera, de tantas como pueden revelar á las mujeres el hombre apasionado de sus encantos.

Resolvió, pues, pasar al ejército de la Banda Oriental, convencido de que en la guerra de amor el mejor recurso es poner tiempo y tierra por medio. Este fué, en definitiva, el resultado de los empeños de Lorenza, á quien contestaba alegremente, cada vez que tocaba este asunto:

—Ustedes no me necesitan. A los recién casados les gusta la soledad. A mí, por el contrario, me conviene ascender y es justo que quiera ir donde la patria reclama el esfuerzo de sus hijos. Allí se baten y allí voy.

Se despidió cariñosamente de su madre y de sus hermanos, como llamaba á los recién casados, y partió triste, pero con las demostraciones de la más decidida voluntad.

Consiguió colocación en el ejército cerca del teniente coronel Miguel E. Soler, jefe del regimiento número 6, compuesto de pardos y morenos. Quería lidiar al lado de los hombres de aquella raza que la iniquidad humana condenó á la esclavitud y que en la América libre contribuían con su valor á romper para siempre la cadena de sus hermanos; quería descontar el tiempo pasado, comenzar de nuevo con los humildes para le-

vantarse por el propio esfuerzo al nivel de los mejores, y si moría, caer mezclando su sangre con la de aquellos seres que sabían pasar heroicamente de la oscuridad á la luz, de la abyección á la gloria.

Abrigaba, si se quiere, ideas incompatibles con las modernas; pero el sagrado nombre de la patria inflamó la imaginación de Cáceres, cuya sola ambición era servir á su país en la guerra y culminar en la carrera que había elegido. Su corazón era todo sentimiento, imbuído en las ideas del patriotismo antiguo, inspirado en las virtudes de Moreno, emulado por el ejemplo de Balcarce y Pueyrredón, y alentado por el consejo de Rivadavia, se preparó para continuar la campaña de la independencia hasta el fin. Devorando en silencio su amargura, acallando las palpitaciones de un amor nacional, quiso ejercitarse en los generosos servicios á la libertad y adquirir la elevación de sentimientos que consagran al hombre para una vida de abnegación, exenta de mezquinas futilidades acostumbrándose á interesarse más por el bien común que por las cuestiones particulares.

Las cartas de sus amigos le precedieron llenas de elogios y fué muy bien recibido por Soler, quien le señaló puesto á su lado como ayudante. Rodríguez Peña escribió á éste y Machuca á su segundo, el mayor don Hilarión de la Quintana; pero más que las recomendaciones le favorecieron sus prendas personales y pronto se grangeó la amistad de Francisco Celada y Anacleto Martínez, ayudantes como él. Lorenza pudo obtener del viejo protomédico Dr. Gorman que previniera á los cirujanos del ejército Justo García Valdez y Francisco de Paula del Rivero, para que en el caso posible de ser herido Vicente procuraran mandarlo á Buenos Aires, pues quería asistirlo personalmente. Asintió el viejo amigo con una sonrisa de incredulidad respecto del cumplimiento de tan filial propósito, para dejar consolada á la joven señora.

Al recibirse Cáceres de su nuevo empleo, el coronel

Rondeau, jefe de la vanguardia, había ya marchado con tres escuadrones de Dragones de la Patria á situarse frente á Montevideo, donde llegó el 20 de octubre, estableciendo su cuartel general en el Cerrito, en la chacra denominada de la Cordobesa. En seguida se le incorporó la división de caballería que mandaba el comandante Baltasar Vargas, vulgarmente conocido por *Baltavargas*, quien estableció su campamento en el saladero de Silva formando el ala izquierda. El mes siguiente llegó Soler con el 6.<sup>o</sup> de infantería que ocupó el centro, acampado cerca de *La Figurita* y, por último, al finalizar el año, el 4 de Blandengues se situó á la derecha, en el paso del Molino.

De esta manera quedó establecida la línea de sitio, colocando avanzadas que llegaban hasta las *Tres Cruces* y el *Cristo*, en las diferentes quintas que hacían tan pintoresco el terreno ondulado y lleno de vegetación que se extendía frente á la ciudad vieja, cuyas murallas artilladas de cañones amenazaban á los sitiadores.

El Mariscal de Campo D. Gaspar de Vigodet, quien después de fracasado su acuerdo con Alzaga y retirados los portugueses, se encontró solo para lidiar en pro de los intereses de la península, de donde difícilmente podían llegarle auxilios de tropa, comprendió que si el grueso del ejército patriota se unía á su vanguardia, estaba perdida la plaza, y resolvió, de acuerdo con la noticia de faltarle munición á su enemigo, que le diera un desertor del 4 de Blandengues, aprovechar la oportunidad de batirlo en detalle, intentando una salida vigorosa.

El 30 de diciembre reunió una junta de guerra y se resolvió en ella dar el ataque al día siguiente á la madrugada. Así se preparó una batalla en la que el capitán Cáceres debía necesariamente tomar parte.

## XXIV

A mediados de octubre, pocos días después de la incorporación de Vicente al ejército, Mercedes también partió para la provincia de Córdoba. Firme en la resolución de pasar el resto de su vida en un convento, fué á visitar á su amiga la señora Carlota Doulon, esposa del coronel Ortiz de Ocampo, para pedirle—lo que no había querido hacer Vicente—una carta de este jefe, dirigida á su hermana Ascención, residente en aquella ciudad, con el propósito de ingresar en el de Santa Catalina. Con el mayor gusto le proporcionaron ambos esposos cuantas facilidades pudo desear, pues justamente en aquella época debía tomar el velo en el mismo convento una hermosa señorita de diez y seis años de edad llamada Cándida Rosa, hija del primer matrimonio de Ocampo con doña Manuela Muruaga. Esta circunstancia, que favorecía las miras de Mercedes, la hizo apresurar su viaje.

Haciendo el análisis de las ideas que despierta en el alma la desilusión, se comprenderá cómo se pierden y desaparecen los dulces horizontes que se abrieron en el pasado, la fiebre que inocular en la imaginación ardorosa hermosas imágenes, las risueñas ideas de juventud que ponen al unisono las propias emociones con las emociones de los demás.

Las mantillas blancas, las cintas celestes, los brillantes uniformes, el acorde de las bandas militares, el entusiasmo de los vivas, el repique de las campanas, el



hosanna de los templos y la alegría de veinte mil ciudadanos que celebraban el triunfo de la patria, no bastaron á despertar el corazón de Mercedes de esa nostalgia del bien perdido, de ese violento choque que en el presente disloca su familia y la separa, privándole de la fuerza y del prestigio necesario para mantenerla unida bajo el techo del hogar paterno.

Todo se combinó para su caída en la sombra: su última esperanza se hundió arrebatada por el violento torbellino que levantó el viento de la libertad, arrasando las tendencias opresoras de la reacción española. Esas ondas tumultuosas se estrellaron en su frente y le robaron el tesoro más preciado; su hijo querido, el desdichado capitán en cuyo corazón ve debilitarse el amor filial, abatiendo la energía de que en otros días hiciera juvenil alarde.

Para los hijos virtuosos es una herencia fatal la deshonra de sus padres. Tras la niñez venturosa llega la juventud pensativa y tras ésta la desilusionada vejez, y entonces la blanca visión que antes nos visitaba, hace más querida la soledad.

Mercedes sostuvo la cruenta lucha del alma contra la fatalidad opresora que la doblegó, la empujó, la estrechó gradualmente hasta reducirla, hasta arrojarla vencida al fondo de un claustro donde la piedad religiosa podrá, tal vez, consolar su dolor. Las lágrimas amargas y las tristezas, como las saladas aguas del mar, se endulzan y se purifican al evaporarse en la inmensidad de los cielos.

Su lacerado corazón procuró dar á su despedida, que sería eterna, el carácter de una separación temporal, por no acongojar aquellos seres que tanto la amaban, único afecto que la restaba ya y cuya dicha no quería empañar con afflictivas demostraciones. Así abandonó con aparente tranquilidad, su casa, sus muebles, sus plantas favoritas, todas aquellas cosas que la recordaban los días felices, recomendando á Lorenza su cui-

dado, como si debiera volver muy pronto. Era el último y heroico sacrificio que hacía por la hija de su amor, de aquel amor desgraciado que la precipitaba en vida al olvido y á la oscuridad del claustro.

Algunos días después de su separación, Matías Machuca se presentó en casa de Rodríguez por encargo de Mercedes, para hacerle formal entrega de un documento en que ésta, de acuerdo con Vicente, hacía donación á Lorenza de todos sus bienes, y el último cedía sus derechos hereditarios á su amigo. El escribano los puso, entonces, en posesión de la verdad y ese testamento en vida, fué el primer dolor intenso, la primera angustia que sufrió el corazón de la hasta entónces feliz joven, que apenas desprendidos los azahares de su corona nupcial, se sintió herida por las espinas de que está sembrada la existencia.

Marcelina Montero volvió á la casa paterna resignada con su suerte. Mientras Vicente estuvo en Buenos Aires toda su preocupación fué mostrarse bella, buena y generosa con afán constante; cuando esperaba verlo se engalanaba con más cuidado sin advertirlo ella misma y cuando le hablaba sentía renacer la vida en su corazón, le enajenaba su voz, ambicionaba sus miradas; pero si los ojos elocuentes del capitán se fijaban en ella, bajaba la vista ruborizada y confusa sojuzgada completamente por la influencia de aquel hombre á quien tan fuertemente le ligaba una pasión tiránica. Reinaba todavía en ella la poesía de las primeras turbaciones del alma, trasportes interiores que no salen al rostro, puras y virginales conmociones de niña enamorada; pero cuando él partió, la infeliz examinaba una á una sus acciones, cada uno de sus pensamientos, procurando encontrar lo que había podido serle desagradable, lo que le hacía huir de su lado llevando oculto un sentimiento que ella había sorprendido en aquel rostro franco y varonil, y no pudiendo atribuirse falta alguna, se desesperaba y deshacía en lágrimas.

Las jóvenes tienen una instintiva altivez que les da fuerza para ocultar sus dolores; pero á los ojos de una madre esa fuerza pierde su eficacia porque hay en la ternura materna tal instinto, tan singular penetración, que parece atraer á su seno las penas de los hijos con influencia inevitable. Por eso conocía doña Jesusa la historia del corazón de Marcelina: existencia avara de impresiones, pródiga de sentimiento, abandonada á ese misterioso poder que llena de tantas dulzuras y sinsabores la senda del primer amor y procuraba con caricias y promesas templar aquella fiebre de ignorada voluptuosidad, aquellos gemidos y cantos de alegría, lágrimas y risas sin causa, temores y esperanzas sin fundamento, embriaguez ó tormento, según el corazón se considera en la cumbre de la suprema felicidad ó se sumerge en el abismo de la duda y el abandono.

Esta vez la reserva de Marcelina no pudo soportar por más tiempo el aislamiento del alma y se desbordó, con extremadas demostraciones, en el seno materno, como el arroyuelo que en su principio corre mansamente por la falda de la montaña, para precipitarse, al fin, en brusca cascada sobre el valle.

Por su parte la señora de Montero, que veía disolverse la familia de Cáceres, de un momento para otro, cuando nada parecía alterar el sosiego de aquella casa, donde su hija había comprometido la tranquilidad, encontraba algo de anómalo é inusitado en la determinación de Mercedes, y la ausencia, si bien explicable, imprevista de Vicente. No acertaba con la causa fundamental del retiro de la viuda al convento de Santa Catalina en Córdoba y se perdía en cavilaciones para poner en claro sus dudas. Todo había sido resuelto á raíz del matrimonio de Lorenza, como si sólo se hubiera esperado consumarlo para realizar una separación que apenas fué conocida por las amigas, cuando estaba cumplida.

Las graves decisiones se adoptan por graves causas

y aquí se presentaba para doña Jesusa, el misterioso punto interrogante. ¿Quién podría aclararlo? Su perspicacia no encontró la clave del enigma; pero su curiosidad se despertó exigente é inquieta, llegando á la conclusión de que el escribano Machuca era la única persona capaz de arrojar un rayo de luz sobre este oscuro acontecimiento de familia. El estado moral de su hija la impulsaba á tentar una indagación por ese lado.

Pero todo fué en vano. La oportunidad llegó; aprovechóla doña Jesusa; pero el viejo marrullero, á vuelta de muchas frases corteses y sentencias salomónicas, sólo supo decirle que probablemente Mercedes cansada de tener siempre á la vista el espectáculo de una sociedad egoísta, contrajo esa profunda melancolía que engendra el sentimiento del bien que sería preciso hacer y de la imposibilidad de realizarlo, buscando entonces la soledad tan querida para las almas sensibles. Con relación á Vicente, le dejó entrever la sospecha de que una pasión amorosa, mal velada y contenida por falta de medios pecuniarios para realizar un matrimonio que llenaba todas sus aspiraciones, era, aparte su notorio patriotismo, la causa de tomar armas en el ejército de la Banda Oriental.

—Esto—terminaba Machuca—lo sospecho, lo deduzco de sus actos; pero no he merecido ninguna confianza de mi amigo el capitán. Por lo demás, no es á los viejos como yo á quienes los jóvenes impetuosos refieren sus aventuras amorosas. Frente á las murallas de Montevideo están los ascensos, el renombre y la gloria: ha ido á buscarlos y estoy cierto que Cáceres volverá con el escudo ó sobre él, como lo recomendaban las madres lacedemonias á sus hijos.

Doña Jesusa se separó del escribano tan bien informada como estaba antes de hablarlo, pero la idea de que el capitán amaba á Marcelina, sugerida por las palabras del viejo, alegró un tanto su mal éxito, y entrando

con risueño semblante en el aposento donde estaba su hija le dijo con la gozosa satisfacción de todo portador de buenas nuevas:

—Traigo la seguridad de que Vicente te ama.

—Ya lo sabía,—contestó la melancólica niña—¿por qué no viene?

Y en su mirada interrogativa y triste podía leerse un largo poema de pasadas y futuras tristezas en que todas las penas parecían levantarse como pálidos espectros, para estrellarse llorando en su corazón, consumido por la insoportable nostalgia de su pasado feliz, cuando no había contraído consigo misma el compromiso de amar y ser fiel hasta la muerte.

Clarea el alba del 31 de Diciembre.

En el horizonte una línea blanquecina anuncia la llegada del día y la naturaleza comienza á revestirse de los brillantes colores que oculta la noche, cuando apretadas filas de soldados salen extramuros de Montevideo, formando sobre el campo que se extiende á su frente batallones y escuadrones que toman una dirección de antemano concertada.

Vigodet los dirige. Sus tropas organizadas en tres divisiones con la caballería á vanguardia marchan unidas hasta el Cristo y las Tres Cruces, sorprendiendo las guardias avanzadas de los patriotas.

El coronel Chain con doscientos ginetes se corre á la derecha sobre el saladero de Silva para batir á *Baltavargas* y sus orientales: son enemigos que se conocen y que han chocado muchas veces en encuentros parciales. Gallano, con la tercera división, se dirige al Miguelete por la izquierda para pasar frente á las chacras de Juanicó y Lavalleja y cargar de flanco sobre el Cerrito. La primera y segunda, al mando respectivamente de Lacuesta y Loaces se encaminan juntas sobre el centro en dirección á La Figurita, donde se encuentra el terrible cuerpo de negros que manda Soler.

El ataque rápido, silencioso y bien dirigido, toma á los patriotas de sorpresa.

Los soldados de Chain, á cien pasos de sus contrarios se lanzan á todo escape gritando ¡viva el rey!

mientras los hombres de Baltavargas tratan de organizar la resistencia, no bien despiertos, azorados, sin tiempo de salirles al encuentro. Este á la cabeza de un grupo numeroso, espera el choque: los caballos asustados resisten la espuela, relinchan, se espantan, retroceden y vuelven de nuevo dirigidos por aquellos inimitables ginetes orientales.

El polvo y el humo oscurecen la atmósfera, las voces y el choque de las armas producen un estruendo formidable, y envuelve á los combatientes espesa nube, en cuyo seno brilla de tiempo en tiempo, á la luz del sol, el resplandor siniestro de sables y de lanzas en movimiento. Algunos soldados hacen fuego con sus carabinas tras de los cercos; pero envueltos y acosados ceden el terreno á los españoles. Baltavargas y los suyos, rodeados por mayor número, se defienden con intrépido valor; acude á todas partes, pero su tropa se desordena, y á pesar de aquel derroche inútil de heroísmo, que sirve sólo á dilatar su fama de bravo, se rinde, al fin, impotente y rodeado de cadáveres.

A la izquierda la división de Gallano ha encontrado el 4 de Blandengues que le cierra el paso. Allí están el coronel Ventura Vázquez y el capitán Ramos con dos piezas de artillería. Si el ataque es enérgico la defensa es intrépida y las posiciones perdidas se recuperan de nuevo sin decidir el triunfo.

Lo primero que se opone en el centro á las tropas de Vigodet es un destacamento de ochenta negros apostados en la panadería de Muriños y mandados por el capitán Antonio Videla, negro también. Allí se traba una lucha espantosa. Aquellos valientes ni se abaten, ni huyen, caen uno tras otro, bregando por la libertad, con extraordinaria entereza, con coraje sin ejemplo. No ceden al número de enemigos que los agobia, á lo fatalmente incontrastable; sostienen su puesto como leones contra la masa invasora, sin retroceder un palmo, sin rendirse; ¡prefieren la gloria de perecer y allí pere-

cen! El capitán Videla solo, como un héroe de Homero, cercado de bayonetas amenazadoras, impone respeto, admirando á los que le rodean.

—Ríndete—le gritan,—¡viva el Rey!

Precediendo á Cambrone, y mejor inspirado que aquél en el memorable desastre de Waterloo, tres años después, contesta:

—¡Viva la patria!—y es ultimado á bayonetazos.

Pero Cambrone nació libre y podía despreciar á sus enemigos libres como él, disputando en la ruda contienda un laurel despojo de la fortuna. Videla nació esclavo y su hija lo era todavía. Combatió por la emancipación de la patria y de la raza, y en pleno goce de su libre albedrío, entregó la vida como tributo de tan nobles ideales. (55)

El campamento del número 6 fué entonces avanzado por los quinientos hombres de la división de Lacuesta. Soler estaba ausente y sus ayudantes en el cuartel general. Quintana trató de sostenerse; pero los soldados veteranos del Fijo y los voluntarios de Madrid cargaron con tanto ímpetu que los negros se replegaron en dirección al Cerrito, dejando algunos muertos; pero sin rendirse uno solo.

Vigodet, dueño ya de los puestos avanzados, se detuvo en La Figurita. Los Dragones de La Patria protegían eficazmente la retirada del 6 de infantería que se organizaba en el Cerrito. En vista de esto el jefe español dispuso una carga de frente que ejecuta la división de Lacuesta. Rondeau desprende de la altura los regimientos de Pico y Hortiguera, que cargan sable en mano, desorganizando á los voluntarios de Madrid y á los del Fijo. El Brigadier Muezas, jefe sustituto de los españoles, procurando retemplar el ardor de sus tropas, se cruza en lo más recio del combate y es muerto por un soldado llamado Mondragón. En este momento crítico para los realistas, entra por la derecha la división de Loaces á protegerlos, arrolla á los dragones y



desaloja al 6 de sus posiciones, haciendo tremolar en el Cerrito la bandera monárquica.

La batalla parecía decidida. Las campanas de las iglesias de Montevideo, echadas á vuelo en celebración del triunfo que creían definitivo, se oían por intermitencias en medio del fragor de la pelea. Pero ni Roudeau ni los patriotas que lo acompañan ceden el campo y disputan tenazmente el laurel de la victoria.

En toda la línea se combate con ardor. El 4 de Blangengues se sostiene bizarramente y el coronel Vázquez hace prodigios, esperando siempre un auxilio que no debe tardar.

Entretanto Soler reúne de nuevo sus soldados á inmediaciones del paso de Casavalle. Toma un fusil, anima con el ejemplo aquellos valientes, que entran de nuevo á la pelea gritando: ¡Mueran los godos!

El capitán Cáceres, que durante toda la mañana ha transmitido órdenes y se ha batido cumpliendo estoicamente su deber, al oír ese grito que le recuerda los males de la patria y su propia desventura, comparó su suerte con la del malogrado negro Videla y pidió reemplazarlo en las filas para tener la gloria de morir como él ó de vengarlo. Al frente ya de su compañía evocó la memoria de los caídos y juró no retroceder, no rendirse y matar sin piedad sobre el campo á quien lo intentase.

Cuando el momento oportuno llegó y se dió la orden de cargar á la bayoneta, levantó la espada diciendo:

—Quien quiera ser libre que me siga. ¡Mueran los godos!

Cubiertos de polvo, abrasados por el sol, chamuscados, sudorosos, desordenado el uniforme, aquellos negros, como demonios evocados del Averno, subieron la cuesta á la carrera, desafiando la muerte, y cayeron como una tromba furiosa sobre los batallones realistas, en una carga sublime que sólo la poesía pavorosa del Dante sería elocuente para describir.

Bizarra fué la acometida, tenaz la resistencia. Al ruido de las descargas responden estrepitosos vivas, resplandecen las bayonetas como rayos en medio del tumulto, y la humareda de las descargas se levanta como rasgada mortaja sobre aquella eminencia, teatro de tan encarnizada contienda.

Con Rondeau á su frente y Soler fusil en mano como un simple soldado, su esfuerzo centuplicado debeló, mató y arrojó cuesta abajo en derrota á los del Fijo, á los Miñones, á los marinos, á todos, que en confusión horrible cayeron bajo el sable de los dragones de Pico y Hortiguera, que los cargaron por el flanco.

Cáceres en lo más recio, emula con su arrojo á los soldados que cada vez más furiosos embisten sobre las filas realistas y abren brecha, se separan para unirse de nuevo incansables, alentándose con gritos de venganza á los que hacen eco el sordo rugir de los cañones y el tronar de la fusilería.

El negro Mariano Morales arrebató una bandera á la división de Lacuesta, y Vicente que lo vé rodeado se lanza en su protección, le abre camino, lo defiende con su cuerpo, facilita su salida de aquel entrevero; pero recibe un golpe en la cabeza, dá dos pasos atrás, siente un agudo dolor seguido de un aturdimiento que apenas le deja percibir el dibujo de las cosas de una manera vaga é indecisa. Falta la tierra á sus pies y en lo alto, sobre el fondo del cielo de un color azul uniforme, se agitan en una atmósfera de sangre multitud de hombres, armas y caballos en confusión extraña; los árboles se pliegan al viento con melancólica lamentación sobre un vasto cementerio, y allá lejos, muy lejos, entrevé á Buenos Aires donde evoca con esfuerzo la imagen de Marcelina, que aparece amorosa y sonriente esfumándose casi en seguida hasta perderse en la oscura insensibilidad de todo su ser.

El escuadrón de Escalada voló en protección del 4 de Blandengues, acosando bravamente al enemigo. Ga-

llano no podía esperar auxilio alguno: estaba vencido y era menester abandonar la lucha para salvar los restos de su tropa.

La batalla concluyó á las once de la mañana y al ejército patriota correspondió el triunfo que consagró aquella altura con el nombre de *Cerrito de la Victoria*.

Los clarines de Vigodet tocaron retirada. Las campanas habían callado y desde las murallas de Montevideo los realistas asombrados vieron llegar las tropas vencidas que regresaban sin orden al amparo de las fortificaciones, con el abatimiento de la derrota, perseguidas por la caballería, hasta el alcance de los cañones de la plaza.

El sol bañaba el campo con su luz ardiente, las dianas sonaban alegres en todas direcciones y los escuadrones se retiraban al trote á sus respectivos acantonamientos. El pasto parecía reverdecer en aquella extensión cubierta de despojos, y los soldados diseminados en cuadrillas levantaban los heridos, enterraban los muertos y recogían las armas comentando con entusiasmo las diferentes circunstancias del combate.

Entre tanto, sobre un mal colchón tendido en el suelo, dentro de un rancho de quincho que servía de hospital en la chacra de la Cordobesa, yacía Cáceres inanimado, pálido y cubierto de sangre, esperando la llegada del cirujano.

Cuando entró el Dr. Váldez lo hizo colocar sobre un catre en mejores condiciones, lavó sus heridas y procedió á un reconouimiento prolijo, practicando las curaciones y vendajes elementales en estos casos. Una bala de fusil le había atravesado el brazo derecho y penetrado en el costado sin lesiones graves. pero como el hachazo recibido en la cabeza le produjo abundante hemorragia, estaba débil aún que la herida en sí misma no fuera considerada como peligrosa.

¿Y bien, doctor?...—preguntó Vicente con voz apagada, apenas recobró el conocimiento.

—Los hombres como usted no mueren por tan poca cosa. Una onza de plomo alojada superficialmente sobre las costillas, un agujero en un brazo y una sangría en la cabeza no requieren otra cosa que silencio y quietud. En dos días estará de pie y dentro de tres meses podremos volver á comenzar.

—¡Tres meses!.... repitió, cerró los ojos y aparentó dormir.

## XXVI

El capitán Cáceres era un hombre física y moralmente fuerte y podía resistir aún en su actual estado de debilidad el viaje á Buenos Aires. Así lo pensó el Dr. Valdez y la misma tarde de la batalla, en consulta con su colega del Rivero, acordaron practicar inmediatamente la extracción de la bala, y si no sobrevenia una fiebre violenta, como era de temer, pronto dejaría la cama en condiciones de soportar la navegación, ya que no de continuar la campaña, ni batirse de nuevo á la bayoneta.

Algunos días pasaron en expectativa. A pesar del calor sofocante, el herido siguió bien y los médicos, dispuestos á complacer al Dr. Gorman, habían cambiado ideas con el jefe del cuerpo y obtenido el consentimiento para que Cáceres pasara á Buenos Aires aprovechando la primera oportunidad favorable.

No sin riesgo podría efectuarse el viaje. La escuadrilla sutil con que el enemigo avízor vigilaba la costa podría sorprender el barco y hacer prisionero al oficial. Sin embargo, una tarde que Vicente sentado á la sombra del rancho, con la cabeza vendada y el brazo en cabestrillo, dejaba vagar una mirada envidiosa por los inmediatos campamentos con la melancolía propia del impotente, secuestrado á la actividad de la vida militar, se acercó á él el comandante Soler y le dijo:

—¿Le gustaría ir á Buenos Aires, capitán?

—Si debo quedar aquí mucho tiempo ocioso, mejor sería.

—Tal vez en la capital haya dejado algo que le sea grato volver à ver.—y mirándolo con sonrisa maliciosa agregó:—Está usted nombrado para conducir un pliego al gobierno..... con tres meses de licencia.

—Gracias, comandante.

—Se embarcará usted por el Buceo, à bordo de *El Bonito*; su patrón Pedro Binasco, un canario, andaz y práctico que hace tres años cruza el Río de la Plata y lo conoce milla por milla.

La noche era corta, pero al pobre joven le pareció que no tenía término. Tres meses hacía que faltaba de su casa y ya sentía la nostalgia del hogar; la vida de familia lo incitaba como imán misterioso, pero ¿qué familia? Mercedes enclaustrada, Lorenza concretada á su esposo, Marcelina..... no quería pensar en ella y sin embargo.....

Al amanecer, con el toque de diana, que alegremente entonaban tambores y clarines, pidió un caballo y acompañado por su asistente emprendió el camino del Buceo disfrutando la fresca brisa que traía del mar emanaciones salinas ensanchando los pulmones. Quería ver el buque, apreciar sus comodidades y conocer al patrón.

Un hombre de cincuenta años, pequeño, tostado, por cuya entreabierta camiseta podía verse el ancho y velludo pecho, se descubrió delante del capitán al recibir la orden que éste puso en sus manos, diciendo:

—Ya estaba prevenido, señor capitán, esta noche à las once podemos zarpar si el viento nos ayuda.

—¿Y si no nos ayuda? Me han dicho que usted es un hombre muy práctico y valiente para la mar. Debemos llegar lo más pronto posible à Buenos Aires.

—De todos modos no conviene salir antes de bien entrada la noche, puede usted preguntar à cualquiera si *Vigota* es capaz ó no de cumplir lo que promete.

—Pero ¿no se llama usted Pedro Binasco?

—*Vigota* es un apodo que me pusieron los pescadores amigos de mi padre en Lanzarote y por él me conocen todos.

—¿Tardaremos mucho?

Entre treinta y cuarenta horas, si Dios quiere. No es demasiado para una travesía de doscientas millas. *El Bonito* camina de seis á siete y saliendo antes de las doce, al amanecer estaremos sobre el banco de Arquímedes y fuera del alcance de los buques enemigos.

—Si seguimos la costa oriental hasta la Colonia.....

—Nos metemos de rondón en la boca del lobo.

—De acuerdo, á las diez y media estaré aquí.

*El Bonito* era un queche de cuarenta toneladas, pintado de negro con cinta roja que arbolaba dos velas tarquinas y dos foques. No podemos asegurar que fuera el buque más aparente para correr un temporal en semejante travesía, donde los vientos del S. E. son terribles, ni tampoco para ponerse en caza si fueran vistos por el enemigo; pero su aspecto prevenía en su favor; lleno, igual á popa que á proa, ó mejor dicho, con poco lanzamiento, aguantaba perfectamente la mar y obedecía dócil al timón.

Sus herrajes limpios y su puente en trato cotidiano con el lampazo, indicaban que Vigota entendía muy bien las cuestiones de limpieza y estaba encariñado con su barco. Tal vez el contrabando no le fuera extraño; pero de hecho *El Bonito* había cruzado muchas veces la inmensa embocadura del Plata y, por consiguiente, lo acreditaba una buena foja de servicios.

Estaba tripulado por cuatro hombres cuyo exterior atrevido y desenvuelto los mostraba capaces de aventurarse en empresas difíciles, y el patrón, pescador en Lanzarote y Las Palmas, educado en el mar, de mirada inteligente y figura enérgica, hubiera inspirado confianza al más receloso.

Por la carroza de popa se bajaba á una pequeña cámara cuya comba techumbre cubría dos cuchetas, una mesita y una lámpara fija á prueba de ruidos y cabeceos. Estaba bastante aseado todo y se deducía lo generoso del flete en el esmero con que Vigota lo había arreglado.

Poco antes de las once subió Vicente á bordo y, según lo convenido, en silencio, con las luces apagadas, se izaron los focos y salieron lentamente dejando á estribor por el O. las Pipas y la punta de Carretas, largando todo el paño en tres brazas de agua con viento flojo del N. y haciendo rumbo al banco de Arquímedes.

Una hora después divisaron la isla de Flores en la oscuridad, dos ó tres millas á babor, y continuaron su rumbo con las mayores precauciones, pues pasaban la zona peligrosa en que los buques de la escuadra realista podían presentarse.

La mar gruesa rompía con fuerza en la proa formando borbotones de espuma, pero el queche estaba bien lastrado y era de sólida construcción, de modo que aguantaba perfectamente las olas y hacía buen camino con todas sus velas. El viento con frecuencia variable en estas alturas, saltó al segundo cuadrante y hubo que tomar dos manos de rizos; pero ya no había peligro de ser atacados por el enemigo. El movimiento natural del buque al navegar, molestaba bastante á Vicente, quien pasó toda la noche encerrado en la estrecha cámara sin poder dormir, oyendo de tiempo en tiempo la voz de Vigota y los pasos de los marineros en cubierta atendiendo á la maniobra. Con los rolidos su brazo herido chocaba en las tablas de la angosta litera y sentía dolorida la cabeza encastillada en las incómodas almohadas.

Aquel viaje era quizás imprudente, y él mismo reconocía haberse engañado creyéndose capaz de resistirlo: recelaba que sí, como era frecuente, soplara el *pampero*, con violencia, el mal tiempo agravaría su estado, pues no le sería posible salir de aquel disimulado sepulcro á respirar el aire puro sobre cubierta. Por fortuna al despuntar el día fueron favorecidos por una brisa bonancible del N. E. que les permitió separarse del banco Inglés, y pasando á sotavento del Arquímedes hicieron rumbo á punta de Indio.



La mañana estaba hermosa, grandes grupos de blancas nubes corrían por el espacio como persiguiéndose alegremente hasta encontrarse y confundirse cambiando su forma por otra más caprichosa, cuando Cáceres salió á cubierta bastante quebrantado y sufriendo algún dolor en las heridas, cuyo vendaje no podría renovarse hasta llegar á Buenos Aires. Allí permaneció sentado á la sombra de las velas que se tendían en el espacio desplegándose sobre su cabeza como las alas gigantescas de una inmensa ave marina que volara rasando el agua de caudaloso río.

Serían las tres de la tarde cuando el queche, salvando la restinga, se aproximaba lo más posible á la costa y el patrón le señaló á seis millas de distancia el primer ombú de la Magdalena que se divisaba solo sobre la altura como un guardián protector de los navegantes. Era la tierra argentina, el suelo de la patria á que regresaba después de corta ausencia, con la doble herida del cuerpo y del alma, por que, como aquel árbol que tenía á la vista, se consideraba aislado y buscaba la senda del hogar desierto para construir de nuevo un asilo á su primer amor, á la esperanza in-marchita de Marcelina, á la dicha futura.

Absorto, distraído, en todo veía su imágen, vagaba en los aires delante de él, surgía del bosque, del matorral, de cada anfractuosidad de la barranca, y ante sus ojos apasionados flotaba en cada cabrilleo del oleaje como un señuelo de dulce tranquilidad, reclamo persuasivo, arcángel anunciador de paz evocado por el amor que se había gradualmente adueñado de sus sentidos y de su voluntad; astro brillante que se levantaba cuando él creía tocar en el ocaso, para hacerle amar la juventud, la primavera, los goces más puros de la vida que creyera extinguidos en su alma.

Le distrajo la conversación de Vigota y los marineros y aquél le explicó que no pasarían la punta de la Atalaya hasta después de haber oscurecido, y era nece-

sario tener cuidado, por que bajando el río con una velocidad de milla y media esto ocasionaba una braza de diferencia en el fondo y no convenía recostarse demasiado á tierra para evitar los bancos de Santiago y de Lara que enfrentarían de noche y quería dejar á babor.

—Entonces, ¿corremos el riesgo de varar?

—Gobernando yo no hay que temerlo.

—Pero navegando con tanta calma no llegaremos nunca.

—Aguas arriba y con este viento es poco probable que podamos arribar á Buenos Aires antes de las ocho de la mañana.

Cáceres se sentía cada vez más molestado: deseaba llegar pronto á su destino para examinar la herida del brazo que le dolía. Se retiró al camarote y procuró dormir, lo que consiguió, al fin, por que el buque rolaba poco.

El queche navegando con todo el velámen disponible adelantaba camino á la luz de las estrellas de aquella tranquila noche primaverales, y mientras el capitán acariciaba en sueños halagadoras imágenes, el patrón Binasco velaba en el timón, y como hombre práctico, calculaba las ganancias de un viaje tan inesperadamente feliz como el que iba á terminar.

Así pasaron las horas.

Los gritos del patrón despertaron á Vicente cuando hacía tiempo que la luz del día entraba en la cámara.

El motivo de las voces era un pailebot cargado de leña cuyo remendado velámen doraba el sol de la mañana, y que cruzando al habla, su gente cambiaba saludos y noticias con Vigota y los marineros de *El Bonito*.

El espectáculo del puerto y el número de barcos á la vista animó á Cáceres. La ciudad se presentaba á lo lejos cada vez más distinta. Observada desde el mar — el Río de la Plata merece ser calificado así — se mostró á los ojos de nuestro viajero con el monótono

aspecto de una larga hilera de casas blancas y color ladrillo, edificadas sobre la costa llana bañada por las aguas que llegaban mansamente á salpicar los baluartes del fuerte de San Juan Baltasar de Austria, como se le llamó en otro tiempo. Una docena de torres destacaban sobre el cielo sus cruces de hierro dándole el aspecto de una ciudad importante y populosa.

Dentro de pocas horas estaría en tierra; pero, seguramente, nadie lo esperaría.... Dedicó algún tiempo al arreglo de su persona pensando dar cumplimiento inmediato á la comisión que traía, y después.... quedaría en libertad de atender sus propios asuntos.

Por sobre las azoteas el sol hacía centellear el verde fresco de los árboles y los ombúes de la Alameda destacaban su masa oscura en primera fila, haciendo sombra sobre algunos bancos de ladrillo.

El queche fondeó entre otras embarcaciones costeras en el desembarcadero, frente á la calle de la Merced, y debido á su poco calado pudo acercarse á una cuadra de la ribera. Sobre las toscas húmedas y resbaladizas corrían algunos muchachos desnudos, que luego se rebullían en el agua arrojándose unos á otros puñados de arena; las negras lavanderas arrodilladas delante de los pozos, golpeaban las ropas con palas cortas de madera; algunos hombres hacían bañar caballos manteniéndose de pie sobre el lomo mientras nadaban aquéllos, y, por una suave pendiente, descendían los carros de tráfico, entre botes varados, palos y barriles vacíos, á retirar de los buques carga ó pasajeros. Blancos, negros y mulatos, mujeres y niños, rodeaban el palenque ó la mesita del tambo donde se desayunaban con leche y empanadas antes de entregarse á su tarea, sin perjuicio de cebar mate al aire libre haciendo fuego al reparo de alguna desigualdad del terreno.

Una carretilla de ruedas altas, tirada por un caballo á cuya cincha iba atada la lanza, atracó á «El Bonito» y sobre ella pudo Vicente llegar á tierra firme, ya que

no á pie enjuto, al menos en el estado moral del enamorado que pinta Víctor Hugo en *Los Miserables*, pasando el agua á través de sus zapatos y los astros á través de su alma. Estaba en la ciudad natal, cerca de Marcelina: comenzaba de nuevo á vivir.

Se encaminó al Fuerte y una hora después la negra Concepción entró como un torbellino en el aposento de Lorenza gritando:

—¡El niño Vicente ha venido!

Y una ráfaga suprema de alegría se difundió en la casa, que conservaba aún en las flores de sus arriates, y en el corazón de sus habitantes, el exquisito perfume, la suavidad y la grandeza del alma de Mercedes ausente.

## XXVII

—¡Ah! ¡pícaro! ¡judío!--y doña Jesusa Montero menudeaba los coscorriones sobre la motosa cabeza del negrillo Tomás, su sirviente, que trataba de esquivar los golpes encogiéndose.—¿Dónde te has emporcado el calzón nuevo con verdin?

—Perdón, amita!

—¡Mata perros, sin vergüenza!

En la primera tregua de dicterios, coscorriones y gemidos, articuló el castigado:

--En el bajo..... Concepción me dijo que el niño Vicente.....

Juanita, testigo mudo de la cólera materna, soltó la costura y corrió al amparo del desgraciado Tomás, que levantaba los brazos en protección de su cabeza.

--Déjalo, mamá, yo le arreglaré el calzón. ¿Dónde has visto á Concepción?

—Lo voy á encerrar en el cuarto de la leña por vago y mentiroso. ¿Quién te dió permiso para salir?

--Yo fui á la puerta de calle, gimoteó el chico; *me asomé* hasta el bajo, un ratito no más..... A la vuelta encontré á Concepción y ella me dijo que él había llegado herido..... Fué una batalla patriota..... mucha batalla..... El niño estuvo en el Gobierno..... Mandaron llamar al señor cirujano viejo..... y ahora está en la cama.

Doña Jesusa inquieta por tan inesperada noticia, se cubrió con un rebozo de espumilla y salió en dirección

á la casa de Rodriguez. Mientras atravesaba las calles aprisa, arrostrando el sol de medio día, reflexionaba la señora que si Vicente había sido herido en una batalla, ésta no podía ser otra que la del Cerrito; pero los partes ni la *Gaceta* hablaron de Cáceres, lo que hacía dudar de la veracidad de Tomás. Por otra parte, si sus heridas fueran graves, lo hubieran imposibilitado para el viaje. Tal vez el herido fuera el marido de Lorenza; pero ¿dónde?..... ¿cómo?..... De cualquier modo era preciso saberlo.

La puerta de la calle y también la del zaguán, estaban abiertas..... Entró sin llamar..... La recibió Lorenza en la sala con los postigos cerrados en una semioscuridad. Era cierto. Ella le refirió los hechos con semblante afligido. El estado de Vicente era alarmante: tenía fiebre y llamaba á Marcelina..... Sería conveniente decírselo.

—¿No lo cree Vd. así?

—Sin duda, hija mía: pero con cautela.....

—Tal vez sea una satisfacción para ella venir á cuidarlo. Me ayudaría.....

—No tengo ánimo para oponerme. Triste suceso es este!

—¡Muy triste!

—¿Qué dice el doctor?

—No desespera. Es un hombre de ciencia y un antiguo amigo. En él confío.

¿Quién era capaz de dudar que Marcelina iría? Nunca se vió una mujer sinceramente enamorada detenerse ante pueriles conveniencias. Y si él la llamaba ahora, como nunca lo había hecho, ¿se negaría ella á verlo por amor propio, por coqueta vanidad? Si lo había amado sano, fuerte y hermoso ¿cometería la iniquidad de abandonarlo enfermo? ¿Menguaría por esto su pasión? ¡No, y mil veces no! ¿Qué prudencia podría aconsejarle otra cosa que llevar su asiduidad, su afecto, su consuelo á la cabecera del lecho del hombre amado? Bendito Dios que le permitía la oportunidad de hacer

notoria esta circunstancia! Después de todo ¿cuál es la mujer que no se ufana en decir:--Ese hombre que ha combatido heroicamente por la patria, que se ha cubierto de gloria, me pertenece?

En la tarde del mismo día Marcelina entraba en casa de Rodríguez, oprimiendo con la mano su inquieto corazón. Todo estaba en silencio. El jilguero saltada de un travesaño á otro de la jaula piando suavemente. A la sombra, contra la pared lateral del patio había dos sillas desocupadas denunciando una pasada conferencia con el médico, tal vez, y en el fondo, entre el verde de los árboles se veían algunos lienzos tendidos al sol.

La jóven señora la recibió en sus brazos.

—¿Cómo se encuentra?

—El médico está con él ahora.

—¿Puede hablar?

—Si. ¿Quieres verlo en seguida?

—Lo deseo vivamente. Y arrojó su tapado sobre una silla.

Lorenza asomó la cabeza en el aposento por la puerta entreabierta y retirándola casi en seguida dijo:

—Entremos.

Vicente descansaba de espaldas sobre la cama cuyas cortinas estaban descorridas. Su tostado semblante formaba contraste con la extrema blancura de las almohadas orladas de randas. Marcelina vió la cabeza calva del doctor Gorman inclinada hacia el herido á quien arreglaba las vendas del brazo y los ojos expresivos de éste seguían con interés la operación del médico. Se acercó suavemente por el lado opuesto; pero los latidos de su corazón debieron--así lo pensó un momento--denunciar su presencia, porque ambos levantaron la vista y la volvieron á bajar en silencio, hasta que el cirujano terminó. Entonces, dijo él:

—¡Qué buena es Vd.! Yo sabía que vendría Vd. á mi lado, que tendría lástima de mí.....

—¡Lástima! ¿Por qué?

—Porque soy muy desgraciado.

—Nadie tiene el derecho de llamarse desgraciado cuando triunfa.

—¿Es verdad que no sueño? Marcelina, hábleme Vd. otra vez. ¡Qué hermoso es esto!

Ella se sentó familiarmente en el borde de la cama y le tomó una mano. El la miró sin la menor expresión de sorpresa y sonrió.

—Doctor, dijo la jóven, dígame Vd. que no sueña. Tú, Lorenza, dile que he venido en verdad á cuidar de su salud; y pestañeó con fuerza para hacer correr dos lágrimas indiscretas que nublaron sus ojos.

—Capitán, vale bien la pena de recibir un sablazo, cuando tan simpática enfermera se ha de sentar á nuestro lado y restañar la sangre. Pero los médicos tenemos también nuestros privilegios y ahora haría Vd. bien en dormir.

Ella soltó la mano que tenía asida, se puso nuevamente en pie, corrió las cortinas y dijo inclinándose antes de cerrarlas totalmente, casi en secreto:

—¡Hasta luego!

Y salieron del aposento.

Vicente estaba rudamente herido en la cabeza sin fractura del cráneo; pero por los síntomas manifestados parecía haber sufrido una concusión interior. A su estado actual de gravedad habían contribuido no poco las malas condiciones en que hizo el viaje con tiempo caluroso. Se hallaba, pues, delicado, aun que aparentemente las heridas eran poco importantes. Sin temor que sobreviniera gangrena en el brazo, nada había que recelar por ese lado; pero la cefalalgia, el pulso rápido y el entendimiento algo confuso, indicaban una lesión cerebral de carácter grave.

El doctor Gorman explicaba todo esto en respuesta á las repetidas preguntas de Manuel Rodríguez, abundando en términos técnicos; palabras que golpeaban



los oídos de las amilanadas mujeres como martillazos despiadados.

Inflamación, hemorragia, meningitis, apoplejía y otros tantos peligros que señalaba el médico como insuperables, les llenaba el alma de angustia y preparaba su espíritu para soportar lo inevitable.

Aquel hombre viejo, grave, severamente vestido, con un acento irlandés que no había perdido á pesar de sus largos años de residencia en el país, era para ellas un oráculo, la voz del destino que predecía el futuro; pero así mismo la expresión de la verdad, el afecto del amigo que ofrecía su esfuerzo incondicionalmente en la hora suprema de luchar por la vida.

Lo que Gorman no hiciera, no haría otro y de esta suerte, atemorizadas, se asían á la esperanza que la ciencia de aquel sabio les presentaba como el mejor y único recurso.

Al día siguiente por la mañana, Marcelina, empujando cautelosamente la puerta del cuarto del enfermo, llamó á Lorenza, que había velado y dormitaba cansada en una silla.

—¿Cómo sigue?

—Ha estado desvanecido ó dormido y ahora parece despertar. Te llama nuevamente en su delirio; pero convendría que tomara algún alimento. Trata de hacerle aceptarlo.

Cuando la jóven entró Vicente continuaba inmóvil. La luz del alba filtraba tristemente por las rendijas. Ella apagó la lámpara, entreabrió un postigo y se puso á arreglar sin ruido los utensilios sobre el alfeizar de la ventana. Recogió las vendas mojadas, levantó algunos objetos caídos, ordenó las sillas y se acercó al lecho procurando entender las palabras inarticuladas que él pronunciaba con voz apagada como quien habla en sueños.

—¿Dónde está.....? Si supiera..... Mi corazón se reconcilia con la humanidad en la contemplación de su alma pura..... Marcelina..... Lorenza, dile.....

Sus labios continuaban moviéndose sin articular sonidos.

Al contemplarlo así postrado, rapada la cabeza, con aquellos lienzos húmedos sobre los labios secos é hinchados de la herida, con los ojos cerrados, sin otra señal de vida que leves sacudimientos de escalofrío, ella sintió una ola de amargura subir á su garganta, algo que dentro la ahogaba y con esa tierna familiaridad que nos liga al que está en peligro como un hilo ténue que gradualmente se debilita, muy frágil para retener la vida, pero que une las almas con inquebrantable solidez, articuló entre sollozos:

—Aquí estoy, Vicente, á tu lado. No me separaré de tí si no quieres.

El eco de esta voz amiga pareció despertarlo, abrió los ojos, sus pupilas que se habían hecho pequeñas cobraron vida y miró al joven con profunda expresión de cariño.

La pasión que el desgraciado creyó antes haber ahogado en su pecho no estaba sino adormecida y parecía despertar ahora al dolor de sus heridas. Entonces pudo ocultar la ternura que le profesaba, engañándose á sí mismo, y creyó haberla borrado de su corazón; pero la seducción marchó rápidamente, porque nada seduce tanto como las lágrimas y el placer de enjugarlas. El había visto llorar á su amada y en vano llamó la reflexión á su socorro porque ya lo había rendido, la amorosa constancia de aquella joven que, fiel á sus sentimientos, jamás pronunció un reproche, una expresión de despecho, el más leve grito de amor propio herido á sus injustos desdenes. Jamás él, tampoco, le había dicho esa palabra, siempre esperada por ella, que no se escapa de los labios sinó cuando el elocuente lenguaje de la pasión la ha explicado con mil maneras mudas y diversas; pero, en este momento, ante su semblante apenado, ante sus ojos llorosos y su elocuente demostración de dolor, sintió un vehemente é irresistible deseo de pronunciarla.

—¡No llores, Marcelina!— prorrumpió con voz clara entrando francamente en la senda de familiaridad que ella acababa de señalar. Te amo!— Te amo, como siempre te he amado, ángel de mi guarda; como al único bien, como á la sola esperanza que me alienta....

—Vicente.....!

El continuó balbuciente y sin separar la vista de aquel rostro encantador.

—No te alejes..... perdóname..... preciso es que lo exprese para no morir de pena..... que lo jure por la patria..... por lo más sagrado, para levantar este peso de mi corazón..... y si debo morir..... te quede al menos, el recuerdo de que no fui un ingrato..... Pero, no..... tengo la idea de una vida nueva, cuya existencia no sospechaba mi alma..... de una vida feliz..... para tí..... para mí.....

Ella escuchaba de pié, inclinada, anhelosa, al lado de la cama, luchando con sigio misma para no arrojarle sobre su pecho y abrazarlo. Sus lágrimas corrían en silencio.

—¡Lloras! ¿Por qué? ¿No sientes como yo penetrar en lo íntimo algo de esa dicha suprema, de ese goce inexplicable de amar y ser amada? ¿No eres feliz?

—¡Sí, Vicente, soy feliz! Lo soy tanto cuanto puede serlo quien ha obtenido el derecho de dar libertad á un sentimiento, antes oculto y que hoy puede manifiertar á la faz de todos sin reservas. ¡Cuán grande es la dicha de vivir para amar!

Él hizo esfuerzo para incorporarse sobre un codo, con la expresión ansiosa de quien desea escuchar hasta el último acento de una voz amada que se aleja. Élla se lo impidió suavemente diciendo:

—Acuéstate. No te agites, no hables más. el médico lo ha prohibido y te hará daño.

Volvió á descansar la dolorida cabeza sobre las almohadas, pero continuó:

—Habla tú, al menos..... Que tu acento me acompañe..... Temo quedarme solo con mi pensamiento..... Me duele..... aquí.....

—No hables más, por Dios! Te lo ruego..... lo quiero..... piensa en mí.....

—Siéntate..... dame tu mano.

Marcelina fué hasta la mesa, sirvió un vaso de leche que le dió á beber y se sentó al lado de la cama, puso su mano en la que él le tendía y lo miró con la ternura de la esposa al esposo, con la dulce y protectora suavidad de la madre al hijo de sus entrañas.

Experimentaba el áspero gozo de sentirse vivir en medio del rigor de la desdicha incansable, con la resignación de la mujer piadosa, sin la inquietud del deseo y sin el egoísmo de la pasión. Había en ella una intensidad de sensaciones que hacían de su pasado un sueño, desvanecido ante la amarga realidad de un amor que le hablaba desde el borde del sepulcro. Ya no dudaba del gravísimo estado de Vicente, que había caído en nuevo sopor. Asistía al naufragio de una vida ahora firmemente virculada á la suya, y pensaba en que él había luchado tanto para llegar á un fin tan desgraciado!.... pero ¿es, acaso, un mal fin morir con gloria por la patria? ¿Sería ella quien hubiera separado al hombre amado del cumplimiento de tan sagrado deber? Defendió con energía la libertad, la dignidad de su uniforme, el hogar, la familia, el porvenir, y al caer, más alto se levantaba en su corazón, más noblemente le amaba y estaría siempre orgullosa de haber sido la prometida de ese hombre, abatido, postrado, muerto á sablazos en un glorioso combate.

Cuando el médico volvió, su pronóstico fué fatal. Nada era eficaz hacer. El Dr. Gorman se sentía profundamente afectado por la impotencia, por la convicción de que ningún remedio, ningún esfuerzo podía salvar al hijo de su amigo.

La casa tomó el aspecto de desolación y desorden que precede algunas horas á la muerte.

Varios amigos habían llegado. Atareados y llorosos se movían de un lado para otro sin ruido. Alguien abrió

el postigo de la ventana y sobre la pared se dibujó una larga franja de luz cuyo reflejo atenuaban las cortinas del lecho. Encima de la cómoda un Cristo crucificado abría los brazos é inclinaba la descarnada faz hacia Vicente como llamándolo á su seno. Lorenza lanzaba á su esposo miradas de espanto, y éste la alentaba con suaves palabras pronunciadas en voz baja. Las facciones contraídas del enfermo manifestaban lo avanzado del mal y el corazón de los presentes se oprimía presintiendo algo lúgubre y misterioso como el paso de la vida á la eterna noche.

Doña Jesusa y Juanita quisieron separar á Marcelina de aquel doloroso espectáculo; pero ella se negó con tan enérgica resolución que fué necesario ceder.

Cáceres se estremeció, llevó la mano izquierda á la frente y la sensación de los lienzos humedos le trajo, tal vez, á la realidad. Volvió hacia ella la vista extraviada y dijo:

—Marcelina..... escucha..... debo marcharme..... ¡Cuántos bienes perdidos..... cuánta dicha..... cuántas esperanzas desvanecidas en tan poco tiempo....! Mi novia..... ¡Tristes esponsales....! ¡Cómo cambia todo....! ¡qué llena está la existencia de emboscadas y sorpresas!

—Tu novia, sí, Vicente, tu prometida ahora y por toda la vida. Se fuerte..... Espera.....

—Quiero hablar de nuestro amor..... Fuí un ciego..... Nadie podría imaginar un hogar más dulce..... una unión más sincera que la de ambos..... Tú representas para mí la madre ausente..... algo la hermana y mucho más todavía..... Todo cuanto me faltaba de la vida tú me lo has dado.....

Ella se arrodilló para colocar su cabeza á la altura de la de su prometido y con expresión suave y tranquilizadora contestó:

—La felicidad está aquí, al lado nuestro, por que nuestras almas se han unido para siempre.

—Comprendo ahora que pude aprovechar mejor la

existencia.... formando una familia.... como los demás.... y á estas horas nuestros hijos enjugarían tus lágrimas.... Así hubiera sufrido menos al separarnos.... Siento haber ido al ejército....

—¿Lo sientes? No nos separaremos más.

—Siento no haberte comprendido antes, por que entonces....

—No me amarías...

—Serías mi esposa. Pero ahora.... ¿Con qué derecho?....

—Para casarse basta solo....

—¿Qué?

—Amarse.

—¿Y te casarías tú, ahora, con migo?

Ella sonrió tristemente.

—¿Lo dudas?

—No, Marcelina; pero ¿por qué ligar tu vida á un cadáver?

—Desecha esas ideas. No morirás, pues aún nos esperan plácidas horas de tranquilo goce y yo tendré la envidiable satisfacción de llevar un nombre glorioso.

La muerte al acercarse á aquel hombre difundía en sus facciones una magestad serena y daba á sus palabras una sublimidad inexplicable.

—Eres un ángel...! El buen Dios no lo quiere.... He dado á la patria todo lo que le debía.... nombre, amor y vida.... Perdóname si te he despojado de la parte de fecundidad que te correspondía.

—Mi felicidad es la tuya, desde que tu amor ha conquistado mi voluntad, fundiendo en uno nuestros dos corazones. Vivirás para mí....

Pintóse en las facciones de Cáceres un infinito enternecimiento y, sin duda, para reasumir lo que pensaba y dejarle á ella una impresión de su cariño que iba á concluir en este mundo, murmuró:

—¡Amada mía! ¡Mi amada...!

Pareció hundirse en las almohadas y quedó inmóvil. Esta inmovilidad espantó á Marcelina. Levantó la ca-





La muerte se había apoderado de él.



beza, giro la vista en torno y vió en el aposento muchas personas. Sin embargo, le pareció estar sola en aquel cuarto por donde ya andaba la muerte. Pero hay mujeres que saben sacar de su ternura tal fuerza para el sacrificio que nada se les puede oponer. Su voluntad crece en proporción á los trabajos, su ánimo siempre está pronto para desafiar la desgracia y cuando la fé alienta esas almas escogidas esparcen á su alrededor consuelos que traen consigo la tranquilidad.

El silencio era apenas interrumpido por ahogados sollozos. La campánilla del viático se oyó cercana con plañidera intermitencia. Ya se acercaba. Era el momento de las grandes é imponentes calmas, el momento en que bajo los primeros calores de la primavera todo parece dormir mientras la luz fecundante del sol da vida á la naturaleza. En el exterior los árboles apenas mostraban verdes las puntas de las ramas y el reposo se había apoderado de las cosas inanimadas como de los seres vivientes.

Entró el sacerdote revestido conduciendo la sagrada forma, y la luz viva del patio iluminó el aposento. Aquella postrera ceremonia de la fe católica se llevó á cabo con la mayor solemnidad, y cuando cesó el murmullo de los rezos, los acompañantes se retiraron con sus faroles, y la campanilla dejó de oírse, Marcelina, anegada en llanto, tocó las manos de Vicente y las halló frías y rígidas.

La muerte se había apoderado de él. No quiso que sobreviviese á su amor, y como el jornalero fatigado se duerme al mediodía sobre el andamio de la obra inconcluida, así se durmió él; allí, á su lado, vencido por el destino. Pero se durmió para siempre con la tranquilidad de quien pasa de un día á otro, sin soltar el hilo de la esperanza que lo ligaba al porvenir, cortado en sus manos por la parca implacable.



# NOTAS

---



## NOTAS

(1) Pág. 15.—El hospital de Bethlemitas ó de Santa Catalina, llamado vulgarmente de Belén, estaba situado en la intersección de las calles Defensa y Méjico, en el ángulo S. E.; es decir, el que actualmente ocupa la Casa de Moneda. Suprimido por la reforma de 1822, sirvió de cuartel al piquete de policía del Preboste D. José Alcaraz, y en la época de la tiranía al batallón «Restaurador de las Leyes», tomando entonces el nombre de *Cuartel de Restauradores* con que se le conocía por lo común. Antes de edificarse la Casa de Moneda sirvió para depósito de los carros de la limpieza pública.

(2) Pág. 15.—Los frailes Bethlehemitas decíanse también *Barbones*, porque, por disposición expresa del Papa Inocencio XI, se dejaban crecer la barba.

(3) Pág. 15.—Llamábase *Liniers* la actual calle de Defensa, con arreglo á la nomenclatura de 1808, que substituyó los nombres de santos que tenían desde 1769, por los de los americanos y españoles que más se distinguieron en la reconquista y defensa contra los ingleses. Para designar ciertas calles haremos uso de ella, aunque después del año X los patriotas borrarón algunas tablillas y no las nombraban así, pero, como es sabido, la nomenclatura no se reformó hasta 1822. Al dar las señas de una casa ó paraje determinado, se decía: frente al consulado —á la vuelta de la Virreyna Viuda—antes de llegar al zanjón de Matorras, etc.

(4) Pág. 16.—El uso de la estrella roja de cinco picos, en cuyo centro había un diminuto disco azul, databa de los primeros tiempos de la fundación de la Orden, en conmemoración de la que condujo á Belén los reyes magos de oriente. La placa ó medalla de metal blanco comenzó á usarse desde que la congregación fué sometida á la regla de San Agustín y representaba la Natividad de Nuestro Señor Jesucristo.

(5) Pág. 16.—La ciudad de Buenos Aires está edificada en la parte alta del terreno que limitan al E. el Río de la Plata, al S. el Riachuelo de Barracas y al N. el Arroyo de Maldonado. A ellos añuían, antes de construirse las obras de salubridad, las aguas de lluvia, formando principalmente tres desagües naturales á que se dió el nombre de *terceros*. ¿Por qué? No hemos encontrado explicada la razón en libro alguno; pero como originariamente se llamó así el desagüe que pasaba por el zanjón de Matarras (calle Paraguay) nos explicamos que como era el del centro, contando del S. ó del N., resultaba el *tercero*, desde que, después del Arroyo Maldonado, había otro por la Recoleta, y después del Riachuelo de Barracas el de las calles de Méjico y Chile, próximo al hospital de Belermos y que motiva esta nota. El *tercero* del centro tenía origen al oeste, bajaba por la calle de Corrientes, doblaba por la de Libertad (en la conjunción de ésta con la de Lavalle se construyó un puente de cal y ladrillos para poder llegar á pié enjuto al Parque de Artillería) cortaba diagonalmente la esquina frente al teatro de Colón, seguía por Tucumán hasta Cerrito, por esta hasta General Viamonte, por esta hasta Suipacha y tomando por la de Paraguay cortaba las tres últimas manzanas irregularmente y volcándose desde cierta altura sobre el bajo de la Alameda, desaguaba en el río.

(6) Pag. 16.—Algunos de nuestros lectores ó, mejor dicho, la mayor parte, recordará un hermoso pino que existía en la calle Montevideo entre las de Cuyo y Corrientes en el mismo terreno que hoy ocupa un mercado. Pues bien: ese árbol era contemporáneo de la primer fundación que allí se hizo de la Capilla de Santa Lucía, abandonada

después para edificar la que hasta hoy existe en la Avenida Montes de Oca.

De aquí que se designara á esta última con el agregado de *la nueva*, que perduró mucho tiempo después de haber desaparecido *la vieja*.

7) Pág. 18.—Llamábase el rincón de San Buenaventura á los terrenos comprendidos en la vuelta del Riachuelo al oeste del antiguo puente y quinta de Gálvez y de la calle Sola, que entonces no tenía ni una casa, llegando por el norte hasta la Convalecencia, ó lo que es hoy Hospital de Mujeres dementes. Tal vez el asilo fundado allí por los Bethlemitas, lo fuera bajo la advocación de San Buenaventura y sea ésta la razón del nombre, pues el mismo paraje se encuentra en los planos antiguos (1792) con la designación de *Señora Presidenta*. En el hospital de locos existe todavía alguna parte del antiguo edificio, á la que se denomina de San Buenaventura.

8) Pág. 41.—El Cabildo Eclesiástico de Buenos Aires decretó en 23 de octubre de 1730, la erección de seis parroquias rurales, las primeras formadas en la campaña, á saber:

San Antonio de Areco—Monte Grande y Costa—Matanzas y Conchas—Santiago del Baradero y Arrecifes—Santa Cruz de los Quilmes. Magdalena, anexos los curatos de naturales—Pago de Luján en todo el territorio, que comprende una y otra banda del río, así mismo con parte del río de las Conchas, que comprende toda la otra banda hasta el dicho Luján.

Se le asigna á este curato por parroquia propia la capilla nombrada de Nuestra Señora de Luján, con declaración de que las capellanías que obtiene no están obligadas á dicho curato.

El primer cura rector, vicario y juez eclesiástico fué D. José de Andújar, nombrado en 8 de mayo de 1731.

En 1794 fué cura rector D. Márcos Cano Cortés y capellán D. Felipe José de Maqueda.

En 1812 desempeñaba el primer cargo D. Francisco Argerich y el segundo D. Mateo Blanco.

(9) Pág. 52.—A las actuales calles Perú y Florida, que no estaban divididas aún, se les llamaba vulgarmente del *Empedrado* ó del *Correo Viejo*, aun cuando por la nomenclatura de 1808, todavía en vigencia, le correspondía el nombre de *Unquera*, en memoria del ayudante del general Liniers D. Baltasar Unquera, muerto en la defensa de Buenos Aires contra las tropas inglesas al mando de Whitelock, en 1807.

(10) Pág. 52.—*Caneca*. Nombre vulgar que se daba á los baldes de cuero ó de madera en que los aguadores transportaban el agua, que extraían por medio de una manga de cuero de la pipa asegurada en la carreta, tirada por bueyes en aquella época. Para llenar estas *canecas* las colocaban en el suelo sobre un disco de madera que llevaban al efecto.

(11) Pág. 55.—Con tal motivo se publicó el 14 de mayo un aviso al público llamando á las personas que se consideraran acreedoras á los premios que se expresan en él y que copiamos íntegro, como una curiosidad de la época. El ejemplar que hemos visto es una hoja suelta de 30 por 20 centímetros, impresa probablemente en los «Niños Expósitos». Dice así:

### «AVISO AL PÚBLICO

A representación del Exmo. Cabildo ha resuelto el Superior Gobierno provisional de las Provincias Unidas que en celebridad del aniversario de nuestra libertad civil, se distribuyan á la suerte ocho mil pesos, cinco de los fondos del Estado, y tres de los de propios y arbitrios en la forma siguiente:

Tres mil que se dividen en seis lotes de quinientos pesos aplicables para dotes de seis niñas honradas, pobres y decentes.

Mil se dividirán en cinco suertes de á doscientos pesos para socorro de viudas, madres y hermanas infelices de los que han muerto en defensa de nuestra santa libertad.

Mil y seis cientos que se dividirán en diez y seis



suertes de á cien pesos, para socorro de familias notoriamente honradas é indigentes.

Mil doscientos, que se dividirán en quatro suertes de á trescientos pesos con el objeto de libertar quatro esclavos, dos de cada sexo.

Mil doscientos, divididos en doce suertes de á cien pesos aplicables al socorro de doce soldados que hayan perdido algún miembro, ó quedado inútiles de resultas de alguna acción en defensa de la patria.

El sorteo será público en la plaza de la Victoria las tardes del 24 y 25 del presente Mayo.

Las dotes se sortearán entre cincuenta niñas beneméritas.

Las suertes para libertad de los esclavos entre cincuenta pardos y morenos, padres, madres, viudas, hijos, hijas, hermanos y hermanas de los que hayan fallecido en defensa de nuestra libertad, ó de los que componen el ejército de la banda septentrional.

Las suertes para el socorro de las madres, hermanos y viudas de los que han muerto en defensa de la causa entre cincuenta de esta clase.

Las suertes para los mutilados é inútiles, entre todos los que haya en esta capital, ó se sepa que existen en los pueblos.

Y los socorros para las familias indigentes, se harán entre ciento de las más dignas de esta consideración, incluyendo las que han emigrado de los países enemigos.

Se avisa al público para que las niñas que se consideren acreedoras á las dotes, las familias honradas y notoriamente indigentes, y las viudas, madres y hermanas infelices de los que han muerto en defensa de la causa, ocurran á sus respectivos párrocos ó alcaldes de barrio, en el término preciso de cinco días, y los esclavos á casa del caballero Síndico Procurador General, doctor D. Vicente López, calle Unquera, manzana núm. 108, quartel núm. 6, hasta el día veinte inclusive del corriente; previniéndose que en orden á los mutilados é inútiles se han tomado ya providencias para saber con certeza su número. Buenos Aires 14 de Mayo de 1812».

(12) Pág. 55.—Los epítetos de *godo* ó *sarraceno*, se daban en Buenos Aires á los españoles peninsulares, y con mayor especialidad á los que sostenían los intereses de

la metrópoli, generalizándose en otros países sudamericanos hasta después de la guerra de la independencia.

(13) Pág. 55. — Del suplemento á la Gaceta Ministerial núm. 6, de mayo 15 de 1812, copiamos la resolución del gobierno dirigida al Cabildo, suprimiendo la ceremonia del paseo del Real Estandarte y la contestación de éste:

«Considerando este Gobierno que el paseo del Estandarte, en los pueblos de la América Española es una ceremonia humillante, introducida por la tiranía, é incompatible con las prerrogativas de la libertad que ha proclamado y defendido, ha determinado en acuerdo de 11 del corriente, que se suspenda por ahora, y hasta tanto que con las consultas de V. E. y demás autoridades, se sustituya al paseo del Estandarte una demostración más digna y análoga á nuestra regeneración civil.

Dios guarde á V. E. muchos años. Buenos Aires, mayo 13 de 1812.

*Manuel de Sarratea.—Feliciano A. Chiclana.—Bernardino Rivadavia.—N. Herrera, secretario».*

«*Al Exmo. Cabildo de esta Ciudad:*

Excelentísimo Señor:

Ha sido muy satisfactorio á este Ayuntamiento la superior determinación de V. E. que en oficio del 13 del corriente se sirve comunicarle de la supresión del paseo del Estandarte, que siendo una ceremonia hija del espíritu de conquista, es indigna de este pueblo, é incapaz de recordar decorosamente la época de nuestra regeneración civil.

Dios guarde á V. E. muchos años. Buenos Aires, mayo 15 de 1812.

*Francisco Xavier de Riglos.—José Pereyra de Lucena.—Manuel de Lezica.—Manuel José García.—Mariano de Sarratea.—Juan José Cristóbal de Anchorena.—Fermín Tocornal.*

*Exmo. Gobierno Superior Provisional.»*

*Aguila*

(14) Pág. 64.—La calle de la *Plaza Chica* ó del *Colegio* se llamaba la actual de *Bolívar*, á la que correspondía el nombre de *Victoria* por la nomenclatura de 1808. En ella estaba situada la casa de familia de D. Martín de Alzaga y Olavarría, á dos cuadras y media de la Plaza Mayor, hacia el sur, con frente al oeste y cerca de la designada hoy con el nombre de *Moreno*, en cuyas tablillas figuraba entonces el de *Villanueva*, para recordar á D. Esteban Villanueva, acaudalado vecino y alcalde de segundo voto en el Cabildo de 1807.

Es posible que la esquina le perteneciera también, pues un historiador y cronista de aquellos sucesos refiere, como una prueba de lo cariñoso y complaciente que Alzaga era con su familia, que al casar á sus hijas, ponía por condición que continuarían en su hogar, á cuyo efecto les trabajaba nuevas habitaciones, habiendo adquirido con esa intención un gran terreno contiguo sobre la calle *Villanueva*, vale decir, hoy *Moreno*. Apoyaría esta suposición, no sólo la circunstancia de que era hombre de fortuna, sino que de los trece hijos que tuvo, sólo tres eran varones: Cecilio, Félix y Francisco, y en aquella época tres de las diez mujeres eran ya casadas. Aunque dos de sus yernos estaban en España, D. Matías de Cámara vivía allí, y ambos terrenos se comunicaban por el interior.

Otro hecho que corrobora lo espacioso de la casa, es que sirvió para depósito de ciertas mercaderías, pues cuando el Ayudante de Plaza D. Norberto Manterola procedió al registro de ella en busca de armas, encontró cincuenta y cuatro cajones de cuchillos flamencos, chicos, cabo de palo, marca «Pajarito», cuya introducción en el comercio local constaba en la Aduana y que, tal vez, serían destinados á distribuirse entre los conjurados, sin embargo de ser de uso común á la gente de trabajo.

(15) Pág. 64.—El café de Mallico ocupaba la finca, que todavía existe, situada en la esquina N. O. de la iglesia de San Ignacio, formando ángulo con las calles *Victoria* y *Alzaga*, según la nomenclatura de 1808, ó sea *Bolívar* y *Alsina* en la actualidad.

(16) Pág. 64.—La botica de D. Francisco Marull estaba situada en la misma calle del *Colegio*, á mitad de cua-

dra mirando al oeste, es decir, una y media al sud de la Plaza Mayor é igual distancia al norte de la casa de Aizaga, quedando entre las calles que llevaban el nombre de éste y la citada de *Villanueva*.

17. Pág. 64.—En la Plaza de Monserrat se detenían las tropas de carretas con frutos, y aunque desde 1808 se denominó de la *Fidelidad*, en memoria de la fidelidad con que se portó en la defensa contra los ingleses el cuerpo de indios, negros y pardos que en ella se adiestraron en el manejo de las armas, se le designaba con el primer nombre. Así mismo, se llamó la *Vereda Ancha* á la mitad de cuadra que da frente al este, entre la entonces calle *Villanueva* (Moreno) y el callejón del *Pecado*, que separaba la primera de la cuartería con corredores y galería alta, que hace poco fué demolida y que sirvió, según se dice, de asiento á las autoridades coloniales para presenciár las corridas de toros que se celebraban en la plazuela, antes de construirse el edificio destinado á ese propósito en la plaza del Retiro. En aquellas circunstancias, el mencionado callejón sirvió de toril; pero en la época de nuestra referencia estaba habilitado como pasaje entre la Plaza Monserrat y la calle *Varela* (Lima), que corría á su espalda. Por otra parte, su nombre era bastante sugestivo para que sea necesario agregar nada sobre su estado de oscuridad y desaseo.

18. Pág. 64.—La esquina de los *Catalanes*, cuyo nombre ha perdurado hasta hoy, era, en 1812, no solamente café sino hospedería, donde se alojaban regularmente los comerciantes catalanes y canarios que venían de Montevideo por sus negocios. Su inmediación al teatro Argentino, lo hizo prosperar, y su excelente ubicación conserva el crédito de su nombre, á pesar de haber cambiado muchos dueños. Las calles *San Martín* y *Cangallo*, en cuya esquina N. E. está situado, se llamaban entonces *Victoria* y *Sáenz Valiente*, en conmemoración, éste último, de D. Anselmo Sáenz Valiente alcalde de segundo voto y diputado para la obra de la cárcel en 1806.

19. Pág. 68.—Las corridas de toros, las riñas de gallos y las partidas de pelota, aparte el juego de naipes,

eran las diversiones á que con más frecuencia y entusiasmo se entregaba la gente del pueblo en Buenos Aires en aquel tiempo. No es, pues, de extrañar que llevaran la conversación sobre sus juegos favoritos, aún al seno de la conjuración y á la casa de un hombre como Alzaga, que aunque personaje de alto rango y título de Castilla, era de origen vasco y probable apreciador de sus ventajas.

El almacén de Lagos estaba situado en las calles *Rivas* y *Pirán*, como se llamaban respectivamente las de *Artes* y *Belgrano*. Había varias canchas de pelota; pero la más frecuentada era la de la calle *Venezuela* á la altura de *Defensa*.

<sup>(20)</sup> Pág. 69. La calle de los *Mendocinos* era la actual de *Maipú*, y por la nomenclatura de 1808 *Lasala*. A los almacenes situados en ella acudían muy particularmente las tropas de carretas y arrias de mulas que trasportaban productos de las provincias, con especialidad de la de Mendoza, y que consistían en barriles de vino, petacas de pasas, patay, algarroba, etc., etc.

<sup>(21)</sup> Pág. 80.—A pesar de las confiscaciones y de los empréstitos forzosos, los españoles poseían grandes fortunas, y un historiador respetado por todos asegura que una de las listas de los conjurados ascendió á 500.000 pesos, de modo que no debía faltar dinero en las arcas de los conspiradores.

<sup>(22)</sup> Pág. 87.—En la nota 18 hemos dado la razón de su nombre y sólo agregaremos aquí que también se le designaba con el de la *Merced*, por que conducía á esta iglesia.

<sup>(23)</sup> Pág. 87.—Las calles citadas corresponden: *Victoria* á la actual de San Martín, *Alzaga* á Alsina y *Parejas* á las de Suipacha y Tacuarí, no divididas en la nomenclatura de 1808.

(24) Pág. 136.—El asturiano D. Diego Alvarez Bara-  
gaña, vecino acaudalado de Buenos Aires, fué activo  
cooperador de Alzaga en la reconquista de la capital  
ocupada por los ingleses. Puso su dinero y su persona  
al servicio de tales propósitos: pero herido en una  
pierna le fué amputada y murió tres días después de  
consumado aquel triunfo. El Cabildo, por acuerdo de  
12 de noviembre de 1806, asignó á su viuda doña Ma-  
ría Núñez, 500 \$ anuales, «de los cuales deberá disfru-  
»tar íntegra y absolutamente hasta la resolución de  
»S. M. sobre lo que este I. C. ha representado en fa-  
»vor de su casa, y si, como espera de la soberana pie-  
»dad, le dispensa algunas gracias para sí ó sus hijos,  
»quedará reducida la pensión á solo 300 \$, debiendo  
»subsistir y continuar la de 500 \$ siempre que no ob-  
»tenga gracia alguna».

Acordó, así mismo, á sus dos hijas una dote de 1000  
pesos á casa una, cuyo rédito debía correr desde el 11  
de noviembre, día de San Martín, patrón de la ciudad.

(25) Pág. 140.—Las comunidades, como se sabe, eran  
entonces dueñas de propiedades valiosas, y los Baler-  
nos poseían, entre otras, la renombrada estancia de  
Fontezuelas, en el partido de Arrecifes, atendida por  
negros esclavos, bajo su dirección, y poblada con cuan-  
tiosos ganados, en su mayor parte donación de espa-  
ñoles ricos, que dejaban al convento heredero de sus  
bienes á *puerta cerrada*, dice un contemporáneo.

(26) Pág. 156.—El *Barrio Recio* era la denominación  
general de la parte norte de la ciudad de Buenos Aires,  
desde los primeros años de la población, sin que conste  
la razón de su nombre. En 1812 esta designación se  
extendía hasta la iglesia de San Nicolás y plaza de *Ama-  
rita*, al N. O., ocho cuadras distante de la Fortaleza.

También se llamaba *Barrio del Alto* á la parte sud.  
En algunos documentos antiguos consta que se decía  
el *Alto de San Pedro* á un barrio muy numeroso, al cual  
una zanja profunda que se llena con las lluvias, niega  
el tránsito y comercio con el resto de la ciudad. (Véan-  
se las notas 5 y 37).

(27) Pág. 176.—La jabonería de Vieytes se ha hecho notable por ser uno de los puntos de reunión de los patriotas precursores de la independencia nacional, y en este concepto debemos anotar su situación en la ciudad. Se hallaba en el cuartel 15, manzana 186, sobre la calle *Agüero*, hoy *Méjico*, entre las de *Parejas* y *Rivas* ó sea *Tacuari* y *Buen Orden* en la actualidad.

Se ha dicho que se encontraba en la calle Venezuela entre las de Buen Orden y Lima ó esta y Salta; pero siguiendo la opinión de un ilustrado historiador, que afirma haber visto el original de la tasación de la obra de carpintería hecha por el Maestro Mayor Manuel Chanteiro, en julio de 1811, donde consta que estaba situada en la calle *Agüero*, manzana 186, hemos aceptado esta indicación como más auténtica. Ahora bien, la manzana 186 correspondía al cuartel 15, y la calle *Agüero*, que pasa, en efecto, por su frente norte, corresponde á la actual de *Méjico* por la nomenclatura de 1808, que seguimos. Creemos, pues, estar en lo justo al darle colocación en la segunda manzana al norte de la Concepción.

(28) Pág. 179.—La fábrica de mistos estaba situada frente al monasterio de las monjas Catalinas, en la manzana 84 del cuartel 10, en la esquina de las calles *Victoria* y *Ocampo*, ó sea *San Martín* y *General Viamonte* en nuestros días.

(29) Pág. 186.—El cuartel llamado de Libertos, porque en él se formó el regimiento Cívico de morenos y pardos libres, creado por resolución del gobierno, fecha 18 de setiembre de 1812, era la casa situada al lado del obispado, es decir, en la cuadra de la Plaza Mayor que mira al naciente, la que fué de don Miguel Riglos y que había servido ya de cuartel á los Arribeños el año anterior, cuando los mandaba el comandante Juan Bautista Bustos.

El regimiento núm. 2 de Cívicos formó cuerpo más tarde con los Arribeños y la guardia Cívica, tomando su jefatura el coronel Ortiz de Ocampo, hasta que fué nombrado gobernador de Charcas, época en que se

puso á su frente el teniente coronel don Cárlos de Alvear, quien en julio de 1812 era todavía sargento mayor de los granaderos que disciplinaba San Martín en el Retiro.

(30) Pág. 186.—Copiamos en seguida la nota que el alcade de Barracas pasó al Cabildo dando cuenta de la denuncia del negro Ventura:

«M. I. C. J. y R.

» En el día 30 de este mismo mes, doña Valentina Benigna Feijoo, viuda del finado D. Juan Tomás Fernández y enferma en su propia casa, me mandó llamar por un hijo suyo á comunicarme lo siguiente:

» Que un negro de la misma señora que tiene el cuidado de su potrero, el cual linda con la quinta de don Martín de Alzaga, y en cuyo potrero habita ha pocos días un gallego llamado Francisco con un hijo como de diez años, y este gallego ha convocado al negro de la viuda para un levantamiento que intentan hacer los europeos, cuya cabeza de motín, según el negro dice, es D. Martín del Alzaga.

» Los puntos que ha manifestado el negro á su ama y á mi mismo, son los siguientes:

» Primero: que tienen comprado un cuartel y según presunción es el de artilleros. Que tienen armamento y muchas escaleras de viento para asaltar el fuerte. Que por tres partes ha de ser la entrada de ellos: por la calle de la pólvora de Cuelli, cuya pólvora, dice el mismo gallego, que está comprada; el otro refuerzo ha de entrar por Barracas, donde tienen reducida mucha peonada de los de Barracas, y entre ellos á los negros esclavos de los mismos dueños. Que para el 23 del que estamos se daba el golpe, y en una junta que tuvieron antes de anoche determinaron su empresa para esta semana. Que á este efecto han de aparecerse los buques marinos, y cuando hagan la señal prevenida, han de avanzar, y de edad de siete años para arriba han de pasar á cuchillo á los existentes en esta capital. Que el santo lo tienen comprado á los veteranos que custodian Barracas. Que al señor Mayor de Plaza lo han de sacar de su casa, para que intimidado, los



haga entrar al Fuerte. Que por la puerta del Socorro han de entrar 300 hombres. Que inmediatamente han de traer á Vigodet de Virrey, y han de salir partidas para la campaña á que no se escape nadie. Que los que están comprendidos en esto son: D. Fernando el Barraquero de la viuda de Collazo y también de Alzaga. Que otro almacenero de la Plaza Chica, llamado Fernando, está comprendido en lo mismo. También Valdepares. Muchos oficiales de Vizcaínos y Miñones cuotidianamente se ven con Alzaga. Que á este sujeto le está por llegar un bote y cartas, y dicen que por los Olivos le ha de venir: y otras circunstancias más que no me acuerdo y quedan á la integridad de V. S. especulizarlas según convenga y con acuerdo, según me supongo, del supremo gobierno.

» Dios guarde á V. S. muchos años.

El Teniente Alcalde, *Pedro José Pallavicini.*»

(31) Pág. 187.—La calle de *Gana* corresponde á las llamadas actualmente *25 de Mayo y Balcarce*, no divididas en la nomenclatura de 1808 que seguimos. Debía su nombre al mendocino Pio de Gana, fundador con Ocampo del cuerpo de Arribeños, que peleó en las invasiones inglesas y de que era comandante en 1806.

(32) Pág. 194.—Para mayor ilustración copiamos aquí la sentencia relativa á Juan Recasens origen de la cuarta denuncia:

« Visto en la parte relativa á Juan Recasens y con » consideración á la extraordinaria circunstancia y modo » de la averiguación de su crimen, que impulsó al go- » bierno para indultarlo del último suplicio á que era » acreedor, — se le condena á un año de prisión en su » propia casa sin que pueda salir de ella por ningún » motivo ni pretexto, bajo los más serios apercibimien- » tos de que será tratado con otro rigor si faltase á » ello.—*Pueyrredón.—Rivadavia.*»

(33) Pág. 198.—Del libro de acuerdos del Cabildo, fecha 4 de julio de 1812, copiamos lo siguiente:

« Se recibió un oficio del gobernador-intendente fecha  
 » de hoy, en que de orden del Superior Gobierno pre-  
 » viene á este Ayuntamiento mande á los alcaldes de  
 » barrio y de hermandad, que por medio de sus parti-  
 » das ó como les parezca mejor, persigan con la efica-  
 » cia posible á los prófugos don Martín de Alzaga y  
 » religioso del orden Betlehemitico fray José de las  
 » Animas, y los aprehendan vivos ó muertos, condu-  
 » ciéndolos á disposición del mismo gobierno. Y los  
 » S. S. mandaron que para impartirles las órdenes sean  
 » citados en el acto los alcaldes de barrio y de her-  
 » mandad de la ciudad, y que para los de afuera se  
 » libren sin pérdida de instante las correspondientes cir-  
 » culares y que se cópie el oficio y archive el original.»

Agregaremos aqui los nombres de las personas que formaban el Cabildo en aquellos días:

Francisco Xavier de Riglos . . . . .	Alcalde de 1 <sup>er</sup> voto
Joseph Pereyra de Lucena . . . . .	» » 2 <sup>o</sup> »
Manuel de Lezica. . . . .	Regidor
Manuel José García. . . . .	»
Mariano de Sarratea . . . . .	»
Fermin Tocornal . . . . .	»
Juan José Cristóbal de Anchorena . .	»
José María Yebenes. . . . .	»
Cárlos José Gómez. . . . .	»
Antonio Alvarez Jonte. . . . .	»
Manuel de Andrés de Pinedo y Arroyo	»
Vicente López. . . . .	Síndico Procurador General

(34) Pág. 198.—Un cronista de aquellos sucesos dice que los banquillos se colocaron al borde ó sobre la ceja del foso del Fuerte; pero suponemos que esto sea un error, por que en 3 de agosto de 1803 el Cabildo solicitó y obtuvo permiso del Virrey, previo informe favorable del comandante de ingenieros, «para tirar una pared corrida  
 » con asientos á la orilla del foso debiendo cegarse la  
 » parte de la entrada, recomponer los derrumbes y for-  
 » mar corral para los caballos del diario, así como tras-  
 » ladar el rastrillo de su actual asiento al mismo borde  
 » de la contra-escarpa».

Esta obra se hacía para embellecer la plaza del mercado, cuya recoba estaba en construcción, y el Cabildo mandó levantar presupuestos al efecto, aprovechando

la competencia del maestro mayor Segismundo, que dirigía los trabajos y disponía de materiales suficientes. Los dibujos del Fuerte que conocemos, relativos al año X y anteriores, traen los bancos á que nos referimos, y aunque no hemos visto documento en que conste la fecha precisa de su construcción, partimos de la base de que el Cabildo no dejó de mano una obra que le interesaba, había solicitado y tenía hombres y elementos para concluir suficientemente autorizado como estaba por el gobierno.

<sup>35</sup> Pág. 198.—La llamada *Recoba Vieja*, que el gobierno de Rosas vendió al Sr. Anchorena y fué demolida por disposición del Intendente Sr. Alvear en 1884, era una serie de cuartos dobles con corredores á ambos frentes, que dividía la plaza principal corriendo de norte á sud en la línea de las calles Defensa y Reconquista.

Aun cuando en 1766 el Cabildo trató por primera vez de su construcción, en el 74 fué cuando autorizó el Virrey Vertiz se hiciera de cañizos y cueros, de modo que pudiera levantarse, y se nombraron diputados para su arreglo. Pero hasta el año siguiente nada se había hecho, á pesar de las ventajas que el Cabildo pensaba obtener en beneficio público; y en agosto el teniente gobernador, previa consulta de ingenieros, resolvió que no se hiciera.

El Ayuntamiento, sin embargo, firme en su propósito, el mismo mes del año 84, mandó que se fijasen cédulas para ver si alguno quería construirla y en 1.<sup>o</sup> de setiembre de 1800, el caballero del señor Marqués de Avilés, Don Martin Diego de la Vega y Quiroga, propuso hacer una Recoba frente á la vereda Ancha, con propósito de seguirla, si conviene, hasta los altos de Escalada, pidiendo en compensación doce ó catorce años de usufructo! Después de un informe desfavorable del Síndico, el Cabildo se negó á aceptar esta propuesta.

El 22 del mes siguiente, en una reunión especial, el Cabildo acuerda que debe construirse Recoba en los tres frentes de la plaza, dejando libre el del Fuerte, y nombró una comisión de su seno para arbitrar fondos al propósito.

Con esta iniciativa, el coronel de ingenieros D. José

García Martínez de Cáceres propone construirla, acompañando un pliego de fundamentos y razones para justificar su necesidad. Esto fué á principios de diciembre; pero, á mediados del mes, el Virrey no hace lugar á este proyecto y, sin embargo, Cáceres manda al Cabildo un plano de la mitad de la construcción. En marzo de 1801 presenta un nuevo plano, es decir, el de la obra completa, tal como el Ayuntamiento la deseaba.

En junio de 1802, representa de nuevo el Cabildo sobre la necesidad de la Recoba frente á los altos de Escalada, y al mes siguiente resuelve que se construya un barracón provisional; pero en 30 de setiembre, el Virrey del Pino autoriza, por fin, que se haga una, con sugestión al plano que remite. Este, definitivamente aprobado, era más modesto que el de Cáceres, el cual abarcaba tres frentes y llenaba justamente aquél que miraba al Fuerte y que el Cabildo pretendió dejar abierto.

Fué trazado por Agustín Conde y se encargó de su construcción al Maestro Mayor D. Juan Bautista Segismundo, que el mes anterior se había recibido del cargo, proporcionando las herramientas necesarias el capitán de navío D. Martín Boneo, bajo cuya dirección se había terminado recientemente el empedrado de los corrales de abasto.

Estos edificios, que dividieron en dos la Plaza Mayor, se terminaron en agosto de 1803, dejando en medio un pasaje que los maestros Segismundo y Zelaya unieron en 1804 formando la construcción que se llamó «Arco Grande».

Tales son los principales antecedentes de la *Recoba Vieja*, cuya monografía, demasiado extensa, no cabe en esta nota.

(3) Pág. 198.—Llamábase así á la barranca que por el costado sud del Fuerte conducía al río: vale decir, la cuadra de la actual calle de Victoria que pasa entre la casa de gobierno y la aduana. Debía su nombre á don Joaquín Campana, propietario de terrenos inmediatos y que fué uno de los agitadores del movimiento político del 5 y 6 de abril de 1811.

Era aquella bajada un espacio de terreno despejado, lleno de surcos de las aguas pluviales, separado de las

murallas del Fuerte por el foso, en cuyo borde se colocaron los banquillos de ese lado, al veril de la senda porque bajaban las lavanderas y los bañistas en verano.

(37) Pág. 199.—Copiamos aquí la proclama del Superior Gobierno y suprimimos el bando del Cabildo, por no dar demasiada extensión á esta nota:

«CIUDADANOS: Algunos españoles enemigos de nuestra libertad, habían combinado con los jefes de Montevideo el inicuo proyecto de dar un golpe mortal á la vida de la patria, sorprendiendo nuestros cuarteles, destruyendo al Gobierno, asesinando nuestros magistrados, prescribiendo á los ciudadanos beneméritos, y disuelto el Estado, entregar estos países cubiertos de sangre americana al yugo ominoso de los déspotas. La conjuración ha sido descubierta, tres de los conjurados han recibido en el patíbulo el premio de su horrenda alevosía; y todo se prepara para satisfacer á la venganza pública con el castigo espectable de los que resulten culpables en esta coalición criminal. El Gobierno está altamente complacido de ver el entusiasmo con que los ilustres patriotas de la capital corrieron á las armas en el momento que sospecharon el peligro. Conservad, ciudadanos, tan nobles sentimientos y vuestros enemigos todos, desaparecerán á la vista sola de nuestros semblantes irritados. Tranquilizaos, volved al sosiego de vuestras amables familias y confiad en la justicia del Gobierno y en la rectitud y celo de vuestros dignos magistrados.—Buenos Ayres, 4 de julio de 1812.

*Feliciano Antonio Chiclana.—Juan Martín de Pueyrredon.—Bernardino Rivadavia.  
—Nicolás Herrera, Secretario.»*

(38) Pág. 200.—La casa de Tellechea estaba situada en la calle Defensa, entre Moreno y Belgrano; es decir, á espaldas de la casa de Alzaga. Es la que hoy lleva el número 325.

(39) Pág. 200.—El coronel Mayor Juan Martín de Pueyrredón contrajo matrimonio el 14 de mayo de 1815, con la señorita María Calixta Tellechea, hija de D. Francisco de Tellechea y doña Matea Caviedes. La ceremonia fué celebrada en el templo de la Merced y bendijo la unión el Dr. D. Domingo Caviedes, tío de la desposada.

La casa de Pueyrredón estaba situada en la esquina Bartolomé Mitre y Reconquista, donde actualmente existe el Banco Británico.

(40) Pág. 200.—*La Residencia*, inmediata á la iglesia de San Telmo, en lo que se llamó el barrio alto de San Pedro, estaba situada en terrenos de temporalidades de los jesuitas expulsos, en la cuadra de la calle *Núñez* entre *Liniers* y *Gana*, por la nomenclatura de 1808 (Humberto I entre Bolívar y Defensa). Tomó ese nombre de un hospicio fundado por el padre provincial de la orden en el Paraguay Reverendo Jaime de Aguilar, con la eficaz cooperación de D. Ignacio de Zeballos, vecino de Buenos Aires, quien había traído de España una imagen de Nuestra Señora de Belén en 1734, al comenzar su gobierno D. Miguel de Salcedo, para fundar allí un colegio, cuyo permiso se otorgó por Real Cédula en 1746. Expulsados los jesuitas, los Belermos se hicieron cargo de la Residencia, destinada más tarde á hospital de locos.

(41) Pág. 203.—Independientemente de la disposición á que se refiere la nota 33, el gobierno expidió al día siguiente la orden que copiamos y que dió por resultado la prisión de fray José de las Ánimas:

«EL GOBIERNO SUPERIOR DE LAS PROVINCIAS DEL RÍO  
DE LA PLATA

*Por cuanto* es sumamente importante al bien de la patria el pronto castigo de los que han conspirado horribilmente contra ella: y sea conveniente al efecto la persecución y aprehensión de las personas complotadas á la ejecución de este crimen:—*Por lo tanto*, resultando

justificado plenamente que Martín Alzaga, como cabeza principal de los conspiradores, se ha hecho reo de tan alta traición, y que para evadirse de la justa pena á que ya se le ha condenado, ha fugado de esta capital,—ha venido este Superior Gobierno, á fin de conseguir su prisión, en comisionar á D. Domingo Martínez autorizándolo á virtud del presente despacho para que con la gente que reuna, salga en busca del indicado Alzaga y las personas que lo acompañan, especialmente de la del padre fray José del orden Betlemítico, y se dirija á los lugares y parajes que le parezcan oportunos al intento, sin reserva de alguno por privilegiado que sea: para cuyos fines ordena y manda esta superioridad, que todo individuo de todo estado le franquee sus auxilios cuándo los pida, so cargo de que no haciéndolo, responderá inmediatamente á ella en el modo que haya lugar. Así mismo se le faculta al expresado comisionado para que aprehenda toda persona que sea sospechosa á la justa causa, ó presuma que reúne indicaciones de ocultación ó fuga, aunque goce fuero ú otros privilegios. Y porque es de sumo bien del Estado, que en el desempeño de esta comisión se proceda con el mayor celo, actividad ó interés, reencarga á usted este Superior Gobierno que no omita medio ni recurso alguno que no ponga en acción á los fines indicados, en que hará un servicio especial á la patria. Dada en Buenos Aires á 5 de julio de 1812.

*Feliciano Antonio Chiclana.—Juan  
Martín de Pueyrredón.—Bernardino Rivadavia.»*

(42) Pág. 209.—Esta canción, atribuida á Esteban de Luca, fué publicado en la *Gaceta* el 15 de noviembre de 1810 como una marcha patriótica compuesta por un ciudadano de Buenos Aires, para cantar con la música que otro ciudadano estaba arreglando.

(43) Pág. 211.—Proclama del gobierno al pueblo, que dió lugar á las protestas:

«CIUDADANOS: basta de sangre. Perecieron ya los principales autores de la conjuración y es necesario que la

clemencia sustituya al rigor de la justicia. Así lo exige nuestro carácter generoso, los sentimientos de nuestro gobierno y la respetable mediación del ayuntamiento en favor de la vida de los cómplices. Que se vea que el influjo de las virtudes del pueblo americano, se extienden á sus mismos enemigos. Ya se han dictado todas las medidas que demandan el orden y la seguridad interior, y solo resta que acrediteis con el sosiego, la confianza que os debe vuestro Gobierno. Recibid en vuestros brazos á los españoles que se suscriban de corazón á defender denodadamente la causa de nuestra libertad; y no dudeis que la justicia será inexorable contra los obstinados que se atrevan de algún modo á atacar nuestros derechos. El gobierno se halla altamente satisfecho de vuestra conducta y la patria fija sus esperanzas sobre vuestras virtudes sin ejemplo. — Buenos Aires 24 de julio de 1812.

\* *Feliciano Antonio Chiclana.—Juan Martín de Pueyrredón.—Bernardino Rivadavia. —Nicolás Herrera, secretario».*

44 Pág. 212.—La siguiente nota pasada por el gobernador intendente al Cabildo, por disposición superior, fué escrita dos días después de la proclama que transcribimos en la nota 45, dictando medidas para contener excesos y abusos, que ésta no había sido suficiente á moderar:

«Con esta fecha el señor secretario de hacienda y guerra D. Nicolás Herrera me dice lo siguiente: Para cortar desórdenes de gravedad que algunos discolos empiezan á promover abusando de la moderación del gobierno, y exponiendo la tranquilidad pública, ha determinado S. E.: Que por ningún título se permita reuniones del populacho, ni en los cuarteles, ni en los cuerpos de guardia, ni en algún otro punto bajo la más estrecha responsabilidad á los comandantes de los cuarteles y guardias: Que los jefes de las patrullas cuiden de disolver las reuniones que adviertan, mandando retirar á todos á sus casas, arrestando á los que desobedezcan, y dando cuenta á esta superioridad para las ulteriores providencias: Que ninguna patrulla salga sin expresa orden



del gobierno y con las instrucciones de este decreto: y que todo lo comunique á Usía de su superior orden para que lo traslade á quienes corresponda, y cuide de su cumplimiento, reiterando sus órdenes, para que ninguna patrulla ni particular pueda registrar casa alguna sin orden de Usía.

»Y lo comunico á V. E. para su inteligencia y gobierno, y para que haciéndolo saber á quien corresponda tenga dicha orden su puntual cumplimiento.

»Dios guarde á V. E. muchos años. Buenos Aires, julio 27 de 1812.

*Miguel de Azcuénaga.*

*Al Excelentísimo Cabildo, Justicia y Regimiento de esta Capital.»*

Esta nota la recibió el Cabildo el 31 de julio, sin que conste la razón de la demora; pero en el libro 68 de sus acuerdos se expresa que convocó á los alcaldes en esta fecha y les hizo la comunicación, así como también les significó los excesos que se habían notado y las providencias que debían tomar para desempeñar sus deberes, vigilando muy especialmente á sus tenientes.

<sup>45</sup> Pág. 212.—Para calmar las protestas que había suscitado en el pueblo la proclama del día anterior (vease nota 43) el superior gobierno dictó la siguiente:

### PROCLAMA

CIUDADANOS: Todas las solicitudes de nuestro gobierno se dirijen á satisfacer vuestros deseos, consultando el orden y la seguridad interior de esta capital y de todos los pueblos que componen el Estado. Ayer os dijo que habían ya perecido en el cadalso *veinticinco* de los conjurados y aunque por ahora exigía vuestro carácter y la gloria del nombre americano, suspender el castigo de sangre, tenía ya tomadas el gobierno las medidas convenientes que deben asegurar para siempre el sosiego de vuestras familias. Sí, *ciudadanos*, se van á expedir las providencias oportunas—á éste fin continúa el orden de los procedimientos judiciales; los cómplices en

la conjuración y los sospechosos, no quedarán en nuestra sociedad, y el escarmiento será proporcionado á la gravedad de tan horrendo crimen; todo está decretado — *ciudadanos* — y si es verdad que el gobierno merece el voto y la opinión de sus ilustres compatriotas, dadle con vuestra confianza la mejor prueba de vuestros nobles sentimientos. Confíad en la energía del gobierno y en el celo de vuestros magistrados y nada temais, que el gobierno os asegura por la patria, por esta deidad de los hombres libres, que no volverán los enemigos interiores á turbar la paz de vuestros hogares. Buenos Aires, 25 de julio de 1812.

*Feliciano Antonio Chiclana.—Juan Martín de Puegrredón.—Bernardino Ricadavia.  
— Nicolás Herrera, secretario.*

6. Pág. 212.—Con el religioso designio de tributar el debido reconocimiento al Todo Poderoso, decretó el Superior Gobierno una solemne función de acción de gracias por el descubrimiento de la conjuración, haciéndola publicar por el siguiente:

#### «BANDO

»El Gobierno Superior Provisional de las Provincias Unidas del Río de la Plata á nombre del Sr. D. Fernando VII.

»POR CUANTO ha determinado que el próximo domingo 9 del corriente se celebre en la Santa Iglesia Catedral una solemne función de acción de gracias al Ser Supremo, por la muy especial protección que se ha dignado dispensar á la patria en el descubrimiento de la horrorosa conjuración, que iban á ejecutar contra este ilustre y benemérito pueblo algunos españoles malvados y enemigos del nombre americano, para disolver el Estado, destruir su gobierno, y entregar las provincias á la yanguza de los tiranos, después de haber derramado la sangre de los ciudadanos más recomendables por sus virtudes patrióticas:

POR TANTO, manda el Superior Gobierno que concurren á un acto tan debido todas las autoridades, vecinos y

habitantes de esta capital, solemnizando su regocijo con iluminación general extraordinaria en los días 8, 9 y 10 del corriente, y con demostraciones de patriotismo en que se guarde el orden, y se consulte el decoro y dignidad que forma el carácter del pueblo de Buenos Aires, que se haga saber esta determinación por bando que se publicará y fijará en la forma de estilo. Buenos Aires, 7 de agosto de 1812.

*Feliciano Antonio Chiclana.—Juan Martín de Pueyrredón.—Bernardino Rivadavia.*

Por mandado de S. E.

*D. José Ramón de Basavilbaso».*

<sup>47</sup> Pág. 213.—Con el pensamiento de dar la mayor extensión posible al regocijo que animaba al pueblo por el descubrimiento y término de la conjuración el gobierno dictó el siguiente:

### «BANDO

»El Gobierno Superior Provisional de las Provincias Unidas del Río de la Plata á nombre del Sr. D. Fernando VII:

POR CUANTO: en celebridad del triunfo de la patria sobre los conjurados que intentaban aniquilar su existencia, ha determinado este Superior Gobierno que se pongan en libertad todos los oficiales y soldados de los cuerpos de la guarnición que se hallen actualmente presos, por delitos que no tienen señalada la pena de muerte, indultando á todos los desertores que se presenten dentro de un mes desde la fecha de esta disposición.

POR TANTO, y para que llegue á noticias de todos, se publicará por bando en la forma ordinaria, fijándose ejemplares en los parajes de estilo é insertándose en la *Gaceta*.— Buenos Aires, 13 de agosto de 1812.

*Feliciano Antonio Chiclana.—Bernardino Rivadavia.*

<sup>48</sup> Pág. 214.—Alzaga fué caritativo con los menesterosos, y los sábados cada una de sus hijas se turnaba en la limosna que se les distribuía.

Refiere un cronista que, de acuerdo con esas ideas filantrópicas, tenía señalado un día de la semana para recorrer el domicilio de personas vergonzantes, ancianas ó achacosas, por apartado que fuera, para llevarles un socorro, haciéndose acompañar por un amigo de su confianza.

En una de tantas recorridas, estando en la vivienda humilde de uno de sus protegidos, se ofreció conversar sobre cierta casita que se vendía en la vecindad, diciendo éste que si la pudiese comprar sería el mortal más feliz de la tierra. Alzaga sin vacilar, le contestó:

—¿Y con sólo eso sería usted feliz?

—Sí, señor.

—Pues será suya.

Y sacando papel del bolsillo trazó unas líneas para el escribano que lo servía, añadiendo:

—Dele esto y que extienda la escritura para que la habite usted durante su vida.

—Pero, señor, ¿cuándo se la podré pagar?

—Cuando usted pueda, respondió el escrupuloso Alzaga.

Es de suponer la impresión que recibiría aquel desgraciado, apenas comparable con su gratitud. Al morir, treinta años después que su benefactor, confesándose con un religioso dominico, le encargó que, siendo sólo, era su voluntad que esa propiedad, que ya había triplicado su valor, volviera á la familia de Alzaga, la cual jamás le molestó al respecto, demostrando así que su jefe, á pesar de haber dispuesto con minuciosidad de todas sus cosas, no la enunciara en su testamento.

---

<sup>49</sup> Pág. 230.—La casa de ejercicios espirituales fué fundada por la madre beata Sor María Antonia de San José Paz, quien vino de Santiago del Estero con ese designio. Empezó á dar ejercicio en la casa inmediata á la iglesia

de San Juan, trasladándose más tarde á la esquina de las calles llamadas hoy de Independencia y Salta, donde construyeron edificio propio, y entonces fué nombrada Rectora. Este cargo lo desempeñó hasta su muerte.

5<sup>o</sup> Pág. 230.—El día 4 de julio de 1812, á las nueve de la mañana, dictó el Superior Gobierno la siguiente sentencia:

«Visto este expediente con los antecedentes de su referencia, y en consideración á lo que aconseja la pluralidad de denuncias demasiado individualizadas: y por lo que de las demás diligencias judiciales resulta en el actual estado que se halla, y sin perjuicio de su continuación hasta el perfecto esclarecimiento y castigo de todos los factores y cómplices de la horrible conspiración que se ha descubierto y que seguramente ha constituido la patria en el más inminente riesgo de una sangrienta escena en que, confundidos los inocentes con los criminales, hubiese quedado llena de luto y amargura; y siendo un deber de los primeros del gobierno ejemplarizar un atentado de esta naturaleza, de un modo proporcional á las consideraciones multiplicadas de equidad y tolerancia con que en dos años consecutivos ha procurado retraer á sus obstinados enemigos, de las tentativas con que han provocado y violentado el carácter suave y pacífico de sus hijos, atribuyendo á debilidad ó insultando la misma moderación con que se les ha tratado,—se condena á los reos de lesa patria, *Pedro de la Torre* y *Martin Alzaga* en la pena ordinaria de muerte de horca, que se ejecutará inmediatamente después de dos horas de su intimación. Y respecto á que el último se halla oculto, y coopera á esta sustracción su yerno *Matias de Cámara*, reiterando con este hecho una nueva hostilidad en mantener abrigado dentro del seno mismo de la patria un enemigo que la despedaza y atenta tan enormemente contra los más sagrados derechos de sus hijos y de los pueblos, sustrayéndolo de la autoridad en los momentos más peligrosos, para volverlo á constituir en otros iguales, se condena en igual pena de muerte á dicho *Matias Cámara*, que la sufrirá en el día para escarmiento de encubridores de esta especie, hasta tanto que pueda ser aprehendido *Alzaga* y

ejecutada en su persona la que se le tiene decretada, á cuyo fin se le llame por edictos y pregón sin perjuicio de librarse las requisitorias y providencias que conduzcan á su aprehensión: para lo que, ejecutada esta sentencia, vuelvan los autos al agente comisionado, para que se continúe con igual brevedad las declaraciones de Luis Porrua y demás individuos, dando cuenta periódicamente de los que resulten convictos.

*Feliciano Antonio Chiclana.—Juan Martín de Pueyrredón.—Bernardino Rivadavia.»*

(51) Pág. 235. --El verdugo que asistió á Alzaga ejercía su oficio desde 1810 cuando menos, porque el 7 de diciembre de este año se celebró ante el Cabildo un convenio por el cual D. Norberto Pando daba libertad á su esclava Tomasa por la suma de 278 pesos fuertes que debía entregarle el verdugo Calixto, quien la solicitaba en matrimonio, debiendo pagar la libertad de su futura con los sueldos que tenía devengados, sin que Tomasa pudiera dejar á su amo hasta que dicha cantidad estuviera cubierta. El verdugo ganaba 150 pesos.

Vale anotar la circunstancia de que, en esa fecha, Tomasa permanecía detenida en la cárcel hacía meses; pues se resolvió este asunto cuando ya estaba colocada en una tropa de carretas para ser llevada al interior, y la solicitud de Calixto para casarse con ella motivó la detención.

A principios de 1812 el verdugo estaba á su vez, encarcelado, quién sabe por qué delito; pero previa consulta del Cabildo al Gobernador Intendente, se resolvió que, no obstante ésto, podía ejercer las funciones de su oficio, y así se mandó cumplir.

El 1º de setiembre del mismo año entró á reemplazarlo José Díaz con igual salario.

(52) Pág. 236. --Santiago Antonino era relojero y ejercía en 1825 su profesión en un taller situado en la calle Alsina á la vuelta de la iglesia de San Ignacio, y en la misma casa prosiguió su hijo Antonino Antonino la profesión de su padre hasta 1863, que sepamos. Este era

nacido en Buenos Aires y firmó al lado de Domingo French la petición presentada por los patriotas al Cabildo el 25 de mayo de 1810. En ella el apellido está escrito con toda claridad *Antonino* en vez de *Antonini*, como se ha afirmado por algunos, apoyando en esta circunstancia la versión de que Santiago era italiano.

<sup>(53)</sup> Pág. 236.—Dice su biógrafo que cincuenta y cinco años después, sus restos fueron hallados dentro de una caja de madera sólidamente construída, al practicarse una excavación en uno de los patios contiguos á la iglesia de San Miguel. Fueron recogidos por sus descendientes y trasportados al Cementerio del Norte.

<sup>(54)</sup> Pág. 245.—Aparte de la orden para que fueran internados los españoles europeos de las costas del Uruguay, Paraná, Conchas y Flores, que se interpretó mal, el alcalde de barrio José María Arzac fué sindicado de cometer abusos de autoridad en su cuartel dentro de la capital, y el Gobernador Intendente pasó al Cabildo la siguiente nota, por cuanto se habían recibido también quejas de los cuarteles 6, 15, 17 y 25.

Con fecha del día de ayer el señor secretario de Hacienda y Guerra, don Nicolás de Herrera, me comunicó lo siguiente: Ha resuelto esta Superioridad que dé Usía las órdenes competentes para que ninguna de las casas del vecindario de esta capital sea registrada por comisionado ó partida alguna sin prévia orden por escrito de juez competente, cuya disposición comunico á Usía para que desde luego tenga su efectivo cumplimiento por disposición de Su Excelencia.

Y lo trascribo á V. E. para su inteligencia, y para que haciéndolo saber á quienes corresponda tenga su puntual cumplimiento.

Dios guarde á V. E. muchos años. — Buenos Aires, Agosto 1<sup>o</sup> de 1812.

*Miguel de Azcuénaga.*

*Al Exmo. Cabildo Justicia y Regimiento de esta Capital.*

El Cabildo, en reunión de 4 de agosto lo comunicó a los alcaldes, habiéndolo nombrado previamente al señor Alvarez Jonte para averiguar la conducta de Arzac y procesarlo si fuese necesario. De las averiguaciones resultó éste sin cargo; pero en su cuartel se habían hecho prisiones arbitrarias durante la efervescencia del pueblo que él no pudo evitar y los presos fueron puestos en seguida en libertad.

<sup>55)</sup> Pág. 264. — En la *Gaceta* de Buenos Aires N.º 61, de fecha junio 30 de 1813, se registra una representación del Cabildo al Supremo Poder Ejecutivo, solicitando la libertad de una esclava, hija del ciudadano Antonio Videla, en la que recayó el siguiente decreto:

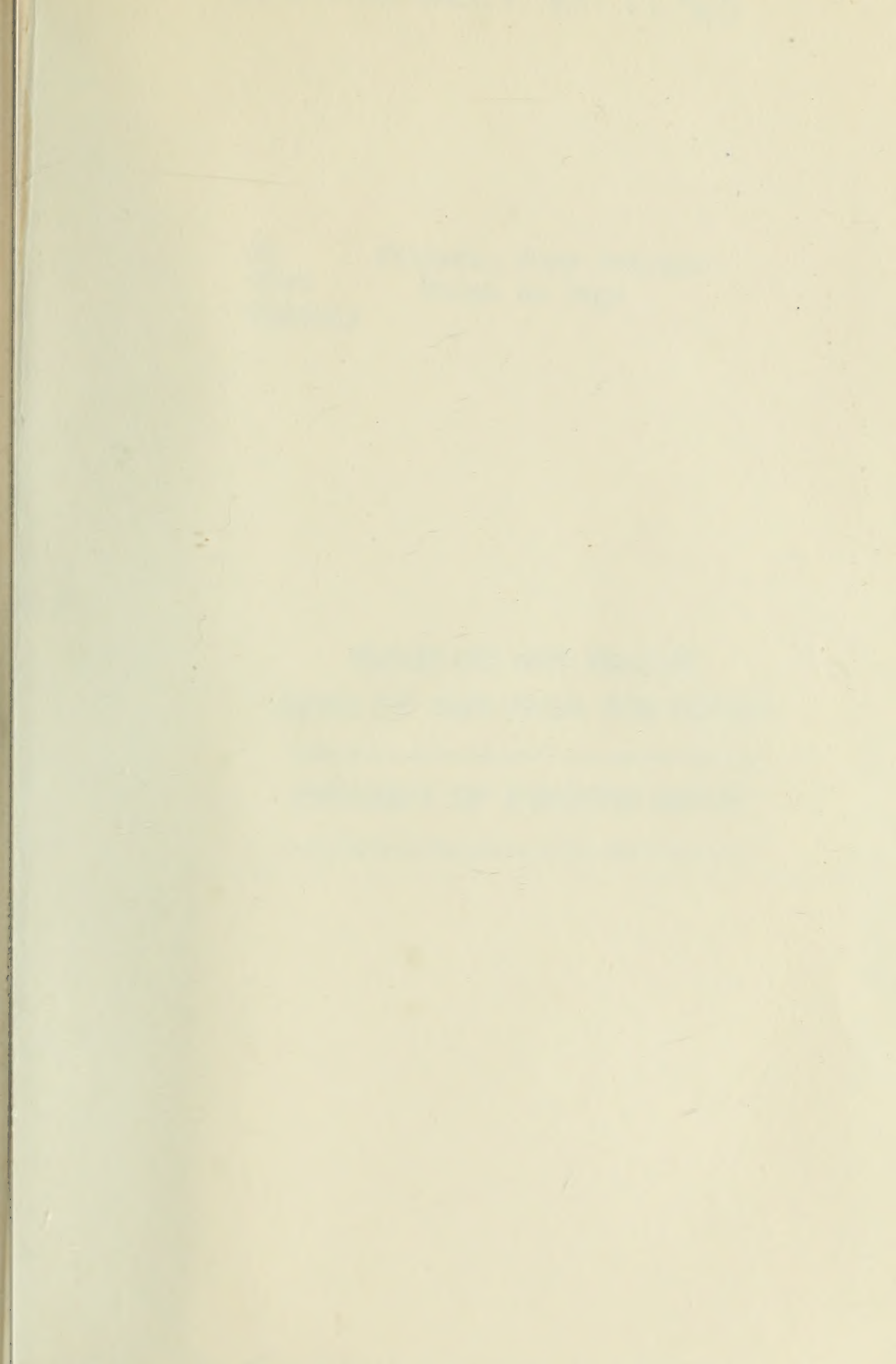
« No siendo decoroso, y sí rediendo en descrédito de la patria, que subsista en la esclavitud la hija del valiente y benemérito ciudadano Antonio Videla, cuya memoria debe recordarse con la más tierna emoción: facultase al Ayuntamiento para que de sus fondos costée inmediatamente la libertad de la indicada hija, que tan dignamente merece. »

En corroboración de lo referido en el texto, y para que no se le atribuya un carácter novelesco, transcribimos el párrafo que un versado historiador argentino ha escrito respecto al capitán negro:

« Sin exagerar, puede decirse que Videla reprodujo frente á los muros de Montevideo una de aquellas acciones increíbles con que los soldados espartanos dejaban admirado al mundo griego. » — (*Rev. Nac.*, X., 177.)

No hemos expresado nosotros con más propiedad, ni en mejores términos la acción de Videla.







PQ Pillado, Jose Antonio  
7797 Golpe en vago  
P566G65

PLEASE DO NOT REMOVE  
CARDS OR SLIPS FROM THIS POCKET

---

UNIVERSITY OF TORONTO LIBRARY

---

UTL AT DOWNSVIEW



D RANGE BAY SHLF POS ITEM C  
39 12 05 24 02 002 2